La Dama de los Naipes



Rosa Boliart

LA DAMA DE LOS NAIPES

Rosa Boliart

Título: La dama de los naipes

Edición publicada en junio de 2023

Diseño de cubierta: Alexia Jorques
Maquetación: Alexia Jorques

La Dama de los NAIPES

ROSA BOLIART

A Laura, que escucha a través de las paredes

1

EL TESTAMENTO

Málaga, 30 de septiembre de 1970

Candela estaba ordenando los nuevos ejemplares que acababan de llegar a su librería. Los disponía, con esmero, en la primera mesa para que sus clientes, al entrar, casi se tropezasen con ellos y, tal como ella estaba acostumbrada a observar, se detuviesen a ojearlos para poder vender la mayoría la primera semana.

El sonido del tintineo de la campanilla, provocado por la apertura de la puerta, la alertó de que alguien entraba. Era su madre que, a pesar de su avanzada edad, seguía caminando como si flotase y que, a menudo, se solía acercar a visitar la librería de su hija. Lo sorprendente, por no habitual, era que lo hiciese por la mañana. Detrás de ella entró don Gerardo y eso fue lo que le hizo sospechar que había algún motivo importante para que ellos, particularmente juntos, hubiesen venido. Los miró fijamente a los ojos y, por sus expresiones de preocupación, supo que traían malas noticias.

—Candela, hija. Han llamado del convento. La señora Clara ha empeorado y no creen que pase de esta noche —anunció con premura Rosario.

—Tenemos que avisar a los chicos para que vengan a despedirse de ella.

—Candela, si te parece bien, me acerco a La Majala a avisar a Luis. Ayer me comentó que hoy tenía trabajo urgente y que se pasaría todo el día en el cortijo —se ofreció don Gerardo.

—Le estaría agradecida si pudiese ir usted. A este hijo mío le gusta tanto su trabajo que pierde la noción del tiempo entre las vides.

Don Gerardo se marchó con celeridad y madre e hija permanecieron en silencio, rodeadas de estanterías repletas de libros. Candela sintió un escalofrío cuando levantó la vista y se topó con la mirada penetrante de su madre. Pudo leer en sus ojos lo que le iba a pedir. La situación le hizo reflexionar: si doña Clara fallecía, debería desenterrar su pasado y dar explicaciones sobre los sucesos que ocultaba. No estaba preparada para enfrentarse a las graves consecuencias que esto acarrearía y era consciente de ello.

Descolgó el teléfono y marcó el número de la redacción del diario Sur de Málaga, donde su hija trabajaba, y que le había dado para casos de emergencia.

—¿Me podrían poner con la señorita Sara Gascón Platero? Soy su

madre.

Esperó, con el auricular pegado a la oreja, durante unos minutos.

—Hija, no te asustes, es doña Clara que está en sus últimas horas y deberíamos ir a despedirnos de ella.

Cuando hubo colgado, Rosario seguía inmóvil frente a ella con la mirada inquisidora.

—El fallecimiento de la señora Clara va a trastocar nuestra tranquilidad. ¿Estás preparada para dar explicaciones a tus hijos?

—Sí, me he preparado para ello, pero tengo miedo.

—No tenías que haber dejado pasar tanto tiempo —le recriminó su madre.

—Tienes razón, pero he sido una cobarde.

—No digas eso, tú nunca has sido cobarde. Eres una Platero como yo y somos mujeres fuertes y valientes.

—Ya sabes que la familia es mi debilidad, me afecta y me cuesta afrontar todo lo relacionado con ella.

—Pues ha llegado el momento en el que tienes que asumir tus aciertos y errores del pasado.

—Todo lo que oculté lo hice por amor a la familia.

—Pero hace tiempo que podrías haberles contado la verdad.

—Mamá, dejemos esta conversación. No es el momento.

—Nunca te parece buen momento para hablar de esos secretos que guardas, sabiendo que tendrás que desvelarlos si no quieres que se vuelvan contra ti. Tienes mucho que perder.

—Voy a preparar un letrero para colgarlo en la puerta, cerraré la librería por unos días.

—Aunque cambies de conversación, el problema que tienes no va a desaparecer.

—Mamá, por favor, no insistas tanto. Ya verás como lo arreglo en breve. Ahora vamos a ver a doña Clara.

Candela entrelazó su brazo con el de su madre y, mientras salían por la puerta, la besó en la mejilla murmurando:

—Te quiero, mamá.

Llegaron al convento donde, al día siguiente de que la vida de Candela cambiase de rumbo, internaron a doña Clara. Las recibió la hermana Teresa, tan anciana como la paciente a la que cuidaba con devoción desde el primer día que entró en su casa, la casa de Dios. Las acompañó con el semblante triste y los ademanes respetuosos que siempre había profesado hacia la familia. La agonizante, al verlas, dio la sensación de que revivía, las reconoció al instante y pronunció con dificultad sus nombres, gesticuló con las manos para que se acercaran, incluso indicó que deseaba tomar un caldo.

A los pocos minutos, entraron por la puerta Luis y Sara acompañados de don Gerardo. Los jóvenes se colocaron al otro lado de

la cama, besaron a la mujer, que se había aferrado a la mano de Rosario y los observaba con cariño. Giró la cabeza y besó la mano que tanto soporte le había dado desde que puso el primer pie en La Majala del brazo de don Rafael y le susurró:

—Te has preocupado por mí y por mi familia sin pedírtelo, siempre estaré en deuda contigo. Me alegro de que la vida te haya premiado con el amor de todos los que te rodean y de que al final puedas vivir en paz y tranquilidad —le susurró doña Clara. Luego suspiró, apoyó bien la cabeza en la almohada, expiró y su alma partió.

Rosario besó a la difunta en la frente y anunció:

—Ya descansa para siempre junto a sus seres queridos.

Candela abrazó a su madre y sus hijos se unieron a ellas.

La misa por doña Clara se organizó en la capilla del cortijo. Pero, para gran sorpresa de los que acudieron a despedir a la dueña de La Majala, al terminar la ceremonia, los empleados de la funeraria volvieron a cargar el ataúd en el coche fúnebre para dirigirse hacia Frigiliana y sepultar en su camposanto a la difunta. Ella había dejado por escrito que no quería ser enterrada en el cementerio del cortijo. Le contó a Rosario, en uno de los pocos momentos que la mujer tuvo lúcidos, que, si había algo después de la muerte, no quería encontrarse con don Rafael, no se diera el caso de que también le amargase la otra vida. Por eso deseaba mantener su espíritu alejado de él. Candela y su madre eran de las pocas personas que entendieron aquella decisión.

Cuando terminaron de enterrar a doña Clara en su población natal, sin esperar ni un minuto, su abogado, en la misma puerta del cementerio, entregó una citación a cada uno de los miembros de la familia de Rosario. Los convocaba al día siguiente en La Majala para leer las últimas voluntades de su representada.

A primera hora de la mañana siguiente, Candela recogió con su coche a su madre y a don Gerardo. Cuando llegaron a La Majala abrió el maletero para coger un maletín de piel marrón. Su madre se le acercó y entre susurros le preguntó:

—¿Qué llevas ahí? —señalando el maletín.

—Las respuestas a las preguntas que van a hacerme mis hijos.

El abogado los recibió en la puerta del cortijo y los acompañó al despacho que fuera de don Rafael. Candela, al traspasar la puerta, sintió una punzada en el pecho. Esas habían sido las paredes en las que ocurrió el suceso que cambió el curso de su vida. Olía a cerrado y a humedad, pero todo estaba tal y como lo recordaba. El polvo acumulado durante años estaba por todos lados. Desde lo ocurrido, no se había vuelto a utilizar esa habitación. Solo se entró en ella en muy pocas ocasiones y por todo el cortijo se corrió la voz de que esa estancia estaba maldita.

El letrado no paraba de mirar el reloj. Era un hombre puntual, le

desagradaba esperar y los chicos llegaban tarde. Irrumpieron Luis y Sara aparentando seriedad. Su madre había oído sus voces antes de que entrasen, voces cómplices de dos hermanos que la llenaban de orgullo.

El jurista los saludó con semblante molesto y los invitó a sentarse.

—Ahora que estamos todos, podremos empezar —dijo en tono de queja y continuó—: iré rápido. Todos ustedes saben a qué han venido, les detallaré las voluntades de doña Clara: a la señorita Sara Gascón Platero le transfiere un millón de pesetas y todas sus joyas, excepto el anillo familiar que don Rafael le regaló cuando se comprometieron, que lo lega a Luis Gascón Platero. Espera que haga buen uso de él eligiendo a la mujer adecuada para que lo lleve.

Mientras el hombre guardaba un momento de silencio, Sara miró a su hermano y este le dedicó una sonrisa y un guiño cómplice.

—Bien —dijo el hombre y siguió—: a Candela Gascón Platero le deja el local de la calle Larios, donde tiene ubicada la librería y que, en su día, doña Clara me ordenó comprar.

Candela sonrió y pensó en que la señora Clara no estaba tan demente como les había hecho creer.

—Al señor Luis Gascón Platero le adjudica todas las propiedades que abarcan el cortijo de La Majala con la casa incluida, además de diez millones de pesetas repartidos en dos cuentas bancarias, con la condición de que garantice una paga mensual vitalicia a su abuela Rosario Platero Navas por la cantidad de veinticinco mil pesetas.

Sara, estupefacta, recorrió con la mirada a todos los presentes y se dio cuenta de que el único que estaba tan sorprendido como ella era su hermano, el beneficiario de casi toda la fortuna de doña Clara Rojas Valverde y se quejó:

—No entiendo por qué le ha dejado a mi hermano casi toda su herencia y a mí un montón de chatarra.

—Sara, no seas desagradecida —la regañó su madre y le explicó—: Son las joyas de la familia. Además de ser de oro y piedras preciosas, son muy antiguas y valiosas. Deberías estar agradecida de que te las haya confiado junto a una buena suma de dinero.

—Mamá, ya sé que las joyas son muy valiosas y me ha dejado bastante dinero, pero lo lógico es que hubiese repartido sus bienes entre los dos. Sé que la mujer no estaba muy bien de la cabeza, pero lo que ha hecho es injusto.

—Injusta es la vida, niña —intervino la abuela–. Y, dirigiéndose a su hija, dijo—: Candela, tú ahora tienes la palabra.

—Disculpen —intervino el abogado, intentando reconducir el tema —. Se me hace tarde y tengo otros asuntos que atender —dijo mientras les entregaba, con el ceño fruncido, una serie de documentos para que firmasen la aceptación de la herencia.

Mientras los miembros de la familia estaban ocupados firmando, el letrado se levantó y descolgó el cuadro de don Rafael, que presidía el despacho, vestido de cazador y con su escopeta colgada del hombro. Detrás del cuadro apareció una caja fuerte.

El abogado sacó una llave y un papel con unos números apuntados y se dispuso a abrir la caja. Después de varios intentos, sin conseguir su propósito, comenzó a sudar. Candela, que lo estaba observando, se levantó de sopetón, se acercó a la caja fuerte, la contempló y le preguntó al hombre:

—¿Me deja intentarlo?

—Nos estamos volviendo locos o me lo parece a mí —comentó Sara —. Mamá, ni que te pasaras el día abriendo cajas fuertes. Quizá tengas manuales para abrirlas en tu librería, pero de eso a creer que la vas a abrir hay un recorrido.

Su madre no le hizo ni el más mínimo caso y de pie, a espaldas del abogado, frotándose las manos, le pidió:

—¿Se podría apartar, por favor?

—Claro, tome la llave y la combinación —le ofreció el letrado susurrando—: familia de doña Clara tenían que ser.

Candela, que escuchó perfectamente el comentario, le clavó la mirada, bizqueó y luego le dedicó una sonrisa con tintes burlones, tomando con aspecto de enajenada lo que el abogado había dado a entender con su comentario. Entonces, el hombre se sonrojó.

Pegó la oreja a la caja, empezó a dar vueltas a la rueda según la combinación y, pasados unos minutos, anunció muy segura de sí misma:

—No se abre porque hay un número de la combinación que es incorrecto.

—Pues habrá que llamar a un cerrajero —propuso su hijo.

—No hace falta. Permítanme dos minutos y la abriré —aseguró Candela.

Sus hijos, boquiabiertos, no daban crédito a lo que estaban presenciando. Miraban a su abuela que parecía divertida intercambiando miradas cómplices y joviales con don Gerardo. No les pareció que la mujer se extrañase del comportamiento de su hija. Para más asombro de Luis y Sara, su madre, en dos minutos, tuvo la puerta de la caja abierta de par en par.

El abogado, sudoroso y con ganas de perder de vista a esa familia, de la que pensaba que eran raros y peculiares, tomó el joyero con desdén y se lo entregó a Sara. Luego, cogió la caja de terciopelo rojo que contenía el anillo y la depositó delante de Luis. Recogió los documentos con premura, pero, asegurándose de que estuviesen firmados, invitó a toda la familia a que lo siguiesen.

2

EL DIARIO

Los trabajadores actuales de La Majala se encontraban reunidos en la cocina, sentados alrededor de la mesa en la que solían comer, por orden del abogado. La familia de Candela siguió al letrado, que los condujo hasta la estancia donde esperaba el servicio expectante y en silencio.

—¿Estamos todos? —preguntó el letrado. Los asistentes confirmaron con la cabeza y el hombre continuó—: les he congregado para comunicarles que el cortijo al que todos llaman La Majala, ha sido legado a Luis Gascón Platero y que, desde el día de hoy, tomará las riendas de este.

Los presentes sonrieron, relajaron la expresión y respiraron con alivio. Desde que les dieron la noticia del fallecimiento de doña Clara, la incertidumbre había entrado en sus vidas al desconocer quién sería la persona que se haría cargo del cortijo. A pesar de las dudas, no les sorprendió el nombre del heredero, que era uno de los que se barajaban en sus cábalas. Entre las gentes del pueblo y cortijos colindantes corrían chismes y rumores sobre el origen del joven, pero solo eran habladurías y nadie aportó pruebas concluyentes. Además, ellos huían de los problemas y preferían no saber demasiado, pues pensaban que de lo que no se sabe no se puede hablar. Bastante sufrieron con la desgracia que soportaron a causa de Eduardo, el hermano mayor del capataz. Fueron unos tiempos malos para la familia, la guardia civil apresó a todos sus miembros masculinos y durante meses los sometieron a duros interrogatorios y torturas. Los dejaron libres gracias a la intervención de cargos municipales afines al régimen de Franco. Don Gerardo emprendió una cruzada en su defensa, convenciendo a párrocos y a alcaldes de poblaciones cercanas para que declarasen lo que sabían a favor de los detenidos y presentasen certificados de buena conducta, alegando que ellos no tenían nada que ver con las actividades políticas de Eduardo Martin Navas, acusado de conspiración y de auxiliar a la rebelión. El temor que sufrieron de perder sus vidas los transformó en personas abatidas,

prudentes y cautas.

Cuando Luis terminó la ingeniería agraria, doña Clara lo contrató para que trabajase en el cortijo. El joven se dedicó en cuerpo y alma a transformar las tierras de cultivo, apropiadas, de La Majala en viñas, apostando por plantar vides de uva moscatel de Alejandría y elaborar vino dulce. Él tenía un ambicioso proyecto orientado a reformar y ampliar la pequeña bodega que los antepasados de don Rafael construyeron.

Una vez dio por concluida su tarea el abogado, se despidió, con celeridad, de los presentes, evitando apretar las manos de los beneficiarios. El hombre sufría de hiperhidrosis y evitaba el contacto físico con la gente. Los trabajadores volvieron a sus tareas, liberados de la incertidumbre que les provocó el no saber en qué manos quedarían las tierras del cortijo.

Concluida la lectura del testamento y las presentaciones formales, la familia de Candela se quedó en la cocina en silencio, ocupando las sillas vacías de los sirvientes.

Luis estaba estupefacto, con mirada de incredulidad y sonrisa, al no dar crédito a lo que le acababa de ocurrir. En su cabeza, el pensamiento que no cesaba de repetirse era: «soy el dueño de La Majala». Tenía puestas sus ilusiones en las reformas planeadas para que creciera y ahora las realizaría con más empuje, porque le pertenecía.

Sara tenía el ceño fruncido y una mueca de desilusión esculpida en el rostro. Estos gestos de contrariedad le recordaron a Candela al padre de su hija, eran los mismos que él hacía cuando buscaba explicaciones y no las encontraba. La joven no disimulaba que estaba molesta y desengañada. Su postura de brazos cruzados y cabeza ladeada eran señales de que lo ocurrido estaba ocupando sus pensamientos y se repetía: «no entiendo por qué doña Clara se lo ha dejado todo a mi hermano, ¿me habré portado mal con ella?, pero si la he querido como a mi abuela». No se esperaba que el testamento los beneficiase tanto y se alegraba por su hermano. Pero ahora, con la certeza de que habían recibido una gran herencia, estaba resentida y dolida, pues creía que la mujer había sido injusta con ella.

Rosario, con una mirada inquisidora, intentaba presionar a su hija para que hablase y confesase los motivos de la predilección de la fallecida. Candela, cabizbaja, se frotaba las piernas insistentemente, era consciente de que no podía seguir escapando de su pasado. Levantó la cabeza para enfrentarse a la mirada de desconcierto de sus hijos y a sus bocas entreabiertas y preparadas para lanzar el interrogatorio que hervía en sus pensamientos. Temía enfrentarse a una Sara enojada, que era astuta, cabezota y muy difícil de manejar cuando se empecinaba, «es igualita que su padre», pensó. Había

llegado el momento y no podía demorarlo más.

—Necesito hablar con vosotros. Vamos a la biblioteca —les propuso, afrontando sus curiosas miradas.

Cuando entraron en la sala que antaño se utilizó de biblioteca y cuarto de costura, Candela sintió añoranza de su niñez y adolescencia, que habían transcurrido entre aquellas paredes. Se acordó de Amalia y de la señorita Brígida, la institutriz. Los mismos libros, los mismos muebles… Le dio la impresión de que el tiempo se había detenido en aquella casa.

Se acomodaron en el sofá, de tela estampada en cachemir en tonos azules, y en los sillones a conjunto, los mismos en los que Candela y la señorita Amalia habían pasado tantos momentos contándose intimidades y dando vida a los chismes que corrían por las bocas de los habitantes del cortijo. En esa habitación en la que había aprendido sus primeras letras, observó los libros, llenos de polvo por falta de uso, que descansaban en las estanterías, los había leído casi todos. Detuvo la mirada en el de *Rimas y Leyendas*, de Gustavo Adolfo Bécquer, que era su preferido desde que fue su compañero durante aquella espera en aquel antro del puerto de Málaga.

Tomó asiento en el sillón que quedó libre y acomodó el maletín, tumbado encima de su regazo. Mientras lo miraba, lo acariciaba. Contenía la historia de su vida. Toda su familia estaba pendiente de sus movimientos, esperando que les aclarase las dudas que el testamento había generado. Amaba a sus dos hijos, tan diferentes: Sara, con su melena castaña a la que le salían mechas rubias en verano, piel blanca y rosada, ojos pardos y expresivos, alta y delgada como un espárrago. Sonrió al recordar todo lo que comía y no engordaba un solo gramo. Ella pensaba que era debido al nervio que empleaba en todos los quehaceres que acometía en su vida. Luis era robusto, de pelo negro, piel aceitunada y ojos marrones. Pero, al contrario que su hermana, gozaba de temple. Para ella lo eran todo y se merecían conocer sus secretos.

—Hijos, hoy os ha tocado vivir unos sucesos difíciles de entender. Durante mucho tiempo he temido que llegase el momento de enfrentarme a vosotros y tener que contaros una parte de mi pasado que enterré y que me ha costado mucho volver a recordar para que podáis comprender lo que hoy ha ocurrido aquí. Pensé que este momento no llegaría nunca, pero no puedo privaros de que conozcáis vuestras verdaderas raíces. —Abrió el maletín, sacó de él dos paquetes envueltos en papel de estraza y continuó—: En este diario os cuento las razones que la señora Clara escondía para actuar de la manera que lo ha hecho. No quiero hablar del tema hasta que lo hayáis leído. Los dos son idénticos y vosotros los vais a elegir.

—Ya es hora de que los chicos conozcan la verdad —interrumpió la

abuela.

Candela les acercó los dos paquetes idénticos y sus hijos los cogieron aleatoriamente.

—¿De verdad son iguales? —preguntó Sara, arrugando la nariz.

—Claro que son iguales, tú siempre tan desconfiada —y murmuró —: igualita que su padre.

—Mamá, que te he escuchado —protestó Sara.

Candela miró a su hija y pensó «eso es mío».

—Tengo más noticias —anunció Candela, respiró profundamente, los observó y les comunicó—: mañana me tomo unas vacaciones, iré a Madrid y allí cogeré el primer vuelo que salga hacia Nueva York. Cuando vuelva, os aclararé las dudas que os surjan mientras leéis mi diario, aunque creo que lo he dejado todo muy claro. He intentado ponerme en vuestro lugar haciéndome las preguntas que os pudieran surgir y pienso que están contestadas.

—Mamá, no logro entender tu comportamiento. Entonces… ¿huyes para no aclararnos las dudas que nos surjan? —preguntó Luis.

—No huyo, hijo, al contrario. Voy a hacer algo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo. Voy a escribir el final del diario. Además, no creo que os surjan dudas pues tenéis a vuestra abuela para que os aclare lo que necesitéis. Ella conoce vuestra historia igual o mejor que yo misma.

—No le hagáis caso. Yo no me acuerdo de nada y, además, nosotras estuvimos muchos años separadas —se defendió la abuela, echándole una mirada severa a su hija.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —preguntó Luis.

—El que necesite.

3
LOS VERBOS

Cañaíllas de Albaida, 30 de septiembre de 1934

Mis padres ejercían de caseros en el cortijo La Majala situado en la sierra de la Axarquía, Málaga. Habitábamos una pequeña casa, situada lo suficientemente cerca de la casa grande de los dueños, para que así nos tuviesen a su disposición cuando les conviniese.

Cada día por la noche, cuando ya estábamos tumbados en nuestros camastros de paja y cáscaras de panocha, mi madre le contaba a mi padre las habladurías sin importancia que corrían entre los trabajadores del cortijo: que si la cocinera y el mozo de las cuadras hablaban mucho, que si la señora comía poco y a su hija no le entraban las letras. Hablaba lento y casi susurrando. Cuando ella pensaba que ya había pasado un tiempo prudencial y me creía vencida por el sueño, bajaba más la voz y comenzaba a relatarle los planes de lo que estaba preparando para mí.

Ella, con tanto trabajo, no había reparado en que mi sueño era frágil y necesitaba pocas horas para reponer fuerzas. El chamizo en el que vivíamos era un rectángulo con cortinas por puertas, con paredes de adobe tan delgadas que los secretos se filtraban por sus grietas y recorrían todas las estancias. De pequeña, cuando la profesora nos contó a la señorita Amalia y a mí el cuento de los tres cerditos, empecé a rezar para que el lobo no viniese y soplase porque estaba convencida de que en dos intentos lo tiraría.

Mi madre hablaba entre suspiros y fuertes respiraciones, expresando de esa forma su preocupación, pero aquella noche había algo diferente en su voz que, en aquel momento, no supe descifrar y ahora sé que era el miedo, miedo a que me hicieran daño, miedo a que sufriese. Y la escuché perfectamente, igual que si estuviese junto a ellos.

—Pepe, la niña está creciendo muy rápido y cada día que pasa estoy más preocupada. He podido juntar bastante dinero con los extras de cada mes.

—Un día de estos te pillarán y nos buscarás la ruina a todos —la interrumpía mi padre.

—Solo son unos cuantos dulces, alguna morcilla y unas pizcas de harina; ellos ni lo notan. Y así he podido reunir el dinero para el pasaje de la niña.

—Solo espero que la gente a la que le vendes todas esas pizcas sin importancia, tal como tú dices, no te delaten.

El hombre ni se imaginaba que, en más de una ocasión, su Rosario salía de la casa de los dueños con una cesta bien llena de morcillas, tocino y jamón, todo ello cubierto por ropa que decía se llevaba a su casa para remendar. Incluso me alentaba para que cogiera, sin ser vista, terrones de azúcar, mantecados y dulces varios que la cocinera le preparaba a la señora para los desayunos o las meriendas. Me daba una bolsa de tela, cosida por ella, que parecía un pañuelo, para que los escondiera. Por fin, había descubierto qué hacía con ellos, porque yo ni los veía ni los cataba.

Nos levantábamos al alba todos los días, desayunábamos un cuenco de leche recién ordeñada de nuestra cabra y una rebanada de pan. Nosotros teníamos algunos privilegios que nos diferenciaban de otros trabajadores de la finca: se nos permitía tener un pequeño huerto, una cabra y dos gallinas, de las que mi madre sacaba buen rédito vendiendo los huevos y parte de la leche.

Después, toda la familia al completo nos dirigíamos a la casa grande. Durante las mañanas, ayudaba en la cocina. Lo que más me gustaba era hacer los postres: arroz con leche, tocinillo de cielo, leche frita, pestiños y roscos. La cocinera me decía que tenía muy buena mano para la repostería y se despreocupaba de ello dejándome al cargo. Así me era más fácil despistar en la bolsa una parte de las pastas.

Mi madre se encargaba de servirles el desayuno a los señores. Andaba por la casa como si fuese suya. Movía su cuerpo con sigilo, con armonía y gracia angelical. Cuando caminaba, me daba la impresión de que no tocaba el suelo. Ahora, cuando lo recuerdo, pienso que en su juventud debió de haber sido una buena bailarina, aunque nunca la llegué a ver bailar ni jamás la escuché cantar, a pesar de que, en una ocasión, la cocinera me contó que de soltera era muy cantarina, bromista y hasta zapateaba. Era una mujer de complexión fuerte y musculosa, de caderas anchas, cintura pequeña y pechos redondos, donde me gustaba acurrucarme mientras me sentaba en su regazo y ella me mecía ligeramente besándome la cabeza. No nos parecíamos en nada, excepto en el marrón de los ojos: ella de pelo grueso, negro y liso, ojos profundos, piel aceitunada y sedosa. En cambio, yo nací con la piel blanca, ojos almendrados, pelo dorado, rizado y encrespado. A mi padre le apodaban *El mañico*, porque era de

Teruel. De complexión recia, sus piernas arqueadas eran motivo de bromas por parte de los trabajadores porque, según ellos, nada más nacer lo habían montado a caballo. Tenía la piel ajada, que le añadía años de más, resultado del trabajo a la intemperie en los duros inviernos de su tierra natal; de pelo oscuro, ojos pequeños y marrones. Buena persona y muy trabajador, siempre me pregunté qué vio mi madre en él, taciturno y frío. Eso sí, la adoraba. Lo que ella mandaba iba a misa.

Después de comer, cuando terminaba de ayudar a recoger la cocina, se me permitía asistir a las clases que una institutriz, contratada en Málaga con buenas referencias, impartía a la señorita Amalia. Nuestros respectivos padres nos habían prohibido relacionarnos después de las clases y durante ellas la maestra se encargaba de que no lo hiciéramos. La señorita era astuta y siempre se las ingeniaba para que pudiésemos vernos a escondidas. Teníamos la misma edad, ella acababa de cumplir los quince años y yo los cumplí en junio, las dos tan blancas y rubias, aunque ella siempre tan bien peinada, presumía de rizos perfectos, recogidos en una bonita cola, con una cinta aterciopelada, siempre del mismo color que su vestido. De vez en cuando se le escapaba un mechón ondulado y rebelde que le caía por la cara. A ella no le molestaba y miraba a través de él, con esos ojos verdes igual que los de su madre. A veces, me imaginaba que era ella y que no llevaba el pelo recogido con un trozo de cordel, aprovechado del que sobraba de atar los sacos de harina. Mi madre me lo cepillaba y este se encrespaba.

A la señorita no le gustaba estudiar y se hacía la remolona. Esa tarde la profesora se enfadó con Amalia porque nos tocaba una clase de francés, en concreto la conjugación del verbo *être*, y se equivocó en varias de las respuestas. Entonces la castigó y me quedé sin compañera de juegos. Cuando terminé de responder las preguntas a doña Brígida me dijo:

—Anda, vete, que la señorita Amalia y yo hoy tenemos trabajo extra.

Egoístamente no me importó que la señorita se tuviese que quedar el resto de la tarde en la biblioteca, así tendría a Eduardo para mí sola. Era una auténtica pesadilla compartirlo con ella. En ocasiones me daba la sensación de que les molestaba, porque ellos mantenían conversaciones sin incluirme.

Me dirigí a las cuadras. Eduardo siempre estaba entre los caballos y las mulas, lavándolos, peinándolos o sacándolos a pasear. Su padre decía que sería un buen yuntero. Me gustaba verlo trabajar como a un hombre y me imaginaba un futuro a su lado. Él estaba encerrando a la nueva adquisición del padre de Amalia: un potro de pelo negro brillante y elegante, de pura raza andaluza. Cuando me vio, sonrió y

preguntó:

—¿Ya habéis terminado las clases?

Asentí con la cabeza.

—Entonces, esperadme en el sitio de siempre que ahora voy —lo preguntó en plural porque pensaba que la señorita, como siempre solía hacer, se uniría a nosotros unos minutos más tarde.

Tomé el sendero hacia el río canturreando y dando saltitos. Eduardo había construido una pequeña cabaña, oculta entre arbustos, y la utilizábamos para reunirnos los tres y no ser descubiertos. A él también le habían prohibido relacionarse con la señorita Amalia.

Me senté en un tronco de madera en la puerta de la cabaña y le vi llegar con las manos metidas en los bolsillos, la camisa arremangada y la gorra marrón ladeada, que dejaba asomar unos mechones de su pelo ondulado y trigueño. Le daba el sol y engurruñó sus oscuros ojos.

Nos tumbamos en la hierba, él cogió un tallo fino y tierno y se lo puso en la boca. Como siempre, empezó a contar sus planes para ser torero y sacar de pobres a su familia. Me enteré por mi padre de algo que nunca nos contó, daba tanto la murga con ese cuento en los establos que un día su padre y otros mozos lo acompañaron a la plaza de toros de Málaga a torear unas vaquillas, cuando se vio delante de ellas, tembló de miedo y salió corriendo. El hombre lo explicaba con pena, porque los otros peones a sus espaldas se burlaban de él. Sacó otro de sus temas preferidos, las ideas políticas metidas en su cabeza por un tío suyo, de parte de madre, y me decía:

—Pronto llegará el día en que todos seremos iguales, expropiaremos las tierras a los señoritos y las repartiremos entre los que las trabajan, que es a quien tienen que pertenecer.

Como estaba cerca de él, escuchaba y asentía, pensaba que era el chico más inteligente, además de guapo, del mundo. Me puse de mal humor cuando estropeó la magia del momento diciendo:

—Sí que tarda Amalia, en venir.

—No sé cuándo la dejará libre la maestra. Tenía una lección por terminar.

—Estoy seguro de que la señorita Amalia la terminará muy rápido —se le escapó una sonrisa—. Es tan lista —añadió.

—Esta tarde nos ha tocado una clase de francés y la maestra la ha castigado, tiene que escribir diez veces los tiempos de los verbos que se tenía que saber y, si no se los aprende, los seguirá copiando hasta que se los sepa. Doña Brígida es muy severa —chismorreé con una dosis de mala intención.

—¿Qué ha pasado contigo?, ¿te ha dejado por imposible y te ha echado? —Esas palabras me dolieron.

—No, me he sabido todo lo que me ha preguntado a la primera. Era muy fácil.

—Seguro que has tenido suerte —dijo mirando unas nubes blancas como el algodón.

Me puse en pie de un salto y me marché con los labios fruncidos sin despedirme. Él se quedó mirando al infinito como si nada. Había dejado claro que le daba igual. Solo me quería para soltarme sus discursos sobre la revolución de la clase obrera y para que le hablase de la señorita Amalia. Mientras tanto, él suspiraba, y a mí se me encogía el alma de pena por no ser correspondida.

4

EL ALCALDE

Al día siguiente, cuando entré en la biblioteca donde la institutriz nos impartía las clases, ella me miró de arriba abajo, hizo una mueca de hastío, arrugó la nariz y me preguntó:

—Señorita Candela, ¿se sabe usted la conjugación del verbo *avoir*? —asentí con la cabeza—. Pues ya puede marcharse.

Cuando salí la escuché murmurar:

—¡Qué rara es esta niña!

—Un poquito rara sí que es. Debe de ser por culpa de su enfermedad, los lisiados tienen muchos complejos —añadió la señorita Amalia, haciéndose la interesante. Y yo que pensaba que era mi amiga...

La profesora no se había molestado ni en preguntarme la conjugación del verbo, la muy engreída. Si supiera los chismes que suscitaba entre el personal doméstico del cortijo, no estiraría tanto el cuello. Se rumoreaba que tuvo un novio que estaba tan cansado de sus exigencias que se embarcó rumbo a Argentina prometiendo que volvería a por ella, pero se le había pasado el arroz esperando.

Escuché los pasos de mi madre a mi espalda, ligeros como plumas, flotando sobre el suelo, que avanzaban hacia mí.

—Candela, tenemos que hablar —bisbiseó. Me di la vuelta y caminé a su encuentro. Ese "tenemos que hablar" me daba miedo. Algo estaba tramando.

—Hoy no te quedes enredando con el hijo de Martín y, cuando llegues a casa, pones la olla grande bien llena de agua a la lumbre, que te toca baño.

—Pero si no es domingo.

—No protestes y escúchame. Mañana por la mañana no vendremos a trabajar, tenemos hora con el médico —hablaba en voz alta como si quisiera que toda la casa se enterase de lo que íbamos a hacer—. Acompáñame a la cocina que te tengo que dar unas cosillas —esto último lo dijo susurrando.

Me confió su cesta de ropa para remendar. Habíamos elaborado

hojaldres rellenos de crema, los podía oler ocultos entre los tejidos.

Pasé por la cuadra a buscar a Eduardo, pero no lo encontré. Entonces me encaminé al río. Estaba segura de que me esperaba en la cabaña como muchas tardes. De lejos escuché risas, afiné el oído y por el tono los reconocí: eran Eduardo y Amalia. Me pregunté qué excusa se habría inventado para que la señorita Brígida la hubiese dejado salir antes de hora y sin saberse los verbos. Cuando estaba cerca, escuché a Eduardo decir entre carcajadas:

—¡Qué bien la imitas!

—Es que con ese artilugio que lleva puesto va más recta que una vara.

Me quedé paralizada. La señorita Amalia no solo me llamaba lisiada, sino que también se dedicaba a imitarme y a reírse de mí. Me disgusté, ya que la consideraba más que una amiga, mi hermana. La admiraba. Siempre olía a esencia de azahar, era graciosa y alocada por igual, creía en la justicia y Eduardo le estaba llenando la cabeza de ideas políticas aprendidas en las reuniones clandestinas a las que asistía con su tío en Frigiliana.

Lo que más me molestó fue la complicidad que Eduardo compartía con ella y cómo la miraba, Amalia no era más rubia ni tenía la piel más blanca, éramos parecidas. La diferencia estaba en su forma de vestir y sus peinados en concordancia con lo que era, la hija del dueño del cortijo, una señorita.

Esa noche no me apetecía escuchar la misma conversación de siempre de mi madre, pero, aun tapándome los oídos, penetraba el sonido de su voz dentro de mi cabeza. Pensaba que el hecho de escuchar hasta el ruido que hacía cuando masticaba era debido a haber pasado nueve meses en su vientre. Cuando comíamos, una al lado de la otra, en ocasiones me apartaba. Cada bocado que daba era una pesadilla para mis oídos.

—¡Qué ganas tengo de que la niña embarque para las Américas! Mi hermana dice que la pondrá a trabajar con ella en la tienda, allí tendrá oportunidades y se podrá labrar un buen futuro.

—Sí, claro —contestaba mi padre.

—¡Qué suerte ha tenido de que su marido trabajase en la construcción de navíos y, a través de un amigo, le ofreciesen el trabajo en Nueva York! La niña estará muy bien con ellos. Ya queda poco para que tengamos todos los documentos y pueda embarcar.

—¿Cuándo se lo piensas decir a ella?

—Cuando esté todo a punto. No vaya a contárselo a la señorita Amalia o al hijo de Martín que son muy amigos, y llegue a oídos de don Rafael y nos lo fastidie.

—Cuando se entere, se molestará por no haber confiado en él.

—Es cierto. No me fío de ese hombre.

Por el pequeño crujir de su colchón, supe que mi madre se había dado la vuelta y que la conversación había terminado.

Al amanecer de la mañana siguiente, me despertó mi madre.

—Candela, Candela —susurró mientras me acariciaba el brazo, que estaba por encima de la sábana, para que despertase. Nos teníamos que ir a Canillas que estaba a media hora de camino andando desde el cortijo.

Fue el primer día que, en lugar de cepillarme el pelo, lo peinó con sus dedos untados en aceite de tomillo. El cabello encrespado que llevaba siempre se moldeó en unos rizos que ella sujetó con un lazo de raso azul en vez de utilizar la cuerda de atar sacos. Abrió la maleta donde guardaba los vestidos que, por usados o porque no le gustaban, la señorita Amalia desechaba, y eligió para ese día uno azul celeste.

El vestido me hubiese quedado mejor sin el corsé ortopédico, de láminas de hierro forradas con vendas, que llevaba puesto desde los once años. Un buen día mi madre apareció con él y me obligó a ponérmelo explicándome:

—A partir de ahora, empezarás a crecer y te tienes que poner este corsé para que no te salga joroba porque tienes la columna desviada. Es una pena que hayas heredado la enfermedad de mi abuela, esa de la que te he hablado muchas veces, a la que apodaban la Jorobá porque andaba encorvada —se lamentaba y lo contaba con verdadera pena a todos los trabajadores del cortijo para que entendieran la razón de por qué su hija andaba rígida y con los hombros hacia atrás.

Los primeros meses que me puse el corsé sufrí mucho, pesaba y me llagó diferentes zonas del cuerpo, pero mi piel se fue habituando y las rozaduras se convirtieron en callos, tal y como vaticinaba mi madre cada vez que me quejaba. Me acostumbré a las furtivas miradas de lástima de la gente al verme caminar tiesa, igual que un palo de escoba. Parecía una niña lisiada, como me llamaba la señorita Amalia burlándose, creyendo que no la escuchaba.

Pensé que ese día el médico me quitaría el corsé para siempre y dejaría de aplastarme los pechos que empezaban a querer brotar, pero, cuando llegamos al pueblo, la dirección que tomamos no fue la de la consulta del doctor, sino que nos fuimos directas al ayuntamiento. Una mujer, que debía de ser una funcionaria, cuando nos vio, nos hizo pasar a una sala de espera. Mi madre me estrechaba la mano, inquieta, mientras me sonreía con los ojos. A los pocos minutos, salió a recibirnos don Gerardo, el alcalde del pueblo, trajeado, de pelo moreno y repeinado hacia atrás. No estaba acostumbrada a ver señores tan bien vestidos, ni siquiera don Rafael se arreglaba tanto, y me deslumbró. El hombre nos dedicó una bonita sonrisa, era de facciones agradables y estrechó la mano a mi madre con mucha galantería, luego nos acompañó a su despacho.

—Rosario, ¡cómo ha crecido tu niña! —dijo mirándome, mientras nos invitaba a tomar asiento.

Tocaron a la puerta y entró el fotógrafo del pueblo. Era la primera vez que me hacían fotografías. Mi madre sacó del bolso unos documentos firmados por mi padre y se los entregó a don Gerardo.

Cuando el fotógrafo hubo terminado, recogió sus cosas y se marchó. Mi madre me acompañó a la salita y me dijo:

—Espérame aquí mientras arreglo un asunto con don Gerardo. —Entró de nuevo en el despacho y escuché pasar la llave.

Durante los quince minutos que estuve en la sala de espera del ayuntamiento, escuché al alcalde jadear igual que lo hacía mi padre las noches de los sábados. Mi madre salió del despacho despeinada y con la ropa desarreglada. Entonces caí en la cuenta de que ese día se había bañado, perfumado y llevaba aquel vestido que únicamente se ponía cuando íbamos a Málaga. Me hizo un gesto para que me acercase, me cogió de la mano y nos fuimos.

Al llegar a casa me volvió a cepillar el pelo y me hizo la coleta con el cordel deshilachado de siempre, guardó el vestido azul y me dio la bata a cuadros grises que ella confeccionaba con un patrón más apropiado para un saco que para una prenda.

Listas para regresar a la rutina, nos fuimos hacia la casa grande a toda prisa. Tendríamos que recuperar todo el tiempo que habíamos faltado.

—Si te preguntan, dices que hemos estado en el médico. A nadie le importa lo que hemos ido a hacer.

—¿Qué es lo que hemos ido a hacer?

—Cuando llegue el momento, te lo contaré. Por ahora, cuanto menos sepas mejor para ti —me contestó, cogiéndome de los hombros y achuchándome como solo ella sabía hacerlo.

—Pero ya soy mayor —protesté.

—No hay peros que valgan. Anda, vamos a darnos prisa, que se hará tarde y ya sabes que la señora, si no le llevo yo la comida, no come, y hoy me temo que no habrá desayunado.

Doña Clara se pasaba los días encerrada en su habitación. Sufría de fobia a las cucarachas y se le metió en la cabeza que el cortijo, excepto su estancia, estaba invadido por ellas. Para matar el tiempo, se dedicaba a confeccionar colchas y tapetes de ganchillo que solía regalar a mi madre y que ella a su vez lo vendía a la mujer de un quincallero en la temporada que acampaban en unos terrenos cerca del río.

5
LAS ARRAS

Estaba en la cocina atareada enrollando la masa de los roscos de vino para que quedasen homogéneos. Me gustaba presentarlos en la fuente de porcelana china bien ordenados y era más fácil si todos tenían el mismo tamaño. La voz de la señorita Brígida me asustó y el rosco al que estaba dando forma se desarmó y quedó igual que un tejeringo.

—Señorita Candela, esta tarde no hace falta que venga a la biblioteca —me anunció. Y se marchó rauda.

Eso significaba que la señorita Amalia estaría ocupada repasando los verbos y yo tendría toda la tarde libre. Aunque no lo había mencionado, estaba segura de que eso era lo que iban a hacer. La cocinera y su ayudante trajinaban en la despensa y ni llegaron a ver a la institutriz. Pensé que era una oportunidad de demostrarle a Eduardo que yo también podía ser una señorita igual que Amalia.

Cuando terminé de comer, seguí la misma rutina de todos los días: recogí la mesa, barrí el suelo y luego besé la mejilla de mi madre para indicar que me iba a mis clases. Salí al pasillo y, por si alguien miraba la dirección que tomaba, me dirigí a la biblioteca, pero pasé de largo y entré en el jardín. Segura de que nadie me había visto, me fui corriendo a casa. Saqué la maleta de debajo de la cama de mis padres, la que guardaba los vestidos desechados por la señorita Amalia y que la señora Clara entregaba a mi madre. Cogí el mismo vestido que me había puesto el día anterior para ir a aquella extraña visita al ayuntamiento. Me unté las manos con el aceite de tomillo que mi madre guardaba en la balda de un armario minúsculo suspendido en la pared, di forma a mis rizos igual que había hecho ella y los recogí con el lazo usado que todavía olía a mí. Bien peinada y con ropa elegante, parecía una señorita rica y guapa. Lo que estropeaba la delicadeza de mi figura era el incómodo corsé que escondía mis adolescentes curvaturas.

Caminaba con cuidado para que los zapatos no se empolvasen con la tierra del camino. De vez en cuando me paraba y deslizaba las manos por la falda del vestido y acariciaba la ligereza del organdí con

que estaba confeccionado. Mientras andaba, pensaba que, al llegar a la cabaña, me sentaría en el columpio de madera que Eduardo había sujetado de una de las ramas del árbol que cobijaba nuestro secreto, esperaría a que llegase y así le daría una sorpresa.

Estaba tan ensimismada pensando en deslumbrar al chico que me había robado el entendimiento que no lo vi hasta que lo tuve casi pegado a mis narices, tambaleándose y riéndose de forma grotesca. Llevaba torcida la gorra de cuadros que usaba a diario, excepto cuando viajaba por negocios que la cambiaba por una nueva de color marrón. Don Rafael, el padre de Amalia y dueño del cortijo, venía de una cacería y cuando terminaban solían asar un choto en medio del campo y acompañarlo de ingentes cantidades de vino y licor.

El hombre, sin darme tiempo a reaccionar, de un zarpazo me agarró con violencia por la muñeca, intenté zafarme y no sé de dónde sacó la fuerza en esas condiciones de ebriedad, para darme un bofetón con la mano libre que deshizo el lazo de mi cola. Me apretaba tan fuerte con sus manazas grasientas que me parecieron garras de una alimaña que me arrastraban hacia la casa. Le di unas cuantas patadas y él volvió a abofetearme con toda su saña. Cuando llegamos a la puerta del cortijo me tapó la boca con su zarpa. Intenté morderle, pero era una mano robusta y de piel dura, y él ni se inmutó. Empujó la puerta de su despacho de una patada y entramos a trompicones. Al quitarme la mano que me apretaba la boca, chillé con todas mis fuerzas. Entonces, me pegó un puñetazo que me lanzó contra el suelo; la cara me ardía y notaba cómo palpitaba el párpado sobre mi ojo.

—¡Levántate y quítate la ropa! —ordenó.

Al darse cuenta de que no me movía, se colocó a horcajadas sobre mi frágil cuerpo aplastándolo y clavando los hierros del corsé en mis costillas. Se pegó a mi cara, olía a sudor rancio y su nauseabundo aliento a agrio, me dieron arcadas. Agarró con fuerza el vestido por el cuello y tiró con inquina. Noté cómo se desgarraban los ojales que sujetaban los botones y la tela se abría para ceder hecha girones.

Mi secreto quedó a la vista del cacique, se le borró la sonrisa libidinosa con la que me había estado mirando y la cambió por una mueca de asco cuando vio el corsé que cubría mi tronco; se puso en pie y mirándome desconcertado balbuceó:

—¿Qué es eso que llevas puesto?

Respiré cuando me di cuenta de que el armatoste del que constantemente tanto me quejaba estaba evitando que fuese ultrajada.

—Son ciertos los rumores, eres una lisiada —murmuró, mirándome con desprecio.

De repente, se derrumbó dándose de bruces contra el suelo. Detrás de él estaba mi madre sosteniendo en alto la mano del almirez de bronce con la que, con todas sus fuerzas, había golpeado la cabeza de

don Rafael, dejando olor a ajo por toda la estancia. Esa noche no cenarían ajo blanco.

Asustada y temblando me abracé a mi madre. Ya segura en sus brazos, comencé a llorar. Acto seguido me despegó de su pecho cogiéndome fuerte de los brazos y mirándome a los ojos me reveló:

—Ha llegado el momento de marcharte.

—Tengo miedo y no quiero irme a ninguna parte sin ti —le supliqué llorando, impotente y temerosa. Había llegado el momento en el que se iba a cumplir todo aquello que escuchaba por las noches pensando que nunca se haría realidad. Ella lo tenía perfectamente planificado.

—En estas tierras no tienes futuro y si te quedas lo que te espera es trabajo duro, pobreza y señoritos aprovechados como don Rafael. —Me cogió fuerte por los hombros y continuó—: Tienes una buena oportunidad, la que yo hubiese querido tener y no me dieron. Es tu obligación aprovecharla.

—No quiero separarme de mi familia —repliqué desesperada. No los volvería a ver y perdería a Eduardo, no quería marcharme.

—Escúchame atentamente —me ordenó zarandeándome un poco y apretándome con tanta fuerza que me hacía daño—. No tenemos tiempo y tienes que huir, pero ya. Vete a casa y saca la maleta de debajo de mi cama. Después desatas la mula que está en la era, te vas a ver al alcalde y le cuentas todo lo que ha pasado esta tarde. ¿Te acuerdas de él?, ¿verdad? Él sabrá qué hacer y te ayudará.

Nos abrazamos y besamos; fue una despedida fugaz y dolorosa. Seguidamente y con premura me acompañó a la puerta del despacho. El amo empezaba a emitir sonidos quejosos y ella me empujó para que abandonara el lugar. Me hubiese gustado despedirme de mi padre, pero era arriesgado y si lo hacía, tenía claro que no me iría nunca de allí. Según había dicho mi madre en muchas ocasiones, las mujeres de mi familia estaban condenadas en esas tierras y el motivo de que yo me marchase era romper esa cadena.

Dolorida en cuerpo y alma, me cambié de ropa, poniéndome con dificultad el corsé de recambio, uno más nuevo que usaba en ocasiones especiales y, tal como me aconsejó mi madre, me vestí discreta. Con apuro cargué la maleta en una de las alforjas de la mula y monté en ella rumbo al pueblo.

Entré en el ayuntamiento magullada y temblando. Casi no me salían las palabras cuando pregunté por el señor Gerardo Olaya Bueno. La secretaria de la puerta fue en su busca y al momento volvieron los dos. El hombre me hizo entrar en su despacho y allí, mientras le contaba lo sucedido, me desplomé y lloré amargamente. Me consoló y mandó que trajesen una tila. Se encendió un cigarrillo mientras esperaba a que tomase la tisana y daba paseos cortos por su

despacho. Cuando terminé, el hombre se sentó frente a mí con un sobre y varios papeles.

—Candela, atiende bien a lo que te voy a explicar —guardó unos segundos de silencio—. Aquí tienes toda la documentación que necesitas para salir del país: el permiso de tu padre, un certificado de buena conducta y conforme no tienes antecedentes penales; una carta en la que tu tía se compromete a acogerte y darte trabajo en Nueva York. Estos papeles son muy importantes y no debes perderlos de vista en ningún momento. Sin ellos no te dejarían entrar en América. Debemos marcharnos a Málaga y buscar dónde hospedarte mientras esperamos al primer barco, destino Nueva York, que atraque en el puerto y puedas subir en él.

—¿Usted me acompañará?

—No te preocupes. No te dejaré sola. Me quedaré contigo hasta que el barco zarpe.

—Todo esto ha ocurrido por desobedecer. Si hubiese hecho caso a mi madre, ahora no me encontraría en esta situación.

—Tu madre ya sabía que lo que ha ocurrido hoy iba a pasar en algún momento, por eso tenía preparada tu marcha —me decía mientras abría el primer cajón y sacaba unos cuantos billetes—. Este dinero debes guardártelo en un sitio seguro, te podrá servir en el barco, pero en América no tiene valor.

El alcalde se aflojó el cuello de la camisa y asomó una cadena de oro que desabrochó para sacar una diminuta llave que pendía de ella, se levantó y fue hacia la librería donde todos los anaqueles estaban repletos de tomos de registros, ordenados alfabéticamente. Cogió los dos del medio y los dejó encima de la mesa. Detrás había una caja de caudales que abrió. Sustrajo una bolsa de tela marrón atada con un lazo de raso y me la entregó.

—Son las arras de la boda de tu madre, son de plata y desde hace generaciones han pertenecido a vuestra familia.

—¿Por qué las tiene usted?

—Porque tu madre me las confió para que te las entregase.

Luego se guardó la llavecita en el bolsillo del pantalón, dio la vuelta a la mesa, se puso frente a mí y me colgó su cadena de oro advirtiéndome:

—Procura que no te la vean, por menos le han cortado el cuello a más de una persona y en tu situación tendrás que ser prudente, viajarás sola y eres una mujer, ten en cuenta que hay mucho aprovechado. Escúchame bien —dijo tocándose el cabello, luego me miró fijamente y noté preocupación en sus ojos—, voy a darte unos consejos que te pueden evitar problemas: no llames la atención e intenta pasar desapercibida; no hables si no te preguntan y cuando lo hagan sé escueta; escucha, pero no seas chismosa; aléjate de las

personas de mala reputación. ¿Lo has entendido?

Aunque era demasiada información y me costaba asimilarla con el dolor que me estaba presionando las sienes, lo había entendido.

6

EL EMBARQUE

Don Gerardo me pasó el brazo por los hombros, me arropó con ternura y caminamos hasta la puerta de salida del ayuntamiento. Ordenó a un mozo que trajera un carruaje, cargase mi maleta y nos llevase a Málaga.

—¿Y la mula? —pregunté.

—No te preocupes por ella. Alguien vendrá a buscarla.

Hicimos el trayecto en silencio. El hombre, de vez en cuando, me miraba de reojo y arrugaba el ceño. A medida que nos acercábamos a Málaga, el dolor en el pecho, que comenzó en el momento en el que me senté en el carruaje, fue creciendo hasta llegar al estómago y provocarme arcadas. No podía parar de pensar en que me marchaba lejos y nunca más volvería a ver las casas encaladas de los pueblos de la Axarquía ni a mi familia. No había hecho nada y tenía que huir como una delincuente.

El carruaje se detuvo delante de una pensión del puerto, cerca de donde partían los trasatlánticos. Nos atendió un hombre corpulento, le brillaba el pelo pegado a su cabeza redonda, pensé que se peinaba con aceite, pero cuando se acercó para darle a don Gerardo la llave de la que sería nuestra habitación, por el mal olor que despedía, percibí que era su propia grasa la que moldeaba su cabello. Si la señora Clara hubiese puesto un solo pie en ese hostal, le habría dado un ataque de pánico de los suyos. Mi madre una vez me contó que no siempre tuvo fobias y se casó muy enamorada de don Rafael, pero él la defraudaba continuamente. Aquel día añadió susurrando:

—Es una mala persona y un animal.

—¿Qué ha dicho, madre? —pregunté con la intención de que lo repitiera y explicase el motivo de haber insultado al señor.

—No he dicho nada —me contestó y dio el asunto por zanjado.

De camino al cuarto escuché unos ligeros crujidos a cada paso que daba. Provenían de debajo de mis pies. Cuando el alcalde abrió la puerta de la que sería nuestra habitación, salió una tenue luz que iluminó el pasillo y la visión fue deprimente: el suelo era un

cementerio de cucarachas espachurradas. Entré en aquellas cuatro paredes, impregnadas de moho y manchas de flemas, me detuve delante de la cama y me pregunté: «¿Cuántas personas habrán dormido en estas sábanas?». Olían a inmundicia.

Don Gerardo arrugó la nariz y se marchó para regresar a los pocos minutos con una mujer que cambió la ropa de la cama y adecentó, en lo que pudo, el cuchitril a cambio de unas monedas.

Tuve suerte de tener que estar confinada en aquella habitación solo tres días. De vez en cuando, una camada de ratones asomaba el hocico por el agujero de una de las esquinas y me entretenía ahuyentándolos. El alcalde me trajo un libro: *Rimas y Leyendas*, de Gustavo Adolfo Bécquer, para que me distrajese. Fue mi salvación durante el encierro. La institutriz de Amalia no nos lo dejaba leer. Decía que ese autor nos podía abocar a la melancolía. Era ella la melancólica, resentida por un amor frustrado. Pensé en Eduardo y en ese momento me prometí que volvería hecha una señorita y lo conquistaría.

Al cuarto día, don Gerardo, como todas las mañanas, salió temprano. Fue a confirmar la llegada del barco que esperaba y tenía como destino Nueva York. Uno de los pocos navíos que el gobierno todavía no había confiscado acababa de entrar en la dársena. Un trasatlántico que zarpó de Barcelona e hizo escala en Málaga. El alcalde había movido sus influencias para conseguir un pasaje. El hombre me contó que el gobierno de la República estaba requisando barcos de compañías que no eran afines a su régimen y obligaba a cambiar el nombre a los que fueron bautizados con el de los miembros de la familia real.

El alcalde sostenía con una mano mi maleta y con la otra apretaba la mía con suavidad mientras aguardábamos en la cola para entrar en el barco. Mientras el hombre estuvo cerca me sentí protegida. Temía el momento en el que soltase mi mano y tuviese que seguir a solas. La fila avanzaba. De repente, don Gerardo se puso la mano en la frente dándose unos golpecitos, se giró y me cogió por los hombros.

—Candela, un día antes de desembarcar en Nueva York te quitas el corsé y lo tiras por la borda —me ordenó tajante con esa sombra de preocupación en su mirada que se le había instalado desde la llegada del barco.

—No puedo, me saldrá joroba —dije horrorizada, pensando en que iba a terminar como mi abuela la Jorobá.

—No puedes entrar en América con él puesto. Te declararían lisiada y te devolverían a España sin ni siquiera hacerte el reconocimiento médico. Si te hace falta seguir llevándolo, allí te lo dirán y te pondrán uno mejor.

—¿Quién le ha dicho que me lo tengo que quitar? —pregunté, desconfiando.

—Esta mañana, en la taberna que está cerca de la pensión, he escuchado la conversación de unos marineros y hablaban de la gente a la que le están denegando la entrada a América. Sobre todo, a los tullidos, lisiados, malnutridos y con aspecto enfermizo, los devuelven a sus países.

Asentí en silencio, nos abrazamos y lloré en su hombro. Don Gerardo era el último amarre con todo lo que dejaba atrás, y lo debía de soltar igual que soltarían el del barco para que zarpase hacia mi nuevo destino.

Entré en aquella ciudad flotante en fila india, cabizbaja, la mirada encharcada en lágrimas y con la maleta tan bien sujeta que, si la seguía apretando de ese modo, en breve me saldrían ampollas en las manos. Tuve que esperar un buen rato antes de poder acceder a las instalaciones porque una mujer y su hija, que estaban reclamando, no paraban de decir que habían pagado un pasaje de primera clase y las estaban dirigiendo a tercera, con nosotros, los inmigrantes pobres, la chusma, según ellas. Las habían engañado. No les dieron explicaciones. Únicamente se limitaron a invitarlas a desembarcar o a viajar en el lugar que les correspondía, el que se indicaba en su pasaje. Cuando se hubo calmado el alboroto, entregué la documentación que me había facilitado don Gerardo. Debía de estar muy bien hecha porque me la devolvieron al instante. Luego abrí el equipaje para que lo registraran. Hicieron ver que lo revisaban y me indicaron que me lo podía llevar. Detrás cacheaban a la gente según les parecía y les preguntaban que, si llevaban armas u objetos punzantes. En ese caso, les ordenaban que los depositasen en una caja habilitada para ese uso.

Me quedé en la cubierta, cerca de la barandilla. Desde allí podía ver a los que todavía estaban en la cola para embarcar y entre el gentío los distinguí, aunque iban mejor vestidos, bien peinados y aseados, los reconocí inmediatamente, eran los hijos de una de las familias que acampaba cerca del río con todo su clan. Llegaban con varios carromatos en la temporada de la recolección de la aceituna y se ofrecían como braceros. También reparaban todo tipo de ollas, sartenes y todo lo que tuviese que ver con la quincalla y la hojalata. Mientras los observaba, recordé sus nombres: Lola, que debía de tener mi edad, el pelo negro y ondulado, unos ojos grandes, marrones y rodeados de espesas y largas pestañas, y Nicolás, el hermano mayor, los dos de piel aceitunada como su madre. A los niños que vivíamos en el cortijo nos prohibían juntarnos con ellos. Nunca entendí por qué nuestras madres podían relacionarse y nosotros no. Mi madre se pasaba muchos ratos charlando con Dolores, la madre que, según se comentaba en la cocina, era una gitana que tuvo la mala suerte de enamorarse de un merchero que nació con todos los vicios habidos y por haber en este mundo, una mala pieza. La gitana encandilada se

fugó con él y su familia la repudió.

Entonces, vi a Lola que me señalaba y le decía algo a su hermano. Sentí vergüenza porque me había quedado pasmada mirándolos fijamente, me giré y los ignoré.

Todavía no habíamos zarpado y ya estaba mareada e indispuesta. Agarrada de la barandilla, la cabeza me daba vueltas. Pensaba en que ya no había marcha atrás, el vacío que comenzó en el estómago había recorrido todo mi cuerpo y estaba ocupando mi alma, dejaba mi tierra, mi familia y a Eduardo, el amor de mi vida. Me tendría que enfrentar a un idioma nuevo y vivir con una familia que únicamente conocía por las cartas que enviaban a mi madre. Mientras, con la mano, despedía al alcalde, que se quedó estático con los brazos caídos y la cabeza ladeada. Lloré de pena por todo lo que dejaba atrás mientras maldecía mi mala suerte.

Arrastrando la maleta y el ánimo, seguí como todos los demás las instrucciones de un hombre que nos indicaba hacia dónde teníamos que ir. Bajamos a los entrepuentes de las bodegas donde habían dispuesto literas para los emigrantes. Estábamos separados los hombres de las mujeres por unas gruesas cortinas. Miré a mi alrededor y aquello no era mucho mejor que la habitación en la que había dormido las últimas noches.

Pude elegir la litera de arriba, subí la maleta y la dejé a los pies, luego me tumbé encima de la manta, seguramente habitada por chinches, para que las otras pasajeras supiesen que estaba ocupada. Pensé que estaría más protegida durmiendo en alto. Al momento, llegaron las dos mujeres, las que habían timado. La hija no paraba de llorar y la madre de blasfemar entre susurros. Se las notaba nerviosas, asustadas y horrorizadas por tener que morar en semejante lugar. La última en entrar fue Lola y se acomodó en la litera que estaba debajo de la mía. Era la única que quedaba libre.

El mismo hombre que nos había indicado cuál era nuestro lugar y nos había explicado las prohibiciones, nos dejó muy claro que sobre todo penalizaba intentar el acceso a primera clase. Por mí podía estar bien tranquilo, allí no se me había perdido nada.

7

LOS LIMONES

Subimos a proa y la mayoría llevaban silla. Nuestras prisas nos hicieron saltarnos algunos consejos que me hubiesen servido para que la travesía resultara más agradable. Me senté en el suelo, pues me daba igual ensuciar el vestido tan feo, gris a cuadros, que llevaba puesto. Recogí mis rodillas con los brazos y apoyé la cabeza en ellos.

—En esa postura vas a ser la primera en marearte. —Levanté la cabeza y allí estaba ella tendiéndome la mano para que me incorporase, mientras me ayudaba siguió—: yo te conozco, tú eres Candela la hija de Rosario, la del cortijo de La Majala.

—Y tú Lola, la hija de Dolores —contesté.

—¿Has traído limones?

—No, ¿para qué iba a traer limones?

—Ya veo —murmuró—, los limones son para que no te marees. Si quieres, te puedo vender alguno de los míos, he traído suficientes.

La miré y allí estaba, recién embarcada, haciendo negocio con las incautas como yo. Por el modo en que me miraba, intuí que estaba pensando que además de lisiada era tonta.

—De acuerdo, te compraré unos cuantos.

—Te voy a dar unos consejillos —me dijo, levantando las cejas como si hubiese viajado toda su vida en barco—. Intenta comer lo menos posible del rancho que nos pondrán, Dios sabe con qué lo habrán guisado. Si lleva patatas, te las comes, lo peligroso es la carne que no se sabe de qué animal es y sobre todo bebe mucha agua con limón, cuando los exprimas no tires las cáscaras, te harán falta.

—¿Quién te ha explicado todo esto? —le pregunté, con cierta suspicacia.

—Son consejos que le dio un marinero a mi hermano, cuando estábamos en el puerto. —Giró la cabeza en dirección a un corrillo de hombres entre los que se encontraba Nico riendo y fumando.

La madre y la hija tampoco tenían silla. Caminaban en nuestra dirección acercándose a nosotras.

—Pobrecillas, las han timado en el puerto —le comenté,

mirándolas.

—¡Vámonos!, que vienen y se nos acoplarán, hay algo en ellas que me da mal fario —no me dio tiempo ni a reaccionar, me agarró del brazo y tiró de mí mientras me susurraba—: ahora cuando pasemos por delante de los hombres cojeamos.

—Lo que me faltaba, hacerme la coja, estás como un cencerro.

—Anda… hazme caso y hazte la coja, me lo agradecerás.

Cuando pasamos por delante de los hombres, escuché cómo uno de ellos, comentaba lo guapa que era la hija de la mujer que se lamentaba de haber sido engañada y lo mucho que le gustaría darse un revolcón con ella. Los demás se reían y, cuando repararon en nosotras, dijo en voz alta para que todos lo pudiesen oír bien:

—Mirad esas, cuando os digo que hay tocino y jamón. Habiendo jamón, ¿quién quiere tocino?

—A esas dos no las dejarán entrar en América por lisiadas, no sé ni cómo las han dejado subir al barco —añadió su compadre.

—Además de feas, cojas —apuntó uno rubio de nariz aguileña.

—Se están riendo de nosotras —le indiqué a Lola.

—Mejor —contestó.

—Pero tu hermano también se ríe.

—No saben que es mi hermano y no lo cuentes. No queremos que nadie se entere.

—¡Qué cosas más raras hacéis!

—Mi hermano es un poco raro y no quiero que me relacionen con él, por si se mete en algún lío.

—Entiendo.

—Puedo contar con tu discreción, ¿verdad? —dijo dándose cuenta de que había hablado de más.

—Desde luego, confía en ello —afirmé para que se sintiese tranquila.

Me sorprendió Lola, porque la gente de la Axarquía hablaba su propia jerga y arrastrando las palabras, pero ella no lo hacía, debía de ser porque su padre era castellano y se pasaba la mitad del año recorriendo las tierras de Castilla.

A la hora de cenar, nos fuimos al comedor y nos dieron una especie de sopa que regalé a un chico de aspecto introvertido que no se juntaba con el grupo de Nico. Lola se la acercó a su hermano.

Una vez de vuelta a las literas, Lola me dijo:

—Mi hermano quiere que busque un pañuelo grande o algún mantel. Este se piensa que puedo hacer magia.

Cuando le entregó la sopa, los observé cómo hablaban. En la pensión, por aburrimiento, me entretuve en revisar el contenido de la maleta y recordé haber visto un par de mantones de los que le dio una temporada por bordar a la señora Clara. Los saqué, revisé y

guardándome el más nuevo, aunque dudé si prestárselo, mostré el otro a Lola, era de seda y olía a esencia de azahar, la que usaba Amalia.

—Cógelo —se lo ofrecí.

—Este mejor no se lo damos. Es demasiado bonito y te lo estropeará —dijo mientras lo acariciaba entre sus manos.

—Da igual, dáselo. No me trae buenos recuerdos —revelé, me importaba muy poco el mantón y lo que había dentro de la maleta, todo era heredado de la señorita Amalia. Tenía a su alcance a las dos personas que más me importaban: a mi madre y a Eduardo. Cuando llegase a América, iba a ganar suficiente dinero para comprarme un nuevo vestuario y tiraría hasta la maleta.

Era la primera noche y era imposible dormir, estábamos encima de la sala de máquinas y hacía un ruido infernal. A medianoche unos hombres empezaron a insultarse y a dar voces. Al momento, tuve compañía en la cama. Lola había trepado y, sin pedirme permiso, se acostó a mi lado.

—Están bebidos y si vienen nos pegarán —dijo con cara de pánico.

—¿Tú crees?

—Sí, cuando los hombres beben, se ponen bravos y pegan a las mujeres.

Me acordé de don Rafael y pensé que tenía razón. Así que le hice hueco.

La noche fue más movida de lo que hubiese deseado: había mujeres a las que la cena les sentó mal y no llegaban a las letrinas para hacer sus necesidades. La estancia se fue impregnando de un hedor agrio e insufrible y entonces fue cuando Lola me aconsejó:

—Ponte los trozos de limón exprimidos en la nariz.

Estaba deseando que amaneciese para poder salir a cubierta.

—Lola, ¿estás despierta?

—Pues claro, con tanta peste y tanto ruido aquí no hay quien pueda dormir.

—Tienes que hablar con tu hermano y decirle que nos consiga dos sillas, tengo algo de dinero y se lo daré. Las vamos a utilizar para dormir por el día, si no, nos volveremos locas. —Pensé en doña Clara y en que no quería terminar como ella.

Lola desapareció durante toda la mañana. Estuve a punto de dormirme en varias ocasiones de pie, estaba cansada y lo único que deseaba era echar una cabezada. Oí gritar mi nombre:

—Candela, Candela, tengo las sillas —repetía, sonriendo.

Aquella tarde dormimos una larga siesta hasta que nos despertó un barullo. Nos acercamos y en un rincón estaba Nico, en cuclillas, con una caja de madera puesta al revés y tapada con el mantón y tres cubiletes de madera que intercambiaba a toda velocidad.

—Acercaos, acercaos, vamos a jugar. A ver, ¿quién me dice dónde

está la bola? —voceaba—. A quien lo acierte, le regalo un real.

La gente se arremolinó a su alrededor y señalaban con timidez el vaso que les parecía contener la bola. Dejé a Lola atrás y, como hipnotizada por la gresca, me acerqué. Los movimientos de manos de Nico eran elegantes y rápidos, pero yo podía percibir el ligero tintineo de la bola cuando golpeaba el canto de la madera. Era un sonido casi imperceptible, pero lo escuchaba. Señalé el de la derecha.

—Bravo, señorita —proclamó y me dio un real.

A la tercera vez que acerté entre sus movimientos de manos dejé de escuchar el tintineo y entonces callé. La bola ya no estaba entre los vasos, después de un buen rato observándole me di cuenta de que la escondía con mucha habilidad entre sus largos y hábiles dedos y se la guardaba en el bolsillo del pantalón. Lola en la distancia no cesaba de observarme. Le hice señales con las manos para que se acercase. Ella negaba con la cabeza, pero tanto insistí que cedió, remolona se colocó a mi lado.

—Espero que no lo tiren por la borda —murmuró. Me hice la despistada, como si Lola nunca hubiese hecho ese comentario.

Esa tarde, el gitano dio por terminado el juego y recogió el chiringuito. Me dirigía a sentarme en la silla cuando escuché unos pasos rápidos a mi espalda que se acercaban.

—Oye, listilla —Nico me abordó, dándome unos fuertes golpecitos con dos dedos en el hombro, que provocaron que me girase con ímpetu.

—¡Ay! —gruñí tocándome el hombro— me has hecho daño —protesté cuando me di la vuelta.

—No seas quejica, niña, y devuélveme los cuatro reales que me has timado —exigió hundiendo su profunda y negra mirada en mis ojos, acto que interpreté como una intimidación.

—Te los voy a dar, pero no te he timado. —Le alargué la mano con los reales y él, sin remordimiento, los agarró. Vestía una camisa blanca arremangada que le quedaba holgada y un pantalón marrón. Era mucho más moreno que su hermana, de piel uniforme y aterciopelada. El aire que soplaba me trajo su olor, una mezcla de tabaco, cuero, canela y un ligero toque al trozo de palo dulce que siempre llevaba encima.

—Entonces, puedes explicarme cómo sabías dónde estaba la bola.

—Porque la escuchaba.

—Me estás timando de nuevo, eso es imposible.

—Porque tú lo digas.

Me di la vuelta y lo dejé allí plantado, me temblaban las piernas, pero respiré. Me erguí y retomé el paso hasta desplomarme encima de la silla. Desde allí sentada lo observé cómo metía las manos en el bolsillo y caminaba despacio. No sé qué debía de estar pensando, pero

de sopetón giró la cabeza y me descubrió mirándolo, bajé la vista y él sonrió.

Lola apareció de la nada igual que un fantasma, se sentó a mi lado y sin mirarme dijo:

—Es un chico extraño, igual de bueno que de canalla.

—No estoy interesada en él, tengo novio.

—Mejor para ti.

8

EL GANCHO

Los de nuestra clase hacíamos vida en cubierta o por los pasillos de nuestra zona. Había empezado a ingerir pan y comía un poquito de la bazofia que nos servían sin que me sentase mal. Estaba harta de mirar al horizonte y ver tanta agua, así que decidí observar a la gitana con prudencia.

Lola andaba haciendo amistades con su baraja de cartas.

—Señorita, señorita, ¿quiere saber su futuro? —le proponía a Mercedes, la hija de la mujer estafada.

—¿Cuánto nos cobrarás? —intervino la madre.

—Somos vecinas de cama. Por ser vosotras, la primera mano será gratis.

Se las llevó a un rincón entre un pasillo y cubierta. Las seguí. La tirada de cartas de Lola era lo más interesante que me ofrecía el barco, di unos pasos y me acerqué lo suficiente como para escuchar lo que la gitana les aventuraba. Mi madre, que no creía ni en Dios ni en nada, decía que eran patrañas para sacarle el dinero a los incautos. Les hacía cortar las cartas y ella barajaba con la maestría de quien ha aprendido bien su oficio. Empezó con la madre.

—Señora, le han salido espadas, ha sufrido mucho dolor en el pasado. —Pude ver cómo la mujer palideció de sopetón.

—No quiero recordar el pasado —exigió la mujer.

—Pues, vamos a ver qué le depara el futuro —le dijo mientras volvía a barajar. Lola estaba concentrada, me daba la impresión de que ponía los ojos en blanco como si estuviese poseída por algún espíritu, daba grima mirarla. Lanzó otra tirada de cuatro cartas, se tocó la barbilla y volvió a tirar dos más y dos más. Al final susurró—: le ha salido el as de oros acompañado del as de copas y se ha confirmado en las otras tiradas con la sota y el caballo— guardó silencio, supuse que para hacerse la misteriosa—. Las cartas han hablado de riqueza, un hombre moreno, ¿ve esta figura de bastos? —señaló la carta dándole golpecitos con el dedo—, representa a un señor adinerado que la espera.

La mujer suspiró y se puso la mano en el pecho.

—Es mi marido que ha hecho fortuna, lo veo claro —expresó emocionada y añadió—: Ahora le toca a la niña.

Lola barajó las cartas y le mandó a la chica que cortase. Volvió a barajar y la volvió a invitar a que cortase, mientras ella ponía los ojos de nuevo en blanco y expresión de enajenada.

—¿Qué te interesa que te adivine, pasado o futuro? —preguntó.

—Futuro, futuro desde luego —dijo la chica mientras la madre asentía satisfecha.

Depositó cuatro cartas boca abajo y se tomó unos segundos antes de darles la vuelta. Miró a los ojos de sus clientas, las giró muy despacio y anunció:

—As de espadas —susurró, las miró fijamente y continuó—: es un aviso.

—¿Es malo? —preguntó la madre poniéndose la mano, de nuevo, en el pecho.

—Eso parece, pero lo sabremos cuando levante las otras cartas —aclaró Lola.

—Lo que sea quiero saberlo —manifestó Mercedes.

—Hay un hombre rubio que te quiere mal, el hombre te desea y está tramando hacerte un daño irreparable. —Cogió dos cartas más, chasqueó la lengua, cubrió con ellas las otras y reveló—: el seis de bastos invertido es la peor de las cartas, pero viene acompañada del seis de oros, eso quiere decir que podrás vencer la dificultad.

La chica estaba a punto de llorar y la madre se sacó un pañuelo de la manga de la blusa para secarse las gotas de sudor que comenzaban a perlarle la frente.

Lola estaba asustando a esas dos mujeres. Ya había escuchado suficiente y no quería saber más. Ya decía mi madre que no me juntase con los hijos de la gitana. Me quedé un buen rato mirando el horizonte: agua y más agua. Escuché unos pasos que avanzaban hacia mí, me dio un escalofrío y tirité, sentí sus dos dedos como golpeaban mi hombro y me giré de sopetón para que parase.

—Listilla —dijo, mostrando esa sonrisa que iluminaba su cara.

—Ya no te debo nada —le dije a la defensiva.

—Tranquila, he venido a proponerte un negocio. —Ladeó la cabeza y mientras me observaba, sonrió.

—¿Qué quieres?

—Que me ayudes con el juego de la bolita.

—Ni hablar, que me meterás en un lío.

—Tú únicamente tienes que mezclarte con los que miran, jugar de vez en cuando y hacer el paripé. No correrás ningún riesgo y te daré una parte de lo que recaude.

—Me lo pensaré.

—Puedes probar un rato y, si no te sientes cómoda, te marchas sin más. ¿Qué me dices?

—¿Me podré ir cuando quiera?

—Ya te he dicho que sí.

—¿De verdad?

—¡De verdad! Si te meto en un lío, Lola me mata.

—De acuerdo. Te ayudaré.

Por la tarde me arrellané en la silla, pretendía dormir una buena siesta para mantenerme en guardia por la noche. Pasados unos minutos, Lola se acomodó a mi lado. Me hice la dormida, pero ella no paraba de moverse y darme con el codo.

—¿Quieres estarte quieta? Que no me dejas dormir —protesté.

—¿Por qué no me has esperado?

—Tenía sueño —me excusé, no le iba a contar que la había estado espiando.

—Te noto rara.

—¡Qué va! Solo estoy un poco mareada.

—Pues, para estar mareada, no tienes mala cara.

—Lola, no he dormido durante toda la noche y estoy que me caigo de sueño —lo solté con contundencia, estaba comenzando a parecerme pesada. Guardó silencio y nos quedamos las dos dormidas. Al despertar, había desaparecido.

Al caer la tarde, Nico montó su caja en un rincón, esperé a que hubiese pasajeros arremolinados a su alrededor para acercarme. Él comenzó a mover los cubiletes y, cuando los paró, señalé el de la izquierda, lo levantó y allí estaba la bolita. La gente comenzó a animarse y a apostar. Cuando los ánimos de los jugadores bajaban, entonces señalaba uno de los cubiletes y ganaba, eso les motivaba a arriesgarse en la siguiente mano y el gitano los desplumaba porque la bola estaba en su bolsillo. Se acercaron un grupo de marineros y comenzaron a apostar formando un jolgorio alrededor de la caja. Me di cuenta de que les permitía ganar una partida de cada dos a propósito. Al finalizar el juego, él, mientras recogía el chiringuito, me contó que con los trabajadores del navío le interesaba tener buena relación y les dejaba ganar.

Cuando regresaba a la habitación con unas monedas en el bolsillo en pago de mi ayuda, Lola me alcanzó rauda y me cogió del brazo.

—¿Qué haces con mi hermano?, ahora te has convertido en su gancho, acabarás metiéndote en un lío por su culpa, ya decía yo que estabas muy rara —me regañó, alterada y con ademanes de estar molesta.

—Estate tranquila, solo estaba jugando, es que esto empieza a ser muy aburrido, todos los días hacemos lo mismo. Anda, no te preocupes —me excusé y entrelacé mi brazo con el suyo y la apreté

con cariño. Esa media hora había sido la más divertida y emocionante que había vivido desde que embarqué. Lo que no podía entender era cómo la gente se dejaba engañar con tanta facilidad. Metí la mano que me quedaba libre en el bolsillo y toqué con orgullo los reales que Nico me había pagado.

Pasamos cerca del gitano y su cuadrilla. Él rodeaba por la cintura a una morena de labios rojos y vestido escotado, me fijé en que de vez en cuando bajaba la mano y la dejaba apoyada en su respingón trasero, ella lo miraba y sonreía. Lola los observó y comentó:

—No tienen recorrido esas —se refería a la amiga de su hermano y sus compañeras que siempre andaban enganchadas a ellos igual que unas garrapatas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me he enterado de que ejercían el alterne fino y, como los clientes las tienen demasiado vistas, se van a buscar fortuna al otro lado del charco.

Había oído hablar de ellas en el cortijo, debían de ser, según explicaba la cocinera, las que eran visitadas por los señoritos para desahogarse. Las miré de reojo y me pareció que se divertían de lo lindo en compañía de Nico y sus amigos. Nosotras pasamos cerca, cojeando, como siempre, y escuché al Rubio decir:

—Nico, con la de mujeres guapas que hay y coges de gancho a esa tan fea.

—Es que las guapas no sirven para ciertos trabajos —contestó el merchero, mirando en nuestra dirección.

—¡Qué rabia le tengo al Rubio ese! —confesé a Lola.

—No le hagas caso. Además de baboso, está tarado y lo peor es que es mala gente.

Esa noche noté a Lola más inquieta de lo habitual, últimamente dormía en su cama, pero se subió a la mía con la excusa de que no podía dormir y tenía un mal pálpito como ella decía. A altas horas de la madrugada la gitana ya dormía y la estancia de las mujeres estaba en silencio, la única que seguía, igual que cada noche, escuchando el infernal ruido de las máquinas era yo. Entonces escuché un ligero crujir, asomé la cabeza y vi unas sombras sigilosas; eran el Rubio y dos secuaces que debían de volver de las timbas nocturnas que montaban. Se pararon delante de nuestra litera, temblé y desperté con cuidado a mi compañera, ella me apretó la cabeza contra el colchón y pasó la manta por encima cubriéndonos por completo. Escuché al Rubio cómo le decía a Mercedes:

—Prepárate que vas a conocer a un hombre de verdad. —Me imaginé que uno de sus compinches le debía tapar la boca mientras el otro la sujetaba, porque no logré percibir nada más.

Escuché sus risas cuando se marchaban y me acordé de don Rafael

que intentó hacerme lo mismo que le acababan de hacer a esa chica. Ahora no estaba mi madre para defenderme y tenía que ser cauta.

Cuando amaneció, bajé de la litera y me acerqué a la cama de Mercedes por si necesitaba consuelo y para ver en qué estado se encontraba. Pero, para mi sorpresa, la que estaba durmiendo allí, plácidamente, no era Mercedes, era la Flaca, una de las amigas de Nico. Me giré. Lola asomaba su cabeza desde lo alto de la litera y entre el pelo revuelto, la nariz ligeramente aguileña y las cejas levantadas parecía una auténtica bruja sonriente. Más tarde me contó que su hermano se había enterado de los planes del Rubio y ella, valiéndose de las cartas, advirtió a las mujeres. Le costó persuadirlas para seguir el plan que el gitano había trazado. Lo difícil fue convencerlas para que le pagaran una buena suma de dinero a la prostituta para que se cambiara de cama y prestara sus servicios. Ella estaba acostumbrada, por oficio, a alternar con esa calaña de individuos.

9

PRIMERA CLASE

Mercedes y su madre estaban tan agradecidas con las predicciones de Lola que se pasaban las horas alabándolas y hablando de ellas con las otras pasajeras. Al principio, las mujeres mantuvieron las distancias, sin mostrar interés por relacionarse con el resto de las compañeras de dormitorio. Su actitud era de grandes damas y nos miraban con recelo. Con el paso de los días y las ansias de la madre por chismorrear y cotillear, se despojaron de los clasismos y comenzaron a mezclarse con sus compañeras de pasaje de tercera clase, y todas sus conversaciones derivaban en la gitana y sus naipes.

Mientras paseábamos con Lola, mujeres con las que no nos relacionábamos se hacían las encontradizas, nos saludaban y se esforzaban por entablar conversación con nosotras. Todo era con el propósito de que la gran pitonisa, según la madre de Mercedes, les echara una tirada de cartas. Hasta las amigas de Nico acudían a ella. Mientras mi amiga las atendía, me permitía estar a su lado y no sé en qué momento pasó, pero me di cuenta de que entendía las cartas que caían sobre el suelo y sabía de antemano el presagio que les iba a dar. También observé cómo maniobraba cuando las figuras delataban malos augurios y ella las alentaba a que se cuidaran porque había alguien que las quería mal y, si era referente a la salud, les aconsejaba que visitasen al médico, sin dar más detalles. Sobre todo, hacía hincapié en lo bueno y se iban contentas, aunque con unos reales menos. Ese día, cuando Lola recogió el puesto, me enseñó una bolsa con el dinero acumulado por sus vaticinios.

—No me imaginaba que hubieses ganado tantos reales, ¿te ha dicho alguien que adonde vamos no te servirán? —le revelé.

—¿Por qué no me servirán?

—Porque allí hay otra moneda y los reales no valen nada. Si quieres un consejo, no cobres más en dinero y cambia tus servicios por algo que te puedan dar.

—Me acabas de fastidiar el negocio. No quiero nada de lo que ellas tienen.

—Lola, siento haberte avisado.

—No lo sientas y avísame siempre que te parezca —sugirió y continuó—: Mercedes tiene un vestido que me gusta mucho, creo que se lo voy a pedir a cambio de mis servicios, que madre e hija me tienen frita.

—Pero qué gitana eres.

—Solo medio gitana y es mi parte buena.

—Mira, por ahí viene tu hermano —anuncié al ver a Nico acercarse desprendiendo ese aire a misterio.

Se detuvo frente a nosotras y con la cabeza le hizo una señal a su hermana que interpreté que le ordenaba que desapareciera. Ella arrugó el entrecejo y se fue refunfuñando palabras en una lengua que no entendí. La brisa del mar me acercaba la fragancia a la mezcla de palo dulce y tabaco que desprendía. ¡Cómo me gustaba el olor de Nico!

—Listilla —dijo, ladeando la cabeza y dedicándome una sonrisa seductora.

—Me llamo Candela —le informé, molesta.

—Ya sé cómo te llamas, lo que no sabía es que eras una listilla.

—Al grano y dime, ¿qué quieres?

—Hoy no jugaremos a la bolita, necesito que esta noche seas mi compañera —anunció.

—¿Compañera de qué? Yo no sé jugar.

—Nos vamos a colar en una cena de primera clase —reveló.

—No, no, que me vas a meter en un lío —negué con la cabeza.

—Tengo un plan para que a ti no te pase nada. Si nos pillan, dices que te he engañado y te haces la tonta, que se te da muy bien. Te aseguro diversión —sugirió, mirándome con esos ojos negros y profundos que junto a su sonrisa y al olor dulce te manipulaban hasta llevarte por donde él quería.

—Bueno —anuncié como el que lo hace por obligación, aunque me moría de ganas por ir a una fiesta.

—Te tendrás que arreglar un poco, si es posible —señaló mi pelo encrespado y continuó—: Ponte un vestido bonito que seguro que en tu maleta llevas unos cuantos y sobre todo deja de hacerte la coja que sé que no lo estás. A las ocho de la noche te recojo aquí mismo.

—De acuerdo —le dije. Y cada uno siguió su camino por direcciones opuestas.

Me fui al recinto mugriento donde dormíamos y en menos de un minuto tuve a Lola a mi lado sin abrir la boca, pero su cara de discrepancia lo decía todo. Me ayudó a arreglarme el pelo, lo hidratamos con aceite de mejorana que llevaba en la maleta y ella me hizo un recogido. Tenía unas manos hábiles. Me puse uno de los vestidos heredados de Amalia, gris perla con botones nacarados y

adornado con encajes. El que la señorita tuviese más redondeces facilitaba que sus vestidos me quedasen perfectos a causa del aumento de mi talla debido al corsé. Lola me prestó una gabardina que debía de ser una prenda conseguida en uno de sus intercambios, olía al perfume de Mercedes.

Nico fue puntual. Cuando llegué, estaba fumando un pitillo mientras esperaba, vestía un traje de arpillera color marfil con chaleco incluido que resaltaba su color de piel tostada y aterciopelada, el pelo todo engominado hacia atrás, pero olía igual que siempre: a palo dulce amaderado y un fondo de tabaco. Al verme, tiró la colilla, la aplastó con el zapato y ofreció su brazo para que me agarrara de él. Deslizó su mirada por mi cuerpo y me susurró al oído:

—Creo que esta noche me darás trabajo, tendré que asustar a los moscones, estás guapa y todo.

No le contesté, se me había formado un nudo en el estómago y no lograba averiguar si era por la emoción de vivir una nueva aventura o por el miedo a que nos pillasen en zona prohibida. Erguí la cabeza y me aferré a su brazo. Caminábamos tan rápido que no me daba tiempo a ver por donde pasábamos por si tenía que salir veloz. Vi varias puertas, que debían de ser camarotes de servicio y entramos por las cocinas. Los fogones funcionaban a todo rendimiento con cazuelas llenas de aves asadas y estofados de ternera. Imaginé que aprovechaban las sobras para hacernos esos estofados que además de patatas nunca llegué a averiguar qué más contenían, olía tan bien que desde que embarqué fue la primera vez que me rugieron las tripas. Un hombre de mediana edad, alto y atractivo, con ademanes de metre, que debía ser amigo o deudor de Nico, nos acompañó al comedor. Ocupamos nuestros asientos, en una mesa discreta ubicada en un rincón detrás de una columna, de un supuesto matrimonio que nunca bajaba a cenar ni salía de su camarote, todo inventado por el compinche de Nico. Estando sentados, me di cuenta de que él esperaba a que yo cogiera uno de los tantos cubiertos y observaba mis movimientos mientras comía para imitarlos, siempre con parsimonia, pero unos segundos después de mí. No hablamos con nadie, nos limitamos a sonreír y a escuchar. Éramos demasiados y casi todos estaban deseosos de opinar sobre cualquier tema que saliese y de una conversación se saltaba a la otra. Observé a los presentes deseosos de meter baza, cómo se lanzaban a interrumpir la exposición de otro comensal para poder destacar con lo que pensaban que sería un ilustre comentario, me parecieron unos pesados y engreídos. Por eso, cuando nos fuimos al salón de baile y mi amigo me abandonó para seducir con sus encantos a las damas aburridas y deseosas de que un caballero las agasajara con cumplidos, me limité a observar, con una copa de rico champán en la mano. Era la primera vez que lo probaba y sus

burbujas me hicieron unas agradables cosquillas en la garganta. Desde mi rincón podía contemplar al gitano cómo desplegaba todas sus artes de seducción delante de una rubia de curvas voluptuosas, en edad madura, de ojos grandes y enjoyada en exceso. Le susurraba en el oído, por lo que sonreía, me imaginé que debían de ser palabras de su agrado. Él, con la confianza otorgada, avanzó y le apartó un mechón de pelo con disimulo para acariciarle el cuello, la vi cómo se estremecía al tacto de los dedos del galán, estaba tan encantada que no se percató de que le había desabrochado la cadena de oro y que su esmeralda caía, pero no llegó al suelo porque unas manos hábiles la recogieron y se la guardaron en el bolsillo. El merchero galante se despidió de la señora, había terminado el ritual de cortejo y de llenarse los bolsillos, era la tercera o la cuarta víctima entre copa y copa, había perdido la cuenta.

Se acercó un joven con cara redonda. Cuando sonrió, me recordó a una ardilla por sus dientes salidos y se acercó con la intención de sacarme a bailar el vals que estaba tocando la orquesta, pero no me dio tiempo a decirle que no. Nico se presentó me cogió del brazo y dijo:

—Querida, no me encuentro bien y necesito que me acompañes a descansar. —Se dirigió al joven y le explicó—: lo siento, pero tenemos que retirarnos, tengo problemas de salud.

Nos escabullimos por donde habíamos entrado. Ahora la cocina era todo un trasiego de chicos fregando ollas, secando cubiertos y colocando vajilla. Nada más salir del recinto, me atizó en la cara una ráfaga de aire impregnado en sudor rancio, bajamos por las escaleras del personal del barco y cruzamos unos pasillos en dirección a nuestra zona. El ambiente se trasformó, olía a mugre y nos indicaba que estábamos llegando a nuestras estancias. Nico se había movido por allí como por su casa, era el lugar que frecuentaba en sus escapadas nocturnas acompañado por su grupo, el sector donde habitaba el servicio del barco era su segunda casa.

10

LA AMENAZA

Como todas las mañanas, después de desayunar me di un paseo por cubierta y distinguí a Lola en un recoveco echándole una tirada de cartas a Nico. Me pareció muy extraño. Más tarde, averigüé que era una fórmula que idearon para comunicarse sin que los demás sospechasen de su parentesco. Me acerqué a ellos lo suficiente como para poder escuchar lo que hablaban y no ser descubierta. Estábamos a pocos días de llegar a Nueva York y él intentaba convencerla de desembarcar en La Habana con la excusa de quedarse una temporada a probar suerte. La discusión comenzó a subir de tono. El merchero, con un movimiento de manos, le sugería a su hermana que bajase el volumen de voz. Me acerqué un paso más para no perderme ninguna parte de la conversación, al final ella le dijo:

—Tú haz lo que quieras, pero yo pienso bajar en Nueva York. Además, ahora tengo a una amiga y estaré acompañada.

Entendí que se refería a mí y me alivió enterarme de que, también, me consideraba su amiga. No había tenido conocidos fuera del entorno del cortijo y me gustó escuchar las palabras de Lola. Nico, con gesto molesto, se marchó en dirección al pasillo que teníamos prohibido cruzar y del que ahora conocía dónde terminaba y quién ocupaba los camarotes que se encontraban detrás de las puertas que lo flanqueaban. Mientras lo observaba, recordé sus maniobras de la noche anterior con las señoras de primera clase: hacía malabares, era delicado, sutil y astuto manejando sus manos firmes de seda. Suspiré de emoción al recordarlo y es que, una vez entré en escena, me fui sintiendo cómoda con mi papel. Me divirtió saltarme las normas, colarme de forma ilegal en primera, engañar al grupo de comensales con los que compartimos mesa, adoptar una identidad falsa, aunque era consciente de que estaba obrando mal. Pensé en mi madre y me pregunté: «¿Se habría disgustado si me hubiese podido ver?». Me habría regañado, pero luego se reiría a solas y pensaría: «es igualita a mí», porque parte del dinero empleado en la compra del pasaje provenía de sus cambalaches.

De sopetón, unas voces familiares captaron mi atención. Era el Rubio y sus compinches junto a la Flaca y Herme, la amiguita de Nico. Esta última se quejaba:

—No entiendo por qué Nico confía tanto en la lisiada esa, no solo la elige de gancho, sino que también se la lleva a primera clase de cena. Nunca aprenderá, no se entera de que no se puede confiar en cualquiera.

—Dice que es lista y tiene buenos modales —lo defendió la Flaca.

—Puedes estar tranquila que con una mujer fea y lisiada dudo que Nico la quiera para algo más que no sea para pasar desapercibido o dar pena mientras trabaja —aseguró, entre risas el Rubio y continuó —: Pero, si decides arrimarte a mí, podría ofrecerte mucho más de lo que el gitano ese te da y vivirías como una reina. —La tomó por la cintura y la atrajo hacia él en actitud lasciva.

—¡Suéltame! ¡No me toques! —Herme se defendió propinándole un buen empujón mientras retrocedía unos pasos para encararse al hombre y le dijo—: ya quisieras tú llegarle a la altura de las suelas de sus zapatos. —Se dio media vuelta, cogió *a* la Flaca del brazo y se fueron.

El ofendido, entre susurros, mientras miraba a las mujeres marcharse sentenció:

—El gitano lo que necesita es un escarmiento y que se entere de quién manda en este barco. Estoy harto de que nos haga trampas y nos desplume noche tras noche.

Comencé a darle vueltas a lo que acababa de escuchar y cómo debía tratar la información. Entonces, me fijé en la Flaca y Herme avanzando en mi dirección, riendo e imitándome, haciéndose las cojas; se habían revuelto el pelo y ponían cara de lelas; di un giro y comencé a caminar rápido. Escuchaba el sonido de sus tacones a mi espalda, primero pausados. Pero habían aligerado el ritmo y, por algún motivo, me querían alcanzar, así que aceleré. De repente, un pie que calzaba un zapato negro desgastado se interpuso entre mi zancada y mis piernas, caí de bruces contra el suelo rascándome las rodillas y las palmas de las manos que interpuse veloz para no dañarme el cuerpo con el corsé. Herme se detuvo a mi lado, lanzó una mirada de desprecio y sus manos fueron directas a mi cola, que estaba torcida, la zarandeó con fuerza hasta que se desbarató y agarró un buen puñado de pelo mientras mascullaba:

—Eres una niñata de mierda. Cuando tú naciste, yo ya estaba harta de ver mundo. Si te crees que me vas a quitar a Nico, estás muy equivocada, tendrás que pasar por encima de mí, ¿te ha quedado claro? —Tiró con fuerza de mis rizos, pero me aguanté el dolor, no le iba a dar el gusto de verme sufrir. Luego sacudió las manos y dejó caer un buen manojo de cabellos encrespados encima de mi ropa; salió a

toda prisa riendo a carcajada limpia.

Me incorporé de un impulso como si el suelo fuese un colchón de clavos hundiéndose en mi magullado cuerpo, ojeé a mi alrededor por si alguien estaba mirando, sacudí mi ropa y alisé la falda de mi vestido, rehíce mi maltrecha cola y salí en busca de Lola. Por el camino respiré hondo unas cuantas veces y decidí no contarle nada respecto a la agresión que acababa de sufrir, pero quería avisarla de los planes del Rubio para que alertara a Nico.

La encontré en la otra punta de cubierta, arrimada a la barandilla y observando embelesada el mar. El aire balanceaba su oscuro pelo. Cuando estuve a su lado, me miró con esos ojos oscuros y profundos igual que el café. El aire del mar le sentaba bien, la piel aceitunada tomaba un color tostado que le favorecía. Entrelazamos nuestras manos y guardamos silencio unos minutos hasta que le dije:

—He escuchado una conversación del Rubio y sus compinches. —Giró la cabeza para encontrarse con mis ojos, los suyos tenían el brillo de quien acababa de llorar.

—Hablaban de mi hermano, ¿verdad?

—Sí, decían que le iban a dar un escarmiento porque están cansados de que cada noche los desplume.

—Le haré llegar el recado y le aconsejaré que se ande con cuidado. A ver si quiere hacerme caso.

Desde ese día, Nico cambió de actitud y se quedaba en las fiestas que los pasajeros de tercera organizábamos en cubierta. Entre nuestra gente había verdaderos artistas: un chico que se acompañaba de un acordeón cantaba tangos de Carlos Gardel y la Flaca nos sorprendió cantando coplas y pasodobles imitando a Estrellita Castro. Junto a Lola nos acomodábamos en un rincón a mirar a las parejas cómo bailaban. Ni siquiera nos juntábamos con otras chicas que se colocaban, sentadas en sus sillas, alrededor del baile esperando llamar la atención de algún joven para que las sacase a bailar. Nosotras estábamos cojas, éramos las lisiadas y por nuestro defecto, se daba por hecho, malas bailarinas y no querían arriesgarse a que los pisáramos ni a ser víctimas de burlas por parte de sus camaradas si los veían acercarse a nosotras.

Nico y Herme eran la pareja de referencia. Ella, la guapa de tercera clase, cuando se paseaba por cubierta todos la miraban, los hombres con lascivia y las mujeres con envidia y Nico, el hombre alto y delgado, pero fornido, de tez morena y sedosa, desprendiendo ese olor a palo dulce y tabaco, seduciendo con la sonrisa y los ademanes de quien es importante, pero en este caso sin serlo. Cuando pasaban bailando cerca de nosotras, Herme me miraba orgullosa y me lanzaba miradas desafiantes. Si hubiese sabido que yo tenía novio y lo poco que me importaba lo que ella hiciese o pensase, no se hubiese

molestado ni en mirarme. Pensé en Eduardo y las cadenas de pensamientos me llevaron a Amalia. Visualicé la despedida tan fugaz que tuve con mi madre y la eché de menos; tuve que hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar.

Al día siguiente, un marinero dio la voz de alarma sobre un pasajero que cayó por la borda. No se pudo hacer nada para salvarlo. Además, era uno de aquellos días en los que el mar andaba revuelto. No se nos informó de quién fue el ahogado. Debía de ser uno de los nuestros porque no se le dio demasiada importancia. Aquel suceso fue la comidilla durante un solo día y reemplazado por un cotilleo sobre el chico del acordeón que paseaba todos los días, antes de la hora del baile, con Mercedes a escondidas de su madre. En los corrillos femeninos se compadecían de él porque eran de diferente clase social y apostaban a que, cuando llegasen a Nueva York, el padre de la chica se ocuparía de que no volviesen ni a coincidir. Lola, que se enteraba de casi todo en sus sesiones de cartas, me contó que Jorge, además de cantar y tocar el acordeón, era médico, hijo de una buena familia venida a menos debido a la mala gestión por parte de su padre de un yacimiento de calizas de propiedad familiar, y viajaba en busca de oportunidades. La enamorada se lo confesó en una sesión de cartas a la que la madre no acudió y le preguntó por su futuro en común que, según mi amiga, era bueno. Nunca se supo la identidad del ahogado, pero, desde aquel turbulento día, nadie volvió a ver al Rubio. Sus secuaces andaban como perros sin dueño, cabizbajos y apenados.

11

MUDAR

Nos reunieron a todos en cubierta y nos informaron de que nos preparásemos porque llegábamos a Nueva York. Al escuchar las palabras de aquel hombre que nos informaba, me recorrió un escalofrío por la columna. Otra vez tocaba despedirse. Lola y yo estábamos hombro con hombro, cogidas de la mano y escuchando atentamente. De vez en cuando, nos dábamos apretones de dedos.

—¿No estás nerviosa? Vamos a un país donde ni siquiera hablamos su idioma —le pregunté a mi amiga.

—Los mercheros estamos acostumbrados a cambiar continuamente de región y nos adaptamos al lugar adonde llegamos. Aquí será lo mismo —respondió con su habitual entereza.

—Pero el idioma es muy distinto al nuestro —insistí.

—No te preocupes tanto, nos adaptaremos como siempre hacemos —guardó silencio y me arropó con la mirada—. Si quieres, te echo una tirada de cartas a ver qué me cuenta mi abuela —propuso como si sus tiradas de cartas fuesen a calmar mi inquietud. Demasiados cambios en tan poco tiempo y miedo a lo desconocido.

—No creo en esas patrañas. Es un timo parecido al que hace tu hermano con la bolita.

—Me acabas de ofender. —Se revolvió, soltándome la mano y lanzándome una mirada de furia—. Mi abuela, la gitana, desde que murió no se despega de mí y me cuenta cosas.

—¡Anda ya! No digas más tonterías que al final te cogeré miedo.

—No son tonterías, es la verdad y utilizo las cartas para contarle a la gente lo que me chiva mi abuela —se delató.

—No creo en espíritus y tampoco quiero creer, así que no me cuentes historias de abuelas muertas que te cuentan cosas.

—Por eso utilizo las cartas, porque si lo contara sin más me tomarían por loca. Aunque, lo que se dice hablar… no me habla, me susurra muy flojito.

—No sigas por ahí, que no me interesa.

—Entonces, no te contaré la predicción que ha hecho mi abuela de

tu futuro en Nueva York.

—Prefiero que me sorprenda, no quiero saberlo.

—De momento, solo me ha dicho una cosa, que te diga que tengas cuidado con tu tía, no es trigo limpio.

—¿No te he dicho que no lo quería saber? Ahora pensaré mal de la pobre mujer. Anda, dejémonos de predicciones que lo único que me pueden traer es dolor de cabeza.

—Como no quieres hablar del tema, me voy a ver a alguna de mis clientas. Ellas sí que están interesadas en que les lea el futuro.

—De eso, nada. No te marches, que tenemos que hablar.

—¿De qué? ¿Qué pasa? —preguntó exaltada y con los ojos abiertos como platos.

—No te asustes. Quiero pedirte ayuda.

—Tú dirás. Sabes que te ayudaré si puedo.

—Necesito quitarme el corsé y lo haré más rápido si me ayudas. No me dejarán entrar en América con él puesto. Me echarían para atrás. Otra cosa: cuando desembarquemos, se terminó el hacernos las cojas. Podrían pensar que lo estamos de verdad y no nos dejarían entrar por lisiadas.

—¿Cuándo quieres que te ayude a quitarte ese armatoste?

—Mientras las otras mujeres estén cenando.

—Tienes miedo de quitártelo, ¿verdad?

—Sí, mucho. Pienso que mi espalda se doblará y me quedaré jorobada como mi abuela.

—Mi abuela dice que no te preocupes, que tu espalda ya está curada.

—¡Lola!, ¿en qué hemos quedado? —la regañé.

—Ya no te hablo más de ella, pero es mi secreto, no vayas a contárselo a nadie.

—Puedes estar bien segura de que no lo contaré, a ver si te piensas que quiero que me tomen por loca.

—Bueno, no me entretengas más que me están esperando.

—Anda, vete con tus amigas.

—Dirás clientas, porque me pagan por mis augurios.

Me quedé en cubierta porque todas las mujeres, en tropel, se fueron a preparar el equipaje. Eran muchas las ganas que teníamos todos de pisar de nuevo tierra firme.

Un momento antes de que comenzasen a servir aquella sopa rancia, tan mala, de cena, Lola asomó la cabeza desde la otra punta de cubierta y me indicó con un gesto de manos que nos fuésemos hacia el dormitorio. Como supuse, estaba vacío. Me quité el vestido y le di la espalda a mi amiga para que deshiciera todas las ataduras que sujetaban el corsé a mi cuerpo. Lola desenroscó los tornillos y desató las cuerdas con tal destreza como si lo hubiese hecho siempre.

—Preparada para deshacerte de este lastre —anunció.

Cuando Lola separó el corsé de mi cuerpo, temblé y tuve miedo de que se me encorvara inmediatamente la espalda. Me sentía vulnerable y frágil, me estaba despojando de una atadura a mi anterior existencia. Entonces, Lola exclamó:

—¡Pero si tienes tetas! —Y puso sus dos manos en ellas apretándolas como si estuviese tocando una bocina.

—¡Quita! —le dije, muerta de vergüenza, golpeando sus manos para que soltara mi pecho.

—Te lo he hecho para que te acostumbres, eso te harán los hombres cuando noten que debajo de tu ropa hay esas dos tetas tan bien puestas. Si es que con ese artilugio parecía que no tenías.

—¿A ti te lo han hecho? —sondeé, muerta de curiosidad.

—Solo uno. A los otros que lo intentaron no les dejé y se llevaron un buen guantazo.

—¿Quién es ese al que le dejaste?

—Un merchero rubio, de ojos azules, al que no podía negarle nada porque cuando lo tenía cerca perdía la voluntad —desveló, poniendo ojos de corderito manso.

Cogí la ropa que había sacado de la maleta y comencé a vestirme. Mientras lo hacía le confesé:

—¿Sabes? Es la primera vez que voy a utilizar sujetador, no sé si me acostumbraré.

—Ya verás. Te sentirás mucho mejor que con el armatoste que llevabas puesto y la ropa te quedará mejor.

—Ya estoy lista, vamos a lanzarlo por la borda —propuse.

—¿De verdad lo quieres tirar? —preguntó mi amiga con cara de incertidumbre.

—Don Gerardo me dijo que me deshiciera de él y eso pienso hacer.

—Pues, vamos —me animó, estirándome del brazo para que fuésemos a hacerlo.

Lancé un pedazo de mí por la borda, o eso creía. El corsé llevaba tanto tiempo pegado a mi cuerpo que ese día fue como si mudase la piel igual que una serpiente.

Observé a mi compañera de litera: era menuda y le sacaba media cabeza. Por su apariencia me había hecho a la idea de que era menor, pero actuaba como una mujer madura. Me tenía desconcertada y le pregunté:

—Lola, ¿qué edad tienes?

—Buena pregunta —manifestó, levantando las cejas y sonriendo—. Pues, según mi madre, diecinueve años, pero en los papeles consta que tengo diecisiete. Los de mi etnia no suelen inscribir en el registro a los niños, nacemos en los carromatos y morimos en ellos, no interesamos a nadie. Pero mi madre pensó que era bueno para nosotros que

estuviésemos censados, aunque lo hacía cuando llegábamos a Málaga y mi padre sacaba tiempo para acompañarla, así que me registró cuando ya tenía dos años. Peor fue con mi hermano que acababa de cumplir cuatro.

Mientras mirábamos cómo las olas arrastraban el corsé, Lola lo señaló y me confesó:

—Lo hizo mi padre con las instrucciones que le dio tu madre. Cuando lo vi terminado, sentí mucha pena por la niña, sin conocerla, que lo tendría que llevar.

—Ahora entiendo por qué me lo has quitado con tanta facilidad.

—Esta es la última noche que pasaremos en el barco y mañana nos separaremos.

—Vosotros, ¿tenéis familia o alguien que os espere?

—No conocemos a nadie —dijo encogiendo los hombros.

—¿Qué vais a hacer?, ¿dónde vais a vivir?

—Mi hermano tiene un amigo marinero y le ha dicho que vayamos a La Nacional.

—¿La Nacional?

—Sí, es un centro benéfico, creado por españoles para socorrer a los paisanos que llegan a Nueva York sin familia ni trabajo. Allí te ofrecen comida, cama y te ayudan a buscar trabajo.

—Entonces, me quedo más tranquila. A mí me espera mi tía. Voy a trabajar con ella en una tienda de ultramarinos de productos españoles. —Enhebré mi brazo con el de ella y le dije—: espero que vengas a verme y que continuemos siendo amigas.

—No te preocupes, está todo escrito. Si nos tenemos que ver, nos veremos.

—¿Qué te ha dicho de eso tu abuela? —La miré intentando no sonreír, pero a ella le salió una espontánea carcajada y reímos juntas.

—Me dijo, hace días, que nos reencontraremos —desveló.

—Vamos a ver si nos dan un trozo de pan porque sopa no quiero —sugerí.

Cuando entramos en el comedor, cogimos unos trozos de pan y un trozo de tocino rancio. Nico disimuladamente se acercó y puso su mano en mi hombro:

—Te veo distinta, listilla —bisbiseó inclinándose para acercar sus labios a mi oído, pues claro que estaba diferente, había peinado mis rizos y estaban bonitos, aunque lo achacaba al aceite de mejorana que me unté. También era debido a mi propia grasa. Desde que me subí al navío no había vuelto a lavarme el pelo.

—Estoy igual que siempre —le contesté, sin mirarlo. Desde allí vi a Herme que estiraba el cuello para fisgonear y se levantó de su silla para acercarse a nosotros, pero la Flaca la interceptó y le preguntó algo enseñándole el bolso y una tapa de pintalabios.

—Si sigues poniéndote así de guapa, te acabará saliendo novio —comentó, mostrando su sonrisa más pícara, esa con la que desarmaba a las señoras.

—No me hace falta un novio, ya tengo uno —contesté, molesta.

—¿Se puede saber quién es?, ¿lo conozco?

—No creo que lo conozcas. Se llama Eduardo y trabaja en el cortijo de La Majala.

—Vale… ya sé quién es —dijo, tocándose la barbilla y siguió—: pensaba que ese tal Eduardo era el novio de la señorita del cortijo.

—Nico, para —ordenó Lola.

—Bueno, entonces —continuó ignorando las advertencias de su hermana— él tiene dos novias porque en una ocasión lo vi en una cabaña que tiene junto al río besándose con la señorita, esa tan estirada del cortijo —desveló, burlón me guiñó el ojo, se metió las manos en los bolsillos, se dio la vuelta y se marchó, mientras me daba la espalda para dirigirse al encuentro de sus amigos. Intuí que estaba sonriendo consciente de que me acababa de meter el dedo en la llaga.

—No le hagas caso. Te lo ha dicho para hacerte rabiar, él siempre es así, te da una de miel y otra de hiel. Cuando te haga un regalo, no te fíes porque luego te lo quita de una u otra maneraa. No es malo, lo que le pasa es que no sabe hacer las cosas mejor, siempre termina hiriendo a alguien.

—No te preocupes, Lola. No ha dicho nada que no supiese, pero no creo que Amalia y Eduardo terminen juntos. Sus familias no lo permitirán.

—Y por eso piensas que te esperará. Si no estás, te olvidará y habrá otra que lo reciba con los brazos abiertos.

—No pierdo la esperanza y pienso regresar a tiempo.

—Si tener un sueño te hace feliz, pues adelante. Así tendrás en qué pensar en los días malos.

12

EL DESEMBARCO

Pasé toda la noche en duermevela, me había convertido en un manojo de nervios. Por fin, el viaje terminaba y en pocas horas estaría en casa de mis tíos, unos desconocidos.

Quería dar buena impresión a los funcionarios que nos iban a recibir, incluso me calcé unos zapatos de tacón y elegí un refinado vestido granate, ese color me favorecía. Luego llamé a Lola, que estaba intentando aparentar elegancia con un vestido marrón.

—Yo de ti no me pondría ese vestido, el color no te favorece nada —le aconsejé.

—Y entonces, ¿cuál me pongo, listilla? —consultó, alterada, era la primera vez que perdía el temple.

—¡Vaya!, ¡vaya! Así que tú también me llamas listilla, pensaba que era cosa de tu hermano, aunque ya sé por qué se te ha escapado, me llamáis así entre vosotros, ¿verdad? —Obtuve silencio por respuesta, lo que me otorgaba la razón—. Ponte el vestido rosa, te da aspecto sencillo y te dulcifica las expresiones —le sugerí.

—Vale —asintió con la cabeza e inmediatamente comenzó a cambiarse de ropa. De entre sus pertenencias sacó un labial y dijo—: vamos a pintarnos los labios y nos pondremos un poco en las mejillas, así tendremos mejor color.

—Ese es el pintalabios de la Flaca —afirmé.

—Ah, puede, no sé —balbuceó.

—¿Se lo has quitado?

—No. Tampoco era suyo y ahora es mío —contestó, quitándole importancia al asunto.

Nos acabamos de acicalar, cerramos la maleta y cuando nos disponíamos a salir escuché a Mercedes preguntarle a su madre:

—Mamá, ¿has visto mi pintalabios? —Lola agachó la cabeza y se hizo la despistada.

—¿Has escuchado? Ese pintalabios ha pasado por muchas manos —señalé su maleta y a Lola se le escapó una sonrisa traviesa. Pensé: «todos tenemos nuestros secretos y nuestras debilidades».

—Me pagó Herme una sesión de cartas con él, no sabía de quién era, pero ahora es mío —reveló.

El barco había atracado y la cola para desembarcar no fue tan grande como yo esperaba. Nueva York no resultó ser el destino de la mayoría de los pasajeros. América estaba comenzando a salir de la recesión ocasionada por el fatídico hundimiento de la bolsa, de mil novecientos veintinueve, que dejó al país en la ruina. Mi tía le explicó en una carta a mi madre que, gracias al recién nombrado presidente Franklin D. Roosevelt y sus numerosos programas para desempleados y agricultores, la nación estaba recuperando la economía. La mujer estaba contenta con el nuevo gobierno porque habían abolido la ley seca y ella podía vender vino y orujos españoles en la tienda, sin problemas.

—Acuérdate de no cojear, si creen que eres una lisiada, te devolverán a España —le recordé a Lola que caminaba a mi lado. Al escucharme, se irguió y sacó pecho. Ni la pesada maleta que sostenía con una mano la doblegaba.

Guardaba cola y una ráfaga de aire me trajo el delicado olor a palo dulce. Giré la cabeza y pegado a mi espalda estaba Nico. Cuando nuestros ojos se cruzaron, me lanzó una de sus cautivadoras sonrisas, me guiñó un ojo, le sonreí y, al momento, lo tuve a mi lado.

—Bueno, Listilla, aquí termina nuestro viaje. Me gustaría que te unieras a nosotros. Nos ganaríamos bien la vida con el trile, haces muy bien de gancho. Aunque me tendrás que explicar cómo te lo montas para saber dónde está la bola sin que te dé indicaciones.

—Ese es mi secreto. Cuando nos volvamos a encontrar, te lo contaré. —Se lo había dicho, pero no me creyó. Adelanté unos pasos y él volvió junto a su hermana.

Entramos en un lugar de tránsito donde entregué mi documentación. El funcionario la revisó una sola vez y me la devolvió, mérito de don Gerardo y su buen hacer. El chequeo médico también fue rápido, el facultativo asentía con la cabeza conforme estaba sana. En la zona de llegadas mi tía Felipa esperaba con un cartel enorme en las manos con mi nombre escrito en letras tan grandes que parecían hechas para miopes. No se parecía en nada a mi madre, debía de pesar el doble que ella. La contemplé antes de acercarme: el cartel de cartón se le torcía cada vez que se secaba con un pañuelo el sudor de la frente. Pensé: «esta mujer tan rolliza no puede ser la hermana de mi madre», pero luego recordé a unas primas que vinieron en una ocasión a visitarnos a La Majala y eran redondas como una mesa camilla. Me acerqué a ella y le sonreí, me abrazó y besó con furor y, al hacerlo, casi me quedo pegada a su cara. Por respeto contuve el impulso de limpiarme la humedad que había dejado impregnada en mis mejillas.

Vivían en un piso de la calle 14, entre la Avenida séptima y octava.

En los bajos del mismo edificio regentaban una tienda. Me acomodó en un pequeño habitáculo, sin ventanas y estrecho, pegado a la cocina. Debió de ser la despensa que transformaron en mi cuarto.

—Esta es tu habitación —dijo mi tía como si enseñase la gran cosa y asentí con la cabeza—, coloca tus cosas en el armario y baja a la tienda, que te presentaré a tu primo Toño y así te irás familiarizando con el negocio. ¡Qué contenta estoy de que por fin hayas venido! —dijo cogiéndome por los hombros, temí que me fuese a besar de nuevo, por eso me mantuve rígida.

Coloqué en el pequeño armario mis pertenencias. Como eran pocas, sobró espacio. Luego me entretuve en descoser un pequeño lateral del colchón y guardar mis únicos bienes: las arras de mi madre y la cadena que me regaló don Gerardo. Todavía los conservaba por haberlos escondido dentro del forro de la maleta, aunque en varias ocasiones me la encontré revuelta. Siempre sospeché de Lola que curioseaba los vestidos.

Bajé a la tienda de mis parientes. Detrás del mostrador, con una cabeza deforme y la nariz torcida, se encontraba un chico. Llevaba media melena que le cubría las orejas, de ojos grandes, pero asimétricos, era grandullón y parecía fuerte, me dio la impresión de que tenía una mano más grande que la otra. Cuando Felipa terminó de despachar a una clienta que por su acento parecía gallega, realizó un espaviento con la mano para que me acercase.

—Este es mi hijo Toño, tu primo —dijo. Asentí con la cabeza sin moverme.

—Tú eres la famosa prima Candela —afirmó el chico, sonriendo—. Mis padres hace tiempo que hablan de tu llegada.

—Bueno, ya está bien de formalidades, aquí hay mucho trabajo para todos —anunció Felipa—. Vamos que voy a enseñarte tu sitio de trabajo.

La seguí a la trastienda donde tenía montado un obrador de carne.

—Tú trabajarás aquí ayudando con los chorizos. Antes había tanto trasiego de barcos que no tenía problemas de suministro, pero ahora cada vez vienen menos y a veces no pueden traerme la mercancía que necesito. Así que compro la carne en el matadero y las especias a unos turcos. ¡Hay que espabilarse! —comentó, orgullosa.

Sin darme respiro, me entregó un delantal y pasé toda la tarde elaborando chorizos junto a su hijo.

El chico estuvo callado, pero le pillé en varias ocasiones observándome de una forma extraña que no me gustó nada y cuando cruzábamos la mirada me sonreía y al andar daba saltos. Me dio la impresión de que estaba contento de que estuviese allí.

Terminamos muy tarde de recoger y limpiar el obrador, estaba molida y las manos se me quedaron coloradas de mezclar la carne con

el pimentón. Cuando subimos a cenar, mi tío Antonio ya estaba sentado a la mesa. El hombre ceñudo de apariencia hosca me saludó, casi sin mirarme. Yo titubeaba porque era una extraña y no sabía cuál era mi sitio en esa casa, aunque la voz de Felipa me reclamó desde la cocina gritando:

—Venga, niña, ven a ayudarme. Tengo mucho trabajo y estoy mala de los huesos. —Esa cantinela sería la misma que escucharía, a diario, durante los meses siguientes: sus quejas de lo enferma que estaba de tanto trabajar. Cuando entré en la cocina, la visión que tuve era de que allí habían dado de comer a un regimiento, estaba llena de cazos, ollas pegadas de suciedad y la vajilla de varios días, todo ello amontonado en pilas.

Cuando terminamos de cenar, la mujer se levantó y, poniéndose las manos en los riñones, dijo:

—Candela, recoge tú la cocina que no me aguanto derecha. —Y se fue hacia su dormitorio lamentándose—: ¡Ay! ¡Qué malita que estoy!, ¡cómo me duele la espalda!

Me dirigí a la cocina y pensé: «estos, debían de estar esperándome para limpiar semejante pocilga». Su hijo se asomó a la puerta, con aquella sonrisa de bobo con la que me miraba y delató:

—Antes me tocaba a mí, pero ahora será parte de tu trabajo. —Seguí fregando y no contesté. Pensé que tener las manos en remojo no iría mal, así se desprenderían del pimentón dulce que las había teñido de rojo y se evaporaría el olor a ajo del que estaban impregnadas de amasar la masa de los chorizos.

13
LA BODA

Por la mañana, después de recoger la cocina del desayuno, me gustaba asomarme al balcón, no estaba acostumbrada a ver a tanta gente y coches por la calle. Las madres despedían a los niños en el portal de sus casas, cada uno tomaba su camino, ellas a su trabajo y los chicos, cargados de libros, a la escuela. Observaba a las mujeres y su indumentaria, con sus medias melenas y el sombrerito a conjunto con el traje. Me llamaba la atención una chica que salía de la portería de enfrente, que siempre llevaba pantalones. Me moría de ganas por poder ponerme unos e ir a la peluquería a cortarme los rizos. Aquel era el mejor momento del día porque estaba sola.

Mi tío Antonio era el primero en salir de casa para irse al puerto a trabajar, era estibador. Felipa y su hijo bajaban a recibir las entregas de los proveedores de carnes, frutas y hortalizas; luego ordenaban la mercancía y abrían el negocio. Yo bajaba más tarde. Mi tía no me dejaba atender en la tienda. Cuando tenía mucho trabajo, únicamente salía su hijo a ayudarla. Decía que no conocía a las clientas y ellos ya conocían sus necesidades. Era cierto, sus caras para mí no significaban nada, pero sus voces estaban grabadas en mi cerebro, las distinguía en su entonación. Cuando estaban alegres, sonaban cantarinas, pero si tenían alguna preocupación, entonces su timbre era apagado. Las escuchaba y me imaginaba su estado de ánimo.

A la semana de vivir con ellos, mi tía me asignó también la responsabilidad de cocinar. Subía a la vivienda un tiempo antes. En ese momento disfrutaba de la soledad y podía perder la mirada, de vez en cuando, por las viviendas de enfrente. Soñaba con encontrar a Lola asomada en uno de los balcones o ver su figura cruzando por alguna de las muchas ventanas, saliendo del portal de los edificios colindantes o paseando por la calle. La echaba de menos.

Todos los sábados la tienda se llenaba más de lo habitual. Toño entraba y salía del obrador a toda velocidad para ir al secadero a reponer los chorizos y carnes que se vendían. Ese día en concreto me rozó por detrás varias veces. Lo fulminé con la mirada y él me sonrió

con esa cara de bobo que solía poner. Había notado una fuerte presión en las nalgas, pero cuando le miré, sus manos estaban ocupadas sosteniendo un paquete. Le espié mientras él recorría el pequeño pasillo que daba a la tienda y le vi pasarse el paquete de una mano a la otra como un malabarista. Me había tocado con la mano pequeña mientras ponía de parapeto el paquete y la grande. Respiré hondo y conté hasta diez para no coger la barra de madera con la que subían y bajaban la persiana de la tienda y rompérsela en la espalda. Parecía tonto. Recordé a mi madre que siempre decía «no te fíes de esos que parecen tontos, terminan pegándotela de una manera o de otra, al final te la pegan». Desde aquel día, me volví escurridiza y no dejaba que se acercase y, cuando estaba merodeando cerca, daba la vuelta con ímpetu, ponía cara de mal genio y bruscamente le preguntaba con agresividad:

—¿Qué se te ha perdido? ¿Buscas algo?

—No, nada —farfullaba. Estaba segura de que buscaría otra táctica para volver al asedio.

Los domingos, toda la familia en pleno acudíamos a la parroquia de San Rafael a escuchar misa. Esa era toda mi salida. Todavía no había visitado la ciudad. Lo único que conocía eran los negocios con los que nos cruzábamos en el trayecto desde donde vivíamos a la iglesia. Me llamó la atención uno en especial que siempre estaba abierto y no indicaba en ningún cartel a qué se dedicaban.

—Tía, ¿qué venden en esa tienda?

—Nada que te interese, solo es una casa de empeño, un negocio de judíos —cuchicheó, poniendo cara de desprecio.

Una vez dentro de la iglesia, mientras los demás escuchaban atentamente la homilía, me entretenía en ojear, uno por uno, a los feligreses con la esperanza de cruzarme con los ojos de Lola o de Nico. Ese domingo a la salida me quedé rezagada examinando a los de las últimas filas, los que siempre llegaban tarde, con la expectativa de encontrar la cara conocida de mis amigos. Observé que una mujer se acercó a Felipa y, puesto que me miraba sin cesar, interpreté por su comportamiento que algo de lo que estaba a punto de alcahuetear tenía que ver conmigo. Seguidamente, con el estridente pito que poseía, escuché claramente decir a la señora:

—Felipa, ¿para cuándo la boda?

—Bueno… los chicos todavía se están conociendo —contestó mi tía, mirando hacia donde me encontraba para asegurarse de que no podría haber escuchado el comentario de la mujer.

¿De qué boda estaban hablando?, ¿qué ocultaban? A partir de ese momento, estaría mucho más atenta a todo lo que ocurriese en esa casa.

Comencé a ver señales por todas partes. Mi primo con esos ojos

asimétricos como sus manos, uno grande y otro pequeño, mirándome como un bobo y sonriendo continuamente, a veces se atrevía a decirme:

—¡Qué guapa eres! —Y se escabullía veloz.

Los domingos por la tarde mis tíos bajaban a la tienda con la excusa de ordenarla y mi primo salía con un amigo de extremada delgadez, con la cara llena de granos y la cabeza grande, con gafas. Nunca me preocupé ni de saber el nombre. Estábamos cerca de la llegada de las navidades y pensé que para entretenerme podría elaborar pestiños y roscos. En el cortijo la cocinera siempre decía que tenía mano para la repostería. Me dispuse a pedirle permiso a Felipa. Descendí por la escalera y, cuando llegué a la puerta trasera de la tienda, la empujé suavemente. Ellos estaban tan entretenidos contando dinero que no me vieron. Quedaba al descubierto una caja fuerte, oculta detrás de un mueble que habían apartado, con la puerta abierta y se podían ver los fajos de billetes bien apilados. Retrocedí sigilosa y subí de nuevo al piso.

El nuevo descubrimiento empezó a dar vueltas en mi cabeza. Determiné que era el momento adecuado para pedirle a Felipa que me adjudicase un sueldo y así poder comprar ropa, ir a la peluquería y ahorrar para volver a España. Suponía que en unos años casarían a la señorita Amalia, mediante un matrimonio por conveniencia, con el hijo de algún cortijero u hombre ilustre de la zona y entonces yo conquistaría a Eduardo. Me costaba dormir, demasiados asuntos nuevos en los que pensar. Decidí levantarme a tomar un vaso de leche por si me ayudaba a conciliar el sueño. Para ir a la cocina, pasaba por delante de la puerta del dormitorio de mis tíos; estaban hablando y escuché mi nombre.

—Es pronto para hablar con Candela, todavía no se ha adaptado —decía el marido.

—El niño me ha dejado caer que no quiere esperar más tiempo y que desea casarse lo antes posible —alegaba Felipa.

—Habría que dejar que la chica se adaptase. Ya sabes que nuestro hijo no es ninguna joya.

—Antonio, no me hagas hablar. Si tú no hubieses frecuentado los burdeles y cogido esa enfermedad, nuestro hijo sería normal. Él es la consecuencia de tus juergas con esas mujerzuelas.

—Estaba soltero y tardaste mucho en decidirte.

—Al final, la culpa va a ser mía.

—Yo no he dicho eso, pero creo que a la chica hay que darle más tiempo.

—Es que la gente del barrio murmura y, sin ir más lejos, esta mañana al salir de la iglesia la vecina me ha preguntado que para cuándo era la boda.

—Eso te pasa por hablar sin pensar. Cuando te embalas, pareces una cotorra y no controlas lo que dices. Harías bien en escuchar más y hablar menos. Así no meterías la pata.

—¡Me has llamado cotorra! Encima, me insultas. No tienes vergüenza.

—Felipa, haz lo que quieras. No sé por qué me meto en asuntos en los que no pinto nada. Lo que decidas, por mí estará bien. Y ahora vamos a dormir, que mañana tengo que madrugar.

Me quedé paralizada en medio del pasillo sin atreverme a dar un paso. No quería hacer ruido y que me descubriesen. Apoyé mi cuerpo tembloroso contra la pared y estuve allí un tiempo prudencial. Con sigilo volví a la habitación. El corazón me latía tan fuerte que lo podía escuchar o esa impresión me daba. Por eso, el chico se tomaba las libertades de rozarme, sonreírme y decirme, de vez en cuando, lo muy guapa que era. Tenía que salir de esa casa lo antes posible. Estaba sola, sin ayuda y en un país donde ni siquiera hablaba el idioma.

14

EL JUDÍO

La noche anterior pude dormir. Demasiadas noticias concentradas en un solo día. Durante el desayuno no les hablé ni los miré, pero me di cuenta de que les resultaba indiferente. Felipa hablando como siempre, igual que una cotorra, como decía su marido; su hijo, cazando moscas y engullendo a dos carrillos; el padre se libraba de ellos mientras trabajaba. No me extrañaba que se quedase a hacer todas las horas que le pedían. Cuanto más tiempo pasaba fuera de su casa mejor para él. Ese día no me hacía gracia mirar por la ventana a los bloques de enfrente ni a la gente cómo hacían sus carreras matutinas por la calle para no llegar tarde a sus trabajos.

Cuando entré en el obrador, eran las once. Al verme el chico, ladeó la cabeza y se acercó.

—Mi madre está que trina, ha preguntado por ti varias veces —advirtió y comenzó a sacudir las dos manos. La pequeña se movía más rápida que la grande.

Entonces, irrumpió Felipa con los brazos en jarra.

—Toño, sal a vigilar la tienda y, si entra alguien, le atiendes, que Candela y yo tenemos que hablar. —Sudaba a chorros, a pesar de ser invierno, pensé que era debido a lo gorda que estaba por los homenajes que se daba con atracones de comida. Madre e hijo eran igual de tragones.

—Yo también deseaba hablar con usted, tía —dije sin pensar. No sé de dónde salieron esas palabras, pero ya las había pronunciado.

—Ah, sí, te escucho —masculló cerrando más un ojo que el otro y acercándome su cara. Podía oler su aliento rezumando a tocino y huevos fritos.

—He pensado que podría ponerme una pequeña paga para poder comprar ropa e ir a la peluquería y así mandar algo de dinero a mi madre.

—Pero si paga ya tienes, se la envío, enterita, todos los meses a tu madre. Eso sí, le descuento parte del pasaje porque le anticipé el dinero para ello y luego está tu manutención, que el dinero no me

sobra. Cuando saldemos deudas, entonces te pagaré una parte porque la de la manutención, como comprenderás, te la tendré que seguir descontando —suspiró, se secó el sudor de la cara con un pañuelo y añadió—: es que la tienda no da para mucho y tu tío ha dejado de hacer horas extras. Tenemos lo justo para sobrevivir.

La escuché atentamente mientras hablaba y comprendí que con ella no podría razonar. Era una mujer de ideas fijas y, si se trataba de su dinero, no daría el brazo a torcer. Me debía de haber tomado por una persona corta de mente porque me estaba mintiendo con tanta desfachatez que me dejó de piedra. Estaba claro que no pensaba pagarme. Nos quedamos las dos en silencio. Ella, en guardia, seguía mirándome retadora. Podía leer sus pensamientos, estaba preparando argumentos para cuando le replicara.

—Está bien, tía. Lo comprendo —contesté, resignada, y le dediqué una falsa sonrisa amable.

—Pues, si todo está aclarado, vamos al lío, que tenemos mucho trabajo. —Se dio media vuelta para marcharse, pero se quedó inmóvil. Entonces se giró y me advirtió—: ah, se me olvidaba. No vuelvas a bajar tan tarde al obrador.

—No se preocupe, tía, me daré más prisa por las mañanas en recoger el piso y seré puntual.

No estaba cumpliendo con lo que le había prometido a mi madre, en las cartas que le mandó se lo pintó muy bonito. Todavía estaba esperando a que me inscribiese en una escuela para aprender inglés y tener oportunidades de futuro colocándome en unos grandes almacenes o en una oficina, pero no permitía que saliese de la trastienda donde me tenía escondida. La vi alejarse por el pasillo arrastrando, con dificultad, su rechoncho cuerpo, se paró antes de empujar la puerta que daba a la tienda para limpiarse el sudor y desapareció de mi vista.

Me resultaba difícil de aceptar que aquella mujer, que cada día me parecía más una extraña, fuese mi tía. Había oído hablar de las diferencias entre hermanos. En este caso mi madre cargaba con imperfecciones que compensaba con su buen corazón, pero falsa, embustera, mezquina y egoísta, no lo era. Esos atributos le tocaron a su hermana.

Respiré profundamente y conté, esta vez necesité hacerlo hasta veinte. Era el consejo que le daba mi madre a mi padre cuando este se enfadaba y maldecía a don Rafael y al día en el que se empleó en su cortijo. Estaba tan furiosa que durante un buen rato únicamente pude pensar en distintas formas de vengarme de Felipa y su familia. Por la noche, en la cama, entre las cuatro paredes de ese cuarto oscuro empecé a urdir un plan para llevar a cabo los días siguientes, imaginé todos los pasos a seguir y con ello me mantuve ocupada. Llegué a la

conclusión de que necesitaba acercarme a mi primo y sonsacarle información, pero tenía que parecer casualidad.

A la mañana siguiente, mientras trabajábamos en el obrador:

—Toño —lo llamé poniendo voz de gatita.

—Dime —contestó, dejando caer unas ristras de chorizos que sostenía, para mirarme embelesado.

—¿No descansa nunca el judío ese que tiene abierta la tienda hasta los domingos?

—Es tan avaro que no respeta ni sus costumbres, abre hasta los sábados. Como vive en la trastienda, hace negocio a todas horas, es un aprovechado.

—Nunca he conocido a un judío y me da miedo.

—Pues a ese ni te acerques. Dice mi madre que es muy mala persona.

La información recibida ya me servía para comenzar a planear. Tardé varias semanas en decidir qué día y hora era la más oportuna para escapar de esa casa.

Era jueves. Como todos los días, Felipa después de comer se tumbaba, según ella a descansar, pero se dormía al instante. Lo sabía por los estridentes ronquidos que salían de su habitación, me recordaban a los gruñidos del cerdo que criábamos en La Majala para la matanza. Toño, durante la comida, pidió permiso a su madre para acompañar a su amigo al centro de la ciudad. No recogí la cocina, lo dejé todo amontonado de cualquier manera, ni siquiera vacié los desechos de los platos en la basura. Encallé la puerta de mi habitación con la silla y descosí a toda prisa el colchón para sacar las arras y la cadena de oro. Cogí la maleta que tenía desde hacía días preparada dentro del armario y, sigilosa, me escapé a toda prisa.

Era un día gélido de finales de enero, el cielo de Nueva York estaba encapotado y había escuchado a unos clientes de la tienda en sus charlas matutinas vaticinar una próxima nevada. Debía de hacer mucho frío porque la gente con la que me cruzaba iba abrigada hasta las cejas, pero yo me ahogaba de calor. Notaba cómo me ardían las mejillas.

Con la maleta en la mano y una chaqueta delgada, la única que poseía, abandoné aquella casa, en la que me habían recluido durante un año y tres meses, en dirección al comercio del judío.

Entré con el ímpetu del que huye y con la expresión en la mirada de la incertidumbre. El hombre desde detrás de una pequeña ventana me observó por encima de sus lentes redondos.

—¿Habla español? —me anticipe a preguntar temblorosa.

—Claro que sí, en este barrio todos lo hablamos. Un momento, ahora salgo —anunció, y siguió abriendo la tapa de un reloj que tenía a medio desmontar.

Al cabo de unos minutos, que parecieron eternos, el judío estaba detrás del mostrador inspeccionándome.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

Saqué la bolsa del bolsillo de la chaqueta y vacié su contenido encima del mostrador.

—¿Cuánto me podría dar por esto? —pregunté, moviendo con la mano las arras y la cadena. Temblaba entera. El hombre por su mirada interrogativa percibía mis escalofríos.

—Hace mucho frío —comenté para disimular mi tiritera mientras contaba para relajarme.

—Tengo que verificar que es oro y que las monedas son de plata.

—Está bien, pero tengo mucha prisa. —Le apremié.

El hombre revisó las monedas, las rascó y en un lateral les pasó un algodón impregnado con un líquido, hizo lo mismo con la cadena de oro.

Abrió la caja registradora de la tienda, cogió un fajo de billetes, contó unos cuantos y me los ofreció.

—Con este dinero, si te lo administras bien, tendrás para una buena temporada —anunció.

—¿Sería tan amable de indicarme dónde está la casa de los socorros La Nacional?

—Te lo puedo indicar, pero allí es donde primero irán a buscarte. Porque tú eres la sobrina de Felipa, la bruja esa del colmado, ¿verdad? Todos los domingos os veo pasar cuando vais en familia a misa. Yo también huiría si me quisiesen casar con su chico. Además de corto de mente y deforme, está dominado por su madre —relató, con total parsimonia, sin mover ningún músculo de la cara y asomando su mirada firme por encima de las gafas.

—Entonces, estoy perdida y no sé adónde ir —dije con cierto abatimiento y desesperación.

—Conozco a una mujer que puede ayudarte y no hace preguntas. —Tomó un trozo de papel y un lápiz, apuntó una dirección, dibujó una serie de cruces y calles y me lo entregó.

—Estoy en deuda con usted, me ha salvado la vida —le agradecí mientras leía en la hoja que me había entregado: Marcela, calle Houston, 234.

—No será para tanto —murmuró el hombre sonriendo.

—Le tengo que pedir otro favor.

—Tú dirás.

—¿Podría guardar las arras durante un tiempo sin ponerlas a la venta? Son un recuerdo familiar.

—Te las retendré durante seis meses. Si en ese tiempo no has venido por aquí, las venderé. Es todo lo que puedo hacer.

—Intentaré venir a por ellas lo antes posible.

—Sobre todo, dile a Marcela que vas de parte de Isaías. Mucha suerte, chica —me deseó antes de que saliera por la puerta.

—La necesitaré —le contesté, mientras con la mano libre me despedia.

15

MARCELA

Mi fuerte no era la orientación. Menos mal que el empeñista dibujó un buen croquis y que Nueva York era una ciudad que estaba construida de una forma realmente simple. Una buena parte de ella era como una cuadrícula numerada, por un lado, las avenidas o *avenues* y por otro las calles o *streets*. No me atreví a preguntar a nadie porque no hablaba inglés, pero acabé encontrando el lugar.

Cuando llegué a la altura del número 234 de la calle Houston, la observé desde la acera de enfrente. A pesar de llevar un año allí, debido a lo poco que había salido de la casa de mi tía no estaba habituada al intenso tráfico de esas calles. Había semáforos a los que yo no estaba acostumbrada, pero imitando a los demás peatones, crucé de forma diligente. Cuando había visitado Málaga, no había semáforos, apenas había visto una docena de coches y en los pueblos de la Axarquía nuestro medio de transporte eran los carros tirados por mulos o caballos. Me planté delante de la puerta del edificio, volví a mirar el papel para asegurarme de que la dirección era la correcta. Presioné con moderación el timbre correspondiente a la planta baja. Empujé la puerta y entonces me di cuenta de que estaba abierta. Inspiré con fuerza, me aferré a la maleta y erguida entré en el edificio. En el rellano una mujer de mediana edad, teñida de rubio, me observaba. Me acerqué a ella y le pregunté:

—¿Es usted Marcela?

—La misma —contestó.

—Me envía Isaías. Estoy buscando alojamiento.

—¡Pasa, pasa! Los amigos de Isaías son mis amigos —dijo la mujer posando su brazo sobre mis hombros y acompañándome hacia el interior de la vivienda. Y continuó—: has tenido suerte, tengo una cama libre, te la voy a enseñar.

—De acuerdo —murmuré aliviada y casi lloro, pero de alegría.

—Por ahí —indicó la mujer señalando un largo pasillo.

Abrió la última puerta. Era una habitación pequeña con dos camas y dos armarios de un cuerpo, pero me pareció suficiente para

empezar.

—Ha quedado libre la cama de la izquierda y, como puedes ver, la habitación la compartirás con otra chica. En el pasillo hay un baño que tenéis que usar por turnos. En el precio están incluidos el desayuno y la cena. La gente aquí tiene muy poco tiempo para comer y su costumbre es tomar un sándwich en el trabajo. Si quieres que te lo prepare, te lo cobraré aparte, pero te saldrá más barato que comprarlo en alguna cafetería.

—Todavía no tengo trabajo.

—¿Hablas inglés?

—No, pero me gustaría aprender.

—Bueno, pues eso hay que arreglarlo, sin hablar inglés será difícil que te den trabajo. Hay una escuela cerca de aquí donde dan clases para inmigrantes. Además, es gratis. Te arreglaré la documentación para que te acepten. El director es amigo mío. ¿Acabas de llegar? —interpeló de súbito poniéndose la mano en la barbilla y mirándome intensamente con aquellos ojos marrones casi amarillos.

—Llegué hace tiempo, pero mi tía me ha tenido trabajando en una trastienda. Solo me permitía salir los domingos para acompañarla a misa.

—¿Quién es tu tía? Si se puede saber —preguntó, frunciendo los labios y lanzándome una mirada de sospecha.

—Es Felipa, la del colmado de la calle 14, entre la séptima y la octava avenida. Por lo visto, no es demasiado querida porque el judío no me habló bien de ella.

—¿Qué judío?

—Isaías, el hombre de la tienda de empeños —le contesté. Entonces, abrió los ojos como platos y le dio un ataque de risa.

—Así que judío, ¿quién te ha dicho que Isaías es judío?

—Felipa y mi primo Toño.

—Esa mujer no tiene vergüenza, es mala como la peste.

Me quedé atónita y pensé en que le escribiría a mi madre contándole todos los secretos que estaba descubriendo de su hermana.

—No entiendo por qué Felipa tiene que llamarle judío si no lo es y qué gana con semejante tontería —comenté.

—Verás… te lo voy a contar. No creo que, si lo hago, Isaías se moleste. Cuando tu tía llegó a la ciudad, se asoció con él. Se rumoreaba, que, además de ser socios, se entendían. Ella no estaba gorda como ahora, aunque era fuerte, tenía el cuerpo parejo y una cara bonita. Traficaban con bebidas alcohólicas. El hombre, que es un buscavidas, conseguía la mercancía y ella la vendía en la tienda de tapadillo. Felipa que es una avariciosa se buscó otro proveedor con tan mala suerte que era el mismo con el que trabajaba Isaías y, de la noche a la mañana, se quedó sin suministro.

—Es una bruja. Le enviaba cartas a mi madre con promesas de una mejor vida para su hija y lo que buscaba era una mujer para su hijo y criada gratis. En fin… una mentirosa.

La mujer me miró con ojos de pena. Creo que comprendió lo sola que estaba. Avanzó hasta ponerse enfrente, acarició mi pelo y luego me abrazó. Entendí que lo hacía para darme apoyo, pero no hacía falta, éramos dos extrañas. Menos mal que se marchó para dejarme colocar en el armario la poca ropa que llevaba. Mientras ordenaba mis pertenencias, estuve reflexionando sobre los pasos a seguir. No podía gastar dinero, así que la ilusión de ir a la peluquería quedaba aplazada. De hecho, todo quedaba aplazado. Me propuse no comer al mediodía. Con el desayuno y la cena tendría que ser suficiente de momento. Lo primero era empezar con las clases de inglés. Decidí que le pagaría a Marcela dos meses por adelantado, así no tendría tentaciones de gastar el dinero en nimiedades. Ese fue el margen que me di para aprender el idioma y encontrar trabajo. Me presentaría a las ofertas laborales en las que no estuviese cara al público: de friegaplatos, ayudante de cocina, en lavanderías o en servicio doméstico.

Por la noche conocí a Otilia, la que sería mi compañera de cuarto, una chica de origen gallego. Cuando entró en la habitación, me quedé impactada por lo guapa que era. Llevaba puesto el traje de dependienta, trabajaba en Saks unos grandes almacenes de lujo en la Quinta Avenida. No se entretuvo, únicamente venía a cambiarse de ropa y retocarse el maquillaje. Más tarde Marcela me contó que tenía novio. Me advirtió de que en ocasiones no acudía a dormir.

Al día siguiente, durante el desayuno, la casera me dijo:

—Arréglate, que me tienes que acompañar. Te he dejado un abrigo encima de tu cama, pero cuando te compres otro me lo tienes que devolver.

—No se preocupe —susurré. Y le dediqué una sonrisa de agradecimiento. Por lo menos, no pasaría frío.

Me condujo por unas calles y entramos en unos bajos. Ella saludaba a muchas de las personas que se iba encontrando a su paso, se detuvo a intercambiar más que saludos con la recepcionista y esta le dio indicaciones que no comprendí, pero nos adentramos en un enorme pasillo hasta llegar a la puerta del que debía de ser el despacho del director. El hombre nos recibió con una sonrisa y Marcela desplegó todos sus encantos de mujer que pasaba de los cuarenta, pero conservaba su belleza y porte intactos. Mantuvieron una conversación y debieron de llegar a algún tipo de acuerdo porque terminaron con un apretón de manos.

Al salir, me contó:

—Misión cumplida, no había plazas, pero podrás asistir a la clase

de nivel dos. Es el único lugar donde te ha podido colocar. Hay muchas personas esperando para entrar en este centro.

—No le haré quedar mal, lo pienso aprovechar bien.

—Más te vale —me advirtió con una sonrisa.

Había pensado que me costaría adaptarme, pero, al mes de asistir a clase, tenía mejor nivel de comprensión que muchos de mis compañeros. Creo que eso era debido al oído tan fino que tenía junto a mi tenacidad invirtiendo todo el tiempo del que disponía en estudiar con ahínco. A partir de ese momento, algunos días tomaba un autobús y me iba a la hora de comer a la Quinta Avenida. Esperaba a que Otilia saliese a tomar su sándwich y la acompañaba mientras lo devoraba sentadas en un banco. Luego me acercaba a una cafetería, cada día a una diferente, y tomaba un café con mucho azúcar que siempre pedía en inglés. Al salir del establecimiento, solía preguntar a algún transeúnte por la hora o pedirle que me indicase cómo volver a la calle donde vivía. Así iba practicando hasta que pude entender una conversación en el idioma local.

Cuando Otilia se enteró de que ya comprendía bastante el idioma, concertó una entrevista con la encargada de los servicios de limpieza de los almacenes en los que trabajaba. Debía presentarme a las seis de la tarde en la planta baja de aquel enorme edificio y entrar por la puerta de atrás, la de los trabajadores. Al llegar, me pareció que aquello era otro mundo, nunca había visto un lugar con tantas puertas y largos pasillos. Por un instante temí perderme. Un empleado, quizá intrigado por mi aire de despiste, se acercó a preguntar si podía ayudarme. Él también tenía que ir a la planta baja, así que me acompañó.

Terminé la entrevista satisfecha de lo bien que salió. No le hice repetir ninguna palabra, entendí todo lo que la mujer me explicaba y contesté en su idioma, de forma sencilla, a todas sus preguntas. Quedamos en que mandaría recado con Otilia. Si me aceptaban en el trabajo, trabajaría en el equipo de limpieza nocturno. Necesitaba trabajar y solo poseía recursos para sobrevivir un mes más. Si no pagaba la habitación, Marcela tendría que invitarme a dejarla.

Camino de la parada del autobús, avisté un tumulto de gente en una esquina y me acerqué a fisgonear. Entre tantas cabezas no podía presenciar lo que pasaba. Algunos menos curiosos se marcharon y quedó un hueco libre que aproveché para ponerme en primera fila y ver lo que allí ocurría. Entonces descubrí algo que hizo que mi corazón latiese descompasado de la alegría. Era Nico y sus cubiletes de madera jugando al trile encima de un tapete verde y dos cajas de madera colocadas una encima de la otra. Cuando terminó la partida, nuestros ojos se cruzaron, los suyos resplandecían como dos estrellas negras y salió disparado a mi encuentro, me tomó por la cintura y me

alzó un palmo del suelo para darme vueltas.

—¡Qué alegría se llevará Lola cuando sepa que he encontrado a la listilla! —Me depositó en el suelo para luego fundirnos en un abrazo, me impregnó del suave olor a palo dulce y besó mis mejillas con ternura.

—Le contarás que te he encontrado yo a ti —lo corregí.

16

EL REENCUENTRO

Un hombre, que aparentaba unos cuantos años más que Nico, comenzó a recoger el tenderete mientras nos observaba de reojo. Era alto y escuálido, los pómulos de la cara le sobresalían por la delgadez, moreno de piel y pelo negro, el flequillo le cubría los ojos y miraba a través de él, Nico le hizo un gesto con la mano para que se acercase.

—Giuseppe, esta es mi amiga Candela, la listilla de la que te he hablado en varias ocasiones, el mejor gancho que jamás he tenido. No necesitaba de mis señales, con mirarnos teníamos suficiente.

El italiano se acercó, se retiró los mechones de pelo que cubrían sus grises y pequeños ojos de mirada triste, rodeados de finas arrugas, hizo una reverencia y estrechó mi mano. Al hacerlo, sentí un escalofrío extraño.

—Mejor dicho, con escuchar atentamente me bastaba —aclaré, el italiano sonrió y fue a sentarse encima de las cajas para fumarse un cigarrillo plácidamente mientras esperaba a su amigo.

—Algún día me contarás cómo conseguías saber dónde estaba la bolita.

—Mirándote a los ojos —contesté para zanjar el asunto. Cuando le conté que era capaz de escuchar el tintineo de la bola, no me creyó.

—Cuéntame, ¿qué ha sido de tu vida durante todo este tiempo?

—Te lo resumo: estuve un año viviendo con mi tía y trabajando gratis de criada para ella. Hace unos meses, al enterarme de que me quería casar con su hijo, me escapé. Y ahora ando escondiéndome para que no me encuentre.

—A nosotros nos ayudaron los de La Nacional y luego encontramos trabajo de camareros para un italiano que se dedica a llevar personal a las fiestas de las mansiones de políticos y gente rica. Como no hay que hablar, solo servir copas en bandeja, ya nos viene bien.

—Pues de eso vengo ahora, de una entrevista de trabajo.

—Mi jefe siempre está buscando gente. Si quieres, le hablo de ti para que te dé trabajo. Además, paga bien y solo trabajamos los días de fiesta. Entre semana tenemos tiempo libre para nuestros asuntos.

—Ya… asuntos —señalé las cajas que soportaban el peso del hombre.

—No hay que perder las buenas costumbres y el dinero extra me viene muy bien para el alquiler.

—De lo del trabajo —retomé la conversación porque estaba necesitada y aunque la entrevista pensaba que había salido bien no estaba segura de que fuesen a llamarme—, es que no sé llevar bandejas.

—No te preocupes, yo te enseño. Y con lo listilla que eres lo aprenderás en un periquete.

—Estoy estudiando inglés y ya me defiendo.

—Mejor, así te podrán poner con las bandejas de esos bocadillos pequeñitos que comen los ricos, esta gente bebe mucho y come poco.

—Dame vuestra dirección, iré a visitaros un día de estos.

—Vamos a hacer algo mejor, te vienes ahora con nosotros y cenas en casa. Lola le echará unas cuantas patatillas más al guiso y comeremos todos.

Nico cogió una de las cajas y nos encaminamos hacia su casa, seguidos de aquel italiano taciturno.

—¡Menuda sorpresa le vamos a dar a Lola! —exclamaba con alegría. Al momento repetía:

—¡Vaya alegría se va a llevar Lola!

Su vivienda no estaba muy lejos de la casa de Marcela. Solo nos separaban varias manzanas. El bloque era antiguo y ruinoso. La puerta principal estaba abierta, supuse que los timbres, unos botones desgastados que colgaban de cables, no funcionaban.

—Tú escóndete detrás de mí —propuso juguetón.

Sacó la llave y abrió la puerta. Me quedé parada en el umbral esperando a ver qué ocurría.

—Nico, cierra la puerta, que un día de estos nos roban. —Escuché la voz de Lola que me sonó a música celestial. Nunca había tenido tantas ganas de abrazar a alguien en ese país.

El italiano colgó la gorra de un perchero que había en el recibidor y desapareció detrás de una de tantas puertas.

—Ve y cierra tú la puerta, que yo con las cajas no puedo —contestó Nico.

—Ni que estuvieseis mancos, sois dos para dos cajas y no podéis ni cerrar una… ¡Pero si es Candela! —exclamó cuando me vio esperando en la puerta y se lanzó a abrazarme. A las dos se nos cayeron las lágrimas y luego pasamos a las risas cogidas de las manos.

—Pasa, pasa —indicó Lola y se apresuró a cerrar la puerta, mientras voceaba—: Maribel, hoy tenemos una invitada.

El comedor era pequeño y estaba amueblado con lo justo: una mesa, seis sillas; un buffet pequeño con una radio encima y una

alacena con la vajilla. Los muebles estaban desgastados y a las cortinas, que cubrían el ventanal que daba al balcón, se le podían ver al trasluz varios zurcidos.

—Maribel es la casera y nos ha hecho el favor de alquilarnos una habitación —me informó Nico, susurrando como si estuviese contando un secreto mientras esperábamos a la mujer.

La casera salió de la cocina secándose las manos en el delantal que llevaba ajustado a su minúscula cintura. Era joven, de pelo castaño y ondulado, resaltaban sus rasgados y verdes ojos, parecía una gata. Nos saludamos con cordialidad.

—La cena me reclama, no quiero que se queme el estofado —se disculpó y se encaminó a la puerta de la cocina. Antes de cruzar la puerta se giró y dijo—: Lola, no hace falta que vengas, atiende a tu amiga.

Lola asintió con la cabeza y le lanzó un beso con la mano de agradecimiento.

—¡Es más buena! Se porta muy bien con nosotros y con todos los inquilinos que tiene.

—¿También vive con vosotros el amigo de Nico? —susurré curiosa.

—Ya estaba cuando llegamos, ¿por qué lo preguntas?

—Hay algo extraño en él.

—Es el tipo de amigos que atrae Nico, siempre rodeado de la misma calaña. ¿Te acuerdas del Rubio?

—Claro que me acuerdo —le aseguré con un movimiento de cabeza. Nos miramos fijamente y las dos nos entendimos. Era mejor huir de esa clase de personas.

—¿Qué tal con tu tía? Seguro que estás muy a gustito rodeada de tu familia.

—¡Qué va, Lola! Mi tía ha resultado ser una bruja. Se ha aprovechado de mí y quería casarme con un hijo muy feo que tiene.

—Pues… vaya —dijo, aguantándose la risa.

—No es para reírse, pero puedes hacerlo si quieres, lo he pasado muy mal. Cuando me di cuenta de que me quería casar con su hijo, supe que tenía que escaparme de allí. Me daba miedo huir sola sin saber a dónde ir y sin conocer a nadie, pero más miedo me daba permanecer encerrada en casa de mi tía. Tuve que empeñar todo lo que tenía y ya no me queda dinero. Menos mal que Nico me ha ofrecido trabajo con ellos de camarera.

—¿Vas a trabajar con Nico?

—Si me acepta su jefe, claro que trabajaré.

—Mira, Candela, ya conoces a mi hermano. Siempre anda metido en líos. Ya sabes a qué me refiero. —Hizo un gesto con la mano girando los dedos como si cogiera algo en el aire para luego quedar la mano cerrada en un puño.

Sonreí y pensé en el barco, en la noche en que nos colamos en primera clase y en lo bien que lo pasé observando a Nico en acción.

—Yo solo quiero trabajar. Si no pago la habitación donde vivo, me echarán y no quiero volver con mi tía.

—Lo entiendo.

—Y tú, ¿qué haces?, ¿sigues con las tiradas de cartas?

—¿Sabes? Preguntaba cada día a las cartas por ti y siempre me decían que volveríamos a estar juntas.

—¿Las cartas?

—¡Ay, hija! ¡Qué poco creyente eres! Ya te conté que mi abuela, la gitana, está siempre conmigo. Es la que me ilumina y me ayuda a leer las cartas.

—Si tú lo dices, yo te creo.

Cómo me hubiese gustado poder consultar todos aquellos temas con mi madre, seguro que ella resolvería mis dudas. En mi familia no se hablaba de espíritus ni de apariciones de muertos.

Ayudamos a Maribel a poner la mesa y cenamos el estofado que habían guisado con Lola a base de mucha patata y recortes de alguna carne y restos de tocino. Estaba tan entretenida que casi se me olvida que después de las diez Marcela no dejaba entrar a nadie en casa y tuve que despedirme a toda prisa. Acordamos que volvería por las mañanas y me enseñarían a trabajar de camarera. Me extrañé cuando Giuseppe se ofreció a acompañarme con la excusa de que necesitaba hacer un recado cerca de la calle donde vivía. El hombre se encendió un cigarrillo y no me dirigió la palabra en todo el trayecto. Luego pensé que debía de obedecer instrucciones de Nico y que lo hizo para asegurarse de que llegaba bien a mi destino.

Cuando entré en casa, Marcela me esperaba inquieta.

—¡Qué tarde llegas! Pensé que te había pasado algo.

—Es que me he encontrado a unos amigos que conocí en el barco y me he entretenido.

—¿Has cenado?

—Sí, en su casa.

—Muy bien, porque ya sabes que aquí si se llega tarde, no se cena.

Estaba convencida de que, si llego a decirle que no había cenado, me hubiese preparado algo, aunque seguramente me hubiese dicho que me lo comiese en la cocina y que no sentase precedente. Ella se había preocupado porque no llegaba a la hora que solía hacerlo. Lo intuí por la cara de alivio que puso cuando entré por la puerta.

Otilia ya estaba acostada. Cuando me escuchó entrar, se sentó en la cama sin mirarme.

—Ya han cubierto el puesto para el que has hecho la entrevista. Lo siento mucho. Han contratado a una prima de mi compañera. Todos tenemos familiares y amigos necesitados y hay mucha gente buscando

trabajo —informó con un halo de pena en la expresión.

—No te preocupes. Me ha salido otro trabajo y comenzaré este fin de semana.

—Me alegro —dijo. Y ya más relajada se tumbó de nuevo en la cama.

Muy decidida, había anunciado que ya tenía trabajo. Esperaba no arrepentirme de adelantar acontecimientos.

17

PLATOS Y AGUA

Era la primera vez desde que llegué a Nueva York que me levantaba con ilusión. A las diez de la mañana me planté en casa de Lola y Nico. Fue como volver otra vez a los días del barco, pero en tierra firme.

Me abrió la puerta Maribel y puso cara de sorpresa al verme.

—Candela, ¿adónde vas tan temprano?, esta panda todavía está durmiendo, ellos son de costumbres nocturnas. Aquí la única madrugadora que hay soy yo y por obligación. Pasa, pasa, tomaremos café y así nos conoceremos.

Esa mañana tomando café junto a Maribel me di cuenta de la necesidad que tenemos las personas de hablar y de contar nuestras propias versiones de las historias, no de lo que ocurrió en realidad sino de la idea que nosotros hemos construido en nuestra mente y en nuestro beneficio. La mujer debía de tener treinta y pocos años; era de origen asturiano e inmigró a Estados Unidos junto a su familia, de la que, según su versión, habían fallecido todos. Viuda de un bombero que pereció en un gran incendio. Me habló de Nico y Lola como si los conociese de toda la vida. Creía que eran gitanos auténticos y mi amiga una pitonisa que le traería suerte. Supuse que los hermanos le habían hablado sobre mí porque no me preguntó nada. Allí me tuvo para ella sola durante una hora y yo repetía, de vez en cuando, la última palabra que había escuchado. Menos mal que Lola asomó bostezando y me rescató invitándome a que la acompañase a su habitación.

La habitación de Lola era de proporciones similares a la que compartía con Otilia, pero para ella sola. El lugar de la segunda cama estaba ocupado por dos sillas y una mesa camilla cubierta por un mantel rojo. Encima, bien apiladas, estaban las cartas de la baraja española, incienso y una vela. Supuse que todo aquello formaba parte del decorado que Lola empleaba para darle misterio a la función de teatro en la que se embarcaba en cada sesión.

—Me ha dado pena Maribel, tan joven y viuda con un niño —comenté mientras me sentaba en la cama.

—¿Viuda? —preguntó Lola abriendo los ojos.
—Eso me ha contado.
—No le hagas caso, es una cuentista y se inventa las historias. Si hablas mañana con ella, te lo volverá a contar según de dónde le sople el aire.
—Entonces… ¿No es viuda?
—¡Qué va a ser viuda! Es la amante de un policía irlandés que la trae por el camino de la amargura. Cuando veas a su hijo, verás lo pelirrojo que es, clavadito a su padre.
—¿Por qué no se han casado?
—Muy fácil, porque él tiene mujer y una troupe de niños pelirrojos.
—¡Vaya con Maribel! Se engaña a sí misma porque a mí no me importan sus asuntos, ni siquiera le había preguntado.
—Creo que lo hace porque se siente atrapada y así, durante un rato, sueña que su vida es diferente.
—Hablando de otro tema. ¿Sabes si Nico le ha preguntado a su jefe si necesita gente?
—No te preocupes, su jefe siempre necesita gente.
Un repiqueteo de nudillos en la puerta me provocó un respingo y seguidamente esta se abrió de golpe.
—Me ha dicho Maribel que habías llegado. ¿Estás preparada? Te voy a enseñar a llevar copas de champagne en bandeja sin que derrames ni una gota —anunció Nico, poniéndose en actitud formal y girando la palma de la mano izquierda como si sostuviese algo en ella.
Estuve toda la mañana subiendo y bajando escaleras, sosteniendo la bandeja con la mano izquierda y la derecha pegada a la espalda; primero, vacía, luego le colocó encima un plato hondo, que llenó con agua hasta los bordes. Eso era más difícil. Al principio me daba miedo caminar y tirar el agua, pero al cabo de una hora subía y bajaba las escaleras sin verter ni una gota de líquido. Paramos a tomar café y, al retomar la actividad, llenaron el recipiente con todos los platos que cabían en él. Pasé miedo, temí romperle la vajilla a Maribel. Respiré hondo, me centré y pensé que, si ellos lo hacían, yo también.
Al terminar, Nico se acercó, me dio unos golpecitos en el hombro y dijo:
—Lo has hecho muy bien. Mañana seguiremos.
—No sé si esta tarde podré coger el lápiz, tengo el brazo destrozado —me quejé.
—Eso pasa los dos primeros días. Al tercero te ha salido bola. —Nico se arremangó la camisa para enseñarme su bíceps y de paso me dio un suave empujón con el hombro mientras guiñaba el ojo y sonreía.
Le miraba el brazo delgado y musculado, su piel tostada con aspecto sedoso. Me recreé en su olor, ese tan particular que le daba la

mezcla de tabaco y palo dulce que siempre lo acompañaban o bien en los bolsillos o con alguno de ellos transitando entre su mano y su boca. Él siempre seducía con el empujoncito, con la sonrisa, con la mirada, guiñando el ojo y, sin darme cuenta, le imitaba porque me gustaban sus maneras y le devolvía el empujón, se lo daba suave, le miraba achinando los ojos mientras le sonreía flirteando.

Cuando terminamos nuestro juego, me encontré con los ojos de Maribel clavados en nosotros, observando, igual que una lechuza escrudiña el paisaje nocturno desde su rama, con los brazos cruzados debajo del pecho, rígida y pensativa. De sopetón giró y desapareció por la puerta de la cocina.

Me fui con Lola a su habitación.

—¿Tienes muchas clientas? —pregunté y cogí las cartas, las barajé, las corté y las volví a dejar en su sitio.

—Tendría más si supiese hablar inglés. El otro día se las tiré a un político y Maribel hizo de traductora. —Arrugó la nariz—. ¿Sabes? No es lo mismo, porque tengo que ser yo la que da el mensaje y, además, mi abuela me ha dicho que no me fíe de nadie que esos menesteres solo me pertenecen a mí.

—Lola, vente conmigo y te apuntas a la escuela de inglés. Es gratis y en unos días empezarán un curso nuevo.

—No sé, Candela, las letras no me entran. La hermana de mi padre nos enseñaba y siempre decía que no servía.

—Porque no le pusiste interés. Si has aprendido a echar las cartas, también puedes aprender inglés. Además, si solo te relacionas con españoles, nunca aprenderás.

—Chicos, vamos a comer —voceando, nos reclamaba la casera.

Me quedé a comer con ellos, eran lo más parecido que tenía a una familia y me sentía como en casa. Maribel no habló durante toda la comida, la miré de soslayo en varias ocasiones y me llamaron la atención sus ojos enrojecidos de haber llorado. Su cara reflejaba disgusto.

A la mañana siguiente, me permití remolonear más tiempo en la cama. No era necesario ir tan temprano a practicar con la bandeja, en esa casa se levantaban tarde.

Cuando llegué a casa de mis amigos, Maribel me abrió y me impresionó. Iba maquillada igual que una muñeca de porcelana, pero ni la cantidad exagerada de maquillaje ni los polvos podían disimular los moratones de la mejilla derecha y la hinchazón del ojo que estaba cubierto por el párpado. Ella dejó la puerta abierta y desapareció rauda, entré y me fui directa a la habitación de Lola.

—¿Qué le ha pasado a tu casera? —pregunté, impulsiva sin ni siquiera dar los buenos días.

—El policía, el irlandés, cada vez que bebe y le da un ataque de

celos lo paga con ella. No es la primera vez que pasa algo así desde que vivo en esta casa y no será la última.

—¿Estaba sola?

—Pues claro que estaba sola. Cuando él la visita, nosotros nos vamos y no volvemos hasta que vemos un pañuelo rojo colgado en el balcón. Ese fue el trato. Por eso pagamos tan poco. Una vez se quedó toda la noche y tuvimos que dormir en un almacén del puerto que le prestaron al italiano. Me acordé del barco porque también estaba lleno de ratas y cucarachas.

—¡Qué asco! Anda, no me lo recuerdes. ¿No se puede hacer nada para ayudarla?

—Nada. Él es un policía respetado y ella no es nadie, se tiene que aguantar, no le queda otra— dijo tajante, suspiró y añadió—: hablando de otro tema, he pensado mucho en eso de apuntarme a la escuela y por una vez tienes razón, además le he pedido consejo a mi abuela y me ha dicho que debo ir.

—¡Qué alegría me das! Iremos juntas a estudiar. Vente esta misma tarde para rellenar la solicitud, te podré ayudar con las dudas que tengas.

—No esperes gran cosa de mí, no avanzaré tan rápido como lo haces tú, soy un poco zoquete.

—No digas tonterías, ponle ganas y verás cómo aprendes sin darte cuenta.

—No te preocupes. Cuando tomo una decisión, pongo todo mi empeño en ello.

—¿Te acuerdas de la señorita Amalia?, la hija de los dueños de La Majala. Esa sí que era zoquete. Encima, con lo consentida que estaba, no aprendía nada. Siempre tuve la sensación de que yo no le gustaba a la profesora, me miraba raro.

—Todos te mirábamos raro, tan tiesa y los hombros que parecía que te tiraban por detrás. Era por el corsé ese que llevabas y nosotros te compadecíamos, pensábamos que estabas lisiada.

Nico abrió la puerta, asomó la cabeza y dijo:

—Listilla, vamos, que hoy te toca aprender con las copas. Este fin de semana trabajarás todos los días.

18

EL UNIFORME

El viernes, al salir de clase, fui directamente a casa de mis amigos. Antes de ir a la escuela, avisé a Marcela de que ese fin de semana llegaría tarde por las noches debido a mi nuevo trabajo.

Estaba contenta e inquieta a la vez, había conseguido un trabajo y podría mantenerme, sentía mis tripas anudadas en la boca del estómago impidiendo que pudiese tragar ni una migaja de pan.

Nico esperaba apoyado en la pared contigua a su portal, royendo un palo dulce. Al verme, sonrió y sin demora nos encaminamos en dirección al puerto. Andábamos juntos y en silencio, él con las manos metidas en los bolsillos, la cabeza gacha y zancadas rápidas. Me costaba seguirlo y de vez en cuando me obligaba a acelerar el paso para alcanzarlo. Se detuvo en un almacén situado en el muelle y entramos por una puerta pequeña ubicada en el lateral. Una vez dentro, nos recibió un hombre rechoncho de vientre abultado, cara redonda y sonrojada, de frente ancha y poco pelo, con un fino bigote. Vestía una camisa blanca arremangada y un pantalón negro sujeto por unos tirantes. No paraba de darle fuertes caladas a un puro, el olor que despedía me provocó arcadas. Quise retroceder unos pasos, pero necesitaba el trabajo y no deseaba dar la imagen de una persona mal educada.

—Esta debe ser la chica de la que me hablaste —supuso el hombre, a la vez que exhalaba una abundante bocanada de humo, que me hizo toser.

—Sí, señor Gambino —contestó Nico casi reverenciándolo.

—Paulina le dará ropa y que sepas que está bajo tu responsabilidad —dijo, señalando con la mano la dirección al interior de la nave. Paseé la mirada por sus dedos índice y medio ennegrecidos por el tabaco y los sellos de oro que los adornaban: uno grabado con las iniciales J y G entrelazadas y el otro con un ónix.

—Es lista y trabajadora. No se preocupe. Respondo por ella, señor.

Nico me dio un golpe en el hombro.

—Vamos, que te darán el uniforme.

Cuando avanzábamos al interior, el hombre, que nos miraba atentamente, de repente voceó:

—Nico, acércate.

Me quedé esperando en el pasillo que ya habíamos adentrado y escuché perfectamente cómo el señor Gambino le susurraba a Nico mientras gesticulaba con las manos.

—Me da la impresión de que esta chica no funcionará, está muy paliducha y escuálida, no aguantará el ritmo de trabajo.

—Señor, no se preocupe por ella. Si esta noche no responde, no la volveré a traer.

—Bien, bien —comentó el hombre satisfecho con la respuesta de su empleado mientras le daba palmaditas en la espalda.

Paulina, la hija del jefe, me entregó el uniforme de camarera. La presencia de Nico la turbaba y este, que lo sabía, le dedicó una de sus sonrisas, la seductora. Le firmé un contrato en el que autorizaba a descontar del primer sueldo una cantidad en concepto de fianza por si devolvía la ropa en mal estado. Así se aseguraban de que la trataría bien y me responsabilizaba de llevarla impecable en cada servicio. Un abuso, pero no quedaba otra que aguantarme y, además, no quería hacer quedar mal a mi amigo que había dado la cara por mí. Me probé el uniforme, en ese vestido negro cabían dos Candelas. La tela era recia y comenzó a picarme. Ceñí a la cintura el delantal blanco bordeado por puntillas y me coloqué la cofia blanca que me daba un aspecto de monja.

Nico aporreó la puerta.

—¡Venga, date prisa! Nos harás llegar tarde.

Abrí la puerta, no me quedaba otra que salir con esa pinta, pero lo peor fue cuando escuché los ruiditos que hacía mi acompañante al intentar retener la risa que le provocó mi imagen, estiré el cuello y caminé hasta llegar al coche que nos aguardaba. En el interior nos esperaban dos chicas y el chófer. Los hombres vestían traje negro camisa blanca y pajarita. Observé al gitano y el atuendo de trabajo le sentaba bien. Con la elegancia natural que desprendía pensé que, si en algún momento no llevaba bandeja, lo podrían confundir con uno de los invitados.

El chófer se detuvo en la puerta de servicio y, antes de entrar Nico, cogió mi brazo y me separó del grupo. Lo noté inquieto, vacilante.

—Tengo que pedirte un favor —musitó, penetrando mis ojos con su oscura mirada, sin pestañear.

—¿Qué quieres? —le pregunté, manteniendo el pulso a su encaro y achinando los ojos.

—Verás… es muy sencillo, solo tienes que informarme si oyes algún rumor sobre los invitados.

—Rumor… ¿De qué tipo?

—Ya sabes, rumores.

—Habla claro y dime qué tipo de información es la que necesitas, no voy a estar pendiente de todos los chismes que escuche en esta casa, ni te imaginas la cantidad de sandeces con las que se entretiene la gente. —Reculó un paso para observarme, sacó un cigarrillo y se tomó su tiempo para encenderlo.

—Entrad, me fumo el cigarro y vamos —ordenó a los otros miembros del equipo y, cuando nos quedamos a solas, confesó—: necesito saber si alguna de las familias que asiste hoy a la fiesta sale de viaje, cuántos días estarán fuera y si darán días libres a los empleados —guardó silencio, dio una calada al pitillo y esperó mi reacción.

—Vamos… que… necesitas averiguar qué casas de esos ricachones se quedarán vacías para limpiarlas.

—Eso es, chica lista. A mi hermana de esto nada. Ni se te ocurra, que me mata.

—¿Qué sacaré a cambio de la información?

—Una buena propina.

Necesitaba el dinero, solo tenía que escuchar y se me daba bien hacerlo.

—De acuerdo, será nuestro secreto —propuse. Él sonrió con la sonrisa relajada, pasó su brazo por encima de mis hombros y entramos en la cocina de aquella mansión para comenzar la jornada.

Cuando me adentré en el gran salón, donde se celebraba la fiesta, cargada con la bandeja repleta de copas de champagne, tuve que realizar un ejercicio de equilibrio para que no se cayera por lo impresionada que quedé con semejante derroche de lujo. Incluso tenían una tarima para la orquesta. Las lámparas parecían hechas de diamantes tallados que caían como cascadas reflejando la luz, el suelo era de mármol rosa acariciado por el filo de las cortinas doradas de terciopelo. Era cierto aquel dicho de mi madre: una mujer fea, bien lavada, con buena ropa, exquisito perfume y un peinado bonito puede parecer guapa. Todas las mujeres que estaban en ese salón deslumbraban. Enderecé la espalda, puse la sonrisa amable y comencé a ofrecer las copas. Al inicio con los músculos tensados imaginé que toda aquella gente me controlaba, pero cuando observé que lo único que les interesaba era lucirse con sus plumajes y conversaciones en las que nombraban gente y lugares que no conocía, me relajé. Busqué un lugar cerca de un grupo de mujeres parlanchinas, igual que cigarras en verano. Una de ellas comenzó a explicar la planificación de su próximo viaje, afiné el oído para retener los datos que podrían interesar a Nico.

Pasaba desapercibida porque nadie reparaba en una camarera. Era como una sombra, o eso pensé hasta que percibí una fragancia a

sándalo y vetiver pegada a mí. La desprendía un hombre canoso, rechoncho y de piel rosada, que había alargado el brazo para coger una copa, me miraba de arriba abajo y no paraba de sonreír. Recorrí el salón de una punta a la otra ofreciendo la bebida e intuí que el aroma a vetiver me seguía. Cuando me detuve, el olor se hizo más intenso. Era la mano, del mismo señor sonriente, que cogía una copa, con la otra rozó mi espalda y disimuladamente fue bajándola hasta acariciar mis nalgas, di un respingo y un paso al frente y me giré de mala manera. Entonces el hombre se acercó, apoyó la copa en la bandeja y susurró:

—Si tú quieres, te puedo enseñar un rincón íntimo. Pago bien —añadió mientras se daba golpecitos en el bolsillo de la levita del frac mostrando dónde llevaba el dinero.

Lo que hubiese dado por darle un buen golpe con la rodilla y dañarle la entrepierna, pero no podía hacer quedar mal a Nico. No le contesté y continué ofreciendo el espumoso. Cuando estuvo la bandeja vacía me dirigí hacia el depredador de criadas y tropecé a propósito con su hombro. Mientras le sonreía, deslizaba mis dedos por el bolsillo de su chaqueta y cobré mi recompensa.

Aquella noche fue larga, nadie me explicó que no podríamos recoger hasta que no quedase ningún invitado en el salón y luego tendríamos que limpiar y ordenar.

Era media mañana cuando regresaba a casa de Marcela abatida y con los pies hinchados. Fui directa a mi habitación colgué el vestido del perchero, en breve me lo tendría que volver a poner, sudado y manchado, pero el mismo. Me acurruqué entre las sábanas vencida por el sueño y el cansancio.

19

EL CLUB

Escuché unos golpes suaves en la puerta. Era Marcela a quien le había dicho que si a las seis de la tarde no me había levantado que por favor me despertase. Vestí una bata por encima del camisón y seguí el rastro del olor a café que me llevó al salón. La casera, detrás de esa postura rígida y comportamiento circunspecto, ocultaba una mujer dulce y preocupada por sus huéspedes. Tenía café preparado, que tanto necesitaba, y pastel de manzana. Después de servir la mesa, se sentó a mi lado y me miró como lo hace una madre preocupada por su hija.

—Candela, no quiero meterme en tus asuntos, pero estoy intrigada… ¿Qué tipo de trabajo es ese que te has buscado y que te ocupa toda la noche? —preguntó, con voz temblorosa.

Noté intranquilidad en su mirada, me levanté sin contestarle, acción que la desconcertó, fui a la habitación y me coloqué el uniforme con cofia incluida. Al verme, se le iluminaron los ojos y se tapó la boca con la mano para disimular la amplia y descansada sonrisa que se le dibujó.

—¿A que es horrible? —le dije, girándome para que viera los pliegues traseros que se formaban de lo holgado que me quedaba.

—Desde luego que tela sobra. Por cierto, ¿dónde trabajas? Me contaste que, de camarera, pero no diste más detalles.

—Porque no lo sabía ni yo. Nos contratan para hacer de extras en fiestas de ricos, fui a una mansión muy lujosa, nunca había visto nada igual. Lo malo es que después del servicio hay que quedarse a ayudar a recoger y a limpiar. Así que, si llego tarde, ya sabes por qué es.

La mujer asentía con la cabeza mientras relajaba la expresión. Terminé el café, le besé la mejilla, cogí la bolsa con ropa para cambiarme y salí en busca de Nico.

El merchero me esperaba en la puerta fumando, repeinado con la raya al costado y los remolinos indomables bien untados de gomina, aunque pasadas unas horas volverían a resurgir. Al verme, tiró el cigarrillo a la calzada.

—Vamos, que nos esperan. —Se colocó las manos en los bolsillos

del pantalón, se subió el cuello de la chaqueta para cubrir sus orejas del frío y comenzó a andar.

Costaba seguirle el paso, daba la impresión de que estaba molesto, lo observaba de reojo y su cara denotaba preocupación, lo achaqué al cansancio. Unos minutos antes de llegar al almacén de Gambino se decidió a hablarme:

—En esta fiesta no vas a entrar a servir en el salón, te dedicarás a ayudar en la cocina y tienes que prometerme que no te moverás de allí.

Asentí con la cabeza.

—Hoy no te hagas la listilla, no es el día, no hables y no escuches —me advirtió.

Subimos a un coche. Me extrañó que sentado al volante estuviese Giuseppe. Pensaba que solo compartían piso y que se dedicaba a otro trabajo. Nico era muy reservado y no contaba más de lo necesario. A los demás también los conocía, los mismos con los que trabajé la noche anterior. Por el trayecto, que duró casi una hora, advertí que salíamos a las afueras de la ciudad. El automóvil cruzó una verja, que un hombre cerró a nuestro paso. Nos encontramos frente a un edificio que no me pareció ni una mansión ni una casa. Nos recibió una mujer rubia con exceso de maquillaje que nos condujo a la cocina, su pelo me recordó al plumaje de los pollitos cuando apenas tienen unos días, Nico se puso a su lado y le escuché susurrarle al oído mientras me señalaba:

—Ella es nueva y no saldrá de la cocina.

—Vosotros sabréis. Mientras hagáis vuestro trabajo, la forma en la que os organicéis no me importa —dijo y se marchó.

Pasé parte de la noche ayudando a un malhumorado cocinero a preparar bandejas de sándwich, hojaldres rellenos de carne y otras exquisiteces. Me responsabilizó de decorar una enorme tarta con nata, guindas y chocolate. Las horas que pasé junto a la cocinera de La Majala sirvieron para que el chef empezase a mirarme con buenos ojos y de vez en cuando sonriera. Cuando lo hacía, parecía afable, de ojos azules y muy pequeños se difuminaban con la blanca piel y las cejas rubias y tupidas. Imaginé que su pelo cubierto por un pañuelo de pirata bonachón también era espeso y dorado, los dedos de sus manos, igual que su cuerpo, eran rollizos y los movía con destreza preparando los aperitivos servidos de cena.

Nico se llevó el pastel ayudado por un compañero de trabajo y a una distancia prudente, con la excusa de ir al baño, les seguí sin ser vista. Siempre supe que la curiosidad me arrastraba y en ese caso la sentía con más avidez provocada por la prohibición de salir de la cocina. No iba a quedarme sin averiguar qué era lo que se escondía en el gran salón. Al entrar con la tarta, dejaron la puerta entornada,

escudriñé los dos lados del largo pasillo y no había nadie. De detrás de la puerta emergía un gran alboroto, me acerqué y asomé un ojo. La luz era tenue y tardé unos segundos en acostumbrarme a la penumbra. El espectáculo que presencié me dejó turbada, pero el deseo de averiguar mantuvo inmóvil mi ojo en esa escueta abertura, botellas vacías de wiski, ginebra, coñac y otras que no conocía estaban amontonadas encima de un mueble bar. Pasó una chica por delante de la puerta. Me aparté para que en el caso de que la cerrase no golpeara mi cara, ella solo llevaba puestas unas enaguas que trasparentaban sus partes íntimas desprovistas de ropa interior, ni reparó en la rendija, estaba entretenida bebiendo licor de una copa y tropezó con su propio pie, apenas se sostenía sobre sus zapatos de tacón de aguja. Entonces, observé que de chicas como aquella había unas cuantas repartidas por toda la estancia, sentadas sobre hombres semidesnudos apoltronados en los sofás y ellos deslizaban sus manos por sus cuerpos. En una esquina una de ellas procesaba movimientos rítmicos sobre un barbudo de vientre prominente que estaba en un apartado sillón. Dos hombres sentados alrededor de una mesa baja, se pasaban una bandeja llena de líneas de un polvo blanco que esnifaban con billetes enroscados en forma de tubo. Uno de ellos le acercó la bandeja al camarero, mi compañero de trabajo, pensé que lo rechazaría, pero sonrió y también consumió. Mi amigo, el gitano, estaba cortando la tarta y la repartía con su mejor sonrisa. Escuché del fondo del pasillo unos pasos rápidos, alertada dejé de fisgonear y anduve despacio en dirección a la cocina.

—Chica, te estaba buscando —susurró el cocinero.

—Me he perdido y no encuentro el baño —me excusé.

—Es que te fuiste por el camino equivocado, el baño para el servicio está detrás de la cocina. ¡Vamos! Te lo enseño para que no vuelvas a perderte.

—¿De quién es esta casa?

—No es una casa, es un club privado y no sé quién es el dueño ni me importa, pagan bien y no hago preguntas y tú tampoco deberías —señaló una puerta que estaba en un patio—. Es allí —dijo y se dio la vuelta.

Al terminar el trabajo, el cocinero me entregó una tarjeta.

—Si quieres trabajar conmigo, me llamas.

Esa noche terminamos pronto y me alegré, hacía mucho tiempo que no trabajaba y al ser el primer fin de semana estaba exhausta. Mientras esperábamos a los que recogían el salón, el cocinero explicó que en los clubs privados como este los invitados no se podían quedar a dormir. Se acercó a mi oído con el sigilo de quien piensa que las paredes escuchan.

—La mayoría de los caballeros de ahí dentro tienen que volver a

dormir con sus mujeres. Mañana es el día del Señor y son los que se sientan en el primer banco de la iglesia —bisbiseó y luego musitó—. Olvídalo, no te he dicho nada.

Nos cambiamos de ropa. Estaba deseando librarme del uniforme sudado y manchado. Pensé en que lo primero que haría al día siguiente cuando me levantase sería lavarlo.

A la vuelta, sentados en el coche, noté a mis compañeros animados y eufóricos, charlaban y reían como si no hubiesen trabajado y yo estaba para el arrastre.

—Hoy hemos terminado pronto, nos podríamos pasar por el Savoy Ballroom —propuso Nico.

—No sé qué hacer, estoy muerta —manifesté.

—Tengo algo que te ayudará a despejarte —ofreció Giuseppe, enseñando un botecito de cristal que contenía unos polvos blancos.

—¿Tú estás tonto o qué? —intervino el gitano, dándole un golpe a su amigo en la cabeza que le hizo dar un volantazo, a la vez que se le balanceaba el flequillo—. Si ella se quiere ir a dormir, la llevamos y se terminó —concretó, tajante.

Entré en el debate, una parte de mí no quería perderse la oportunidad de asistir a un club de baile y conocer la vida nocturna de la ciudad; por otra parte, mis pies estaban hinchados, pero la avidez por la aventura y lo desconocido hizo que dijera:

—No he traído ropa adecuada para ir un club de baile.

—No te preocupes. Habrá chicas con vestidos más feos que el tuyo, además nadie se fijará en tu ropa —dijo una de las chicas, y me pasó un pintalabios rojo burdeos que acababa de usar—. Píntate y serás la reina de la noche. Con lo guapa que eres no necesitas mucho más.

Acepté el carmín y le dediqué a mi compañera una sonrisa. Debía de ser la mayor de todos nosotros. Compartía con Nico la afición de fumar a todas horas, siempre que podían se escapaban en mitad del trabajo y compartían un pitillo con premura. Era morena y llevaba los ojos muy maquillados que les daba el aspecto de almendrados. Se llamaba Ana y era de procedencia asturiana, de cuerpo recio, pero de cintura estrecha y unas piernas bien torneadas que mostraba siempre que la ocasión se lo permitía.

20

EL SAVOY BALLROOM

Al bajar del coche, quedé boquiabierta al contemplar el ambiente. Empecé a alegrarme de haber tomado la decisión de asistir al Savoy. Acababa de descubrir un nuevo mundo. El vestíbulo era espacioso y daba la bienvenida una lámpara de araña de cristal tallado. Ana tomó mi mano y me mostró los diferentes espacios, amplios salones alfombrados y con espejos en las paredes. Bajamos a los vestuarios ubicados en los sótanos y explicó que los usaban las parejas de baile que se presentaban a los concursos. La pista era más grande que la era de La Majala. El suelo estaba recubierto de madera pulida. Una orquesta tocaba sin parar unos ritmos que no conocía. Nos sentamos en una mesa desde donde podíamos ver el desfile de bailarines: una mezcla de personas blancas y negras unidos por la música y el baile. Se me iban los pies con aquellos acordes y tomé la decisión de que quería aprender a danzar como aquellas parejas que nos estaban dando un bonito espectáculo. Era cierto lo que dijo Ana, nadie se fijó en nuestro vestuario, podría haber ido con el vestido del trabajo y no habría llamado la atención. Tomamos unos refrescos y nos quedamos observando hasta que Giuseppe propuso:

—¿Vamos al club de Gambino?

—¡Vamos! —contestaron los demás al unísono.

A pesar de que me dio pena abandonar el lugar, estaba tan deslumbrada por la nueva experiencia que pensé que lo que vendría a continuación seguramente sería igual de bueno.

El Gambino club se llamaba igual que su dueño. Estaba metido en un subterráneo lúgubre, apoyé la mano en una barandilla y casi no pude despegarla. Poseía una tarima con un trío de músicos y una vocalista, afroamericanos, amenizando las parejas de baile todas blancas y de origen italiano. Tocaban piezas de *jazz* y *swing*, palabras nuevas que aprendí esa noche. La pista de baile era pequeña y aprovechaban hasta los pasillos para practicar pasos, los bailarines allí se arrimaban hasta terminar pegados. Supuse que era por el poco espacio. Mis compañeros se sentían como en su casa, saludaron a los

porteros, camareros y a todos con los que se cruzaron. Las mujeres vestían elegantes y lucían media melena ondulada, casi todas iguales. Únicamente se diferenciaban por los colores de pelo y los vestidos, parecía que estaban repetidas, pero despertaron mis ganas de parecerme a ellas e ir a la moda. Seguían las influencias de la revista Vogue. Mi tía me dejaba ojear las de años anteriores, recordé cómo se escondía las recién llegadas para que no las leyese. Una vez se olvidó una actual en el comedor y, cuando volvió a por ella y se dio cuenta de que yo la había cogido, de un tirón la arrancó de mis manos y se la llevó para esconderla. No podía recordar que esa mujer me dedicase ni un solo gesto amable.

Nos acercamos a la barra. Detrás de ella el barman se dedicaba a ofrecer un espectáculo de malabares al preparar y presentar los cócteles. Era moreno, de ojos verdes y, mientras presumía del dominio de su profesión, le daba tiempo a coquetear con las mujeres que se acercaban por su feudo. Todos se pidieron el mismo cóctel, un Martini seco. Y yo, para no ser menos, también. Tomé un sorbo, fue mi primera vez. Aparte del vino dulce que, los días señalados, nos permitían beber en el cortijo, no había consumido ninguna bebida alcohólica. El primer trago quemó mi garganta y luego el estómago, el segundo me pareció seco y fuerte, el tercero lo saboreé, lo hice mío y, cuando terminé la copa, me pareció lo suficientemente bueno como para repetir.

Encontré extraño que los chicos fuesen juntos al baño; regresaban con los ojos brillantes, eufóricos y no paraban de tocarse la nariz. Nico se acercó, embriagándome con el olor a palo dulce mezclado con el de tabaco y su aliento despedía vapores a ginebra y vermut, recosté la cabeza sobre su hombro y nos balanceamos durante unos segundos en esa posición. Aproximó su boca a mi oído y susurró:

—Ven, listilla, te voy a enseñar a bailar. —Lo estaba deseando.

Colocó su mano en mi espalda, casi sin rozarme, para guiarme hasta la diminuta pista de baile. A esas horas había bajado el frenesí de los bailarines y parecía que el cansancio les abocaba a danzar en calma. El gitano demostró bailar bien. Al comienzo le pisé varias veces y cada vez que lo hacía me susurraba con chanza:

—Parece que esto no es lo tuyo —reía y no me dejaba parar.

Acabamos a altas horas de la madrugada, con unos cuantos cócteles en el cuerpo y agotados de tanto bailar. Cuando el coche estacionó en la puerta de casa de Marcela, mi amigo se bajó a despedirme, me acarició la cara y la impregnó de los restos de su fragancia, luego besó mis mejillas y se quedó de pie mirando cómo entraba en el portal. Hacía mucho tiempo que no sentía una sensación tan agradable como la que Nico me trasmitió aquella noche, la de tener cerca a una persona que me cuidaba.

El lunes pasé buena parte del día durmiendo, me levanté para ir a clase y al salir fui a casa del gitano. Un asunto había estado rondando por mi cabeza y la solución estaba en mi amigo.

Abrió la puerta Maribel, de nuevo pintada y empolvada como la paleta de un pintor, pero, por mucho que se embadurnase, el ojo morado siempre era más oscuro y el pómulo inflamado abultaba deformando su redonda y bonita cara. Esta vez hasta sus finos y largos dedos mostraban pinceladas violetas. Hice como si no me hubiese dado cuenta de la carga que acarreaba.

—¡Hola, Maribel! —saludé animosa—. ¿Está Nico?

—Vaya, ya me han cambiado por mi hermano —protestó Lola desde la cocina.

—A ti no te cambio por nadie en el mundo. Eres mi hermana.

—Entonces, Nico será, también, tu hermano —comentó Maribel en un tono jocoso, dando a entender que entre el gitano y yo había algo más que amistad.

—Eso mismo, es mi hermano —contesté, molesta. No me gustaban las insinuaciones de la casera, en ese instante dejó de darme pena.

—Candela, tengo una buena noticia —interrumpió Lola a la vez que agarraba mi brazo para acompañarme a su habitación.

—Cuenta, cuenta que me has intrigado.

—Me han admitido en tu misma escuela, el mes que viene comienzo las clases.

—Es una gran noticia. Iremos juntas al mismo centro y nos veremos todos los días —dije ilusionada, me gustaba tener a Lola cerca.

Golpearon la puerta, un ruido al que no hicimos el menor caso. Por los repiqueteos las dos sabíamos quién era.

—Me han informado de que ha llegado una listilla y que ha preguntado por un servidor, ¿es verdad? —comentó Nico, tocándose la barbilla y adoptando pose de estirado, como si fuese un gran señor.

—Sí, he preguntado por ti, necesito un favor.

—Tú dirás —contestó intrigado.

—¿Me acompañarías a una casa de empeños?

—¿Quién la lleva?

—Un tal Isaías, tengo una deuda con él y quiero darle algo a cuenta, al estar cerca de casa de mi tía me da miedo ir sola. Si me la encontrase o se enterase de que voy por allí, podría darme problemas.

—Conozco a Isaías, te acompañaré y, si tu tía busca problemas, los tendrá —añadió tocándose el bíceps por encima de la ropa y mostrando la sonrisa de niño travieso.

Cuando Nico se marchó, Lola me lanzó una mirada acusadora, penetrante como si estuviese leyendo mis pensamientos y lo averiguado no le gustase.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Me estás mirando mal y sé que hay algo que no te atreves a decirme.

—Te arrimas mucho a mi hermano —soltó, por fin.

—Es mi amigo igual que tú y, además, ahora trabajamos juntos. Maribel se cree que hay algo entre nosotros, pero no hay nada —conté, esperando que se quedase tranquila.

—Tú sabes que te aprecio de verdad y quiero mucho a mi hermano, pero no es para ti. No te dejes embaucar por sus gracias que tiene muchas. Además, no conoces bien su fondo.

—Si no me crees, echa una tirada de cartas o mejor pregúntale a tu abuela y ella te lo dirá.

—No te hagas la lista conmigo que no te vale y tú no crees ni en mi abuela ni en los vaticinios de mis cartas. Además, ya le he preguntado y la respuesta es que no te conviene.

Lola siempre con sus intrigas y yo no estaba para pensar en si Nico me convenía o no. Éramos amigos y mis sentimientos se habían quedado en La Majala, Eduardo seguía siendo el dueño de ellos, aunque cada día que pasaba visualizaba su rostro más borroso. Al pensar en él, me di cuenta de que en dos años las imágenes de todas las personas que quería ya no eran tan claras. Recorrió por mi columna un escalofrío de tristeza y tomé la decisión de escribir a mi madre y contarle todo lo ocurrido en casa de su hermana. Estaba convencida de que ella le habría escrito inventándose una sucesión de mentiras. Le explicaría mi versión, yo era su hija y me creería.

21

EL ESTUCHE

A las diez en punto de la mañana bajé a la puerta. Me extrañé cuando salí a la calle y no había nadie esperándome en el portal. Al doblar la esquina, pude distinguir dos siluetas que se acercaban, por los andares les reconocí. Nico se balanceaba a la vez que andaba, llevaba una mano en el bolsillo y con la otra sostenía el regaliz o el cigarro, mi vista no alcanzaba a distinguir qué era; Giuseppe debía de estar hablando. Las pocas veces que le había visto hacerlo acompañaba sus vehementes palabras con movimientos bruscos de las manos a la vez que levantaba el tono de voz, en ocasiones pensaba que estaba enfadado y otras de que era su forma de hacerse notar.

Cuando el gitano estuvo frente a mí, se retiró el palo dulce de la boca, ladeó la cabeza para mirarme y me regaló una agradable sonrisa. Su amigo, en mi presencia, enmudeció de súbito y saludó levantando una mano.

—He traído refuerzos por si se complican las cosas. —Nico desvió la mirada hacia el italiano.

En medio de aquellos dos hombres, caminando por la calle 14 dirección a la tienda de Isaías, ¿quién sería el valiente que se atreviese a meterse conmigo? Ni mi tía ni nadie de su familia serían capaces.

Unos metros antes de llegar a la puerta del prestamista, mis acompañantes se detuvieron y me fijé en cómo detenían sus miradas en las esquinas, en los portales y observaban con desconfianza a los pocos transeúntes con los que nos cruzamos.

—Rápido, entremos —dijo el merchero, agarrando con fuerza mi brazo y empujándome al interior de la tienda.

Isaías, que escuchó el tintineo de la campanilla cuando se abrió la puerta, asomó la cabeza por la ventana que comunicaba el almacén con la tienda. Llevaba gafas redondas de metal sujetas en la mitad de su nariz aguileña y nos observaba por encima de ellas con las pobladas y canosas cejas levantadas. Nos dedicó una sonrisa, la de un compatriota que se alegra de ver a los suyos.

Mis acompañantes cruzaron apresurados el mostrador y atravesaron

la puerta que daba a la trastienda. Permanecí quieta sin saber qué hacer, no disponía de la suficiente confianza para adentrarme en el espacio privado del propietario. El empeñista volvió a asomarse por la ventana y con un gesto de manos indicó que pasase. El exceso de familiaridad y la camaradería, que era notable entre ellos, me dio a entender que se conocían. Al unirme al grupo, el hombre los interrogó con la mirada.

—Es de total confianza, está con nosotros —explicó Nico y Giuseppe asintió con la cabeza.

Aquel lugar estaba repleto de recuerdos de familia que un buen día acompañaron a sus propietarios a un viaje sin retorno, en busca de una mejor vida. Objetos con apego emocional que, forzados por las circunstancias, sus dueños tuvieron que empeñar para poder subsistir. Sentí pena por todas las personas que acudieron a ese lugar en busca de un salvavidas y lástima por mí misma que también tuve que desprenderme de la posesión que me ligaba a mi madre. No había sido capaz de escribirle. Todas las mañanas comenzaba una carta que, con apenas cuatro líneas y unas manchas de tinta, acababa arrugada y hecha una pelota deforme que se acumulaba día tras día junto a las de semanas anteriores en el cubo oculto debajo del pequeño escritorio. De espaldas a los hombres, sequé dos lágrimas espontáneas, respiré y me giré con una sonrisa para a acercarme a ellos.

Los chicos habían depositado sobre una desgastada y carcomida mesa de despacho un abultado pañuelo que el italiano estaba desanudando. El contenido quedó expuesto a nuestra vista y anonadada solté:

—¡Oh! ¡Oh! —Era una colección de joyas, de oro, con piedras preciosas incrustadas, rubís, esmeraldas y diamantes, ¡cómo brillaban!

El perista metió la mano en el cajón de debajo de la mesa y sustrajo un estuche que contenía una lente acromática de doblete. Con suma delicadeza, comenzó a inspeccionar con ella las piedras incrustadas en las joyas. Las trataba como si fuesen frágiles y el tacto de sus dedos pudiesen dañarlas, buscó un recipiente forrado de terciopelo rojo, las colocó con esmero y así resplandecían todavía más.

—Son de mucha calidad —anunció Isaías dejando a un lado la lente y observando la cara de sus proveedores.

—¿Cuánto nos das por ellas? —preguntó el italiano con un movimiento de pies que indicaba impaciencia.

—Ya sabéis, en esta ciudad, tal y como están, no las podemos colocar. Sería nuestra ruina. Y para venderlas a buen precio hay que despiezarlas, fundirlas y rediseñar.

—¿Qué propones? —preguntó Nico con cierta solemnidad.

—Pagaros un anticipo y, cuando las hayamos colocado, os daremos el resto.

Los chicos se miraron. Nico esperó a la reacción de su amigo y, cuando este asintió, miró a Isaías.

—Está bien, aceptamos, hay confianza y nunca nos has fallado —añadió el gitano, y estrecharon sus manos. El empeñista guardó la caja con las alhajas en una caja fuerte en la que la puerta únicamente estaba ajustada.

—¿No la cierra bien? —pregunté.

—Hace años que no lo hago.

—¿No tiene miedo a que le roben? —insistí.

—En absoluto. En esta ciudad tengo una reputación y es sabido que, en su día, quienes lo intentaron desaparecieron y lo mejor es que no tuve ni que moverme de mi tienda. —Nos dejó muy claro a los presentes su mano implacable a la hora de defenderse. Estaba convencida de que lo que creí haber visto, de refilón, cuando abrió el cajón al sacar la lente, no fueron imaginaciones mías y era un arma. Si buscaba, podría llevarme más de una sorpresa y encontrarlas dispuestas en puntos estratégicos por todo el local. Se produjo un silencio tenso.

—Isaías es una leyenda, se cuenta que no hay caja fuerte que se le resista —dijo Nico rompiendo la situación embarazosa que se acababa de producir.

—No te lo creas, son historias inventadas —afirmó el perista, dedicándome una sonrisa afable. Y volvió a adoptar aquellos ademanes que le otorgaban un aspecto inofensivo y emanaban confianza.

Le devolví la sonrisa y saqué del bolsillo del abrigo, el reloj usurpado a aquel depravado en aquella fiesta y se lo enseñé.

—¿Cuánto me daría por esto? —pregunté, sosteniéndolo por la cadena y haciendo que volteara como si fuese un péndulo para que lo pudiera observar. Me lo arrebató de las manos con finura y delicadeza, casi sin darme cuenta y lo paseaba entre sus arrugados dedos para inspeccionarlo bien.

—Es de oro y ni siquiera me hace falta comprobarlo, lleva el sello de un relojero de la Quinta Avenida que los diseñaba y dejó de hacerlo para dedicarse a los relojes de pulsera. Será fácil colocarlo. Conozco a un caballero que los colecciona y no hace preguntas sobre su procedencia.

Al mirar a mis acompañantes, me sobresalté. Giuseppe con las manos en los bolsillos miraba sus zapatos, levantaba la cabeza, se soplaba el flequillo y chasqueaba la lengua; sus ojos habían menguado. Nico se encendió un cigarrillo, le daba caladas apasionadas, una tras otra, se le arrugó el entrecejo y le cambió el semblante. En dos zancadas se puso frente a mí y me agarró por los hombros para sacudirme levemente.

—¿Qué has hecho? Esta vez te has pasado de lista. En menudo lío nos acabas de meter, ten en cuenta que respondo por ti. Te advertí que trabajando con Gambino no se debía tocar nada de nada, ¿es que no lo entendiste? Espero que tengamos suerte y el propietario no denuncie su desaparición o los que vamos a desaparecer somos nosotros.

—No te preocupes, el viejo gordo, seboso y asqueroso no denunciará. Es el precio que pagó por ponerme las manos encima y es lo justo —expuse con seguridad.

Crucé la mirada con la de Isaías y en sus ojos leí aprobación. Se estaba divirtiendo y lo delataba la pequeña curvatura que dibujaban sus labios.

—Nunca más lo vuelvas a hacer. La próxima vez que tengas un problema nos lo dices a nosotros y lo arreglaremos de otra forma. La gente que contrata los servicios de Gambino sabe que nunca desaparece nada, ni siquiera nos quedamos con lo que encontramos cuando barremos, lo entregamos todo.

—Te prometo que no volverá a ocurrir —aseguré. No nombré el fajo de billetes que aquella noche también cambió de bolsillo.

—Te creo —contestó y se encorvó hasta pegar su frente con la mía, ¡qué bien olía!

—¿El reloj cubre mi deuda? —pregunté a Isaías.

—Seguramente, pero te lo confirmo cuando lo haya colocado —respondió el empeñista.

—Me gustaría mirar algo para hacer un regalo a una amiga.

—Si es para una amiga, en aquel rincón hay material del que ya ha vencido su plazo de recogida y dudo mucho que vengan a buscarlo —señaló una esquina en la que habitaba una mesa cuadrada pintada de verde, llena de polvo y con las patas labradas en forma de hojas; atestada de cachivaches, entre ellos joyeros, cajas de todas las medidas imaginables, marcos de plata de los que en algunos de ellos todavía permanecían fotografías de su dueño o sus familiares, jarrones y una madera de la que colgaban de unas alcayatas una variedad de pendientes.

Me atrajo un joyero, levanté la tapa para ver su interior y surgió una bailarina dando vueltas al ritmo de la música emergente de dentro de la caja. A Marcela le gustaría y se estaba portando muy bien conmigo, era lo más parecido a una madre que tenía. Un estuche rectangular captó mi atención, lo cogí y lo acaricié para retirarle las motas de polvo posadas encima. Era de piel fina y suave, las incrustaciones de plata en la tapa y laterales me recordaron a los grabados que decoraban las columnas del patio interior de La Majala. Según contaban eran de procedencia árabe y el cortijo les perteneció antes que a la familia Lara.

—¿Para qué sirve este estuche? —pregunté, enseñándoselo al perista.

—Ábrelo y lo sabrás.

El estuche, que debía haber sido usado muy poco, parecía nuevo, no tenía ni un solo rasguño y las esquinas estaban intactas. Lo abrí con sumo cuidado y en ese momento supe que ese era el regalo que estaba buscando para Lola.

—¡Es un estuche para guardar barajas de cartas! —exclamé emocionada—. Me lo voy a quedar y el joyero también.

—Las dos barajas que hay dentro te las regalo. Te lo apunto en un albarán y ya haremos cuentas —propuso Isaías.

22

FIN DE AÑO

Los días señalados de las navidades nos adentramos en una vorágine de trabajo, salíamos de una fiesta y casi sin descansar ya estábamos entrando en otra. A Gambino le faltaban manos para cubrir todos los actos que sus clientes organizaban. Parientes de los trabajadores habituales se apuntaron, la mayoría padres de familia que necesitaba unos ingresos extra y estaban dispuestos a sacrificar las celebraciones en familia. Lola también se incorporó a la plantilla, pero el ritmo de trabajo era tan frenético que, a pesar de estar en el mismo equipo, ni siquiera hablábamos. Todo iba bien hasta que llegó la noche de fin de año. Nos asignaron el banquete de una familia que vivia en un palacete de la Quinta Avenida y, según escuché comentar a unos criados en la cocina, se dedicaban a la banca. Después de la cena fui la encargada de servir las copas de champagne a los invitados con la intención de que pudiesen brindar cuando sonasen las campanadas de entrada del nuevo año. Con soltura andaba por todo el salón cumpliendo con la tarea cuando noté una mano que tocaba mi brazo derecho con el que entregaba las copas. Al girarme, encontré a Nico, su cara mostraba preocupación, se arrimó todo lo que pudo y me susurró:

—Lola te necesita en la cocina.

Le cedí con sumo cuidado la bandeja y sin llamar la atención fui hacia la cocina con premura. En un rincón y sentada en el suelo estaba Lola, se abrazaba las piernas con sus largos brazos y ocultaba entre ellos la cara, por los movimientos de la curvatura de su espalda estaba hipando, me puse en cuclillas y le acaricié el pelo.

—Lola, amiga. ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Alguien se ha propasado contigo? —Levantó la cabeza y pude ver sus grandes ojos negros anegados en lágrimas, habían empequeñecido y brillaban como dos luceros. Era como contemplar una noche cerrada envuelta en un halo de misterio.

—Echo de menos a mi familia. En estas fechas es cuando más lo estoy sufriendo —respondió entrecortando las palabras por el hipo.

Entonces sentí que una lanza de pena me atravesaba el pecho y me acordé de mi madre, de las celebraciones de las navidades en el cortijo, de los villancicos y los dulces que tan celosamente esperaba durante todo el año; hasta la misa del gallo, a la que me obligaban a asistir, extrañaba. Reparé en que no había sido capaz de hilar cuatro líneas y enviárselas a mi familia. Me embargó un sentimiento de mala hija, mi madre debía de estar sufriendo por mi causa. Ella nunca se cansaba de alabar a las mujeres de su familia. Siempre decía que eran valientes, pero su hija estaba actuando como una cobarde.

—Lola, hermana, estoy en la misma situación, pero tenemos la suerte de tenernos. Ahora nosotras somos la familia y estamos juntas. No pienso abandonarte nunca —intenté consolarla, se abalanzó sobre mí y me abrazó con todas sus fuerzas.

—Además, estoy muy preocupada por lo que le pueda pasar a mi familia, los cocineros se han pasado parte de la noche hablando de la guerra de España —relató y dirigió la mirada hacia unos chicos que fregaban ollas.

—No te preocupes. Tu familia estará bien. Le voy a enviar una carta a mi madre y si quieres, le mandamos una para la tuya.

—Mi madre no sabe leer —murmuró escondiendo de nuevo la cabeza entre los brazos.

—Le pondré una nota a la mía para que se la lea. Ellas son amigas —Lola asintió con la cabeza y dibujó una liviana sonrisa en sus labios.

La volví a abrazar. Por primera vez mostraba debilidad. Me dio lástima verla tan abatida. Con ello aprendí que todos somos vulnerables y que el peso que soportamos sobre nuestros hombros acaba por derribarnos. Ella era la pequeña, la sensata y cuidar de su hermano se estaba convirtiendo en su martirio.

No podía dedicar más tiempo a consolarla, en el salón me necesitaban. Aquella noche, entre los trabajadores se encontraba Paulina, la hija de Gambino, que nos controlaba. Faltaban pocos minutos para dar las campanadas. Los asistentes a la celebración poseídos por un deseo de fiesta inagotable demandaban bebidas espirituosas a raudales. Tiré de ella para que se levantara, la cogí por los hombros y le dije:

—Tienes que ser fuerte porque te necesitamos, si tú te hundes, nos hundimos contigo. —Le apreté la mano, la besé en la mejilla y me incorporé a toda prisa a mi puesto de trabajo antes de que notasen mi ausencia.

Cuando regresé al salón, con una nueva bandeja repleta de copas de champán en la mano, parecía que en ese lugar el tiempo se había detenido. Estaban todos callados esperando a que anunciasen la entrada del nuevo año para estallar en una locura colectiva de aplausos, confetis, serpentinas, felicitaciones y brindis. Los camareros

no tuvimos ni un segundo de respiro y así entré en el 1937 trabajando al máximo rendimiento.

Nico y Giuseppe desaparecieron y, cuando regresaron, lo hicieron en compañía de la jefa. Se frotaban con insistencia la nariz. Por las señales de su rostro, acababan de consumir lo que ellos llamaban polvos mágicos y se excusaban para hacerlo dando siempre la misma explicación: «solo lo tomamos en caso de necesidad, es para no caer agotados y poder aguantar el ritmo de trabajo». Apoyé la bandeja vacía encima de un mueble para ese uso y me acerqué a ellos. El gitano sacaba pecho como si fuese un ser superior. En sus oscuros ojos no se le notaba que sus pupilas estaban tan dilatadas que invadían todo el iris, la sonrisa ladeada víctima de los efectos de aquella sustancia le daba un aspecto patético. Agarró mi cintura y me estrechó fuerte contra su cuerpo. Le empujé levemente para que me soltara. Paulina, que nos miraba, debió de interpretar mal nuestro roce porque en un acto de celos nos azuzó:

—Venga, venga, al lío, que hay mucho trabajo esta noche.

Me alejé del grupo y fui a recoger copas al otro extremo del salón. De vez en cuando y de reojo los observaba. De repente, las manos de Nico estaban ciñendo la cintura de Paulina, mientras ella lo miraba embelesada.

Los invitados más comedidos abandonaron el lugar después de las campanadas, los desenfrenados fueron los últimos en despedirse de los anfitriones. Tambaleando por los excesos de alcohol, arrastrando los pies y enredándolos entre las cintas de colores que alfombraban el suelo, más de uno perdió el equilibrio y terminó la velada besando el frío mármol.

Acabamos de recoger a altas horas de la madrugada. Nico y su amigo seguían espitosos y con ganas de juerga. Decidieron llevarnos al club de Gambino. Paulina, animada y enganchada del brazo del gitano, estuvo de acuerdo en celebrar el fin de la noche en el local de su padre. Montamos en el coche que Giuseppe condujo como un loco. Pensé que esa noche íbamos a morir todos. Lola y yo llegamos con el estómago revuelto, pálidas como un cadáver y agotadas.

—No sé qué hacemos aquí, estoy muerta y lo que me apetece es meterme en la cama —susurró quejosa Lola.

Paulina nos invitó a un bol de lentejas frías, las toman los italianos para dar la bienvenida al año nuevo. Comí una sola cucharada, lo dejé encima de la barra y pensé «que se las coma ella, las que cocinaba mi madre sí que estaban buenas». El trío de músicos negros que actuaba en ese garito estaba dando sus últimas notas y anunciaban la despedida. Todavía quedaban unas cuatro parejas que apuraban las últimas notas de *swing* bailando sin parar. Lola se quedó boquiabierta mirando a los bailarines, que eran los dueños de la pista.

—Te llevaré a un local donde organizan concursos de baile, ya verás, te gustará mucho. Pero ahora, por favor, dile a tu hermano que nos lleve a casa, estoy muerta.

—Si se lo digo, no me hará caso. Lo mejor es que le miremos las dos con cara de pena.

Dirigimos una mirada insistente en dirección a Nico y este, al cabo de unos largos minutos, nos hizo una señal con la cabeza. Nosotras nos levantamos contentas, pero sin sonreír, y le seguimos por el pasillo en dirección a la salida. Giuseppe nos esperaba dentro del automóvil y nos llevaron a casa. Fui la primera parada. Cuando el coche se detuvo delante de la puerta de Marcela, el merchero bajó y entró conmigo al portal para asegurarse de que dentro estaba despejado de maleantes. Al despedirnos, intentó besarme en los labios, pero giré la cara y le besé en la mejilla. Di la vuelta y me fui. No quise enfrentar su mirada de desilusión. Era la única mujer que se le resistía. No tenía la certeza de querer que me besase, era engañar a Eduardo, de quien casi ni recordaba su cara. Estaba convencida de que habría sido uno de los primeros hombres en alistarse para luchar por sus ideales en esa guerra civil en la que estaba inmersa nuestra patria.

23
LA CARTA

El día de reyes no teníamos ningún servicio, me levanté tarde y comí con Marcela, a quien entregué su regalo en los postres. La mujer se emocionó al levantar la tapa del joyero y ver la bailarina que se movía al compás de la música producida por la caja. La casera me procesó una serie de abrazos y arrumacos que me recordaron a los que daba mi madre. Ella me entregó un paquete pequeño con un gran lazo. Al abrirlo surgió un labial color burdeos. Por aquel entonces no usaba ningún tipo de cosmético y me gustó el detalle.

—Te alegrará la cara —dijo con una sonrisa. Era una indirecta a las huellas de cansancio que el trabajo estaba dejando en mi rostro.

Me levanté y delante del espejo que había encima del bufete pinté mis labios. La verdad es que cambió el aspecto de mi imagen. Ese color favorecía a las mujeres de piel blanca como la mía y las profundas ojeras quedaban relegadas a un segundo plano.

—Te sienta bien un poco de color en la cara, a ver si te pasa como a tu compañera que se ha casado y nos ha dejado. Tendré que alquilar la cama que ha quedado vacía en tu habitación —anunció Marcela.

—No la alquiles. Me gustaría quedármela entera para mí —propuse.

—¿Crees que podrás pagarla trabajando solo los fines de semana?

—La misma empresa en la que trabajo me ha ofrecido más horas entre semana y pagan bien —mentí. No quería compartir la habitación y con los trapicheos de Nico ingresaba una paga extra, ese era mi secreto.

Después de comer me entretuve en preparar el regalo para Lola. Acaricié la caja, retiré los juegos de cartas que contenía y los guardé en el primer cajón de mi mesita. El que usaba para guardar la pila de hojas en blanco que había comprado para escribirle a mi madre y que únicamente utilizaba para emborronar y tirar a la papelera. Envolví, con cariño, el regalo destinado a mi amiga y salí hacia su casa.

Cuando llegué, abrió Lola. Nos dimos un cálido abrazo y al entrar vi la mesa puesta con los cafés y galletas de mantequilla. Todavía estaban de sobremesa. Nico me observaba de reojo y de vez en cuando

fruncía ligeramente los labios. En su mirada percibí contrariedad, en ocasiones, me costaba interpretar sus gestos y más aún cuando en ellos estaban implícitas las copas de más que probablemente habría tomado durante la comida. No le hice caso, saludé y la gitana tiró de la mano, arrastrándome hasta su habitación.

—Estás guapísima con los labios pintados —comentó Lola—. Mi hermano y Giuseppe se han quedado con la boca abierta y no paraban de mirarte. Creo que has puesto celosa a Maribel.

—Me da que esa, aparte de ser la amante del policía, se enreda con todos los hombres que caen en sus redes.

—Es muy coqueta y tontea con todos, pero luego los deja con un palmo de narices.

—Eso nosotras no lo sabemos, me da que es una fresca.

—¡Ay, Candela! Mira que eres mal pensada.

—Bueno, total, qué importa lo que haga, es su problema, bastante tengo con lo mío. Además, ahora estoy metida en otro lío, mi compañera de habitación se ha marchado y me la he quedado.

—¡La vas a tener que pagar tú sola! ¡Estás loca, Candela! Si ahora vas justa, ¿de dónde vas a sacar tanto dinero?

—Lola, no quiero hablar más del tema, ya pensaré en algo —me excusé. Si continuaba asociada con Nico, a pesar de que sus cambios de humor me preocupaban, el dinero no debería faltarme.

—Tú verás. —Sopló resignada.

Para terminar con aquella conversación, le entregué el regalo. Mientras lo desenvolvía, me recordó a mí de pequeña en el día de reyes descubriendo el único regalo que encontraba encima de mis zapatos. Lola era a veces tan sensata y otras, una niña falta de atención. Sacó sus cartas de un pañuelo anudado, que era donde las guardaba para, con sumo cuidado, ajustarlas en el estuche, después se lanzó a abrazarme y mientras lo hacía percibí como sus mejillas se mojaban.

—¿Vas a escribir la carta que me prometiste para mi madre? —mencionó, mientras se secaba los ojos con el antebrazo de su camisa.

—Claro que sí. Dame papel, tinta y una pluma, y ahora mismo lo hago.

Abrió un cajón y sacó lo que le pedí.

—Lo tengo todo preparado para empezar las clases, estoy un poco nerviosa —confesó.

—No te preocupes. Te acompañaré y estaré pendiente de ti y ya sabes que te ayudaré en lo que necesites. Anda, díctame lo que quieras poner a tu madre en la carta.

«Querida mamá: Nico y yo estamos muy bien. Mi hermano se ha colocado en una buena empresa y se gana la vida. Yo con las tiradas de cartas, tal y como me enseñaste, saco un buen jornal. El viaje fue

largo, pero bueno, en el barco nos encontramos con Candela la hija de Rosario y ahora somos muy buenas amigas. Vivimos alquilados en casa de una señora que es muy amable y nos trata con cariño. Voy a empezar a estudiar y espero que la próxima carta te la pueda escribir yo. Para que no pases faltas, enviaremos dinero cada mes a la madre de Candela para que te lo entregue. Te echamos de menos y te queremos mucho. Tus hijos, Nicolás y Lola»

—¿Ya está? ¿No quieres contarle nada más?

—Nosotros somos de pocas palabras. Con estas líneas ella sabrá lo que realmente importa: que estamos bien, no pasamos calamidades, nos ganamos la vida y la queremos. No necesita más.

—Me estaba costando escribirle a mi madre y voy a hacer lo mismo que tú. Le contaré, únicamente, lo más importante y no pienso ni nombrar a mi tía. Si quiere saber, que pregunte.

—La mejor manera de empezar es con poco. Cuando te haya contestado, entonces le cuentas más.

—Te haré caso. Le escribiré una carta corta con lo importante.

—Candela —susurró, se acercó, me cogió de las manos y siguió hablando muy despacio y bajito—: tú sabes que mi abuela me habla ¿verdad? El otro día se me apareció en sueños y dijo que te advirtiera y que mi hermano no te conviene.

—Lola, no sufras. Tú piensas que necesito tener un novio que en cuanto me dé la vuelta esté enganchado de las primeras faldas que pueda pillar. Sería vivir en el infierno. Prefiero que seamos solo amigos. Aunque, he de confesar que tu hermano tiene algo especial.

—Claro que lo tiene. Ha salido a mi padre, que en paz descanse. Son hombres seductores, pero también muy sinvergüenzas. Mi madre sufrió mucho con él, ahora descansan los dos.

—Siento mucho lo de tu padre. En el cortijo nadie nos dijo nada. ¿Qué le pasó?

—Es una larga historia. Algún día, quizás, te la cuente.

—Lola, para enviar dinero a tu madre tendremos que asegurarnos muy bien de qué forma lo podemos hacer. No se lo podemos mandar con las cartas. El país está en guerra y la correspondencia se puede perder. Tendremos que buscar la forma de que alguien nos ayude.

—¿Quién nos podría ayudar?

—Conozco a una persona que tiene contactos. Hablaré con él.

24

EL TRATO

Comencé el trimestre de estudio con una nueva actividad escolar: extraer de un periódico una noticia que nos llamase la atención y luego explicarla a todos los compañeros de clase. Cuando elegí uno de los diarios y miré los titulares para decidirme en qué noticia profundizar, me quedé paralizada al leer un encabezado en letras grandes que ponía: «Oleada de robos en la Quinta Avenida las pasadas navidades». Según exponía el reportero, entre las casas asaltadas estaban las de los Lakewood, Bennett y Stamford. Eran los apellidos que proporcioné a Nico y a Giuseppe. Ellos las desvalijaron mientras los dueños estaban de vacaciones navideñas y yo era cómplice. Deseché esa noticia y para hacer el trabajo me centré en una sobre un tren accidentado. Entonces entendí que fuesen sobrados de dinero y el comportamiento meloso de Maribel con ellos. A saber, qué debía de sacarles. Pensé: «cuando los vea les pediré mi parte, antes de que se la fundan, me lo prometieron y tienen que cumplir».

Esperé con curiosidad a que Lola saliese de su aula. Estaba impaciente por saber qué tal le había ido su primer día de clase. La vi dirigirse hacia mí, sonriente. Esa era una buena señal.

—¿Qué tal?

—Muy bien. Creo que aprenderé mucho. Ya estoy deseando que sea mañana para volver —contestó.

—Me alegro de que te guste.

—¿Quieres venir a casa? —propuso.

—Vale, pero como tengo que entregar mañana una redacción, dispongo de poco tiempo —contesté. El interés en ir a su casa era únicamente para pedirle a Nico la parte acordada por la información, la necesitaba para pagar el alquiler.

Al llegar a casa de Maribel, el gitano y su amigo estaban de celebración. Tenían una botella de ginebra encima de la mesa a la que le faltaba la mitad.

—Candela, ven a brindar con nosotros —voceó Nico.

Mientras Lola se fue a su habitación a dejar sus cosas, me acerqué a

ellos.

—¿Estáis brindando por lo bien que os han salido los golpes estas navidades? —asintieron con la cabeza y una sonrisa de oreja a oreja, sin soltar la copa de la mano—. Os recuerdo que teníamos un trato. —Nico se introdujo la mano en la americana, sacó un fajo de dólares apresados por una goma elástica y me los entregó junto a un guiño.

—Siempre cumplo mi parte cuando doy mi palabra. Guárdatelo, que no lo vea mi hermana, no tengo ganas de que empiece a hacerme preguntas y que acabemos en una discusión —concretó mientras me dedicaba una amplia y encantadora sonrisa.

Tomé asiento junto a ellos y me uní a la celebración aceptando un Dry Martini que preparó Giuseppe, todo ello sin desprenderme del abrigo, que albergaba en su bolsillo aquello que vine a buscar.

—No te has quitado ni el abrigo —señaló Lola.

—No quiero acomodarme. Ya te lo dije, tengo que presentar un trabajo para mañana y ahora que me lo has recordado, ya voy tarde —me excusé. Dejé media copa por consumir y me fui rauda.

El asunto más importante que me ocupaba la mente era el de resolver qué contarle a mi madre en la carta que le iba a escribir. La mujer lo debía de estar pasando mal al no recibir noticias mías. Ella siempre se ponía en lo peor y la imaginaba pensando que estaba muerta o mendigando por las calles, todo esto en el caso de que su hermana le hubiese contado lo de mi huida. Esa noche, por fin, conseguí escribir unas líneas.

> *Querida madre.*
>
> *Deseo que cuando reciban la presente usted y padre se encuentren bien de salud.*
>
> *Les escribo para hacerles saber que me encuentro perfectamente. Tengo un trabajo respetable y bueno con el que me gano la vida y me mantengo con desahogo.*
>
> *Voy a un centro escolar a estudiar inglés y en breve pasaré de curso.*
>
> *Aquí las costumbres son muy diferentes a las españolas, pero me voy adaptando a ellas.*
>
> *Les echo mucho a faltar.*
>
> *Deles saludos a Eduardo y a la señorita Amalia, me acuerdo mucho de ellos.*
>
> *Con afecto, su hija.*
> *Candela*

La carta era breve, pero con algo tenía que empezar y además no sabía por cuántas manos pasaría antes de llegar a mi madre. Pensé que, cuando recibiese contestación, le explicaría más cosas.

A la mañana siguiente, con la carta en el bolsillo y parte de los dólares que me pagó Nico, me dirigí a visitar a Isaías. Cuando entré por la puerta, el hombre se asomó al ventanuco.

—¿Te has caído de la cama? ¿Adónde vas tan temprano? —preguntó, acariciándose la dura y espesa barba de tres días.

—Al mejor de los sitios. Tengo varios asuntos que tratar con usted.

—Tú dirás —inquirió, mirándome por encima de los lentes, con expresión curiosa.

—Necesito enviar una carta a mis padres y no quiero poner la dirección de donde vivo en el remitente y he pensado que, si no le importa, podría poner la suya.

—¿Por qué no quieres poner tu dirección?

—Se lo puede imaginar, por si mi madre se la diese a su hermana. No quiero que esa bruja me moleste. Esa mujer es capaz de sacarle información a mis padres con mentiras, presentarse en casa de Marcela y montar un numerito.

—Esa mujer es capaz de todo.

—Por eso, he pensado que, si a mi madre le doy su dirección, aquí no vendrá.

—Puedes poner mi dirección, lo que no te aseguro es que, si se entera, no venga a montarme un escándalo, aunque la estaré esperando, le tengo ganas —reveló mientras sonreía, por la cara que ponía pensé que se estaba imaginando cómo echaría de su tienda a mi tía y la dejaría en ridículo con esa finura dialéctica de la que estaba dotado, aireando alguna confidencia que esta le hubiese contado, tiempo atrás, cuando compartían hasta las sábanas.

—Se lo agradezco —le dije mientras le hacía una escueta reverencia—. ¿Qué sabe del reloj? ¿Lo ha podido colocar?

—Estoy en tratos con el hombre que te dije. No te preocupes. Cuando tenga el asunto cerrado, te avisaré.

—Aunque no tenga cerrado el asunto del reloj, quiero desempeñar las arras —anuncié mientras sacaba el fajo de dólares del bolsillo y se lo enseñaba. Isaías se dio la vuelta para que no viera cómo palidecía y se le tensaba el rictus. Tuvo la mirada perdida unos minutos en dirección al ventanuco sin articular palabra, luego se dio la vuelta.

—Candela —pronunció mi nombre con tanta contundencia que me asustó. Intuí que iba darme malas noticias—. Lo siento mucho, pero no tengo tus arras y pensaba que tardarías más tiempo en poder desempeñarlas.

Las palabras del empeñista provocaron que me enfureciera y descontrolada le perdí el respeto diciéndole:

—No tiene palabra, usted es una mala persona, un mentiroso y un egoísta —resoplé y volví a la carga—: no me extraña que nadie confíe en usted, ya está recuperando mis arras inmediatamente.

Salí de la tienda dando un fuerte portazo. Estaba tan enfadada que no pensaba con claridad. Lo único que deseaba en ese momento era estrangular al hombre. Cuando llegué al portal de casa de Marcela, me detuve, di media vuelta y tomé de nuevo la dirección hacia la tienda de empeños. Al llegar, abrí la puerta y luego le di una patada para cerrarla, entré en el taller del usurero.

—¿Me puede explicar qué es lo que ha hecho con las arras? ¿Quién las tiene? —inquirí voceando.

—Te contaré lo que pueda cuando te calmes —contestó con toda la parsimonia que caracterizaba a ese hombre y que había adquirido durante los muchos años que debía de tener.

Comencé a dar vueltas de la tienda a la trastienda intentando tranquilizarme. A los pocos minutos, me coloqué frente a él y le aguanté la mirada.

—Cuénteme. Le estoy escuchando con atención —dije, ladeando la cabeza con lentitud de izquierda a derecha para intentar calmar las punzadas que me palpitaban en la sien.

—No las he vendido. Un amigo, el cual me hizo prometer que no le delataría, las ha alquilado para su boda y cuando la celebración haya concluido, las devolverá.

Me dejé caer encima de un sillón orejero, tapizado de verde. Con los dedos masajeé mis sienes con la intención de calmar el dolor y poder pensar con claridad. Isaías se sentó en su silla de trabajo y continuó reparando el cierre de una pulsera de oro, debía de ser lo que estaba haciendo cuando llegué.

No controlé los minutos que pasaron, pero debió de ser un buen rato porque al empeñista le dio tiempo de terminar la reparación con soldadura incluida.

—Isaías —pronuncié con voz suave. Él se dio la vuelta y me miró por encima de las gafas y con el entrecejo fruncido—. Usted ha alquilado mis arras y yo de eso no obtengo nada. Si me equivoco, me corrige.

—Cierto, de ese alquiler no obtendrás nada —contestó con toda la desfachatez que los años y la superioridad de condiciones le daban.

—A cambio quiero obtener algo en compensación —pedí con el descaro de la juventud.

—Estás en tu derecho de pedir y yo en el mío de negarme. Pero tú haz tu propuesta y me lo pensaré —argumentó con tal soberbia que le hubiese gritado mil improperios con todas mis fuerzas.

—Quisiera ser su alumna y que me enseñase a abrir su caja fuerte —solté de carrerilla. Me miró, levantó las cejas y comenzó a reír a carcajadas.

—¡Hecho! —confirmó.

—¿Hecho?, ¿le parece bien?, ¿hay trato?

—Eso he dicho. Hay trato. Mañana empezamos. Te quiero aquí a las nueve en punto y te aviso: soy muy duro con mis alumnos. Una cosa más, este trato queda entre nosotros, nadie se tiene que enterar y menos tus dos amigos.

—No se preocupe. Soy una tumba para lo que me conviene, nadie sabrá de nuestros acuerdos.

25

LA CERRADURA

Aquella noche la pasé en un estado de duermevela, incluso me levanté en varias ocasiones y tuve que tomar un vaso de leche caliente para ver si me ayudaba a reconciliarme con Morfeo. Estaba emocionada y exaltada. Isaías me había aceptado como alumna y, aunque no se lo podía contar a nadie, para mí era todo un honor aprender del maestro, según Nico el más grande. Con el convencimiento de que no sería fácil me propuse emplearme a fondo en instruirme.

Cuando me levanté, tomé un café aguado, era lo único que necesitaba para funcionar. Informé a Marcela que, durante un tiempo, también trabajaría por las mañanas. Cuando me iba a pedir más explicaciones, ya estaba saliendo por la puerta sin darle tiempo a indagar. No quería contarle una mentira, que me pillase y acabase perdiendo su confianza. Apreciaba a mi casera, era casi como una segunda madre, pero no me apetecía tener que darle cuentas.

A esas horas las calles estaban tomadas por una horda de chiquillos cargados con libros y fiambreras. Debían de comer en la escuela. Los que andaban solos se agrupaban, jugaban y se reían. A otros los acompañaba su madre, eran los menos. Observé a las mujeres, todas jóvenes y por cómo iban acicaladas pensé que debían de ser de las que empezaban a trabajar después de dejar a sus hijos en el colegio.

Al llegar a la tienda de empeños, Isaías me estaba esperando con una taza de café humeante y un bollo de azúcar.

—Vamos a darle de comer a ese cerebrito. Hoy le vas a dar trabajo —masculló mientras me acercaba el desayuno.

El empeñista de vez en cuando me miraba por encima de las gafas dejándolas caer hasta la punta de su nariz aguileña. Observé su sonrisa, era diferente, distendida y pícara, eso me hizo pensar: «¿qué habrá preparado?».

—Venga vamos, que no hay tiempo que perder —anunció mientras abría una puerta que daba a un cuarto detrás de la trastienda. Al entrar me recorrió un ligero escalofrío, el lugar era lúgubre y olía a humedad. Encendió un candil que apenas iluminaba.

—¿Vamos a trabajar casi a oscuras? —protesté.

—En este oficio se trabaja en la penumbra y te tienes que acostumbrar —razonó, mientras mostraba sus dientes y la pequeña llama se reflejó en su canino de oro. Entonces su imagen me pareció maliciosa y tuve un impulso, que refrené, de salir corriendo.

La vista se me fue adaptando a la poca luz y pude ver los objetos que guardaba en la habitación. Encima de una mesa estaba extendida una manta de terciopelo negro. Al principio, supuse que era para guardar joyas, pero al fijarme pude observar que contenía una serie de artilugios que jamás había visto.

—¿Qué es eso? —señalé curiosa.

—La primera lección va de ganzúas. Hoy aprenderás a manejar algunas de ellas —aclaró divertido.

Del primer cajón de la mesa extrajo una caja llena de cerraduras y candados.

—Con estas herramientas no se te resistirá ninguna cerradura —explicó mientras pasaba la mano por encima de la manta sin tocar nada y con tanta pasión que se le iluminaron los ojos: hasta me pareció que se rejuvenecía.

—No sé si seré capaz de usarlas, soy bastante torpe —se lo dije muy en serio. En ese momento ya me estaba arrepintiendo de estar en aquel lugar con aquel hombre que daba señales de estar un poco enajenado.

Durante toda la semana estuve tratando de abrir las cerraduras y los candados con las ganzúas. Avanzaba con lentitud y la ilusión de los primeros días menguaba, comenzaba a desesperarme. El empeñista se reía de mí cada vez que fallaba. Él, con una maestría e ingenio fuera de lo común, abría sin problemas todo lo que caía en sus manos. Verlo manejar las herramientas con tanta seguridad y aplomo me retaba a intentarlo con más ahínco al día siguiente.

Llegó un día en el que entré en la habitación oscura y, cuando manipulé los candados y las cerraduras, comenzaron a abrirse como por arte de magia y sin dificultad. Mi maestro, orgulloso, los volvía a cerrar para que repitiese la hazaña. Entonces, me entregó seis ganzúas enganchadas en una anilla y dijo:

—Te será más fácil llevarlas así en el bolso.

Luego me recomendó que las usase para entrar en el portal de mi casa y donde fuese necesario para practicar, pero siempre que nadie me viese. Debía ser discreta y mantener en secreto mis nuevas habilidades.

A la mañana siguiente encontré la puerta de la tienda de Isaías cerrada. Supe enseguida que lo hizo a propósito para que practicase. Después de varios intentos, me percaté de que abrir su puerta no era tan sencillo como había imaginado. Ya sabía que había dos cerraduras,

pero tardé en darme cuenta de que una giraba a la derecha y la otra a la izquierda. Observé que, si se abrían las dos a la vez, aunque los giros estuviesen correctos, tampoco se abrían y, después de varios tanteos, deduje que había truco escondido. Estudié mentalmente las lecciones que me dio el maestro. Empleando todo el temple que me quedaba lo volví a intentar: primero abrí la de abajo a la izquierda, luego empujé la puerta hacia adentro para que la cerradura se desencajara y después procedí a abrir la siguiente hacia la derecha y la puerta cedió. Detrás estaba Isaías aplaudiendo.

—Ahora tendré que cambiar las cerraduras para que no me robes —comentó.

—Sabrías que he sido yo y no quiero tenerte por enemigo —manifesté para que se diera cuenta de que lo respetaba.

—Tienes que practicar todo lo que puedas y en unas semanas te avisaré para empezar con la caja fuerte —anunció y me dio una gran alegría porque ese era el motivo por el que estaba allí.

Ese día estaba eufórica y, al salir de clase, mientras esperaba a Lola, como era costumbre desde que empezara la escuela, tuve una idea. Enseguida vi a la gitana acercarse, andaba tiesa igual que su hermano, pero balanceaba las caderas con unos movimientos que le daban una gracia especial y con esa sonrisa que la embellecía más si se podía. Cuando la tuve delante, le comenté:

—Lola, ¿te apetecería ir a bailar este jueves?

—Claro, pero Nico no nos dejará ir solas y, si ellos vienen, no se acercará nadie a sacarnos a bailar.

—Le dirás que te tienes que quedar en mi casa a dormir porque te tengo que ayudar a hacer un trabajo para la escuela.

—Y si nos pilla, ¿qué hacemos?

—No nos pillará. Ellos los jueves no van al Salón Savoy, prefieren el tugurio de Gambino.

Esa misma tarde, cuando llegué a casa, me fui hacia la casera.

—Marcela, tengo que pedirte un favor —le dije melosa.

—Dime, niña —contestó, dedicándome aquella sonrisa que derrochaba ternura y daba confianza.

—¿Se podrá quedar a dormir conmigo el jueves mi amiga Lola?

—Menudo susto me has dado, pensé que querías meter en la habitación a tu novio —exageró, soplando y abanicándose con las manos como si estuviese a punto de darle un soponcio.

—¡Qué cosas tienes! Además, a mi novio me lo dejé en España.

—¡Vaya, vaya! Entonces… ¿Quién es ese moreno espigado que te deja en la puerta cuando vuelves de trabajar?

—¡Anda ya! Ese es Nico, el hermano de Lola, y solo somos amigos. Veras… te cuento… es que mi amiga y yo queremos ir el jueves por la tarde a bailar, pero si se entera su hermano, nos acompañará y no se

acercará ningún chico a sacarnos a bailar. Ella le dirá que se queda a dormir conmigo porque le voy a ayudar a hacer un trabajo para el colegio.

—¡Vaya! Lo tienes todo pensado —sonrió—. Claro que se puede quedar. Ahora es tu habitación y pagas por las dos camas, pero no lleguéis tarde —avisó.

Me acerqué y la abracé: Mientras tanto, ella me acariciaba el pelo y besaba mi coronilla. ¡Cómo me reconfortaban sus muestras de cariño!

Cuando nos separamos y me disponía a irme a mi habitación.

—Candela, ¿tienes problemas para abrir la puerta?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que haces mucho ruido para abrirla y tardas en entrar.

—Es por los libros que llevo encima y me dificultan hacerlo.

Alcé los libros que sostenía en la mano para que los viese y pensé: «tengo que ser más silenciosa».

26

NUEVAS AMISTADES

Esperaba, como cada día, a que Lola saliese de clase. No sé cómo se lo montaba para ser siempre de las últimas en abandonar el aula. Aquel jueves estaba algo nerviosa, era la primera vez que íbamos a esquivar a su hermano y a Giuseppe, los guardianes que formaban una barrera para que ningún posible pretendiente se acercase a nosotras. Cuando la vi aparecer, se me abrió la boca, andaba con su habitual pachorra, ella nunca se daba prisa ni para acudir a un baile. Llevaba una falda azul marino a tablas que le daba volumen, una camisa clara que parecía que la hubiese empolvado de rosa, un ancho cinturón que marcaba su estrecha cintura y el abrigo colgando de sus hombros. Mi amiga resplandecía.

—¡Qué guapa te has puesto!

—La ocasión lo merece —contestó, se ruborizó y esbozó una tímida sonrisa.

—Mírame, soy un desastre, llevo la misma ropa de todos los días y no me he preocupado en arreglarme. —Me disculpé por no haberme acicalado un poco más.

—No te preocupes. Tú eres fina por naturaleza y con cualquier cosa estás guapa. En cambio, yo tengo que vestir elegante para disimular mis raíces gitanas.

—Solo eres medio gitana —añadí, y nos pusimos a reír—. Pasaremos por mi casa, dejaremos los libros y nos maquillaremos un poquito —sugerí.

—Vámonos, llegaremos tarde —vaticinó y entrelazó su brazo con el mío para empujarme a caminar. Lola estaba tan emocionada que sentí, al aferrarse a mi brazo, cómo temblaba entera.

En la puerta del Savoy Ballroom había mucho más bullicio que el día que estuve con Nico y los del trabajo. Recordé el comentario de alguien sobre que a los jueves los llamaban el día de las criadas. Estas tenían fiesta e iban a bailar y a divertirse. Era todo un acontecimiento, llegaban grupos de chicas solas y los chicos se agrupaban en la puerta para saludarlas y se iban formando parejas acarameladas que no

paraban de mirarse sonrientes. Nosotras nos contagiamos del alborozo y nos adentramos en el local cogidas de la mano. Lola, emocionada, apretaba la mía con fuerza. Nos sentamos en una mesa cerca de la pista para poder ver mejor las actuaciones del concurso de baile que se celebraría aquella tarde. Dejé a mi amiga al cuidado de la mesa y me fui a la barra a pedir unos refrescos. Al regresar sosteniendo un vaso en cada mano, me sorprendió encontrar a Lola conversando animadamente con dos chicos de color. Uno era negro como un tizón y cada vez que sonreía se le iluminaba la cara al mostrar sus dientes blancos y relucientes. Observé pasmada cómo saltaban chispas entre las miradas que se intercambiaban mi amiga y el joven. El otro chico miraba a la pista con cara de aburrimiento, la pareja no le debía de hacer ningún caso. Decidí carraspear hasta que me miraron.

—Candela, te voy a presentar a unos amigos.

—¿Amigos? —repetí con cara de asombro. «¿Desde cuándo se conocen?», pensé.

—Sí, somos amigos porque Ralph da clases en nuestro centro.

—Pues no lo tengo visto —informé.

—De vez en cuando sustituyo al profesor de literatura de primer curso. Soy Ralph Ellison, para lo que usted necesite, señorita —se presentó y me alargó su mano, que estreché desconcertada. Su tacto era tan cálido como su profunda mirada—. Este es mi primo Frederick —anunció y estreché la mano que me tendió el chico de piel tostada, ojos ambarinos y de labios gruesos, de apariencia mullida y bien definidos. Casi parecían un corazón.

—Hoy disfrutaremos de la orquesta de Chick Webb con la cantante Ella Fitzgerald. Es la mejor de *swing* y han ganado todos los desafíos en las batallas de orquestas que aquí se organizan —informó Frederick con orgullo.

—Debe de ser un gran acontecimiento —le dije. Estaba claro que pasaría la noche hablando con él porque mi amiga estaba muy ocupada.

—Ni se lo imagina, señorita, es un privilegio poder disfrutar de las mejores *big bands* —reveló, moviendo las manos, con elegancia. Por lo cuidadas que las llevaba deduje que no trabajaba haciendo grandes esfuerzos físicos.

Los componentes de la orquesta salieron al escenario, de sus instrumentos comenzaron a salir notas y las parejas de bailarines inundaron la pista con sus trepidantes movimientos. Ralph alargó la mano y Lola, de un impulso, se levantó, la agarró y se fueron a la pista de baile a entregarse al *swing*. Durante unos minutos no les pude quitar la vista de encima, para ser la primera vez que la gitana bailaba se le daba muy bien. Cuando giré la cara para mirar a Frederick, este se estaba riendo, debía de haberme quedado con la boca abierta y las

cejas levantadas. Le miré fijamente a esos ojos que me recordaban a un campo de trigo.

—No nos hemos encontrado por casualidad, ¿verdad? Estos dos lo tenían todo planeado —afirmé, rotunda.

—Veo que eres observadora y lista —me alabó y comenzó a reírse — ¿Quieres bailar? —propuso.

—Bueno, pero deberás tener paciencia y no quejarte si te llevas algún pisotón.

—Lo soportaré —comentó. Se puso en pie, lo tomé por el brazo y nos fuimos a la pista; era alto y fuerte, desprendía un olor cálido y especiado que invitaba a aproximarse a él.

Nosotros nos cansamos pronto de bailar. Creo que se hartó de esquivar mis pies y ofreció, como excusa para sentarnos, el invitarme a un refresco. Esperaba a que mi acompañante regresara con la bebida y volví a mirar detenidamente a Lola y a su bailarín. No paraban de dedicarse con cariño sonrisas sugerentes.

Cuando Frederick regresó con los refrescos y para romper el silencio le pregunté:

—¿En qué trabajas?

Él se levantó y dio una vuelta sobre sí mismo.

—Has visto qué traje tan bien cosido y ajustado llevo puesto —contestó, tocando las solapas de la chaqueta para que me fijase en ella con orgullo.

—Es muy bonito el traje y te queda clavado.

—Lo he confeccionado yo mismo. Trabajo en una sastrería de la Quinta Avenida, en la que se visten todos los adinerados de esta ciudad —cuchicheó con un punto de vanidad.

Era la primera vez que me ocurría, lo miré intensamente y me pareció que conversaba con una mujer en vez de con un hombre. Reparé en sus cejas y mejor delineadas que las mías, no me percaté de que lo incomodaba con mis ojos recorriendo su rostro.

—Me he dado cuenta de que eres muy observadora y llevas un rato mirándome de forma extraña, ya te habrás dado cuenta de que soy diferente.

—Estaba pensando… ¿Coses para mujeres? —Cambié de conversación porque me gustó el traje que llevaba puesto y necesitaba un cambio de vestuario.

—En la sastrería no trabajamos para mujeres, pero en mi domicilio particular sí lo hago, solo para las amigas.

—Me tienes que dar tu dirección y el horario en el que puedo visitarte. Necesito de tu habilidad para que me pongas guapa.

—Guapa ya lo eres y mucho, lo que haremos será resaltar tu belleza, con colores que te favorezcan y ropa ajustada a tu figura —planteó. Me gustó lo que escuchaba y pensé que ya era hora de hacer

un cambio.

En ese instante regresaron los bailarines, se sentaron juntos y, aunque todavía sudaban, Lola se mantuvo aferrada con delicadeza al brazo de su acompañante sin disimular la existencia de algo más que una amistad.

—Podríais presentaros al concurso de baile, lo hacéis muy bien —los alenté.

—¿Estás de broma? —protestó Lola.

—No, no estoy de broma, lo he dicho muy en serio.

—Nos lo pensaremos —añadió Ralph, tocando la mano de mi amiga.

El tiempo trascurrió muy rápido y, casi sin darnos cuenta, llegó la hora de marcharnos.

—Para acompañaros, lo haremos del siguiente modo, nosotros iremos delante y vosotras diez o doce pasos por detrás. Así no nos verán juntos y tampoco pensarán que os estamos siguiendo —planeó Ralph.

—¿Es que no podemos ir juntos? —pregunté, extrañada.

—Es mejor que no, dentro de este club no importa el color de tu piel, pero cuando salimos por la puerta hay personas a las que les molesta que nos mezclemos. Están prohibidos los matrimonios de diferentes razas y, por lo tanto, muy mal vistas las relaciones.

—En España también está mal visto el matrimonio entre…

—No te cortes, Candela. Él conoce mis orígenes.

—Puede que esté mal visto, pero aun así se pueden casar. En cambio, aquí es socialmente inaceptable —expresó Ralph, mirando con tristeza a mi amiga.

—Si vierais mi pueblo, todavía va la gente en burro y aquí con tantos automóviles y vida moderna no os dejan casaros por tener el color de piel diferente. Un poco raros sí que sois, no lo entiendo —comenté.

—Aún nos queda mucho por lo que luchar, por eso estoy terminando la carrera de abogado —expuso Ralph.

—Pensaba que eras maestro —dije.

—¡No! ¡Qué va! Lo de dar clases solo es una sustitución de vez en cuando, Richard también fue mi profesor en el instituto y a través de los libros se creó una fuerte amistad entre nosotros.

Tal y como propuso el flamante amigo de Lola, nos separamos unos pasos, ellos caminaban delante y nosotras íbamos detrás hablando sobre los andares de los chicos. Ralph parecía que en los pasos que daba por la acera siguiera bailando, llevaba el ritmo adherido a su cuerpo. Cuando nos escuchaban reír, se giraban y nos dedicaban una amplia sonrisa.

Por la noche, metidas en la cama, no podía dormir.

—¿Lola?

—¿Qué quieres?

—¿Tú tampoco puedes dormir?

—¿Cómo voy a poder dormir con lo bien que lo he pasado? Además, si estuviese dormida, me habrías despertado.

—Espero que tu hermano no nos pille porque, si lo hace, nos vamos a enterar.

—No te preocupes, mi abuela me avisa.

—¿Tu abuela?

—¡Ay mujer! Pero, qué incrédula eres. Además, mi hermano está tan liado haciendo recados al Gambino ese que no tiene tiempo para nada más y como confía tanto en ti no se imaginará nada.

—Bueno, pero no tentemos a la suerte. Estas salidas las haremos, únicamente, de vez en cuando —impuse, para que no se creyese que iríamos todos los jueves a bailar, nos pillasen y Nico dejase de confiar en mí. Tenía mis propios planes y lo necesitaba para llevarlos a buen término.

Aquella noche tardé en dormirme pensando en que había descubierto que mi amiga también guardaba secretos. Reveló su relación porque me necesitaba para encubrirla. Sin mí se exponía a que su hermano se enterase y enfrentarse a él le daba miedo. También era la primera vez que conocía a un hombre amanerado y supe de los matrimonios interraciales, de su prohibición y de lo mal vistos que estaban por la sociedad norteamericana.

27
EL DOCUMENTAL

Pasaron los meses de invierno y mis ahorros menguaron a una velocidad vertiginosa. Incluso me alegré de no haber podido desempeñar las arras. En primavera de nuevo todo explotó y las casas pudientes de la Quinta Avenida comenzaron a preparar celebraciones. Nico un jueves se dejó caer por la puerta de la escuela, a la hora de la salida, con la excusa de informarme de que el próximo fin de semana comenzaríamos a trabajar.

—Prepárate que nos van a dar duro. Con la llegada del buen tiempo a la gente le ha entrado ganas de fiesta —anunció, mientras se encendía un cigarrillo con la colilla de otro que acababa de apurar. En el poco tiempo transcurrido desde la última vez que hablamos, lo encontré cambiado, demacrado por unas incipientes ojeras y pómulos hundidos por su extrema delgadez. Pero seguía oliendo igual de bien, al palo dulce que le asomaba en el bolsillo superior de su americana.

—Ya he descansado suficiente y necesito llenar el bolsillo. Si no lo hago, no como —informé, para que supiese que estaba deseosa de volver al trabajo.

Esa misma semana me pasé por la tienda del empeñista.

—Hola, Isaías, he venido a preguntarle si ha recibido noticias de España.

—Si lo que quieres saber es si ha llegado carta de tu madre, sintiéndolo mucho, el cartero hace tiempo que no se para en mi puerta. Ni siquiera llega la correspondencia que manda mi familia puntualmente cada mes. Ten en cuenta que nuestra patria está en guerra y debe de ser complicado enviar el correo.

—Le mandaré otra carta.

—Harás bien, con dos hay más posibilidades de que llegue alguna.

—Y de lo nuestro, ¿cuándo empezaremos?

—En breve te avisaré y retomaremos las clases. Tengo un encargo urgente por entregar —se excusó. Me dije «en qué lío debe andar metido, porque el trabajo de empeñar y desempeñar no creo que sea un encargo».

Me alegré de no tener que ir por las mañanas a la tienda de Isaías. La vuelta al trabajo resultó más dura de lo esperado, siempre faltaba personal y los pocos que éramos nos repartíamos las excesivas tareas hasta acabar exhaustos. Deseaba terminar la escuela y que los estudios me diesen la oportunidad de encontrar un empleo mejor.

A mediados de agosto, mientras trabajaba en el banquete de una boda de postín que se celebraba en una de las mansiones, Nico, cuando me iba dirección a las cocinas, asió mi brazo.

—Ven, que quiero hablar contigo —susurró, y me apartó hasta un rincón para estar más tranquilos—. Isaías me ha dado un recado para ti.

—¿Qué quiere? —le pregunté, haciéndome la sorprendida.

—No me lo ha dicho, solo que vayas a verlo. Vete con cuidado con ese hombre; detrás de esa mirada de corderito manso hay un lobo —me advirtió con preocupación.

—Debe de querer que vaya a por la correspondencia, le pedí permiso para poner su dirección en las cartas que envío a mis padres.

—Si es por eso, me quedo más tranquilo, pero no te fíes de él, no es buena gente —insistió—. Otro asunto… casi se me vuelve a olvidar, hace tiempo que noto extraña a Lola. ¿Tienes idea de lo que le pasa? ¿Hay algo que deba saber?

—Yo la noto igual que siempre, debe de ser porque en la escuela le está costando mucho ponerse al nivel de sus compañeros.

—Debe de ser eso porque me ha pedido que la deje apuntarse a unas clases de repaso para el verano.

Me fui a trabajar preocupada por mi amiga y pensando en que tendría que hablar con ella, porque en la escuela no había clase ninguna de repaso y eso debía de ser porque quería dedicar ese tiempo a pasear con Ralph. Estaba tan enamorada que se había vuelto ciega. Como su hermano la pillase, la encerraría sin salir y hasta la borraría de esas clases que tanto le gustaban.

El lunes lo necesité para recuperarme del exceso de trabajo llevado a cabo el fin de semana. Terminé agotada y con los pies hinchados. El martes por la tarde pasé a visitar al maestro.

—Hola, Isaías —grité al entrar en su tienda y no verlo asomarse por la ventanita—. ¿Me has mandado llamar?

—No grites, estoy viejo no sordo. Me gustaría que me acompañaras al cine.

—¿Al cine? ¿Qué se nos ha perdido allí? —pregunté, extrañada.

—Tú eres española ¿verdad? Pues tenemos la obligación de asistir a ver *Tierra de España*, un documental que está rodado en España y trata sobre la guerra que asola nuestra patria. Así nos ponemos al día de los sucesos que ocurren en nuestro país. Hasta el presidente Roosevelt ha dicho que todo el mundo debería verlo. He conseguido entradas para

ir a su presentación y he pensado que te interesaría acompañarme.

—Claro que me interesa —contesté, con una mezcla de emoción e intriga.

—Será el próximo viernes día veinte. Ponte elegante y te vienes a las seis de la tarde, que iremos en coche. Será todo un acontecimiento. Sobre todo, no llegues tarde.

—Descuide, seré puntual.

Cuando salí de la tienda, me fui directa a la Quinta Avenida a esperar a que Frederick saliese de trabajar. Me aposté cerca de la entrada a la sastrería hasta que cerraron la persiana y salió por una puerta lateral. Enseguida lo abordé.

—Frederick —lo llamé, se paró en seco y se giró.

—Hola, Candela. ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! —dijo, dedicándome una amplia sonrisa.

—He venido a verte porque tengo que pedirte un favor.

—Tú siempre tan directa. ¿Qué favor es ese que te ha traído hasta mí? —manifestó con la ceja ligeramente levantada, señal de que sentía curiosidad.

—Necesito comprarme un vestido para ir con un amigo al cine y quisiera que me acompañaras.

—¿Tienes un amigo especial? —preguntó intrigado. No lo podía remediar, era más curioso que yo.

—No hay ningún amigo especial. Es un anciano que vive solo y me ha pedido que lo acompañe a un estreno y quiero ir arreglada.

—Vaya… iremos a mi casa y de los modelitos que tengo te adaptamos uno. Además, tengo unas telas maravillosas y hay una de color granate que a las de pelo trigueño os sienta muy bien.

Cuando caminaba próxima a él, me invadió la calidez de su olor especiado, intacto después de una larga jornada laboral. Era divertido pasear por la Quinta Avenida cerca de aquel hombre tan atractivo viendo cómo despertaba las miradas de mujeres y hombres. Una vez que llegamos a Harlem me comentó:

—¿Te has planteado hacer algo con ese pelo tan alborotado que siempre llevas?

—¿Qué me aconsejas?

—Te voy a presentar a mi prima. Tiene unas manos increíbles y vive en el portal de al lado del mío.

La prima poseía una peluquería clandestina montada en una de las habitaciones de la vivienda. Únicamente había mujeres negras de pelo muy distinto al mío, eso me hizo dudar, pero si Frederick opinaba que lo haría bien, lo creí. Él me parecía un hombre perfeccionista. La peluquera me dijo que volviera en una hora. Fuimos a casa del sastre, aseguró que le sobraba tiempo para probarme varios modelitos, me enseñó un vestido color corinto y me animó a ponérmelo. Con gran

maestría lo adaptó a mi cuerpo con agujas. Cuando terminó, le dije:

—Eres el primer hombre que ha rozado ciertas partes de mi cuerpo.

—Querida, ya sabes que no soy un hombre convencional y que mis gustos son más refinados —contestó y acabamos riendo.

Mientras él adaptaba el vestido a mi talla, me mandó a casa de su prima. La joven estuvo encantada de poder cortar un pelo como el mío y no paraba de exclamar.

—¡Oh qué suave! ¡Oh qué moldeable!

La chica resultó tener una gran destreza con las tijeras, me dejó una media melena, sin flequillo, pero con movimiento y muy bien alineada. Convirtió mis rizos en unas ondas preciosas, me dio instrucciones para que me peinara en casa y quedase igual de bien.

El día del acontecimiento, cuando Isaías me vio aparecer en su tienda, el primer gesto que hizo fue restregarse los ojos y ponerse las gafas para examinarme.

—¡Cómo va a presumir este viejo hoy! —anunció—. Estás muy guapa.

—Pues usted, señor Isaías, se ha puesto muy elegante.

—Es para aparentar. Hoy nos codearemos con personalidades ilustres de esta ciudad.

Nos recogió un coche y se detuvo delante de la puerta del cine. Aferrada a su brazo, caminamos hasta la segunda fila. Ese hombre debía de tener muy buenos contactos para haber conseguido unos asientos tan buenos.

El guion del documental, escrito por John Dos Passos y Ernest Hemingway y narrado por Orson Welles, me conmovió, lloré pensando en mi familia y en las penurias que debían de estar pasando, me acordé de Eduardo y sus ideales políticos, estaba convencida de que lucharía en el bando de la república. Sentí una gran pena por mi país y en como sus habitantes lo destruían, hermanos contra hermanos.

Al salir, se acercó un señor con pinta de caballero ilustre a saludar. Muchos eran los ojos que se posaban en nosotros.

—Hombre, Isaías, te estaba buscando, sabía que no te perderías un acontecimiento como este y más tratándose de tu patria la que está en guerra. —Seguidamente se quedó callado mirándome con descaro.

—Es mi sobrina, la hija de mi hermana —reveló el empeñista. Incliné la cabeza y ninguno hicimos ademán de estrecharnos la mano, era evidente que la explicación de Isaías había satisfecho su curiosidad y yo no era de su interés.

—¿Te has dado cuenta a quién tenemos ahí? —el conocido de Isaías señaló de manera discreta con la mirada a un grupo de hombres que conversaban cerca de nosotros—. Está el embajador de España, el señor Fernando de los Ríos, y el productor del documental, Joris Ivens. Se cuenta que se fue a rodar a España para ofrecer un

testimonio real y directo de unas gentes que luchan por conservar su libertad y sus derechos.

Las palabras del amigo de Isaías me despertaron la curiosidad y agudicé el oído para escuchar qué era lo que explicaba el señor Joris Ivens a un grupo de reporteros interesados en escribir una columna en sus periódicos sobre el documental. En ese momento le formulaban una pregunta.

—¿Cree usted, señor Ivens, que ganará la República?

—Me acaba de hacer la misma pregunta que me hizo la esposa del presidente cuando terminó de ver el documental y le voy a contestar lo mismo que a ella. No ganará si se sigue permitiendo que los alemanes y los italianos la abatan.

El amigo del empeñista no paraba de hablar y volvió a captar mi atención cuando susurró:

—Hay revuelo en el gobierno, se comenta que se está emitiendo el documental en los cines para que la población se prepare y sepa del conflicto por si deciden intervenir. Son momentos muy convulsos en Europa y acabaremos tomando partido.

De vuelta a casa, no hablé en todo el camino y, cuando Isaías me dejó en la puerta, le pregunté:

—¿Cómo deben de llevar los españoles que viven aquí que nuestro país esté en guerra?

—Lo viven desde la distancia, en su mundo lleno de dificultades por sobrevivir, aunque los dos bandos han designado a personas para buscar partidarios y pedir su ayuda económica o de otra forma.

28

EL FONENDOSCOPIO

En septiembre el trabajo comenzó a ser inestable y solo se celebraban fiestas reducidas de aniversarios. Se terminaron las cenas en días de diario para aquellos caballeros de la Quinta Avenida en los clubs privados, situados en las afueras de la ciudad, a las que acudían señoritas de reputación dudosa. Regresaron sus mujeres e hijos de las vacaciones en las casas estivales que poseían en el campo. Cuando finalizó la temporada de trabajo, vestía una talla menos y necesité una semana para recuperar mis pies.

A Lola se le terminó el tiempo de idas y venidas en el que estuvo disfrutando de su historia de amor con Ralph, encubierta por Maribel. Ahora debía aparentar normalidad ante su hermano y, con todo el dolor de su alma, se quedaba en casa como si fuese una monja de clausura. Me preocupaba que el noviazgo se descubriese y terminase salpicándome. No quería perder el beneplácito de Nico.

De vez en cuando, pasaba a visitar a Isaías. Todavía no habíamos encontrado el momento adecuado para que empezase de nuevo con mi aprendizaje. Aquella tarde me acerqué a la tienda del empeñista.

—Isaías, ya ha bajado el trabajo y cuando te vaya bien podemos retomar las clases —le informé para que me hiciese hueco entre sus muchos tejemanejes.

—Me alegro de que ya estés libre. Te avisaré cuando tenga tiempo, pero no dejes de practicar con las ganzúas, porque ser diestra con ellas te servirá para abrir las puertas que te llevarán ante las cajas fuertes —dijo, observando mis gestos por encima de las gafas. En mi mente se grabaron las palabras: abrir puertas y cajas fuertes. ¿A qué se debía de referir? En su tienda solo había una caja y había hablado en plural. ¿Qué planes urdía el empeñista? Yo tenía los míos y él no entraba en ellos. Me dieron pálpitos y los reconocí, eran los que indicaban que me había metido en la boca del lobo, ese del que tanto me advirtió Nico.

Volvimos de nuevo a la escuela y en uno de los días que esperé a Lola me anunció:

—Cuando termine este curso, quiero ingresar en la escuela de secretariado. Ralph me ha ofrecido la plaza de secretaria en el despacho que va a abrir.

—Me das una gran alegría. En serio, me alegro muchísimo y tenemos que celebrarlo.

—Alto, todavía no es seguro, lo celebraremos cuando ya esté trabajando, por ahora solo son posibilidades que le cuento a una amiga con ilusión —razonó Lola.

—¿Cuándo se lo vas a contar a Nico?

—Me da miedo. Él es muy posesivo y no creo que le guste la idea de que yo tenga novio.

Le pude ofrecer mi ayuda para intentar allanarle el terreno, pero no quise ser la portadora de una noticia que, tal vez trajese problemas.

Durante el verano, no se me escaparon, en ningún momento, las idas y venidas al baño de Nico y Giuseppe y sus cambiantes estados de ánimo que pasaban de la euforia a la melancolía. Eran aquellos malditos polvos que Gambino les suministraba y que ellos se encargaban de repartir en las fiestas privadas y en el club de nuestro jefe.

A mediados de octubre, acudí a la primera clase de Isaías, hacía tiempo que soñaba con aquel momento. Cuando entré en el cuarto oscuro, así lo bauticé, estaba tan iluminado como un día de verano. Sobre la mesa se encontraban una serie de engranajes y accesorios: eran las tripas de una caja fuerte y él me quería enseñar el mecanismo para que supiese y entendiese lo que se manejaba desde el mando giratorio de la cerradura, y comenzó explicándome:

—Atiende, Candela, en la misión de hoy, lo importante son los sonidos que hace el disco mecánico de la cerradura cuando lo giras, acuérdate, a la derecha y a la izquierda. Tenemos que prestar especial atención a los clics y los números que los generan. Ahora, empieza a practicar con esta cerradura y memoriza la combinación que te va cantando.

Así estuve toda la mañana practicando con aquel artilugio que no acababa de entender y, a ratos me aburría, hasta que empecé a distinguir esos pequeños clics que era cuando la posición del engranaje y el número coincidían.

Al día siguiente, el empeñista me recibió con una sonrisa misteriosa.

—Tengo un regalo para ti —anunció y me entregó un paquete.

Al abrirlo, debí de poner cara de pasmada porque el maestro empezó a reírse a carcajadas.

—Doctora, póngase el fonendoscopio que vamos a operar —dijo, divertido.

Nos dirigimos a su caja fuerte. Era la primera vez que la veía

cerrada.

—Venga, empieza a practicar —me alentó.

—Practicaré todo lo que sea necesario, pero primero quiero ver cómo lo hace usted.

—Chica lista —comentó sonriendo y susurrando añadió—: te pega el mote de listilla.

—Se está pasando, señor Isaías —protesté con una sonrisa.

Mi maestro, en un arrebato de alardear de sus dotes y conocimientos, comenzó a manejar la cerradura con rapidez y una destreza que intimidaba. Abrió la caja fuerte con los ojos cerrados,

—Creo que nunca seré tan hábil —manifesté, perpleja.

—Claro que lo serás, si llevases haciéndolo tanto tiempo como yo, intuyo que lo harías incluso mejor —opinó para animarme. Por la forma en que desviaba la mirada y bajaba la cabeza se estaba apeando del pedestal en el que su ego lo acababa de subir.

—Podría hacerme el favor de ir más despacio y explicarme los pasos, es todo muy nuevo para mí —refunfuñé.

—Tienes razón, me he comportado como un viejo engreído.

—Digamos… que se ha emocionado un poco —resumí.

—Presta atención, lo voy a hacer lento y explicándotelo. El mando de la cerradura de la caja fuerte está conectado a una varilla roscada, el giro del mando la hace rotar. La cerradura tiene unas ruedas que hacen girar la varilla, la cerradura tendrá tantos números de combinación como ruedas tenga, así una cerradura de tres ruedas tiene tres números de combinación con un número de vueltas para cada uno de ellos. Encima de las ruedas reposa suavemente una traba. Mientras la traba no cambie de posición, la caja estará bloqueada, pero si al reposar la traba sobre las ruedas se sitúa sobre las muescas de todas las ruedas, entonces la varilla cambia su posición y permite girar el mando y abrir la caja. —Me observó por encima de las gafas y continuó—: ahora lo intentarás tú y así estrenarás el fonendoscopio.

—Ahora empiezo a entender el funcionamiento del artilugio con el que estuve trabajando ayer.

—Es la cerradura y te la dejé para que te familiarizaras con ella.

—Faltó la explicación del maestro —me quejé.

—Cierto, pero hoy lo has captado a la primera. Ahora tienes que practicar y abrir la caja tú sola.

La caja se resistía, Isaías me dio la espalda y se puso a arreglar un reloj o lo aparentaba. Debía de reírse, menos mal que no le veía la cara. Cuando me dolían hasta los dedos de intentarlo y lo daba por perdido, la muy condenada se abrió y me dio tanta satisfacción que comencé a gritar:

—¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! —Dando vueltas y saltos por la trastienda como una loca.

—No chilles que, si entra algún cliente, se escandalizará. Candela, modérate —me ordenó, mientras hacía gestos con las manos para que parase.

—Uf, uf. ¡Qué alegría me ha dado cuando se ha abierto! —confesé, emocionada.

—Es la adrenalina —advirtió—, pero no cantes victoria, todavía nos queda mucho trabajo por hacer.

Durante la semana, me pasé todos los días practicando. Me acercaba a la tienda del maestro, abría la caja, la volvía a cerrar y me marchaba. Él se encargaba de cambiar cada día la contraseña. Utilizaba el fonendoscopio para darle el gusto a Isaías, pero con solo arrimarme a la caja era capaz de distinguir los diferentes sonidos de la cerradura. Me ocurría lo mismo que la primera vez que presencié a Nico jugando al trile, escuchaba el tintineo de la bolita y en este caso eran los clics de la cerradura.

29
LA INVITACIÓN

En invierno la ciudad de Nueva York se convertía en un lugar peligroso de transitar, las aceras relucían por la nieve convertida en hielo adherido a las baldosas. Volvían a caer copos, los observé mientras caminaba despacio y levantaba las manos para que al contacto con ellas los derritiera. Me recordaban a las plumas de los gansos con las que mi madre confeccionaba las almohadas, en ocasiones se descosían y volátiles se esparcían por toda la casa. En la Axarquía nunca nevaba. Me dio un pinchazo en el pecho y no fue de frío. Se me encogió el alma al recordar el que fue mi hogar.

Cuando llegué a la tienda de empeños, el maestro me recibió con la sonrisa paternal de siempre. Nos dirigimos juntos hacia el lugar donde estaba la caja y ese día me vendó los ojos.

—Tienes que aprender a trabajar a oscuras —ordenó, tajante. Para él era un trabajo y se lo tomaba muy en serio.

Con los ojos vendados y el fonendoscopio colgando del cuello, me acerqué a la caja, me froté las manos y decidí contar hasta veinte en cada cambio de movimiento, a oscuras todavía escuchaba mejor los clics de la cerradura. No quería que Isaías descubriese que podía abrirla con tanta rapidez y destreza como la suya.

Cuando tuve la caja abierta, el hombre, con semblante serio, se desplazó hasta su mesa de despacho y sacó una carta de un cajón.

—No te la he dado antes para que no te desconcentrara —explicó.

Cuando me la entregó y contemplé mi nombre escrito con torpeza, reconocí la letra de madre. Me la acerqué a la nariz inspirando, esperando a que aquel sobre, que solo Dios sabía los días que llevaba dando tumbos por el mundo, oliera a ella. Lo pegué a mi pecho, ante los ojos del maestro que observaba mis movimientos con atención, y arranqué a llorar sin atreverme a rasgar la envoltura del mensaje. Con mimo, fui despegando la solapa del sobre y desplegué la misiva.

> *Querida hija.*
> *Cuando don Gerardo me ha entregado tu carta, ha sido la mayor*

alegría que he tenido en mucho tiempo y saber que estás bien me ha dado tranquilidad, hoy dormiré.

La falta de noticias por parte de tu tía me tenía en vilo. No hablas de ella, pero supongo que se encuentran bien.

Estoy muy contenta de que tengas un buen trabajo y que prosperes en ese país que ahora es tu patria.

La señorita Amalia anda como alma en pena por La Majala, en ocasiones pienso que acabará igual que su madre.

He preguntado por la madre de Lola y unos primos suyos me contaron que vive en las cuevas de Granada con su hermana, cuando don Gerardo viaje hasta allí, le llevará las noticias y te enviaré su dirección para que sus hijos le puedan mandar las cartas.

La dirección de don Gerardo es la misma y recibo en su casa el correo.

Quedo a la espera de la siguiente carta.

Tu madre que te quiere.
Rosario Platero Navas

—No nombra a mi padre ni a Eduardo en la carta —bisbiseé.

—Déjame ver —pidió Isaías y le entregué la misiva. Se colocó bien los lentes y siguió—: tu madre debe de ser una mujer muy lista, no habla de la guerra, pero creo que entre sus letras hay un mensaje oculto cuando te escribe que te quedes en tu trabajo y que este país ahora es tu patria. Eso se traduce a: no vengas que aquí está todo mal. De los que no habla debe de ser porque no interesa, estarán luchando en algún frente. Es una carta para que la pueda leer cualquier funcionario y llegue sin problemas a su destino.

—Gracias, Isaías, por su ayuda. No había pensado en todo lo que acaba de interpretar.

—Solo son suposiciones de un viejo.

—De viejo nada, un hombre astuto.

Al día siguiente, pasé a visitar a mi amigo Frederick. Necesitaba de sus servicios para llevar a cabo mi plan, ya estaba preparada. Cuando le trasmití mis ideas de vestimenta, le gustaron tanto que se puso enseguida a tomarme medidas y no paraba de hablar:

—Querida, vas a estar arrebatadora con el traje que te voy a diseñar.

—Que sea sencillo —le insistí.

—La elegancia radica en la sencillez —contestó. Sus palabras me tranquilizaron. No quería ropa extravagante y menos para el cometido en el que la iba a emplear.

Todos los días, al salir de clase esperaba a Lola y charlábamos durante unos minutos hasta el final de la calle donde la bifurcación nos separaba.

—Hoy te acompañaré hasta tu casa. Tengo que hablar con tu hermano.

—Mejor… así me dará tiempo a pedirte un favor —reveló.

—¿De qué se trata?

—Ralph Ellison me ha invitado a comer en su casa —anunció mientras clavó sus oscuros ojos, de mirada dulce, en los míos y continuó—: es el cumpleaños de su madre y aprovechará para presentarme a su familia.

—Entonces… lo vuestro va muy en serio —afirmé.

—Estamos muy enamorados.

—Supongo que su primo también irá.

—También, pero yo necesito que tú me cubras, ya sabes cómo es mi hermano.

—¿Cuándo será la comida?

—Hay que planear una buena excusa. Será en dos semanas.

—Dile a Ralph que iré de acompañante de su primo y, si por casualidad nos topamos con tu hermano, le diremos que eres tú quien me acompaña a mí. Un día de estos te descubrirá y nos meteremos en un problema de los grandes.

—No te preocupes. Todo se solucionará.

—¡Ya! Te lo ha vaticinado tu abuela.

—Tú no puedes entenderlo, pero es mi destino —relató con la dulzura de quien está locamente enamorada. Entrelacé mi brazo con el suyo y la besé en la mejilla.

Cuando llegamos a casa de Lola y entramos en el comedor para saludar, Maribel estaba sentada a la mesa junto a Nico y Giuseppe. No disimuló las heridas de su cara e incluso percibí cómo me miraba con el ojo derecho porque el izquierdo lo ocultaba su párpado amoratado e hinchado. Una hilera de puntos le salían de la comisura de su boca hacia la mejilla y su brazo descansaba en un cabestrillo.

—Maribel, ¿qué te ha ocurrido? —pregunté, horrorizada.

—Candela, no es de tu incumbencia —contestó Nico con esa voz de severidad que ponía cuando pretendía hacerse respetar e indicaba que dejase el tema.

—He venido porque necesito hablar contigo —apunté, sin mirar a la mujer para que no se sintiese incómoda.

Se levantó y me acompañó a su habitación. La silla estaba ocupada con una muda de su ropa que, por el olor, deduje que debía de estar sucia. Me invitó a sentarme encima de su cama, cosa que rehusé hacer. Comencé a revelarle parte del plan que había estado urdiendo durante meses. A medida que le contaba, él asentía y se le abrían los ojos.

—¿Me ayudarás?

—Contigo hasta la muerte, listilla —contestó.

—¿Podré contar con Giuseppe?

—Cuenta con él, no creo que se lo quiera perder.

El último domingo de enero me enfundé el traje color marengo diseñado por Ralph, un modelo de hombre adaptado al cuerpo femenino, pantalón de pinzas y una americana ajustada. Abrí el cajón de la mesita para coger los guantes finos. Junto a ellos estaban las cartas que vacié del estuche que el año anterior había regalado a Lola en Navidad, las cogí y las inspeccioné con premura hasta encontrar la que quería, la limpié con un pañuelo y me la guardé en el bolsillo de la chaqueta.

Salí a la calle, el cielo estaba despejado, aunque el aire era frío. Levanté las solapas de la americana e introduje las manos en los bolsillos del pantalón, sonreí y pensé en que eso mismo habría hecho Nico. Echaba de menos el abrigo de mi melena, que llevaba recogida dentro de una gorra. En la esquina los vislumbré. La ventanilla del auto estaba bajada y salía humo de dentro igual que si se tratase de una chimenea. Entré en el coche.

—¡Vamos! —les alenté.

—¡Candela!, ¡pareces un chico! —soltó el gitano, al verme.

—Arranca, que se nos hace tarde —ordené a Giuseppe, que estaba al volante.

El italiano aparcó el coche detrás de unas obras que realizaban en la calle 13 a la altura de la casa de mi tía, nos apeamos y a toda prisa nos dirigimos a nuestro destino. Me invadían las inseguridades a cada paso, un golpe planeado durante tanto tiempo y me temblaba todo el cuerpo, aunque intentaba mantener la compostura. A esa hora ya debían de estar en misa. Nico se posó delante de la puerta principal, con actitud de estar esperando a alguien, prendió un cigarrillo mientras su amigo abría el portón, entramos raudos y con poco esfuerzo el gitano forzó la cerradura para entrar en la trastienda donde estaba mi objetivo. Estaba tan acostumbrada a trabajar con una caja igual a aquella que se encontraba entre mis manos que ni el mareo que se balanceaba dentro de mí impidió que la abriese con facilidad. Utilizamos las bolsas de papel en las que servían los comestibles para llenarlas con los fajos de billetes bien apilados y ordenados que contenía la caja. Antes de marcharnos, sustraje la carta de mi bolsillo y la deposité en el interior.

Dentro del coche en marcha, cuando sentimos que estábamos a salvo lejos de la calle 14, comenzamos a chocar las manos y a reír. Tuve que bajar la ventanilla porque empezó a subirme la temperatura. Seguía teniendo la sensación de vértigo con la que ese día me levanté y todavía escuchaba los latidos de mi corazón que trotaban desbocados. Hubo un momento en que pensé que terminaría vomitando mis propias entrañas.

Nos repartimos el botín, me acompañaron a casa para que me cambiase y dejase el dinero. Luego nos fuimos a celebrar nuestro triunfo, me llevaron a comer a uno de los restaurantes de Gambino situado en la calle Mulberry Street. Era la primera vez que pisaba el barrio italiano. A media tarde, nos dejamos caer por el Club Gambino. Comenzaba a odiar ese lugar. Ellos dos no paraban de entrar y salir del baño y su estado de ánimo era cada vez más agitado, me tomé dos Dry Martini y les anuncié.

—Chicos, me marcho, tengo un trabajo por terminar.

—Quédate un poco más —insistió el gitano.

—No —dije, rotunda.

—Te acompañaré —propuso. Me encogí de hombros dejando entrever que hiciese lo que quisiera.

Aparcó el coche delante de la puerta de casa de Marcela y se bajó, igual que un caballero, a abrirme la puerta. Entró conmigo al portal. Una vez se aseguró de que estábamos solos, me rodeó la cintura con el brazo y me estrechó contra su cuerpo.

—Candela, siempre me has gustado —susurró mientras mantenía su brazo firme y se inclinó para dejar caer sus labios sobre los míos. Su boca estaba pastosa como si hubiese acabado de comer gachas pasadas y el olor, que tanto me gustaba, a palo dulce, había sido reemplazado por uno a coliflor encurtida. Lo empujé con rabia.

—Nico, nosotros somos amigos, no lo estropees —le recordé, tajante. Tiempo atrás, cuando con sus artes de seductor me tenía encandilada, tal vez, le hubiese consentido un acercamiento, pero ese tiempo ya pasó.

30
LA AGRESIÓN

Los lunes, en clase tocaba leer una noticia del periódico y resumirla. Me acerqué al quiosco, antes de entrar en el edificio, para ojear los titulares y elegir el que más me interesase para el trabajo. Me llamó la atención la fotografía de la primera página del The New York Times. Compré el ejemplar y me puse a leer la crónica. Hablaba de un policía asesinado, le habían dado una paliza, lo habían rematado a cuchilladas en el abdomen ensañándose con su cuerpo y luego abandonado en los muelles del puerto. Esa noticia me dejó mal cuerpo para el resto del día porque cuanto más miraba el retrato del difunto más familiar me resultaba, era una copia casi idéntica del hijo de Maribel con el que coincidí un día por las escaleras cuando llegaba a su casa de la mano de su madre. Esperé en la puerta a Lola. Ella siempre llegaba con el tiempo justo.

—¿Qué haces aquí fuera? Vas a entrar tarde a tu clase —me regañó.

No le contesté. Le puse la primera plana ante sus narices, le dio un manotazo y la apartó, para salir disparada hacia su aula, pero la cogí del brazo para retenerla.

—¡Es él! ¿verdad? Es el padre del hijo de Maribel y el que le pegaba las palizas —la interrogué, se paró en seco y no se atrevió a mirarme fijamente a los ojos, agachó la cabeza y asintió. Le solté el brazo y respiré hondo.

—¿Quién le habrá hecho esto?

—Cualquiera, era un mal bicho y, por lo que he podido saber, tenía muchos enemigos. ¡Vamos, que entraremos tarde y no quiero perderme el inicio de la clase! —Me cogió del brazo, entramos juntas en el edificio y nos separamos para ir cada una a nuestra aula.

Nunca había tenido en mis manos tanto dinero junto, pero debía ser cauta y no llamar la atención. Uno de mis objetivos era alquilar un apartamento y vivir sola. Le pediría a Isaías que me ayudase a buscarlo. Estaba bien relacionado y aquel día en el cine me di cuenta de que era mucho más notable de lo que hubiese imaginado. Primero pasé a visitar a mi nuevo amigo sastre y le realicé varios encargos.

Seguía usando la ropa heredada de Amalia y había llegado el momento de desprenderse de ella y actualizarme. Frederick empezó a calcular mentalmente el gasto de inversión que le suponía un encargo como el mío en materiales y reaccioné antes de que me diese una excusa por no pedirme un anticipo.

—Valora lo que me costará el encargo y te daré la mitad para que puedas comprar las telas que necesites. —Escuché cómo respiraba profundamente, aliviado, y le afloró una amplia sonrisa.

Tardé unas semanas en pasar a visitar a Isaías, debía de estar esperándome. Desde que entré en su tienda no paró de mirarme exageradamente de arriba abajo, pensé que en uno de sus bruscos gestos se le caerían las gafas apoyadas en el límite de la punta de su nariz. En ese momento me pareció un halcón y por su mirada de ave rapaz me sentí como una presa que fuesen a cazar.

—Te crees muy lista, ¿verdad? Y únicamente eres una niñata inconsciente. Esta calle es muy tranquila y quienes la profanan lo pagan. No sé qué tienes dentro de esa cabecita, no te he enseñado a abrir cajas fuertes para que le robes a tu tía. Un niño vio a tres hombres sospechosos el domingo por la mañana. Erais vosotros tres, tú con esos dos inútiles que solo sirven para emborracharse y esnifar esa porquería que terminará matándolos. Vas por mal camino, chica.

—No sabía que le sentaría tan mal que le robase a mi tía.

—Me lo tenías que haber consultado —reclamó con autoridad.

—¿Por qué?

—Porque soy tu maestro, porque vivo en este barrio. Además, tu tía me conoce y sabe que soy el mejor abriendo cajas fuertes.

—Me lo debía a mí misma, lo tenía que hacer, necesitaba vengarme de esa arpía y siento haberle ofendido o molestado o yo qué sé, pero ella se lo merece por bruja —me defendí como pude.

—Menos mal que se te ocurrió disfrazarte de muchacho y dejar una carta dentro de la caja, esas pistas han desviado la atención de mi persona, pero en el barrio todos hablan de la banda de los naipes.

—Lo siento, en ningún momento quise ponerle en riesgo, no lo pensé —me disculpé.

—Ese es tu problema, primero actúas y luego piensas. A partir de ahora, tendremos que establecer normas, por algo soy tu maestro.

—Pero qué normas, si no pienso volver a robar a nadie más.

—Claro que lo harás. Cuando te quedes sin dinero, lo volverás a hacer. Además, estoy convencido de que te has crecido sintiéndote capaz de hacerlo.

—No le voy a negar que sentí satisfacción cuando logré abrir la caja. ¿A qué normas se refiere? —pregunté y, al hacerlo, noté cómo el hombre se relajaba, mientras se colocaba bien las gafas.

—Vamos a trabajar juntos, yo planearé los golpes y tú los

ejecutarás, pero sola. Todo lo que hagas con tus amiguitos, será peligroso porque si os pillan, ellos cantarán a la primera de cambio. Conozco bien a los de su calaña, son de los que venderían a su madre por salvar el pellejo.

—Ellos son mis amigos —repetí para que lo tuviese claro y le pregunté — ¿Me está haciendo una proposición de colaboración?

—Exacto, te lo piensas y cuando me des una respuesta, entonces, hablaremos de las normas a seguir para que haya armonía en nuestra colaboración —concretó, hundiendo sus ojos de halcón en los míos— Ah… esos amigos tuyos son como el barro. Si los aprietan fuerte, se romperán, ya te darás cuenta.

—Usted también trapichea con ellos —le reproché.

—Dirás que trapicheaba, pero de nuestra relación ya no queda nada. Están demasiado implicados en los negocios de Gambino y yo tengo más clase —manifestó, adoptando postura de noble, estaba tan ridículo que consiguió sacarme una sonrisa. El hombre era un caso, primero me sermoneó y luego suavizó el ambiente hasta hacerme sonreír.

Cuando me marché de la tienda, me pregunté: «¿por qué habré tardado tanto en visitar al empeñista desde el robo». La razón era que, en el fondo, temía enfrentarme a sus reproches.

Estaba arreglándome para la fiesta de cumpleaños de la madre de Ralph. El timbre sonó y escuché la voz de Lola saludando a Marcela. Entró como una ráfaga de viento y se dejó caer encima de la cama.

—¿Qué haces? Levántate ahora mismo, te vas a arrugar el vestido y tu futura suegra pensará que eres un desastre —la increpé.

—No sé lo que hago, estoy como un flan. ¿Tú crees que les gustaré?

—Les encantarás. Además, a quien tienes que gustar es a Ralph no a su familia.

—Ya lo sé, pero algún día también serán mi familia y somos muy diferentes.

—Claro, tú eres blanca y ellos negros.

—No es solo eso, también soy gitana.

—Sólo eres medio gitana y no creo que a tu novio le importe, así que olvídate.

Nos dirigimos a casa de Ralph ubicada en el barrio de Harlem. Estaba cerca del piso de su primo y por eso conocía la zona.

Al llegar, nos acogieron con tanto cariño que nos sentimos enseguida como en nuestra propia casa. La familia de Ralph y Frederick era muy larga y se congregaron todos para celebrar el cumpleaños de Margaret, que así se llamaba la homenajeada. Al principio, las mejillas de Lola parecían que iban a arder de un momento a otro, incluso hubo un instante en el que pensé que podría tener fiebre, pero a medida que fue transcurriendo la tarde, se relajó y

volvió a su tono aceitunado habitual. Comimos pastel de carne con verduras, pollo frito con puré de patatas, unas croquetas buenísimas y, de postre, tarta casera. Cuando llegó la hora de marcharnos, los primos insistieron en acompañarnos. En ese corto espacio de tiempo compartido, era como si ya formásemos parte de su familia.

Por primera vez caminábamos juntos hasta nuestro barrio, charlábamos y reíamos, mientras recorríamos las aceras, ajenos a las miradas y a las consecuencias que aquella exposición podía generar. Un coche se detuvo a nuestra altura y bajaron tres hombres con bates en las manos y comenzaron a darles golpes a nuestros acompañantes. Lola se refugió en un portal y lloraba. La gente que pasaba miraba hacia otro costado y aligeraba el paso para no involucrarse. No podía quedarme impasible ante semejante injusticia, di media vuelta y a toda velocidad, recogí de la acera un trozo de una baldosa que estaba rota y lo metí dentro de mi bolso. Me acerqué por la espalda y golpeé al individuo que tenía más cerca en la cabeza, cayó redondo. Seguidamente, le di impulso al bolso, que aterrizó en la espalda del que tenía un pie encima de Frederick, con tanta fuerza que pude escuchar como algo dentro de él crujía. Me acerqué al atacante de Ralph que esquivó el golpe, los agresores subieron rápidamente al coche y desaparecieron.

—Marchaos a casa y no le contéis a nadie lo sucedido. Mejor dejarlo pasar que provocar una guerra entre barrios —les recomendé a los primos.

—No te preocupes, no se lo contaremos a nadie, no queremos problemas —dijo un Ralph magullado. Y Frederick, al que empezaban a hinchársele el labio partido, asintió con la cabeza.

—No me imaginaba que fueses tan valiente —musitó Lola, mientras se agarraba con fuerza a mi brazo como si siguiera necesitando protección.

—Ni yo tampoco —confesé, casi no podía andar porque me temblaban las piernas.

—Hay gente muy mala, no les hemos hecho nada.

—No le des vueltas, no hay explicación para comportamientos tan ruines.

Acompañé a Lola a su casa y no subí. Si me hubiese encontrado con Nico y Giuseppe, les hubiera partido la crisma con el trozo de baldosa que todavía moraba en mi bolso. Reconocí el coche, había ido a trabajar muchas veces en él. Las caras de esos hombres me resultaron familiares y después de darle vueltas, los ubiqué. Estaban en el restaurante de Gambino el día que fuimos a comer para celebrar el éxito de nuestra primera caja desvalijada y el saludo que profesaron a mis acompañantes fue de grandes colegas.

31

AMOR POR CARTA

Nico comenzó a dejarse caer por la escuela a la hora de salir. Venía a controlar a su hermana. Al día siguiente, Lola me esperaba antes de entrar en el aula.

—Necesito pedirte un favor. —Asentí con la cabeza, no hacía falta más —. ¿Podrías llevarle esta carta a Ralph? En ella le explico que ya nos veremos cuando sepa de dónde salieron esos hombres y el ambiente esté más calmado. No quiero que lo maten por mi culpa.

—¿Sospechas de alguien? —pregunté, para indagar. Temí que coincidiéramos en los sospechosos.

—Desde el incidente mi hermano, viene todos los días a buscarme y me controla mucho más: Aquí tienes mi sospechoso —dijo, enfadada. Se cruzó de brazos para soltar un fuerte soplido y siguió—: Dime que tú no sospechas de él.

—También he pensado en esa posibilidad, pero no estoy segura.

Le oculté que estaba convencida de que su hermano, si no era el culpable, estaba involucrado en el incidente. Nunca me gustó dar malas noticias y menos en esa situación en la que implicaba a dos de mis mejores amigos, además con lazos de sangre. Guardé la misiva en el bolso y la tranquilicé.

—No te preocupes. Mañana mismo le llevo la carta y, si quiere, esperaré a que me dé respuesta —propuse. En ese instante me convertí en el correo de Lola, albacea de sus cartas y cómplice de un amor prohibido.

El gitano estaba de pie frente a la puerta del colegio, como era habitual desde el incidente, ese día acompañado de su fiel compinche. Los dos fumaban y debían de estar hablando de algo gracioso, porque no paraban de reír y de gesticular con los brazos y manos, sobre todo el italiano.

—¡Qué bien lo pasáis! —les dije.

—Contigo quería hablar —anunció Nico.

—Pues dime, soy toda oídos.

—Este fin de semana empieza la temporada de cáterin y viene

fuerte —informó.

—No me interesa. No quiero trabajar más para Gambino —notifiqué, rotunda.

—No importa. Maribel la sustituirá —dijo Giuseppe esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Sus ojos tomaron un brillo estrellado al pronunciar el nombre de la casera.

—Si no trabajas con nosotros, ¿de qué vivirás? —quiso indagar el merchero. Sus facciones se tensaron y me dio la sensación de que entristeció o es que la chispa alegre que lo caracterizaba cuando lo conocí se había apagado.

—No lo sé, tendré que buscar trabajo en algún lugar —aclaré.

—Tenemos un trabajo que puede interesarte.

—¡Ah sí! ¿De qué se trata?

—La semana pasada hicimos un cáterin para un pez gordo, un constructor que maneja mucha pasta y la guarda en una caja fuerte en su despacho. Los fines de semana se suelen marchar a su casa del campo.

—No me fío.

—Siempre se van todos y se llevan el servicio. Nos lo contó una de las criadas.

—No sé. Pensaré en ello y ya os diré algo.

—Está bien, pero no tardes en decidirte, porque si no tendremos que buscar a otro.

A la mañana siguiente puse rumbo al barrio de Harlem.

Ralph fue quien abrió la puerta. Andaba encorvado y daba la impresión de que había encogido. Él fue quien recibió la gran mayoría de golpes, pensé que intentó proteger a su primo. Le cambié la carta por otra que tenía preparada, me dio la impresión de que aquel intercambio estaba planeado de antemano, ellos debieron de imaginar que lo que estaba ocurriendo pasaría tarde o temprano.

—No he tenido la ocasión de darte las gracias por habernos ayudado, te pusiste en riesgo, eres una mujer muy valiente.

—No te creas. Si lo llego a pensar, no lo hubiese hecho, me estuvieron temblando las piernas durante todo el día —confesé.

—Mi familia te está muy agradecida. —Deseé darle un gran abrazo, pero tuve miedo de hacerle daño y opté por dedicarle una sonrisa y gesticular con las manos. Era un hombre que desprendía ternura. Lola siempre acertaba, comenzaba a creer en la pitonisa de su difunta abuela y sus apariciones en sueños aconsejándola.

Al día siguiente, sin fallar, Nico esperaba a su hermana a la salida de clase. Estuve valorando durante la noche los pros y los contras de asociarme con los dos lacayos de Gambino. Necesitaba dinero. Me acerqué a él.

—De acuerdo, ¿cuándo lo hacemos?

—Este sábado.

—Pero vosotros tenéis mucho trabajo.

—No te preocupes, está cerca de la casa en la que estaremos trabajando, faltaremos un par de horas y nadie lo notará. Además, Giuseppe ahora es el encargado y puede hacer y deshacer a su antojo.

—Como lo pille Gambino fuera de su trabajo, veremos lo que hace y deshace.

—Si lo pilla… —contestó el gitano y guiñó el ojo en un ademán de chulería. Luego se sacó del bolsillo del pantalón un papel y dijo—: sábado a medianoche en esta dirección.

Llegó el día señalado. A Marcela le conté que esa noche trabajaría. Me cambié de ropa en el hueco de debajo de la escalera. Me daba sensación de libertad parecer un chico. Me cruzaba con hombres que acababan de salir de algún garito de tomar unas copas y ni me miraban. Si hubiese vestido como mujer y mi melena la hubiese mecido el viento que me acariciaba la cara, me hubiesen lanzado algún improperio alentado por las copas de alcohol que dejaban rastro en su aliento al cruzarme con ellos.

Mientras esperaba a mis socios, observé la casa: todas las contraventanas estaban cerradas y daba la apariencia de deshabitada. Esa tranquilidad que se respiraba en la calle me dio confianza. Ellos no se hicieron de esperar, Giuseppe abrió la cancela y entramos en el jardín, los seguí hasta la parte de atrás y Nico forzó una puerta trasera que debía de ser la que utilizaba el servicio. Demostraron conocer la casa y sigilosos avanzamos por los pasillos en penumbra hasta llegar al despacho del constructor. Les pedí que guardasen silencio y saliesen a vigilar. Su presencia me desconcentraba. Cuando estaba a punto de empezar con el descubrimiento de la clave que abría la caja, escuché unos ruidos muy leves y asomé la cabeza al pasillo.

—¿Os habéis movido o caminado? —susurré, negaron con la cabeza.

Puse atención y los ruidos me parecieron pasos, como si alguien arrastrase los pies.

—Tenéis que bajar a la cocina, creo que hay alguien —vaticiné.

Esperé en la puerta, escuché un ruido fuerte como si un bulto hubiese caído, me dio un escalofrío y estuve a punto de salir corriendo cuando apareció Nico.

—Nada de qué preocuparse. Un gato se había quedado encerrado en la cocina y, cuando nos ha olido, se ha asustado y ha tirado un tarro —informó.

Volví al trabajo. La distracción me había descentrado y me dificultaba encontrar la clave. Tardé más de lo esperado, pero logré abrir la puerta. Tuve la sensación de que un enorme ejército de burbujas recorría mi cuerpo, del estómago al cerebro y del cerebro se

distribuían por todas partes, y la culminación llegó cuando deposité la carta en el interior de la caja. Contaba con el tiempo justo para sacar el efectivo y dejar dentro las joyas. Si ellos las veían tendríamos problemas, era un género peligroso. Imaginé a Maribel luciendo alguna de ellas para ir a comprar el pan y a ellos empeñándolas en lugares de poco fiar, delatados por sus dueños, encarcelados y revelando el tercer cómplice. Los avisé cuando tuve el dinero metido en las bolsas, entraron, las recogieron en silencio y salimos a toda prisa.

Para ir a la escuela pasaba por delante de un quiosco. Los lunes correspondía ojear la prensa. En la primera página de los periódicos estaba impresa la fotografía de la casa del constructor y el titular era el nuevo robo de la banda de los naipes. Compré el diario. Empecé a mirarlo con una pizca de orgullo que duró hasta que me senté en el pupitre y comencé a leer. Entonces me sentí mal. Las palabras «hubo una víctima» se me clavaron en las retinas y seguidamente explicaba que el mayordomo resultó herido de gravedad por dos incisiones de arma blanca, por lo que contaba el reportero sobreviviría. Esos dos malnacidos me engañaron y lo más grave es que estuvieron a punto de matar a una persona. Isaías tenía razón: eran de poco fiar y tomé la decisión de que no volvería a relacionarme con ellos.

Ese día, al salir del edificio, la primera persona con quien me topé fue con Nico, recostado en el muro de enfrente del colegio, un pie en el suelo y el otro apoyado en la pared, la cabeza ladeada y sonriendo. Al verlo en esa postura altanera, le hubiese abofeteado la cara, por cretino e inconsciente, pero me acerqué tanto que podía oler su aliento corrompido por el alcohol.

—No vuelvas a hablarme en tu vida. Hemos terminado —sentencié, y le tiré el periódico a la cara. Sin dejar que se excusara, me marché sin mirar atrás. No soportaba que me mintieran y menos la traición.

Al doblar la esquina, visualicé una figura que me resultó familiar, enfundada en una gabardina y sombrero Trilby. Era la última persona que deseaba encontrarme en ese momento. Cuando llegué a su altura, me cogió del brazo con tanta fuerza que notaba sus dedos cómo se clavaban en la carne provocándome dolor.

—Suélteme, me hace daño —me quejé.

—Tenemos que hablar —inquirió, aflojando la mano. Entonces intenté zafarme, pero volvió a presionar —Te quiero en cinco minutos en la tienda.

—¿Y si no quiero ir?

—Te juro que te delato —amenazó, mientras sus dedos se despegaban de mi extremidad. Entonces se dio la vuelta para cruzar la calle y desaparecer.

Me quedé allí parada tocándome el brazo dolorido. No pensaba que

ese empeñista cano tuviese tanta fuerza. Por su amenaza, si no iba a hablar con él, me arrepentiría. No era la clase de hombre que amenazaría en vano. Entré en su tienda y fui directa a la parte de atrás. Estaba allí de pie esperándome con los brazos cruzados. Me lanzó una mirada de ave rapaz a punto de comenzar a arrancar con su pico trozos de carne de su presa. En ese instante empequeñecí.

—Te avisé y no me hiciste caso —me reprochó, a la vez que cogía el diario de encima de la mesa para airearlo ante mi cara.

—Necesitaba dinero —me excusé.

—Candela, esa excusa se la das a otro, creo que ya nos conocemos, tú… —me señaló y repitió— tú lo has hecho porque eres una pretenciosa y querías demostrar que has superado al maestro.

—No ha sido por eso.

—No me mientas… entonces… ¿Por qué dejaste la carta delatora dentro? Lo hiciste para que me enterase y ya has logrado tu propósito, aunque te equivocaste de aliados. Si trabajas con las personas inadecuadas, acabarás con tus huesos en algún calabozo de mala muerte. Nadie ira a verte y pasarás allí tus días hasta pudrirte.

—¿Ha terminado?

—No —dijo tajante—. Si te llegan a atrapar, toda la experiencia que te he trasmitido se habría perdido, ya no tengo ganas ni paciencia para enseñar a nadie más —confesó y se dejó caer a plomo en su sillón orejero.

—He terminado con ellos, no volveré a relacionarme con esos dos.

—Lo que ha terminado nunca debió de empezar —me reprochó—. Ahora márchate y vuelve mañana. Te quiero aquí a las cinco de la tarde en punto y no te retrases.

—¿Cuándo me he retrasado? —añadí, puntillosa.

—Tu palabra siempre tiene que ser la última. Anda… márchate, que tengo trabajo.

32

LA VISITA

Al día siguiente, sobre las cuatro de la tarde, me dirigí a la tienda de Isaías, tal y como me había pedido. No me apetecía ir a la escuela. Empezaban a aburrirme las clases y no aprendía nada nuevo, los rezagados nos impedían avanzar a los demás. Me dolía por Lola, no podría seguir ayudándola con sus cartas. Sería difícil que nos relacionáramos mientras estuviese Nico cerca y por lo visto se tomaba muy en serio la tarea de carcelero de su hermana.

Delante de la tienda del maestro se encontraba un coche aparcado. Era la primera vez que alguien se atrevía a quitar visibilidad al negocio del empeñista con su automóvil. Al entrar escuché voces. Por el tono de voz, grave y armonioso, hablando con propiedad, deduje que la otra persona era un hombre. Sentí temor y me pregunté: «¿Me habrá denunciado?». No iba a acceder inmediatamente a la trastienda y decidí retrasarlo por si me nombraban. Estaba volviéndome desconfiada.

—Candela, acércate. Quiero presentarte a un familiar —voceó. La campanilla chivata le había advertido de mi presencia, me lo imaginé sonriendo de regocijo al darse cuenta de que no entraba y él sabía que escuchar una voz desconocida me generaba recelo—. Date prisa, mujer, no tenemos todo el día —insistió.

Entré despacio y en su sillón orejero estaba sentado un hombre. Él no dejaba que nadie se sentara en su lugar preferido a no ser que fuese merecedor de su respeto. Cuando estuve delante del extraño, nos observamos con suma atención. Al cruzarse nuestros ojos, tuve que desviar la mirada porque él me intimidaba con los suyos, marrones, moteados de verde, me recordaron a un profundo bosque. Por el tipo de traje que vestía, parecido a los confeccionados en la sastrería donde trabajaba Frederick, hecho a medida y de lana fría, aparentaba ser de clase acomodada. El pelo castaño claro y corto, tanto que pude ver una pequeña cicatriz en el lado izquierdo de su cabeza. De niño debió de ser travieso.

—Soy Diego Ressler, el señor Isaías me ha hablado mucho de usted

y muy bien. —Alto y corpulento, se levantó para tenderme la mano que estreché. Él tomó la mía con firmeza y suavidad a la vez. Sus manos revelaban que no trabajaba en un oficio que las maltratase. Al oscilar el frontal de la americana que llevaba desabrochada, pude ver el borde de la funda de un arma.

—Candela Gascón —dije de carrerilla y abrumada.

Isaías nos observaba vigilante y atento; se mantuvo en un segundo plano hasta que se unió a nosotros y con un gesto de la mano nos invitó a sentarnos. Diego Ressler volvió al sillón y nosotros nos acomodamos en unas sillas desvencijadas frente a él.

—Candela, le he hablado de ti a Diego porque, como ya sabes, nuestro país está en guerra y necesitamos ayuda de los compatriotas españoles residentes en Estados Unidos.

—Pero la guerra es en España, no aquí.

—Cierto, aunque desde aquí estamos ayudando. Se han creado distintas sociedades desde los centros regionales. A través de las asociaciones realizamos colectas que enviamos para apoyar a la República. También tenemos nuestra propia prensa con la que informamos a la sociedad americana de los sucesos en nuestro país; confeccionamos y repartimos octavillas y panfletos para ir comunicando los avances de la contienda. El problema es que la parte falangista también tiene sus intereses y están empezando a defender su posición utilizando todas las vías diplomáticas a su alcance.

—No entiendo qué tiene que ver todo esto conmigo —manifesté, confusa por la charla que me estaba dando Isaías. El invitado escuchaba en silencio y con atención mientras de vez en cuando se pasaba el dedo índice por el hoyuelo de la barbilla.

—Tiene que ver con todos los compatriotas españoles y su deber de ayudar al país —rebatió el empeñista.

—Desde aquí lo único que se puede hacer, por lo que ha explicado, ya lo están haciendo —argumenté.

—Todos tenemos obligaciones con familiares que hemos dejado atrás y con nuestra patria. Si perdemos esta guerra, retrocederemos años, se implantará una dictadura militar y la vida será más dura y complicada para los nuestros.

—En eso estoy de acuerdo. Pero… ¿Qué puedo hacer yo?, ¿repartir panfletos y octavillas?, ¿ayudar a recaudar?

—Puedes hacer mucho más que todo eso… —replicó y con un movimiento de cabeza le dio entrada a Diego en la conversación.

—Las noticias que nos llegan de España no son favorables para el ejército republicano, los falangistas están recibiendo ayuda de sus aliados, Mussolini y Hitler.

—¿Ustedes van a intervenir? —pregunté a Ressler.

—No lo sé. Esas decisiones no se toman en mi departamento.

Nosotros nos dedicamos a recabar información que entregamos a nuestros superiores y ellos son los que determinan las actuaciones —carraspeó y continuó—: estamos reclutando colaboradores entre los ciudadanos de origen español para nuestra división.

—Si no lo he entendido mal, ¿usted me está proponiendo que espíe a mis compatriotas?

—Serían operaciones simples de vigilancia a diplomáticos y desde la distancia: averiguar con quién se reúnen, sus entradas y salidas y poco más, situaciones de bajo riesgo —relató sin rodeos, pero sin contestar a la pregunta que le hice. Estaba claro que, aunque insistiera, no la contestaría.

—¿Por qué yo?

—Isaías nos la ha recomendado, dice que es usted astuta y tenaz. —Le dedicó al empeñista una mirada cómplice y creo que enrojecí pensando en qué más le habría contado sobre mí.

—Candela —pronunció, el maestro con voz suave— En este momento todos los compatriotas te necesitamos.

—¿Para quién voy a trabajar en el caso de que aceptase? —inquirí.

—Para mí —contestó Diego Ressler, observándome con tal seriedad que imponía.

—No lo tienes que decidir ahora —dijo Isaías rompiendo el silencio que se había instaurado mientras el visitante me intimidaba con su mirada penetrante. Hubo un momento que temí que me leyera el pensamiento. Me vino a la mente Eduardo y sus creencias políticas, debía de estar luchando con la convicción de que lo hacía por un país mejor. En cambio, a mí me estaban brindando la oportunidad de ayudar a mi patria y en lo único que pensaba era en el recelo que me despertaba la propuesta.

—¿Cuándo tengo que contestar?

—La espero mañana a la misma hora, nos urge y no tenemos tiempo que perder. Comprenda, señorita, que, si a usted no le interesa, tenemos que entrevistar a otras posibles opciones. —Se levantó y, como si de repente tuviese que ir a apagar fuego, salió por la puerta, dejando un rastro de efluvios amaderados y cítricos.

—¡Qué hombre más extraño! —susurré.

—Se toma muy en serio su trabajo, sabe que de sus resultados dependen muchas decisiones —lo defendió Isaías.

—¿De qué lo conoce?

—Es hijo de una prima que se casó con un americano de origen escocés, estarás bien trabajando para él, es de los nuestros.

—Dirá de los suyos.

—Es de fiar, tiene toda mi confianza.

—Yo trabajaré para él. Y él, ¿para quién trabaja?

—Para el ejército, en operaciones especiales —respiró

profundamente—. Ya te he contado demasiado. ¿Contenta?

—Sabe que soy una tumba.

—De eso también quería hablarte.

—¿De qué?

—Lo que averigües para él, también me lo tienes que contar a mí.

—¿Por qué?

—Por ejemplo, porque te pagaré muy bien. Además, somos amigos y nos guardamos secretos mutuos. —Era sutil hasta para chantajearme.

—Su pariente, ¿paga bien?

—Ya lo verás, más que bien, su sección dispone de buen presupuesto —reveló.

Mientras caminaba dirección a casa de Marcela, no podía parar de pensar en Isaías siempre urgiendo planes. Él no daba puntada sin hilo y su primo era el hilo y yo la puntada que le desvelaría información clasificada difícil de tener a su alcance. Introducirme en el equipo del militar para que luego le informase era su mejor baza. Aquella invitación al cine no fue casual y entonces recordé la mirada de Diego. Fue allí donde lo vi por primera vez, oculto detrás de una columna y pasando desapercibido entre la gente. Lo pillé en varias ocasiones acechándome con la mirada. Llegué a pensar que su interés era debido a mi atractivo, pero para merma de mi vanidad, el propósito que le ocupaba era inspeccionarme.

33

LO RECONOCÍ

Al día siguiente, acudí a la reunión en la tienda de empeños. Grabé en mi cabeza las condiciones y requisitos que impuso Diego Ressler. Uno de los motivos por los que acepté el trabajo, además del elevado sueldo, fue el sentir que me unía a la misma causa que Eduardo. Los dos lucharíamos por nuestra patria, pero desde diferentes frentes.

A la mañana siguiente, abandoné el piso de Marcela. Todas mis pertenencias cabían en dos maletas. Añadí las cartas de la baraja entera y la incompleta también, pensé: «cuando pueda las quemaré, si alguien las encuentra, puede atar cabos». La casera estaba acostumbrada a las despedidas de las moradoras de sus habitaciones y no hizo falta mentirle porque ni preguntó. Únicamente nos dimos un fuerte abrazo y me recordó que en su casa siempre sería bienvenida.

Mi nuevo jefe esperaba, delante del negocio de Isaías, apoyado en el coche. Ocultaba parte de su rostro bajo un sombrero gris rodeado por una cinta negra, daba caladas a un cigarrillo que tiró y pisoteó al verme para coger mis maletas y cargarlas en el maletero. Mientras, el empeñista se acercó con la apariencia de bendecir mi partida y de paso susurrarme en el oído:

—Recuerda que tenemos un trato.

—Tranquilo, lo tengo muy presente —le musité despacio, empujándolo levemente, para apartarlo.

—Es para hoy —voceó Diego. Debía de tener prisa, sentado delante del volante y con el coche en marcha.

Al salir de la ciudad, encendió la radio y empezó a irrumpir la música de jazz, automáticamente bajó el volumen y la dejó de fondo. Me observaba de vez en cuando, de reojo. Su conducta destilaba sobriedad y me imponía. Deseaba acribillarlo a preguntas, pero esperaría a que fuese él quien iniciase la conversación. Recliné la cabeza y me dispuse a echar una cabezada.

—¿Desde cuándo conoce al señor Isaías? —Abrí los ojos y lo sorprendí examinándome, cruzamos la mirada y me ruboricé, tomé conciencia de que ese hombre me intimidaba. Me incorporé para

contestarle:

—Lo conocí cuando huía de un familiar que me tenía secuestrada y entré en su tienda para empeñar unas joyas —guardé un momento de silencio y me acordé de que el maestro nunca volvió a referirse a mis arras ni yo a preguntar, me había olvidado de ellas.

—¿Secuestrada? —insistió, arrugando el ceño.

—Mi madre me envió a casa de su hermana y esta me puso a trabajar para ella de sirvienta y no me dejaba salir ni a pasear. Me escapé cuando descubrí que quería casarme con un hijo que tiene medio tarado —resumí, rápido.

—Menuda historia —comentó.

—Es una bruja —critiqué.

—¿Cómo os hicisteis tan amigos? —preguntó. Aquello comenzó a sonarme a pesquisa y no tenía ni idea de qué le habría contado el empeñista, así que decidí contarle la verdad.

—Cuando fui a recuperar las joyas empeñadas, no las tenía. Él me había prometido que me las guardaría y en compensación le pedí que me enseñase a abrir su caja fuerte —guardé silencio, respiré, lo observé y él asintió con la cabeza para que continuase—: quería vengarme de mi tía, ella guardaba su amado dinero en una caja igual.

—Entonces, es verdad lo que me ha contado sobre su habilidad para abrir todo tipo de cerraduras.

—Mérito de él, que es muy buen maestro —contesté.

—Estamos a punto de llegar —anunció, desviándose por un camino rural—. Espero que también sea tan hábil para captar todo lo que tengo preparado para usted. Cuanto antes aprenda, antes comenzaremos la misión.

Estacionó el coche delante de una bonita casa de campo. Nos recibió una señora de mediana edad. Me recordó a doña Brígida, la institutriz de Amalia. Me miró con la misma soberbia y su presencia imponía más miedo, vestida de hombre, corpulenta y de bastos movimientos.

—Bienvenido, Diego, te esperaba la semana pasada. —Le propinó un golpe con la mano abierta en la espalda, digno de un muchachote, que lo movió de sitio.

Me quedé de pie apoyada en el coche, divertida por la situación hasta que Ressler se recuperó, giró la cabeza y me presentó:

—Ella es Victoria y será mi próxima compañera de trabajo.

Así fue como supe cuál sería mi nombre a partir de ese momento. La mujer me esperó y, al llegar a su altura, le tendí la mano que estrujó sin contemplaciones. Temí que me la rompiese, tomé ese acto como una advertencia.

—Soy Rebeca —se presentó, en un castellano torpe, y me acompañó a la que sería en los próximos días mi habitación.

Deshacía la maleta y me sobresalté al escuchar unos golpes en la puerta, me acerqué y la abrí. Era Diego.

—Descansa, empezaremos después de comer —anunció y se retiró.

La incertidumbre me provocaba inquietud, lo que menos necesitaba era descansar, así que después de ordenar mi ropa en el armario decidí salir a pasear. Cuando llegué al porche dispuesta a perderme por aquellos verdes prados, escuché una voz con timbre de mando militar que me paralizó.

—Tú, ¿adónde vas? —preguntó Rebeca con los brazos cruzados y frunciendo los labios, un gesto que la afeaba.

—A airearme un poco —contesté.

—De eso nada, ven inmediatamente a ayudarme —ordenó. Como mínimo debía de ser sargento.

Al entrar en la cocina, me lanzó a la cabeza un delantal de cuadros blancos y rojos; inmediatamente me puse a ayudarla; estuve tan entretenida que no tuve tiempo ni de pensar. Esa mujer no paraba de mandarme tareas.

A la hora de comer, llegó otro hombre que me presentaron como Henry. Seguramente también poseía un nombre falso. Era más bajito y delgado que Diego. Los hombres salieron al porche a hablar. Desde el comedor los escuchaba a la perfección mientras ponía la mesa.

—Diego, estoy preocupado por las asociaciones, todos son de izquierdas, pero no se ponen de acuerdo. Los anarquistas catalanes van por su cuenta. Luego están los asturianos, los andaluces y por otro lado los gallegos.

—Es complicado, cada región tiene sus particularidades.

—Pienso que unidos conseguirían hacer más fuerza.

—Los que apoyan el levantamiento también tienen sus propias divisiones internas, están los partidarios de restaurar la monarquía y los de los militares.

—¿La nueva se va a encargar de estos últimos?

—¿Por qué lo preguntas?

—Estoy harto de asistir a tantas reuniones de los partidarios de la República y me gustaría encargarme de la misión de los militares.

—No puedo hacer nada para que te trasladen, confían en ti para ese trabajo. Si no estás conforme, pide un cambio.

—Solo es cansancio. Las noticias que nos llegan no son muy halagüeñas para los de izquierdas, la aviación de los alemanes y los italianos no cesa de bombardear y está haciendo mucho daño.

—Ya lo predijo Joris Ivens cuando presentó la película *Tierra de España*. Si no detenían a la aviación de los aliados de Franco, los republicanos perderían la guerra. No le des vueltas, nuestros superiores sabrán a quién apoyar en su momento y nosotros tenemos que limitarnos a cumplir órdenes.

—Entonces… la chica, ¿dónde estará destinada?

—Se encargará del diplomático.

—Ese tipo juega sucio.

—Es estratega, pero no es peligroso.

—Es de los que manda a otros a que le hagan el trabajo sucio, no lo subestimes.

—No lo haré, gracias por el consejo, Henry.

Entraron en el comedor y se sentaron a la mesa. Nosotras, que acabábamos de poner la comida en fuentes, los acompañamos. No hablaron de trabajo, se limitaron a comentar la noticia de un nuevo asesinato en los muelles de descarga del puerto.

—Estas bandas de mafiosos, contrabandistas y traficantes se están matando entre ellos.

—Henry, no te alteres, este no es asunto nuestro, la policía de Nueva York se encargará.

—No es malo que se maten entre ellos y luego detengan a los que queden.

—Henry, deja de decir tonterías —intervino, Rebeca.

—Si tú lo mandas, me callo —contestó y le lanzó un beso al aire. Ella sonrió y hasta me pareció que al sonreír se le iluminaba la cara y perdía la rigidez.

El compañero se despidió y nos dejó el New York Times encima de la mesa. Cuando fui a recoger los platos y tomé el periódico para dejarlo en un revistero cerca del sofá y ojeé la fotografía del asesinato, me quedé helada. No podía apartar los ojos del cuerpo inerte, golpeado y acuchillado con saña; tirado sobre el piso del muelle igual que un muñeco de trapo, encharcado en sus fluidos. Me resultó familiar hasta la ropa que llevaba puesta. Estaba segura de que era Nico. Un doloroso escalofrío comenzó a recorrer mi cuerpo, sentí una fuerte presión en el pecho y creí que me ahogaba. Tomé asiento. Diego y Rebeca se acercaron. No podía hablar y les señalé la foto. Enseguida comprendieron que debía de conocer a la persona asesinada.

Diego trajo un vaso con wiski e insistió en que lo bebiera de un trago.

—¿Lo conocías? —preguntó. Asentí con la cabeza—. ¿Qué quieres hacer?

—¿Podrías llevarme? Es el hermano de mi mejor amiga y no tienen familia ni amigos en este país.

—Cuando quieras nos vamos —anunció sin titubeos.

34

EL DESAHOGO

A la mañana siguiente nos levantamos al alba para salir temprano. Durante el trayecto le conté a Diego la aventura en común con los hermanos mercheros en el barco y luego el reencuentro en la ciudad de Nueva York. Le expliqué cómo Nico me buscó trabajo cuando estaba desesperada. Lógicamente no revelé ninguna de nuestras fechorías, centré el relato en los buenos recuerdos, en Lola y en sus artes adivinatorias, incluso nos reímos de ello.

Le indiqué la dirección de Maribel y se ofreció a esperarme por si surgía algún contratiempo. La portería estaba abierta, era una costumbre en ese bloque, morada de familias numerosas, que no daban llaves a los menores por si las perdían. Una vez llegué al rellano acerqué la oreja a la puerta para escuchar posibles voces. En el interior, distinguí leves susurros, eran de Maribel y Giuseppe, presioné el timbre en varias ocasiones y cada vez con más intensidad. Nadie respondió. Escuché pasos sigilosos. Entonces, la aporreé con todas mis fuerzas, paré, me dolían los nudillos, volví a escuchar y la respuesta fue un silencio absoluto, hasta los muebles acallaron sus crujidos. Mi amiga no estaba en esa casa.

Salí del edificio y entré en el coche.

—Tenemos que ir al barrio de Harlem, Lola debe de haberse refugiado allí.

Le indiqué la portería donde vivía Ralph, estacionó el vehículo y subí a toda prisa las escaleras. Toqué una sola vez el timbre y abrió la madre de su novio, que me recibió con un cálido abrazo.

—Pasa, querida, le hemos preparado una habitación a Lola.

—Me ha traído un amigo. Bajo a avisarle de que la he encontrado y vuelvo enseguida.

—Te dejo la puerta entornada.

Diego estaba fuera del coche mirando el edificio y fumando.

—La he encontrado.

—Bien —dijo, mientras extrajo un papel del bolsillo interior de la americana y me lo puso en la mano—. Esta es la pensión donde nos

alojaremos, me encargaré de registrarte. Cuando llegues, das el nombre y te darán la llave.

—¿Con qué nombre me registrarás?

—Estará a nombre Victoria Torres Ledesma. Bueno, al mío, Diego Ressler. Les diré que mi mujer llegará por la noche, así podrás pasar el día con tu amiga —indicó y se quedó tan ancho. Debí de poner cara de desconformidad porque rápidamente dijo—: tienen un sofá muy cómodo, dormiré allí, como matrimonio pasamos desapercibidos —sonrió al escuchar el bufido que solté, me despedí y subí de nuevo las escaleras esta vez de cuatro en cuatro.

La familia de Ralph nos dejó intimidad y espacio para que pudiésemos hablar. Nos abrazamos y lloramos en silencio durante unos cortos minutos. Entrelazamos las manos y mi querida amiga a la que amaba y admiraba a partes iguales, con los ojos húmedos, llenos de pequeñas gotas con luz propia que iluminaban la inmensa oscuridad de su mirada enrojecida y aturdida, buscó los míos para desahogarse de aquello que guardaba celosamente y le quemaba las entrañas.

—Han sido ellos, lo han matado ellos —susurró en mi oído para que ni el aire la pudiese escuchar.

—¿Han sido los hombres de Gambino?

—No. Maribel y Giuseppe —reveló. Pensé que estaba tan afectada que sospechaba hasta de sus compañeros de piso. No podía ni imaginar a Giuseppe dañando a su mejor amigo y menos asestándole incontables puñaladas hasta quitarle la vida.

—Lola, necesitas descansar —le recomendé.

—No estoy cansada ni tengo la mente nublada. Estaba escrito que mi hermano terminaría así, asesinado y tirado en la calle como un perro.

Advertí que mis manos entre las suyas eran las que temblaban. Las de ella se mantenían firmes y se mostraba tranquila igual que siempre. Estaba afectada, pero a la vez asumía los hechos con entereza. La actitud de la pareja al no abrirme la puerta era sospechosa, aunque los exculpé pensando que debían de tener miedo a que los interrogasen o culpasen.

—Explícame por qué piensas que fueron esos dos.

—Maribel es una zorra. —Se me abrió la boca, era la primera vez que escuchaba a Lola decir semejante palabra—. No te sorprendas tanto, los utilizaba. Al italiano lo maneja como quiere, está loco por ella, es su perro faldero. Mi hermano ya sabes cómo era: le gustaban todas y disfrutaba seduciéndolas sin comprometerse. Esa mujer bebía los vientos por él, últimamente se pasaba todas las noches por su cama. Nico la recibía, lo pasaba bien y no le daba importancia. Su amigo lo debía de saber y se lo comían los celos. En más de una

ocasión lo descubrí acechando con mirada de odio a mi hermano.

—¿Los vas a denunciar?

—No puedo, no tengo suficientes pruebas y para eso lo que yo adivine no sirve. Vivirán con esa carga toda su vida, ella por haber perdido al hombre que amaba, por nublar el entendimiento de su marioneta con los celos que le llevaron a cometer el peor de los crímenes. El malnacido ese cargará con la culpa, todo el resto de la vida que le quede, de haber matado a su amigo y compañero de fechorías.

—No imaginaba que su amistad estuviese tan mal, me había alejado de ellos.

—Y de mí —me reprochó.

—Lo siento, pero no podía hacer nada, tu hermano estaba siempre pegado a ti y la relación entre nosotros se tensó mucho.

—Se convirtió en mi carcelero, me ahogaba y no me dejaba ni respirar. Este era su destino y se ha cumplido.

Me impactó el desapego con el que se refería a su hermano en un momento tan crítico. Notaba resquicios de inquina en sus palabras.

—Se preocupaba por ti y tenía miedo de que te ocurriera algo malo.

—Mi hermano solo se preocupaba de él —guardó silencio, respiró profundamente, se ausentó mentalmente unos segundos y continuó—: te voy a contar la verdad del porqué estábamos en ese barco. Mi madre me envió con él para que lo cuidara, a pesar de que yo no quería abandonarla. Mi hermano era igual que mi padre, hombres que se dejaban dominar por los vicios, embaucadores y estafadores. Nunca cumplían sus promesas. La única diferencia entre ellos era que Nico, en cierto modo, respetaba a las mujeres y no les ponía la mano encima. En cambio, nuestro padre cuando llegaba a altas horas de madrugada con unas cuantas copas de más nos levantaba a todos de la cama y la emprendía a golpes con mi madre. La mujer lo pasaba muy mal, ella trapicheaba todo lo que podía para darnos de comer y él le quitaba el poco dinero que conseguía para jugárselo, bebérselo o gastárselo en fulanas. No le importaba que sus hijos no comieran, era un egoísta.

—Y los demás del clan que viajaban con vosotros, ¿no intervenían?

—Era su mujer y tenía todo el derecho sobre ella. Además, no era el único de su familia con la mano larga. El día de antes de nuestra partida, padre llegó de madrugada y la emprendió a palos con nuestra madre, los gritos de ella nos despertaron. Si mi hermano no interviene, la mata. Lo golpeó con un palo, repetidas veces, en la cabeza y lo mató. La única solución fue escapar.

—Lo siento, Lola, has tenido que sufrir mucho.

—Una se acostumbra a todo. ¿Te acuerdas en el barco, del hombre que cayó por la borda?

—Sí, El Rubio, me daba mucho miedo.

—Las manos de Nico fueron las que lo empujaron al agua y sospecho que tuvo que ver con la muerte del amante de Maribel. Ella calentó a Giuseppe y mi hermano se convirtió en su cómplice.

—Nunca sospeché de Nico, no pensé que fuese tan malo, ¡qué engañada me tenía!

—Es cierto, era sobre todo malo para él mismo y… todos tenemos nuestros secretos —sugirió, mirándome intensamente como si ocultase información que me atañía y siguió—: por esa razón dejé de ver a Ralph, temía por su vida. —Se levantó y abrió la maleta que todavía no había terminado de deshacer, cogió una bolsa de terciopelo negra igual a una que tuve antaño, me la entregó y dijo—: toma, te pertenece.

—¡Son mis arras! ¿Por qué las tienes tú? —manifesté con extrañeza.

—Las compró Nico. Estaba enamorado de ti y te las quería regalar el día que te pidiese matrimonio, pero nunca encontraba el momento. Él no se daba cuenta de que, cuanto más esperaba, más lo conocías y más te alejabas. En el barco observé cómo lo mirabas embelesada. En esos días, si él te hubiese propuesto tener una relación, estoy casi segura de que habrías aceptado. Siempre que preguntaba a las cartas salía distancia entre vosotros y eso me tranquilizaba. No me gustaba para ti, te hubiese dado mala vida.

—Tu hermano era un hombre extraño.

—Tienes razón, ahora por fin descansa en paz. Con cada nueva fechoría consumía más porquería blanca de esa que lo volvía más loco, llevaba una gran carga a cuestas.

—Y ahora, ¿qué harás?, ¿dónde vivirás?, ¿quieres irte a mi habitación? Marcela estará encantada de tenerte en su casa. Yo te ayudaré a salir adelante.

—No te preocupes, estoy en mi casa. Me voy a quedar con la familia de Ralph y, cuando podamos, nos alquilaremos un piso para irnos a vivir juntos.

—Eres muy valiente, espero que cambien pronto las leyes y os dejen casaros.

—Casarme es lo de menos. Quiero pasar el tiempo junto a él —Se quedó pensativa—. ¿Adónde te vas que me ofreces tu habitación?

—Voy a trabajar en un hotel y tienen habitaciones para el servicio —mentí.

—No te olvides de mí, amiga.

—Nunca —contesté y nos abrazamos. Tampoco me olvidaría de su hermano, ellos ya formaban parte de mi historia.

La nueva familia de Lola me invitó a cenar. Ellos estaban muy unidos y eran acogedores, mi amiga había encontrado su hogar.

De regreso a la pensión, cuando fui a pedir la llave, tuve que pararme a pensar durante unos segundos. Ya no era Candela, ahora respondía a otro nombre. Al entrar en la habitación, la encontré vacía. Diego no estaba. Ya me extrañaba que estuviese tan solícito y no protestase por tener que llevarme de vuelta a la ciudad. Él debía de tener asuntos pendientes por resolver. Aproveché para ducharme y me metí en la cama. De madrugada escuché la cerradura y pasos descalzos. Sabía que era Ressler y me quedé profundamente dormida, el que él estuviese en la habitación me daba seguridad.

A la mañana siguiente, Lola tenía organizada la despedida de Nico. Junto a unos cuantos amigos y conocidos celebraron una ceremonia en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe en el barrio español. No me a atreví a asistir por recelo a encontrarme con mi tía. Isaías estuvo amparándola durante toda la homilía, ofreciéndole su brazo y apoyo, incluso la acompañó al cementerio. Allí los esperé junto a la familia de su novio. Ella se desmoronó cuando bajaron el féretro al foso y Ralph tuvo que sostenerla para que no cayese al suelo. Antes de que descendiese la caja, besé una rosa blanca y la deposité encima, luego lo cubrieron de tierra. Abracé a mi amiga y volvimos a llorar. Noté la falta, entre los allegados del difunto, de Maribel y de Giuseppe. Hasta Gambino y toda su camarilla acudieron al funeral. Como siempre, mi amiga tenía razón y, si no habían asistido, era porque algo ocultaban.

35

EL PULSO

Al finalizar el sepelio, regresé a la pensión. Cuando abrí la puerta de la habitación, me invadió el olor a madera y cítricos de Diego, mezclado con el del humo del cigarrillo que se acababa de fumar. Su maleta estaba en la puerta y él listo para partir. Observé la incipiente arruga de su frente más marcada de lo habitual. La entrevista de la pasada noche no debió de salir como esperaba.

El regreso fue silencioso. Diego giraba la cabeza de vez en cuando y me dedicaba una mirada compasiva. Por mi parte agradecí que no me asaltase con preguntas. Lo que menos me apetecía era entablar una conversación, ni siquiera para distraerme. Necesitaba ahondar en unos sentimientos de pena que no eran tan profundos. Nico se dejó llevar hasta bajar al infierno y el diablo personificado en su amigo le arrebató el alma. Reflexioné sobre lo volátiles que éramos y en las palabras de mi madre cuando no paraba de repetir que en este mundo estamos de paso. Aunque nos distanciamos, su pérdida cambió mi perspectiva de la vida.

Al llegar a casa de Rebeca y sin darme tregua, esa misma tarde mi jefe me preguntó:

—¿Estarás mañana en condiciones para comenzar la formación?

—Por supuesto —contesté, deseando arrinconar los últimos sucesos. Toda actividad que ayudase a olvidar era buena.

Al día siguiente, por la mañana, me permitió dormir hasta que mi cuerpo se cansó de estar en la cama, los habitantes de la casa tuvieron la consideración de no hacer ruido. Después de comer, me propuso tomar el café en el porche y aprovechó para darme una extensa y monótona charla sobre lo peligrosas que eran las armas. Luego, para que fuese familiarizándome con ellas, me acercó su pistola, una Colt 45 semiautomática, descargada, resultó más pesada de lo que esperaba. Se quitó la americana, la colgó en la silla, se remangó la camisa blanca y alineó unas latas encima de un fardo de paja, le seguí de cerca. Tomó el arma, la cargó y presumió de puntería y habilidad con ella. Pensé que, de un momento a otro, comenzaría a hacer

piruetas como un pistolero, pero no, únicamente se permitió un instante de vanidad. Volvió a alinear las latas y anunció:

—Ahora te toca a ti.

—¿En serio? —manifesté sorprendida. No podía creérmelo, iba a aprender a usar un arma.

—Acércate —pidió, realizando un movimiento con la mano para que fuese hacia él.

De repente, me encontré envuelta por sus brazos y desde mi espalda me ayudaba a sujetar la pistola. Nuestras mejillas casi se rozaban. Su olor a madera, cítricos y tabaco provocó en mi cuerpo una sensación desconocida. Su brazo desnudo de camisa rozaba el mío, de piel suave y aterciopelada. Debía de ser lampiño, su barba asomaba débil y a rodales. Su proximidad despertó una ola de calor en mi cuerpo, aunque la temperatura del ambiente era fría. Las gotas de sudor comenzaron a bajar por mi canalillo hasta el ombligo. Achaqué aquella reacción, a los nervios de sostener un arma entre las manos.

—Espera —dije y me giré, él me liberó de inmediato—. Tengo la boca seca por la impresión y el respeto que le tengo a las pistolas, necesito beber —me excusé y caminé hacia la casa, entré en la cocina, respiré hondo y bebí agua. Fui al baño a mojarme la cara y, mientras me miraba el rostro enrojecido en el espejo, me dije: «Candela, debes mantenerte firme o no aprenderás a disparar nunca, no dejes que este hombre te altere».

De nuevo, estábamos en la misma posición: sus brazos me rodeaban, nuestras manos sujetaban el arma, soplaba una ligera brisa que acercaba su olor a mi olfato, estábamos casi pegados, notaba sus brazos firmes y fuertes de piel tibia dirigiendo la pistola, seguros, hacia el objetivo y disparamos el primer tiro juntos, le dimos a la primera lata que emprendió un corto vuelo y aterrizó en el suelo.

—Ahora tú sola —me alentó, con un gesto de manos, observé sus dedos largos y los imaginé ejerciendo de cirujano, realizando incisiones precisas en la piel.

Inspiré y seguí las instrucciones que me iba dando. La primera bala que disparé pasó entre dos latas y se perdió. Después de gastar dos cargadores, rocé a una. Entonces supe que podía hacerlo mejor y que, si me empeñaba, lo lograría. Cuando acerté mi primer objetivo, comencé a dar saltos, incluso abracé a mi jefe que se mantuvo rígido y distante, él no perdía la compostura. Comencé a pensar que no poseía el atractivo suficiente para aquel hombre.

Diego trajo otros botes nuevos y con parsimonia les pintó un círculo.

—Sigue practicando hasta que aciertes en el centro —ordenó. Se retiró a sentarse en los peldaños de la entrada a fumar un cigarrillo y desde allí contemplar los progresos de su alumna.

Por la noche después de cenar, salí a dar una vuelta. Necesitaba estar a solas, era como si un tornado me hubiese atrapado y mi mundo girase dentro a una velocidad vertiginosa. Un día estaba asistiendo al entierro de un amigo y al otro estaba aprendiendo a disparar.

Al regresar de mi caminata, Diego contemplaba las estrellas sentado en el porche, apoyó encima de la mesa el vaso de wiski al que le quedaba un resto, apagó en el cenicero la colilla del cigarrillo que acababa de apurar y, al llegar a su altura.

—Espera, tengo algo para ti. —Entró en la casa y salió con un bulto entre las manos envuelto en una tela negra de felpa, me lo entregó y al desenvolverlo descubrí una pistola.

—Es muy pequeña —me quejé, estudiándola.

—Es una Derringer. Al ser pequeña, las mujeres la podéis llevar escondida en el bolso o en un bolsillo, es fácil de disparar. Espero que nunca tengas que usarla. Mañana seguirás practicando y la estrenarás.

—Creo que ya está estrenada —repliqué.

—No por ti —argumentó.

Esa noche en la cama le estuve dando vueltas al lugar más idóneo para esconder el arma. No me gustaba la idea de llevarla en el bolso, lo podía perder, me lo podían robar o simplemente no tenerla cerca cuando me hiciese falta, debía de esconderla en otro lugar y la solución pasaba por Frederick Douglas, el sastre. Le encargaría que me confeccionase bolsillos disimulados en todas mis prendas. Ese recurso me dio un poco de sosiego y logré dormir. De madrugada, escuché voces, bisbiseaban entre risas. Bajé de la cama y corrí la cortina. Eran Henry saliendo de la casa y Rebeca que lo despedía en pijama. Formaban una peculiar pareja: los dos de la misma estatura, ella robusta y él de extremada delgadez.

A la mañana siguiente, mi compañera canturreaba a la vez que preparaba el café, olía a noche de pasión y el brillo de sus ojos delataban la felicidad del encuentro fugaz y, por la huida temprana del amante, secreto.

—Chica, sé que nos estuviste espiando, te vi detrás de la cortina.

—Cierto, me despertasteis.

—Tienes el oído muy fino, no hicimos tanto ruido. No están bien vistas las relaciones entre los colaboradores y sus jefes, pero en ocasiones no se puede evitar y hay que llevarlo con discreción. Además, nadie nos asegura que volveremos intactos de las misiones a las que nos asignan, hay que aprovechar las oportunidades cuando surgen.

—Esta pasada madrugada no he escuchado nada ni he visto a nadie, no sé de qué me hablas.

—Chica lista —afirmó, guardó un momento de silencio y continuó —: en unos días te tocará trabajar conmigo, nos divertiremos, ya verás

—aseguró, sonriente.

—¿Qué haremos?

—Teatro, dar vida al personaje que vas a interpretar.

Después de desayunar junto a Diego, nos dirigimos al campo de tiro para continuar las prácticas, primero con su pistola y luego con la mía. Cuando cambié de arma y me quejé de lo pequeña que era, él afirmó seriamente que era igual de peligrosa y podía matar del mismo modo que la suya. Al terminar el día, me invitó a sentarme junto a él en el porche con un buen vaso de limonada recién preparada que Rebeca nos sirvió.

—Tienes aplomo y no te tiembla el pulso a la hora de disparar, además tienes buena puntería. Mañana pasaremos a la siguiente fase de formación a ver qué tal se te da, aunque dedicaremos un tiempo a seguir con las prácticas de tiro —anunció, ladeó la cabeza y le asomó una ligera sonrisa, de aquellas que delatan pensamientos divertidos. Él ignoraba que Rebeca, en un acto de camaradería, me puso al corriente.

No se imaginaba el gran esfuerzo que representaba para mí controlar el pulso cada vez que él se acercaba con su alado olor amaderado, revisaba los orificios de los botes, acentuaba la arruga de la frente y asentía con la cabeza. Después me estremecía cuando, para ser amable y darme ánimos, cambiaba el tono de su voz pasando de estricto a seductor. Ni siquiera Eduardo ni Nico me habían desconcertado tanto.

36

EL PERSONAJE

Aquella mañana me encontré a una anciana deambulando por la cocina.

—¿Dónde está Rebeca? —pregunté, extrañada.

—Ha tenido que salir con urgencia —respondió y empezó a quitarse las gafas, la peluca, se enderezó y salió Rebeca detrás de aquella máscara.

—Es increíble —dije, admirada. No había reconocido ni la voz. Aquella demostración despertó en mí el ansia de aprender, quería ser como ella.

—Hoy vamos a trabajar los personajes que pueden encajar con tu personalidad, después veremos cuál nos gusta más.

—Quiero que me lo enseñes todo —reclamé. La mujer rio a carcajadas.

—No tenemos tanto tiempo y tendrás que conformarte con dos o tres personajes muy adaptados a tu físico y personalidad —concretó.

—¡Qué chasco!

—Este es un oficio heredado de mis padres. Crecí en los teatros y no recuerdo la primera vez que salí a un escenario. Necesitarías media vida para formarte y tú ahora solo precisas interpretar a un personaje creíble y eso es lo que vamos a trabajar.

La primera lección fue de maquillaje: resaltar mis atributos u ocultarlos. También se podía aparentar fealdad usando debidamente las brochas y la cosmética.

La segunda lección trataba sobre caminar según el personaje seleccionado. Me quedé con dos: el que mejor interpretaba era el de una mujer discreta de apariencia insignificante sin atractivo, gafas de cristal gordo para apagar los ojos, cejas bien pobladas y la postura ligeramente encorvada. Rebeca rechazó lo de la cojera que tan buen resultado me dio en el barco. Al terminar el día, la instructora me felicitó. Realmente era un papel muy aprendido, el mismo que había interpretado durante toda mi vida. Me gustaba pasar desapercibida, no llamar la atención y ser discreta.

Al día siguiente, el trabajo se complicó. Interpretar a una mujer seductora, sensual, segura de ella misma y fuerte se resistía. No era capaz de maquillarme resaltando mis aspectos sugerentes, me incomodaba enfundarme ropa ceñida, marcar curvas y era torpe al caminar con movimientos insinuantes. Lo interpretaba tan mal que Rebeca, cansada, sugirió que nos sentásemos a charlar delante de una taza de té.

—Candela, ¿cuántos novios has tenido? —preguntó, cuando me vio relajada, entre sorbo y sorbo de té.

Me atragante con mi propia saliva y comencé a toser.

—Esa pregunta es íntima y no te interesa —me defendí.

—Claro que me interesa, querida. Necesito información para saber si serás capaz de interpretar el papel que se te asigne.

—No entiendo qué tienen que ver mis novios con mis dotes interpretativas.

—Tú limítate a contestar y déjame hacer mi trabajo…Ya veo que novios no has tenido, pero… ¿te han besado alguna vez?

No contesté, me levanté igual que un rayo, molesta. Me fui a la habitación, cerré la puerta de un portazo, me dejé caer en la cama y comencé a llorar. Al rato escuché unos golpes tímidos en la puerta.

—Candela, discúlpame si te he ofendido, no pretendía molestarte. ¿Puedo pasar?

—Entra —dije, y me senté en la cama mientras secaba con las manos el rastro que las lágrimas dejaron en mi mejilla.

—En este trabajo lo importante es identificar el personaje que a cada uno le va mejor y adaptarse a él.

—Quiero ser alguien diferente y tú me puedes ayudar, tengo barreras y límites, causados por un trauma que viví.

—Si lo verbalizas, le quitarás valor y te desharás de él. Si quieres contármelo, soy una tumba —se ofreció a escucharme. Yo necesitaba expulsar todos aquellos demonios que se alojaron en un rincón de mi persona aquel fatídico día.

—Cuando vivía en España estaba enamorada de un chico y, desobedeciendo a mi madre, me arreglé para llamar la atención de él, con tanta mala suerte que se cruzó en mi camino el dueño del cortijo. El hombre estaba borracho y me arrastró hasta su despacho, me tiró al suelo y me arrancó la ropa de un tirón, chillé y le arañé. Tuve estrella y mi madre, mi ángel guardián, apareció para salvarme, pasé mucho miedo. Aquel suceso me afectó. Deseo aprender todo lo que me tengas que enseñar y quiero hacer el papel de mujer seductora.

—Gracias por abrirte. No te preocupes, ahora puedo trabajar contigo desde otro punto de vista y conseguiremos quitar esos miedos que tienes ahí dentro—señaló mi cabeza—. Cuando te liberes de ellos, con lo bonita que eres, serás una mujer irresistible.

—Mi amigo Nico, que en paz descanse, me besó y no me gustó. Nadie más lo ha hecho —confesé.

—Cuando lo haga el hombre que te haga temblar con la mirada, no querrás que pare de hacerlo. Ahora pongámonos a trabajar, tenemos poco tiempo y mucho por pulir.

—Permíteme un momento.

Necesitaba unos minutos para sacar la maleta de debajo de la cama, donde guardaba las prendas que Frederick diseñó para mí y de las que únicamente usé una el día en que acompañé a Isaías al cine. Tanto valor para arriesgarme a abrir una caja fuerte y tan cobarde para ponerme una prenda que pudiera favorecerme. Apoyé la maleta en la cama, la abrí, desdoblé los vestidos, los colgué en el armario, acaricié las bonitas telas con las que estaban confeccionados y me propuse ponerme uno cada día.

A raíz de aquella íntima charla, la complicidad surgió entre nosotras. Trabajábamos en armonía y en ocasiones nuestras risas rebotaban en las paredes de la casa, entonces Diego asomaba la cabeza para olisquear de qué nos reíamos, la movía y se marchaba sin entender qué ocurría. Únicamente disfrutábamos, ella de enseñar y yo, su alumna, de aprender.

Al final de la semana, ya teníamos elaborado y muy estudiado el papel que interpretaría. Habíamos terminado el trabajo. Cuando Rebeca se lo comunicó a Diego, este me llamó y me invitó a dar un paseo.

—Hay un tema que me preocupa. Necesitamos un método para comunicarnos sin llamar la atención. Tiene que ser una clave que solo conozcamos nosotros dos y cuando digo solo nosotros dos excluyo a nuestros compañeros, a todos los conocidos y familiares —concretó, tajante.

—No te preocupes, seré una tumba.

—¿Para Isaías también? —preguntó y me dejó de piedra.

—¿Qué tiene que ver Isaías en esto?

—Todo. Lo conozco muy bien y le interesa tener metidas las narices en los asuntos ajenos de los que puede sacar tajada.

—Pero… ¿Qué tajada puede sacar de nuestro trabajo?

—Muy fácil: la información es poder y se convierte en una valiosa moneda de cambio, él conoce a todas las partes implicadas, puede vender o chantajear, depende de lo que le resulte más beneficioso —guardó silencio, carraspeó y continuó—: le pasarás únicamente la información que yo autorice, necesitamos tener buena relación con tu amigo y que se crea que tiene privilegios.

—¿Por qué lo necesitas?

—Porque está muy bien relacionado y mueve diferentes hilos políticos desde su pequeño negocio.

—Se puso muy pesado con la cantinela de que cuando comenzase a trabajar contigo le pasase toda la información que consiguiera —confesé, Diego abrió los ojos y le afloró una fugaz sonrisa, le debió de sorprender mi franqueza. Decidí sincerarme con él para que se diera cuenta de que le era leal.

Esa noche esperaban la visita de Henry y se quedaría todo el fin de semana. Rebeca insistió en preparar la cena, deseaba sorprender a su amante con el asado de res que tanto le gustaba. Al pasar por delante de la puerta de la cocina, observé a la cocinera mientras trajinaba con las ollas, canturreaba, se paraba y sonreía. Ese estado de alegría debía de ser fruto de la ilusión por el reencuentro. Mientras me dirigía a mi habitación, pensé en el momento en que Diego me propuso salir a pasear y no pude evitar sentir excitación. Era una sensación que andaba revoleteando por el estómago descontrolada y afectando a mi entereza.

Faltaba una hora hasta la cena y era el momento de poner en práctica lo aprendido en esa semana. Ser eficiente, según las normas de Rebeca, era conseguir cambiarse y maquillarse en el mínimo tiempo y obtener los máximos resultados. Delante del espejo y del estuche de cosméticos que mi profesora me proporcionó, empecé a trabajar en un maquillaje sencillo, sin recargar, pero que resaltase mis ojos. Esa noche estrenaría uno de los vestidos de Frederick, la ocasión lo merecía. Cuando terminé y me miré al espejo, me di cuenta de que todo aquello era para sorprender a Ressler. Estuve tentada a lavarme la cara y enfundarme el mismo vestido estampado de todos los días de la rabia que sentí por no poder controlar aquel sentimiento.

Al entrar en el comedor, Henry y Diego charlaban animadamente. El amante de Rebeca silbó al verme y Diego por un instante posó su mirada sobre mí. Era la primera vez que la detenía en mi persona durante tanto tiempo, debieron de ser unos segundos. La cena trascurrió en armonía, dedicaron momentos a recordar agentes a los que perdieron en distintas misiones, se entristecieron y luego brindaron por ellos, para pasar página y seguir conversando sobre nuevos cometidos a los que estaban asignados. En el postre, un pastel de manzana, reparé en las miradas tiernas y afectuosas que Rebeca y su pretendiente se dedicaban, escuché las caricias secretas que se intercambiaban con los pies bajo la mesa, esos ligeros frotamientos que les provocaban una sonrisa tibia. Percibí en más de una ocasión la mirada furtiva de mi jefe acechándome, encubierta en sus cambios de postura cada vez que estiraba el brazo para alcanzar el pan o el vino con movimientos lentos, pausados y comedidos. Incluso en uno de ellos me rozó, lo achaqué a un despiste o a las copas que había ingerido.

37
EL CÓDIGO

Aquella noche daba vueltas en la cama, había probado varias posturas y ninguna consiguió apaciguarme. El hormigueo que empezó en las piernas recorría mi cuerpo consiguiendo mantenerme en vela. Mirando al techo comencé a cavilar sobre la propuesta de Diego Ressler de buscar un sistema para comunicarnos cuando estuviésemos inmersos en la misión. Me descubrí ilusionada, sería íntimo únicamente para nosotros. Volví a las vueltas y a sentir la impotencia de no poder dormir. Recordando imágenes de los días anteriores, caí en la cuenta de que todavía conservaba las barajas de naipes y que, al deshacer la maleta, las deposité en el armario con la intención de quemarlas cuando tuviese una oportunidad. Salté de la cama, encendí la luz y las busqué para matar el tiempo de insomnio. Comencé por barajar las cartas. Mientras las tocaba y jugaba a ser adivina con ellas, se me ocurrió una idea, saqué papel y lápiz y comencé a tomar notas.

Cuando entré en el comedor para desayunar, a todos, incluida Rebeca, se les puso cara de pasmados. Aparecí vestida con el traje masculino que confeccionó Frederick Douglas: con el pelo recogido dentro de un sombrero y con el maquillaje logré tener aspecto de chico. Les gustó la caracterización porque acabaron riendo y aplaudiendo. Con la excusa de ir al pueblo a por provisiones, la pareja de enamorados nos abandonó. Esa era una buena ocasión de en privacidad mostrarle a Diego, mi idea.

—Quiero enseñarte algo que se me ha ocurrido —lo abordé, directamente.

—¿De qué se trata? —preguntó, extrañado. Comprendí que no relacionaba su petición de comunicarnos en secreto con que yo hubiese ideado tan pronto un sistema. Titubeé y pensé en no enseñárselo, me entró inseguridad por si me decía que era una tontería, pero no perdía nada por intentarlo.

—Sobre lo que me dijiste de pasarnos información y tener un código para comunicarnos sin ser descubiertos.

—Me interesa —accedió.

Nos fuimos a la habitación, saqué las cartas, las extendí encima de la cama y las ordené por palos.

—Nos podemos comunicar a través de ellas —expuse.

—No lo veo —comentó.

—Hay tarotistas que le dan un significado a cada carta y, partiendo de lo que ellas interpretan, nosotros podemos darle el nuestro, lo podemos adaptar a nuestra necesidad.

—Ya entiendo —guardó silencio, se tocó la barbilla y dijo—: tardaré mucho en aprender el significado de cada carta de memoria y no tengo tiempo.

—Al principio podemos limitarlas e ir ampliando a medida que las necesitemos. Te he confeccionado una guía con instrucciones para que la estudies y puedas valorarlo. Si te parece bien, te la puedes aprender en unas horas y con la guía te resultará fácil.

—¡Eres la dama de los naipes! —exclamó después de reflexionar.

—Sí, fui yo la que dejé un naipe dentro de la caja fuerte que desvalijé —confesé.

—Isaías mencionó algo —reveló.

—El accidente no estaba previsto. Además, me lo ocultaron, por eso terminé la relación con mis socios.

—También hizo alguna referencia sobre ese asunto.

—Vaya… No imaginaba que Isaías guardase tan bien los secretos —ironicé en voz alta.

—Solo cuando son los suyos.

—Entonces… ¿Qué?

—Dame esas instrucciones, las estudiaré.

Le di el cuaderno con mis apuntes e ideas, recogí la baraja esparcida por mi cama y se la entregué, era la completa. Diego se encerró en su habitación y no salió hasta que golpeé su puerta y le indiqué que era la hora de comer. Rebeca nos había dejado un pollo asado al horno, solo a falta de calentar y sopa de tomate.

Salió de su cuarto con expresión circunspecta, incluso con el ceño fruncido me resultaba atractivo. Antes de sentarse a la mesa, depositó sobre ella una libreta y un bolígrafo. Durante la comida hablamos lo justo, esa situación me resultó incómoda o tal vez era su presencia la que me incomodaba con las miradas furtivas que me lanzaba sin decir nada. En la primera ocasión que tuve, desaparecí en la cocina con el pretexto de recogerla.

—Deja eso, luego te ayudo —se ofreció—. Vamos a hablar de tu propuesta, creo que nos servirá, la podemos adaptar y nos hará el servicio —manifestó sin demostrar ningún tipo de emoción, aunque comenzaba a conocer sus gestos, los diminutos que se le escapaban al control, y la arruga de su frente que se pronunciaba indicaba que la idea, como mínimo, le había gustado.

Trabajamos durante toda la tarde en agrupar las cartas y en montar combinaciones que encriptasen mensajes secretos, que únicamente conocíamos nosotros. Diego me explicó con mucha insistencia y dejando muy claro que no debían de sospechar de nuestra colaboración; era peligroso para mi persona que nos relacionaran. Me asustó cuando se refirió a un compañero que desapareció sin dejar rastro.

—Para que no se te olvide, debes repetir todas las mañanas esta frase: «No debo arriesgarme», es como rezar y así lo refrescas —aconsejó en un tono de preocupación y añadió susurrando—: no soportaría perder a otro agente.

Con el propósito de que entendiese su situación, estuvo dándome explicaciones sobre su cometido en la sección del ejército a la que pertenecía que era la del servicio de espionaje. Diego Ressler estaba destinado a la contienda española. Dominar el idioma le daba ventaja sobre otros agentes. Sus principales objetivos eran los representantes de republicanos y falangistas. Averiguar qué artimañas urdían para influenciar sobre la opinión pública y captar partidarios que los apoyaran. Fue delatado por un agente que se vendió a cambio de un buen fajo de dólares. Presionado por los acontecimientos debía desaparecer del escenario público y permanecer en la retaguardia. Yo me convertiría en sus ojos y oídos.

La reserva de mi entrada en el hotel se realizó para ocupar la habitación el domingo por la tarde. Henry nos proporcionó un taxi y Diego Ressler se puso al volante disfrazado de chófer con una gorra que le cubría media cara y la escasa barba de tres días, para dar aspecto de hombre que trabajaba en exceso. Hasta con aquel disfraz llamaba la atención por sus modales y el porte templado.

La misión que me asignó fue la de vigilar a Juan Francisco de Cárdenas antiguo embajador de España en los EE. UU. en la época de la república. Después del alzamiento se cambió de bando convirtiéndose en el "representante del Gobierno Nacional" durante el conflicto, con sede en el Hotel Ritz Carlton de Nueva York. El diplomático recibía visitas con las que organizaba la información y el control de la prensa favorable a los militares y falangistas, emitiendo comunicados falsos para desacreditar a los republicanos y a quien se interpusiera en sus planes. Otra de sus responsabilidades era recaudar fondos para la causa de Franco y mantener controlada la casa de España. Mi jefe aprovechó el trayecto para recordarme la misión y, cuando no hablaba de ello, se instauraba el silencio entre nosotros. Entonces él aprovechaba para mirarme de soslayo por el retrovisor y yo a hurtadillas observaba cómo cambiaban de color sus ojos con la luz del sol y se extendía el verde en ellos igual que si fuesen una pradera.

Aparcó el taxi en Madison Avenue delante de la puerta principal del hotel y descargó el equipaje engrosado por dos pesadas maletas llenas de ropa nueva, que Rebeca me proporcionó, y libros. Debía de dar la impresión de huésped adinerada y con intenciones de permanecer alojada durante una larga temporada. El botones salió con rapidez a recoger los bultos, que cargó en un carro y lo entró en el vestíbulo. Simulé pagarle al taxista y, al hacerlo, me despedí acariciando con un suave roce sus manos y mi jefe susurró:

—Cuídate. —Le dediqué una sonrisa fugaz y temblorosa.

Mientras observaba cómo el auto partía, tuve que realizar varias respiraciones profundas y olvidarme del hombre que lo conducía para interpretar mi papel. Entré de manera discreta y me dirigí al mostrador con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo y pasos tímidos; vestida de color teja no llamaba la atención. Rebeca me surtió de vestidos que por sus colores y patrón anodino pasaban desapercibidos: cabello recogido a la nuca y sombrero a conjunto. Con la intención de rematar el personaje, decidí ponerme unas gafas de cristal grueso. En una mano portaba un libro para que los curiosos se pudiesen imaginar que podía ser una estudiante de buena familia. Mi postura era de una joven frágil, hombros caídos y movimientos tímidos y lentos como si me costase desenvolverme.

Esperé a que el recepcionista atendiese a distintos clientes que llegaron antes y aguardaban a ser inscritos. Me alegró oír hablar al chico en español y, por las palabras que intercambió con otros huéspedes, también dominaba otros idiomas. Cuando llegó mi turno, le dije:

—Tengo una reserva a nombre de Victoria Ledesma Torres. —Ese era mi nuevo nombre y el que usaría mientras estuviese trabajando para Diego Ressler.

Me registró en un libro. Un botones me acompañó a la habitación y me entregó la llave.

—Que tenga usted una feliz estancia —me deseó.

—Gracias, he venido a estudiar inglés —informé con toda la intención para dar credibilidad a mi papel y por si rondaban curiosos ávidos de conocer el motivo de hospedarme en el hotel. Estaba convencida de que, cuando el ascensor cerrase sus puertas, alguno de los caballeros, que parecía leer el periódico o estaba en la puerta de entrada como si esperase a alguien, se acercaría a recepción para interesarse por la recién llegada.

Al quedarme a solas en aquella lujosa habitación en la que estaban cuidados hasta los mínimos detalles, para no alejarme de mi realidad tuve que recordarme que no pertenecía a ese mundo y que mi paso por allí era por trabajo.

38

LA SALA DE LAS PALMERAS

El hotel era un lugar pomposo, pero acogedor. Superaba a las casas de Madison Avenue donde trabajé para Gambino. Los espacios eran confortables y estaban tan cuidados que lograban un ambiente hogareño para los burgueses que se alojaban en él. Para mí estar allí siendo un huésped era igual a estar en el paraíso. Me dediqué a recorrerlo, localizar las salas de reuniones y comedores privados; en esa aventura descubrí un jardín japonés fascinante, según pude observar el preferido de las damas para tomar el té; otro jardín en la azotea y la sala de las palmeras decorada con plantas exóticas y dotada de una pequeña galería donde un conjunto de cámara ofrecía música en directo.

Los huéspedes y empleados del Hotel se fueron acostumbrando a mi presencia. Los colores de mis insípidos vestidos, aunque de telas lujosas, se mimetizaban con los salones decorados en tonos verdes, crema y marrones y ayudaban a que, siempre con un libro entre las manos, pasase inadvertida. Nunca hablaba en inglés y, aparte de intercambiar las palabras justas con el recepcionista, no conversaba con nadie más. Cuando salía, regresaba con varios libros bajo el brazo, de cómo aprender inglés, no demostrando interés por nada más. En ocasiones, el joven de recepción por ser amable me preguntaba.

—¿Qué tal las clases, señorita Victoria?

—Aprender un nuevo idioma me está resultando más difícil de lo que pensaba. Gracias por preguntar —contestaba y bajando la cabeza, seguía mi camino con la bolsa de mano bien sujeta y entreabierta para que pudiesen ver los lomos de libros y cuadernos.

Con la intención de darle más veracidad a mi papel, todos los jueves asistía a clases particulares, en un edificio de la Quinta Avenida destinado a despachos para que se establecieran profesionales: abogados, economistas y entre ellos un profesor que se dedicaba a dar clases particulares a hijos de empresarios, políticos y nuevos ricos de países de habla hispana. Coincidí con jóvenes mejicanos, chilenos y argentinos, eran los más habituales. En la entrada del edificio se

ubicaban los buzones que pertenecían a los ocupantes de los pisos, todos bien etiquetados, uno de ellos era del abogado Charles Smith. A su nombre tenía que depositar el sobre con los naipes encriptados dentro.

Al tercer día de hospedarme en el hotel, escuché a un hombre, en la sala de las palmeras, llamar a Juan Francisco de Cárdenas. Era su lugar preferido para pasar las tardes de reuniones amistosas con sus colaboradores. El verde de mi atuendo se mimetizaba con la pintura de las paredes y la abundante vegetación. En las siguientes semanas comencé a distinguir y fichar a las personas que lo visitaban. Dos caballeros, a diferentes horas, acudían a diario para pasarle el parte o a recoger instrucciones. Miguel Echegaray, agregado de agricultura, que se encargaba de supervisar la prensa favorable a su causa y el anterior cónsul José de Gregorio del que deduje, por sus conversaciones, que era la mano derecha.

Una tarde tuvo la visita del periodista Marcial Rosell y lo invitó a una de las salas privadas de reuniones. Con cautela les seguí y, al cerrar la puerta, me paré cerca. Desde allí, de pie, con las gafas en una mano y un libro en la otra escuché la conversación: era acalorada y se acusaron de traición el uno al otro. Rosell había mandado cartas a sus superiores en España, acusando a Cárdenas de actividades irregulares llevadas a cabo por su equipo. La conversación subió de tono. Entendí que era el momento de desaparecer y entré con el tiempo justo en unos aseos que estaban cerca. Hubiese sido una torpeza llamar su atención. Durante los siguientes días, el nombre de Marcial Rosell salía en todas las conversaciones de Cárdenas y sus aliados. Urdieron una campaña de descrédito del hombre. Pude averiguar que todas las desavenencias surgieron por ser el periodista monárquico.

Le pedí una entrevista a Diego Ressler para contarle las recientes averiguaciones. Ese jueves, cuando fui a clase, me llevé un sobre cerrado con los naipes dentro. Debíamos vernos con urgencia. Si todo salía según lo previsto, el viernes a las seis de la tarde me esperaría, en el punto acordado de la Calle 46, en el taxi. Me recogió puntual. Al entrar en el auto, reconocí su olor amaderado con toques cítricos y enmascarado por el de los cigarrillos que fumaba. Nos miramos a través del espejo retrovisor. Sus ojos, a esas horas eran un bosque de hojas caducas en primavera, marrones con pinceladas verdes. Le dediqué una sonrisa que no devolvió, tan parco como siempre. Me llevaría a la Quinta Avenida y me dejaría delante de los grandes almacenes Saks. Ese era el tiempo que teníamos: diez minutos por el recorrido más largo. Le conté todo lo averiguado y, antes de apearme del taxi, dijo:

—Acuérdate, no arriesgues. —Cerré la puerta y arrancó el coche.

Esta vez me giré para no mirar cómo partía. Su indiferencia me dejaba un regusto a decepción.

Volví al hotel paseando, necesitaba tomar aire fresco. Echaba de menos a Lola y me hubiese gustado ir a verla, pero una de las condiciones que acepté con el trabajo era no visitar ni hablar con la familia, amigos y personas a las que pudiese comprometer. Me habían robado parte de mi vida, pero eso no lo pensé cuando lo acepté. Caminaba lenta para que el paseo fuese más largo y, de vez en cuando, me detenía en los escaparates de ropa, me gustaba mirarlos. Entonces, escuché el sonido de unas pisadas casi silenciosas que seguían el ritmo de las mías, caminaba tres pasos, ellas también; paraba, se silenciaban. Pensé que me habían descubierto. Introduje la mano en el bolsillo oculto y acaricié el arma, estaba dispuesta a ponérselo difícil a quien fuese que me estuviese siguiendo.

Una mano tocó mi hombro y con rapidez agarré la pistola con el pensamiento de ponérsela en la frente, pero una voz que reconocí me hizo desistir.

—¿Eres Candela? —preguntó.

—Claro que soy yo.

—Es que con estas pintas casi no te reconozco.

—No ponga excusas, Isaías, y no me cuente el cuento de que me ha visto por casualidad. —Estábamos a una manzana del hotel.

—No sé nada de ti y estaba preocupado.

—Déjeme hacer mi trabajo y, cuando tenga información importante, encontraré el modo de ir a verle. Ahora pídame disculpas, haga ver que me ha confundido con otra persona y desaparezca o estropeará todo lo que he conseguido hasta el momento.

Fue la primera vez que Isaías agachaba las orejas y no me replicaba. Se disculpó por la confusión en un tono alto para que se escuchase bien y desapareció. Me estaba dando un aviso y lo capté. Esa actitud irresponsable no era propia en él, pensé en las varias causas que le lanzaron a darme el toque y llegué a la conclusión de que debía de haberse comprometido a entregar información antes de tenerla y lo presionaban. Mientras reflexionaba, al entrar en el hotel, casi tropiezo con los dos lugartenientes de Cárdenas que salían enfrascados en una conversación de la que pude extraer las palabras, “reunión de empresarios”. Estuve tentada a seguirlos, pero cogieron sendos taxis con destinos diferentes.

Me tomé unos segundos, detenida en mitad del vestíbulo para determinar si subía directamente a la habitación o tomaba un té en el jardín japonés. Me incliné por lo segundo. Cuando me dirigía al jardín, vi pasar a Cárdenas con la barbilla estirada y ese porte arrogante que lo caracterizaba, se dirigía al comedor con una mujer del brazo. Esa era una gran oportunidad y no pensaba desaprovecharla. Subí al

ascensor hasta mi planta y luego por las escaleras hasta el ático, allí estaban las mejores habitaciones y las más caras. Fui apoyando la oreja en las puertas, desestimé las habitaciones en las que escuché ruido dentro y quedaron tres que estaban en silencio. La primera que abrí la descarté nada más poner un pie en ella, un sillón soportaba el desorden de unos cuantos vestidos amontonados, salí rauda. La segunda puerta parecía que se resistía y tuve que utilizar dos ganzúas para que cediera. Nada más poner un pie en ella, por el olor a colonia varonil, supe que era la que buscaba. El despacho estaba escrupulosamente ordenado, la agenda cerrada encima de la mesa sobre un tapete de piel. La abrí con cuidado sin levantarla, pasé las hojas con mimo, el hombre era organizado, me detuve en una fecha en la que había apuntada una reunión con los empresarios españoles, debía de ser la que mencionaron sus socios. La cerré y di la vuelta dispuesta a marcharme, cuando vi que uno de los cuadros estaba ligeramente torcido. No pude resistirme a fisgonear qué escondía. Era una caja fuerte y, empujada por la curiosidad, pensé: «voy a echarle un vistazo a su contenido». Al abrirla encontré fajos de billetes amontonados sujetos por gomas y varias carpetas: una con los expedientes de empresarios españoles, imaginé que eran los citados; otra con el expediente del senador Gerald P. Nye. Antes de salir, revisé el suelo, encima de la moqueta un palillo partido se debió de romper al forzar la puerta, me lo metí en el bolsillo y revisé las estancias en busca de una caja, la encontré en el mueble bar, volví a poner otro en su lugar, bajé ligera por las escaleras sin hacer ruido casi flotando.

La incursión me subió el ánimo, presentía que comenzaba la fiesta. Animada, bajé al comedor y al entrar me encontré con el diplomático y su acompañante. Cuando nos cruzamos, el hombre giró la cabeza para mirarme, entonces me di cuenta de mi gran error, había abandonado en su habitación al personaje que debía interpretar para dejar salir a una Candela pretenciosa, soberbia y retadora. Volvía a caminar tiesa como si llevase puesto el corsé, sonreía con un punto de vanidad y, envuelta en esa aura, le desafié con la mirada que me devolvió con un gesto de extrañeza, frunciendo el ceño como si fuese la primera vez que me veía. Consciente de mi desliz, intenté corregirlo y me enfundé de nuevo a la estudiante discreta y cándida: Entonces arrugó la nariz como si algo le oliera mal y apartó la vista. Creí que había salvado la situación por un segundo. A partir de ese momento, debía ser mucho más cauta. Por cómo trataba sus asuntos en la agenda, era un hombre minucioso y ordenado; por la responsabilidad que le asignaron los dirigentes del bando nacional, debía de ser perspicaz y ya se había fijado en mi cara.

39

LOS EXPEDIENTES

La reunión era para principios del próximo mes, así que, para el jueves, organicé un sobre con los naipes que informaban del asunto: los asistentes, el lugar, la fecha y la hora. En esta ocasión, coloqué cinco cartas cuyo orden tenía un significado, además, según la posición donde cada una estaba situada, el palo y número daba información más detallada, tal como habíamos acordado.

Al entrar en el edificio donde acudía a las clases particulares, dejé caer con disimulo el sobre en el buzón. Al salir del aula, un niño de pelo rubio ensortijado, la cara salpicada de pecas y ojos de pillo me entregó un paquete, esperé a abrirlo a resguardo entre las paredes de mi habitación, lo acaricié, lo acerqué a la nariz y olía a él. Rasgué el papel del envoltorio: era una caja vacía con unos naipes dentro. Solicitaba una reunión. El día fijado, yo debía seguir el procedimiento teatral que habíamos acordado.

Aquellas cartas, únicamente interpretadas por nosotros, me mantenían cerca de Diego. Eran el secreto que nos unía. Antes de bajar, me encontré delante del espejo maquillando mis ojos con sombra color violeta y delineándolos con el lápiz negro; me perfilé los labios y los pinté de granate. Elegí un vestido de los nuevos, confeccionado a medida por Frederick, el que mejor marcaba mis curvas. Liberé la media melena de las horquillas. Por fin respiraba y las ondas se mecían al compás de mis pasos firmes. Parada en la acera, a la hora exacta acordada, mientras consultaba una posible dirección en mi agenda, avisté a unos cuarenta metros de mi posición, el taxi, con mi jefe al volante, detenido del que se apeaba un colaborador simulando ser un pasajero. Antes de arrancar, Ressler detuvo la mirada en la gente que pasaba cerca de mí, ojeaba el reloj, volvió a escrutar el lugar y giró levemente la cabeza para examinar los coches que venían y arrancó. Cuando estuvo a mi altura, levanté la mano para pararlo y, una vez detenido, subí en él y simulé darle una dirección. En ese instante me recorrió un escalofrío por la columna: sus ojos me parecieron o imaginé que se habían vuelto ambarinos y

eran un rayo que me fulminaba. Tardó unos segundos, que me parecieron minutos, en arrancar el auto y, una vez en marcha, escuché su voz:

—¿Cómo te has enterado de la reunión? —preguntó directo, frío y distante.

—Me crucé al entrar en el hotel con José de Gregorio y Miguel Echegaray y los escuché hablar sobre una reunión.

—¿También los escuchaste decir el día?

—No. Eso lo averigüé luego.

—Pues, cuéntamelo y rápido —ordenó. Me estaba resultando impertinente, pensé: «¿Qué le pasa?».

—Está bien… entré en la habitación de Cárdenas y miré su agenda —informé.

El taxi se dirigió a las afueras. Ressler resoplaba de vez en cuando y, cuando paraba de hacerlo, era para lanzarme, a través del espejo retrovisor, esa mirada aterradora que acababa de descubrir. Detuvo el coche en una arboleda, se apeó y encendió un cigarrillo al que empezó a dar fuertes caladas.

—¿Algo más? —inquirió.

—Sí, también abrí su caja fuerte.

—¡Cómo no! —interrumpió.

—La caja fuerte está llena de dinero y de expedientes.

—¿Expedientes? —repitió.

—Sí, de empresarios españoles y del senador Gerald P. Nye.

Estuvo durante un buen rato en silencio mirando al infinito mientras se encendía otro cigarrillo con la colilla del anterior. Lo prefería callado a que me hablase con aquella brusquedad.

—Te has expuesto mucho y has puesto la operación en peligro. Eres una irresponsable —soltó brusco y me intimidó con su nueva mirada desafiante. No conocía esa faceta de Diego y no me gustaba.

—No he puesto nada en peligro. Aproveché mientras Cárdenas cenaba en el comedor de la planta baja para entrar en su habitación. —Me defendí, no pensaba contarle que llamé su atención.

—No te enteras de nada y no eres tan lista como te crees —voceó, furioso, mientras se le marcaban las venas del cuello y enrojecía.

—No entiendo por qué estás tan molesto, además no me han descubierto.

—Sí lo han hecho —afirmó.

—¿Qué?

—Que te han descubierto. Has logrado llamar su atención y ni te has enterado.

—No te creo —me defendí, indignada.

—Te has salido del papel que tú misma decidiste interpretar, mírate. Que sepas que, mientras me esperabas, uno de los

lugartenientes de Cárdenas, para ser más concreto el señor José de Gregorio, te observaba. No comprendo la razón que te ha impulsado a cometer tal imprudencia y cambiar el plan sin consultar. No sé qué tienes en esa cabeza. —Me propinó unos golpecitos en la frente con esos dedos largos de cirujano, pero fuertes y contundentes. Temí que, si me volvía a golpear, me hiciese una hendidura.

En ese instante, la que se miraba los pies era yo. Horrorizada me di cuenta de que había repetido el comportamiento que precipitó mi marcha de La Majala y que debió de poner a mi familia en un aprieto. Todo por una niñería. Había puesto en peligro la misión. Lo adecuado era afrontar la torpeza que acababa de cometer y sincerarme.

—Diego… no te enfades conmigo —supliqué, utilizando el tono dulce de voz, el que siempre me funcionaba cuando quería conseguir algo.

—Claro que me enfado, ¿sabes lo que pasaría si te cogiesen? Te torturarían hasta que acabases inventándote lo que ellos quieren escuchar. Parecen buenos hombres detrás de esos trajes elegantes y ese porte de aristócratas, pero son personas peligrosas de las que no se manchan las manos. Pagan para que les hagan el trabajo sucio y no quiero que tu cuerpo aparezca en el río por accidente.

—Voy a ser sincera… me he arreglado para ti.

—Candela. —Me tomó por los hombros y me abrazó con la mirada. Interpreté que le acababa de dar lástima—. Los que trabajamos para nuestro país nos debemos a él y no entra en nuestros planes tener ni relaciones serias ni familia.

—Tampoco entra en mis planes tener familia —dije y era cierto. Nunca había pensado en ello, en aquel instante lo único que deseaba era sentirme querida.

—Esto ya me ha ocurrido antes, suele pasar que cuando dos personas trabajan juntas, acaban conectando, se comparte tiempo, confidencias y modo de vida. Eres una mujer muy interesante que hasta las gafas de chica empollona te sientan bien. No podría perdonarme que te ocurriera algo malo, ¿lo entiendes? —Me cogió la cara con las dos manos y acarició mis mejillas. El tacto de su piel en la mía me reconfortaba, era como unir la seda y el terciopelo.

—Me siento tan sola —confesé, mientras le rodeaba el cuello con los brazos y lánguida apoyaba mi mejilla en el hueco de su hombro que encajaba a la perfección. Él me rodeó con los suyos, me presionó con delicadeza y permanecimos abrazados un buen rato.

Cuando nos soltamos le pregunté:

—¿Ahora qué hacemos?

—Tendremos que abortar la misión y poner a otra persona en tu lugar.

—De eso nada —repliqué con ímpetu.

—No pienso ponerte en riesgo —rebatió, contrariado y arrugando la frente.

—No lo harás… déjame que te cuente la idea que he tenido. Además, dónde vas a buscar, a estas alturas, a otra persona que sea capaz de entrar en la habitación de Cárdenas, de abrir su agenda y su caja fuerte y lo haga en menos de quince minutos. No encontrarás a nadie. —Se acarició la barbilla, mientras reflexionaba.

—Está bien. Te escucho.

Esa misma noche me colé a hurtadillas en el hotel por la entrada de servicio, forcé la puerta de mi propia habitación, recuperé la caracterización del personaje de la estudiante Victoria Ledesma, volví sobre mis pasos a la calle, di un breve paseo y regresé por la puerta principal. Le pedí las llaves de mi cuarto al recepcionista y le anuncié que partía de inmediato a causa de una repentina enfermedad que había contraído mi madre. El joven fue muy amable y, antes de que me retirase, reveló:

—Es una pena que su madre se haya puesto enferma precisamente ahora que hay un caballero interesado en usted.

—Se puede saber, ¿quién es ese caballero? —pregunté, interpretando a una joven tímida y ruborizada.

—Es el joven secretario del señor Cárdenas. Esta tarde ha preguntado por usted. Le he contado que es una mujer culta y que está en la ciudad estudiando. También le dicho que no tiene ningún pretendiente que le ronde —relató con interés. Debía de reconocer que Diego estaba en lo cierto. Había llamado la atención de Cárdenas y sus lugartenientes.

El taxi me esperaba en la puerta principal, Ressler cargó el equipaje y nos fuimos a casa de Rebeca.

40
LA PROPUESTA

Observaba a Rebeca y cómo se desenvolvía en el papel de madre autoritaria de un hijo amanerado y de facciones femeninas. Estábamos en la recepción del Hotel Ritz Carlton, registrándonos, compartiríamos habitación. El sacrificio más grande que tuve que hacer para interpretar el papel de Javier Roldán fue el de tener que desprenderme de mi querida melena. Estuve a punto de llorar cuando Rebeca con tijeras en manos comenzó a cortar y los mechones ondulados revoloteaban mientras caían para aterrizar contra el suelo inertes. Diego Ressler estaba apoyado en la puerta con los brazos cruzados, observando el resultado final. Cuando terminamos, se acercó sigiloso, se agachó para casi rozar con los labios mi oreja y me susurró.

—Solo a las mujeres… valientes les favorece el pelo corto. —No entendí lo que quiso decir, me lo tomé como un cumplido.

Se acercaba el día en el que Cárdenas había convocado a los empresarios españoles propietarios de negocios florecientes en Estados Unidos. Diego me puso al corriente de sus intenciones: recaudar dinero y apoyos destinados a la causa del partido falangista.

Nuestro plan era entrar en la habitación del diplomático mientras él estaba en la reunión y dejar el hotel antes de que saliesen del salón de actos a comer. Cuando Ressler informó a sus superiores del contenido de la caja fuerte de Cárdenas, le asignaron como operación prioritaria recuperar el expediente del senador Gerald P. Nye. Por eso acabó aceptando la propuesta que le planteé, pero con su condición: Rebeca me acompañaría, no se fiaba de mí y lo entendí. Tenía razones de sobra, las que conocía y las que le oculté.

Nosotras merodeábamos por las inmediaciones del salón en el que se iba a celebrar el acontecimiento, esperamos a que se cerraran las puertas. El diplomático estaría ocupado, ofreciendo su discurso lisonjero para conseguir su propósito: captar adeptos para su partido, nos dejaba vía libre. Nos retiramos a nuestro cuarto, por discreción, situado dos plantas por debajo de nuestro objetivo y, cuando nos aseguramos de que las escaleras estaban desiertas, subimos al ático.

En esta ocasión, forzar la puerta me resultó más fácil. Entramos sigilosas y nos dirigimos al despacho del aristócrata, me asomé a las demás estancias para asegurarme de que estábamos solas. Cuando volvía al despacho donde aguardaba Rebeca, al pasar por el recibidor escuché unos pies rozando la moqueta de delante de la puerta. Con rapidez cogí a mi compañera del brazo con intención de arrastrarla al dormitorio para escondernos, pero no nos dio tiempo. El sonido de la cerradura abriendo la puerta la paralizó y esta vez no fingía, sus ojos entraron en expresión de pánico. Las pisadas avanzaban hacia nosotras. Desde mi situación solo alcanzaba a ver unos zapatos caros y brillantes que se movían alrededor del escritorio bajo el que me ocultaba con la mano en el bolsillo del pantalón aferrada a la pistola. Rebeca se ocultó tras las cortinas. Quien fuese cogió unos papeles y salió fugaz dejando una nube de aroma a agua de colonia fresca. Por fin, pude coger aire, pensé que moriría ahogada de aguantarme la respiración. Nos llevamos todos los expedientes. Sobre todo, nos aseguramos de que estuviese entre ellos el del senador. La pila de billetes era una inevitable tentación. Cuando comencé a llenar una bolsa con ellos, mi vigilante me obligó a devolverlos, los amontoné dentro de la caja, desordenados. Así ella no notó que se traspapelaron dos fajos y que fueron a parar a los bolsillos interiores de la americana que llevaba puesta.

—¿Por qué no me has dejado llevarme el dinero? —le pregunté cuando estábamos en nuestra habitación, recogiendo nuestros bártulos para marcharnos del hotel.

—Porque hemos venido a buscar pruebas de espionaje. Si nos llevamos el dinero, él puede creer que es un robo y lo que queremos es que se dé cuenta de que sabemos en qué anda metido.

La recepción y los pasillos poco concurridos favorecieron a que pasásemos desapercibidas. El taxi, con Diego Ressler al volante, nos recogió antes del almuerzo y nos llevó a casa de Rebeca donde debíamos esperar nuevas órdenes.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, con la alegría del éxito, Diego anunció:

—Te voy a enseñar a conducir.

—¿Quieres que conduzca el taxi? —pregunté.

—¿Por qué voy a querer que conduzcas el taxi?

—Como ahora parezco un chico. —Esa fue la primera vez que le escuché soltar una carcajada.

—Es para que puedas moverte sin depender de nosotros. He pensado que la semana que viene te acerques a la tienda de Isaías y le entregues todos los expedientes de los empresarios españoles. Tendrá información y trabajo para tiempo.

—¿A vosotros no os interesan?

—Ya hemos tomado nota de ellos, pero no hay expedientes de personas que ejerzan la suficiente influencia en la comunidad para que nos resulte interesante conservarlos.

—Entonces, tampoco le interesarán a Isaías.

—No dudes que, de una manera u otra, les sacará rédito. Aunque lo venda como un favor por haber descubierto que los espiaban, se adjudicará el mérito y se hará de valer.

Por la tarde comenzamos las prácticas con un coche que guardaba en el granero cubierto por una lona: era un Ford 48 Cupé. Tuvo una buena idea, saber manejar un automóvil y disponer de uno me ofrecería libertad de movimiento. Esa tarde volvíamos de la ciudad y Diego me felicitó.

—Eres buena alumna, aprendes rápido —dijo, recostado en su asiento y fingiendo estar relajado, aunque con discreción revisaba todas mis maniobras.

—¿De verdad lo he hecho bien?

—Nunca felicito, si creo que no se merece.

Aquella noche después de cenar Rebeca se acostó pronto y nos quedamos a solas en el porche. Nos sentamos en el banco, uno en cada extremo. Diego trajo consigo una botella de wiski y dos vasos. Con unas copas de más me atreví a interrogarle sobre un asunto que me preocupaba.

—Diego…

—Sí

—¿Qué pasará conmigo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Seguiré trabajando para vosotros o me despediréis?

—No puedo asegurarte nada, estoy esperando nuevas órdenes y destino. La misión ha salido mejor de lo previsto, he solicitado tu continuidad, pero yo no decido. —Cogió el vaso de licor y le dio un largo trago. Su mirada se perdió en la oscuridad de la noche y se instaló un incómodo silencio entre nosotros.

No sé cómo ocurrió ni siquiera sé cuándo nos aproximamos lo suficiente para que su mano acariciase la mía, tirase de mí para rozarnos y sus labios rosados, carnosos, sensuales se posaron sobre los míos con ternura, nos besamos deseosos. Fue la luna llena que nos iluminó y ejerció su influjo sobre nosotros volviéndonos locos de ardor o tal vez fue el wiski. Me cargó en sus brazos fuertes y tiernos, me aferré a su suave y terso cuello y me llevó hasta su habitación. Me depositó sobre su cama. Nunca había estado tan cerca de un hombre y me dejé seducir por sus caricias apasionadas, delicadas y placenteras.

A la mañana siguiente, amanecí envuelta por su cuerpo. Estaba atrapada entre sus brazos y no me atreví a mover ni un solo músculo. Tuve miedo de que la magia desapareciese y que despertase del sueño,

pero me aventuré a sonreír de felicidad.

Unos golpecitos en la puerta me sobresaltaron.

—Diego, ¿Candela está contigo? —preguntó Rebeca.

Ressler se giró, me besó la frente y me dedicó una preciosa y amplia sonrisa, le brillaban los ojos, me recordaron a un bosque iluminado. Se levantó y se acercó a la puerta.

—Sí, está aquí —confirmó, girando la cabeza para mirarme. Me gustaba hasta recién levantado, oliendo a resaca y a sudor.

Me incorporé y recogí toda mi ropa, amontonada a los pies de la cama, para vestirme y salir con todas las evidencias marcadas en mi rostro de haber pasado una noche de pasión.

—¿Es tu primera vez? —preguntó, desencajado y mirando una mancha roja que destacaba en el blanco de las sábanas.

—¿Hay algún problema?

—Me lo podías haber dicho.

—¡Venga! No digas tonterías, ¿hubiese cambiado algo?

—Me lo hubiese pensado, me siento responsable.

—Deja de hacerte la víctima. No eres responsable de nada. Tú no lo controlas todo. Esta era mi decisión y la tomé.

—Sí, pero ¿de qué manera? Con unas cuantas copas de wiski de más.

—Con lo listo que eres para unas cosas y lo corto para otras. ¡Cálmate! ¿Quieres? —le dije contundente, para que me escuchase con atención—, esa fue mi decisión y la tomé cuando me di cuenta de que este trabajo pone en riesgo nuestras vidas y decidí vivir el día a día. Ayer disfrutamos juntos, dejémoslo así. No quiero casarme contigo, no tienes ningún compromiso ni responsabilidad. Ya puedes respirar —le solté a bocajarro. Estuvo un instante mirándose los descalzos pies, pensativo. Luego se acercó, me rodeó con sus brazos y me besó.

41

LA SOLEDAD

Diego Ressler y yo, en las horas apacibles de nuestra tregua, nos dedicamos a paladear cada minuto del tiempo. No hablábamos de futuro. Para nosotros lo importante era el ahora. Disfrutábamos de nuestra compañía, sabiendo que en cualquier momento llegarían nuevas órdenes. Rebeca se volvió taciturna y se centró en las tareas domésticas. Comenzó a elaborar esponjosas y azucaradas tartas de manzana y chocolate con la esperanza de que Henry regresara a la hora de comer y pudiese degustarlas. Nosotros, ajenos al desconsuelo de nuestra anfitriona, nos dedicábamos a dar paseos por el campo, a tumbarnos en la hierba, a acariciarnos en silencio y a destinar tiempo al placer de descubrirnos. Me entregué por completo a la plácida tarea de gozar del cuerpo de Diego mientras él se dedicaba a mostrarme el camino de la sensualidad femenina.

Aquella tarde, al regresar de uno de nuestros paseos, el coche de Henry estaba aparcado en la puerta. No salía el usual ruido que Rebeca provocaba al trajinar, me asomé y encima del mármol estaban, desparramados y vacíos, los moldes con los que horneaba los bizcochos y el horno apagado. Al cruzar el pasillo, escuché jadeos que surgían de detrás de la puerta de su habitación. Miré a Diego con expresión pícara.

—No hagamos ruido —le susurré al oído. Al acercarme aproveché para besarle.

—Por mucho ruido que hagamos, no nos escucharán. Tienen que recuperar el tiempo perdido —añadió Ressler deslizando su mano por mis nalgas y giró la cara para besarme los labios.

—Creo que hoy nos toca cocinar a nosotros.

Durante la comida hubo silencio y me extrañó. Mis compañeros no mencionaron ni los nubarrones negros que vaticinaban noche de tormenta. La única que sonreía era yo. Cuando terminó la comida, Rebeca me pidió que fuese a ayudarle a la cocina con intención de que ellos pudiesen salir al porche para intercambiar información en intimidad.

—Es la primera vez, que yo sepa, que Diego se enreda con un activo que él haya captado. Son relaciones prohibidas. Si su superior se enterase, no volveríais a trabajar juntos y le abrirían un expediente. Se está exponiendo por ti, niña —informó, mientras fregaba los platos y yo los secaba.

—Por mi parte, nadie lo sabrá.

—De eso estoy segura… Para ser la novia de un espía hay que tener temple y paciencia, siempre están las misiones por delante de nosotras.

—Eso me lo ha dejado claro, no pretendo más de lo que tengo, nunca me he planteado tener familia.

—Mejor, ya llegará cuando lo eches a faltar. Es más duro y doloroso de lo que te puedes imaginar, no es contarlo, es vivirlo —confesó, mientras sus ojos se volvían vidriosos.

Aquella noche, entre abrazos, besos y caricias, Diego me explicó que sus superiores de Washington lo habían requerido y partiría en dos días. No dije nada, no me interesaba aquella conversación, no pensaba lamentarme por su marcha, era su trabajo y debía entenderlo. Me dediqué a aspirar su piel sudada, después de habernos enredado y compartido delicadas caricias. Apoyada en su pecho desnudo pensaba en que me gustaban hasta sus remolinos de niño travieso, las cicatrices alargadas de su brazo derecho y su espalda, la arruga tan marcada de la frente y también las pequeñas y tímidas que empezaban a despuntar. Aquellos dos días los exprimimos sabiendo que eran únicos e irrepetibles.

Le ayudé a preparar la maleta y a vestirse. En ese breve tiempo me acostumbré a hacerle el nudo de la corbata y luego ponerme de puntillas para besarlo. Realicé el ritual como siempre. Antes de que cogiera la maleta para salir por la puerta, me atreví a preguntarle.

—¿Cómo sabré que sigo trabajando contigo?

—Si algún día dejas de recibir el sobre con el dinero, búscate otro trabajo. Mientras te llegue, significa que contamos contigo para futuras misiones.

Lo acompañé hasta la puerta del auto, no hubo caricias ni besos delante de nuestros compañeros. Nosotras nos quedamos de pie con los brazos extendidos mirando cómo el coche desaparecía tras el polvo que levantaba. Ninguna lloró ni dramatizó, aunque las dos estábamos agrietadas por dentro.

Le pregunté a Rebeca lo que no me atreví a Diego.

—¿Tardarán en volver?

—No lo saben ni ellos. Pueden ser meses o incluso años —contestó, entrelazando su brazo con el mío. Entramos en la casa, muertas de frío, estábamos destempladas.

Necesitaba mantenerme ocupada y me dediqué a ir a visitar a

amigos y a conocidos.

Le llevé a Isaías los expedientes de los empresarios españoles.

—No has podido conseguir nada más —se quejó.

—¿Qué más quieres?

—Contratos o secretos suculentos.

—La misión terminó y no encontramos nada más —repetí.

—Está bien, me ocultas datos, pero me servirán. Además, tengo una proposición para la dama de los naipes.

—No me interesa.

—Claro, me lo imaginaba. ¿Te han reclutado?

—No lo sé, no hay nada confirmado.

—¿Nadie te ha informado de que la guerra ha terminado y han ganado los aliados de Cárdenas? —preguntó, asomando su mirada crítica por encima de las gafas.

—Las noticias están en todos los periódicos y te recuerdo que me gusta leer. Además, Diego me puso al corriente antes de marcharse.

—En breve dejarás de serles útil y quiero que sepas que te estaré esperando. —Alargó los brazos todo lo que pudo, mostrando acogimiento.

—Cuento con ello, amigo —le dije para que se creyera que en un futuro estaría disponible para él, ahora me hacía falta—. Necesito que me asesore —pedí y observé su expresión de sorpresa.

—Tú dirás.

—Preciso abrirme una cuenta en un banco.

Me miró como siempre lo hacía, por encima de las gafas. Abrió el cajón del escritorio, rebuscó entre sus papeles y me entregó una tarjeta.

—Acércate y le dices que vas de mi parte. No hace preguntas sobre el origen del dinero.

—Gracias, Isaías. Mañana me acercaré.

Fui a visitar a Lola. Al principio estaba molesta y me acusó de haberla abandonado. La convencí de que fue por trabajo y ella contaba con el apoyo incondicional de la familia de Ralph Ellison. Al final, comprendió que nadie me mantenía y terminó por perdonarme. En su paciencia para escuchar encontré refugio. Le hablaba de Diego y me inventé una historia en la que al principio era taxista y luego se alistó al ejército para progresar, le gustó que fuese medio español. La gitana encontró su lugar en el amparo de la sociedad afroamericana. De vez en cuando, notaba cómo le asaltaba un sentimiento de nostalgia por lo que dejó atrás, en esas ocasiones nombraba a su madre y repetía:

—Ella está bien, le mando dinero todos los meses.

Rebeca entró en una fase de melancolía. La invité a que me acompañase a visitar a Lola. Antes de presentarle a la gitana, le

expliqué que era una amiga de la infancia y que me conocía por Candela, que era el nombre con el que me bautizó mi madre. Ella me confesó que el suyo era tan feo que estaba contenta de haber sido rebautizada con el de Rebeca. A la gitana se la presenté como una compañera de trabajo. Mi amiga no dudó en sacar su baraja y echarle la buenaventura. Le regaló los oídos con palabras de esperanza y un motivo para aguardar a su amado con ilusión, la misma que le noté en el momento que Lola levantó las cartas y estas hablaron a través de sus palabras y contaron que se casaría con él y tendrían tres hijos. Después de esa tarde, hubo muchas más y éramos tres compartiendo confidencias. Incluso conversábamos sobre sexo, lo que en ocasiones terminaba en acaloramientos y risas.

Los sobres de dinero seguían llegando, aunque mi mayor preocupación era que la imagen de Diego se terminase difuminando igual que ocurrió con la de Eduardo.

Caer en la monotonía no iba con mi temperamento y valoraba visitar a Isaías y dejarme seducir por una de sus proposiciones deshonestas que aportase algo de emoción a mi existencia. Mientras me decidía, una tarde escuché el ruido de un motor detenerse delante de la puerta. El primer impulso fue salir a fisgonear, pero por precaución fui a buscar a su habitación a Rebeca.

—Acaba de parar un coche en la puerta —le anuncié.

—Pues vamos a ver quién es —dijo, temblando y agarrándome con fuerza el brazo, arrastrándome hacia la puerta con decisión. Enfundé la mano dentro del bolsillo y acaricié el arma que se había convertido en mi compañera.

Al salir, no pude evitar taparme la boca con las manos. Primero reí y luego lloré. La emoción provocaba que cambiase de un estado a otro en cuestión de segundos. Avanzó con la maleta en la mano y recordé lo mucho que me gustaba cómo se movía. Depositó el bulto en el suelo y nos abrazamos. Aspiré su olor a madera y cítricos tan suyo.

—Candela, me estás ahogando —se quejó, de lo fuerte que oprimían mis brazos su cuello. Él no se podía imaginar cuánto había soñado yo con el momento de volver a abrazarlo. Con suavidad, me retiró los brazos sin mirarme a los ojos y percibí un sutil distanciamiento.

Rebeca nos miraba con la desilusión dibujada en su rostro.

—La misión de Henry está a punto de finalizar —informó. Y le acarició el hombro al pasar junto a ella. Cuando nos adentramos por el pasillo en dirección a la habitación, me susurró—: será su último trabajo, se ha vuelto loco, ha comprado un anillo. No le digas nada a Rebeca.

—Se llevará una grata sorpresa —murmuré.

Entramos en su habitación. Yo esperaba que me comiese a besos,

que nos fundiésemos como tiempo atrás, pero, en lugar de eso, apoyó la maleta encima de la cama y rebuscó entre su ropa. Extrajo una carpeta y anunció:

—Nos han asignado otra misión.

—¿Trabajaremos juntos? —pregunté con la ilusión de pasar tiempo junto a él.

—Sí, trabajaremos juntos… debemos hablar —anunció, marcando las arrugas de la frente y las nacientes junto a los ojos.

—Te escucho —dije y me senté en su cama. Esperaba muestras de afecto y lo que me iba a dar era una charla de trabajo.

—Lo nuestro nunca debió de ocurrir.

—No entiendo qué tratas de decirme.

—Que no podemos seguir con nuestra relación, trabajamos juntos y si nos descubren nos separarán y me abrirán un expediente por conducta inmoral.

—Podemos mantenerlo en secreto.

—No es tan fácil como crees, nos acabarían descubriendo. Lo tenemos que dejar en este punto —concretó.

—Si lo tienes tan claro, entonces seamos solo compañeros de trabajo y cuéntame en qué consiste la nueva misión. Puede que no me interese —expresé, ensayando la cara de indiferencia que me enseñó a poner Rebeca y aguantando estoicamente las punzadas de dolor que me daba el pecho.

—Está bien. Te cuento. Nos vamos a España.

—¿Los dos?

—Sí, pero en España no podrás ponerte en contacto con tu familia ni con ningún conocido. Nadie debe saber que estás en el país.

—Eso está claro, nunca los pondría en peligro. ¿Cuál será nuestra misión?

—Tu misión será aproximarte a mujeres de altos cargos militares que ejercen influencia sobre el caudillo, hacerte su amiga y conseguir información.

Asentí con la cabeza, me levanté para abandonar las cuatro paredes testigos de mi felicidad junto a ese hombre que no reconocía y que me alejaba de su lado sin contemplaciones.

—Diego, ¿puedo despedirme de mis amigos? —pregunté en el umbral de la puerta.

—Lo siento, pero no puedes.

—Espero que algún día me lo perdonen.

Me dolía no poder despedirme de Lola, a pesar de que ella estaba protegida y arropada por la familia de su novio. También echaría de menos a Isaías. Aquella noche en la que mi partida era inminente hubiese necesitado el consuelo de las caricias de Ressler. A solas en mi cama y sabiendo que él estaba tan cerca y no podía reconfortarme

entre sus brazos, lloré desconsoladamente hasta agotarme. Después lamí mis heridas y pensé que, aunque fuese como jefe y amigo, emocionalmente lo necesitaría hasta que el tiempo y mi voluntad se encargasen de vencer mis sentimientos. Por experiencia sabía que eso ocurría, apenas recordaba el rostro de Eduardo.

42

MADRID, 1941

El viaje de regreso a mi país fue largo y agotador. No tuvimos problemas con la documentación que nos facilitaron desde la sección del ejército para la que trabajábamos. Volví a ser Victoria Ledesma Torres, quien viajaba con su flamante marido desde Lisboa hacía Madrid. A los que conducían buenos coches, vestían ropas elegantes y desprendían efluvios a perfume caro se les abrían las fronteras con más facilidad. Si, además, con la alegría del recién casado, este obsequiaba a los inspectores, cansados de tratar con todo tipo de personas, con una caja de puros habanos y una botella de wiski, a los agentes se les pronunciaba la sonrisa, se relajaba el ambiente, y el papeleo, que podría haberse eternizado, se agilizaba.

Diego viajaba con documentación de ciudadano español utilizando su nombre real con el orden de sus apellidos cambiado y constaba como el señor García, que era el apellido de su madre. Nos alternábamos para conducir. En el rato de descanso del volante, me hacía la dormida para recostarme sobre su hombro, siempre supe que le gustaba porque nunca se quejó ni hizo ningún gesto para apartarme. Al contrario, procuraba realizar las maniobras con prudencia, no fuese a ser que un movimiento brusco me despertase. Disfrutaba de aquellos instantes de tranquilidad en los que me permitía ese leve acercamiento, me llenaba del ligero roce de sus brazos y me impregnaba de su olor. En ocasiones, maquinaba mil formas diferentes de tentarlo y que acabase atrapado en mi red, pero eso no era lo que realmente deseaba. Fue él quien se apartó y debía ser él quien regresara por su propia iniciativa.

Al llegar a Madrid, nos detuvimos en un bloque cerca de la embajada de Estados Unidos. Diego subió a un piso, recogió documentación, una cartilla de racionamiento a mi nombre, el contrato de alquiler de un piso, las llaves y un sobre con tantos billetes embutidos que estaba a punto de romperse. Me establecí en el ático del número cuarenta y cuatro de la calle Serrano. Era más pequeño que las demás viviendas y justificaba que lo utilizara una sola persona.

Él me contó que se instalaría en un hotel. Desde aquel instante, nuestras vidas se separaron, pero siempre me quedaba la esperanza de que no fuese por mucho tiempo, el trabajo nos anudaba. Era un bloque silencioso, ni siquiera se escuchaba a las sirvientas hablar en el patio de luces cuando tendían la colada. Los moradores del edificio debían de estar sometidos a un pacto de sigilo. Cuando nos cruzábamos con vecinos en las escaleras o en la portería, hasta los saludos de cortesía eran entre susurros. Al principio, al observar a las mujeres mirarme con recelo, por encima del hombro, me pregunté: «¿Es de estas de quien me tengo que hacer amiga?». Me pareció un reto que planteaba dificultades.

Aquellas cuatro paredes, decoradas con alfombras, cortinas de terciopelo y muebles caros, me ahogaban o quizá era la soledad la que me estrangulaba. Necesitaba tener información para Diego, así le enviaría un mensaje y, con esa excusa, poder gozar de su compañía.

Para familiarizarme con mi entorno, todos los días recorría las calles, observaba a los transeúntes y me detenía en los escaparates. Todo me resultaba tan diferente y primitivo comparado con Nueva York. Después de un tiempo, comencé a conocer la zona como la palma de mi mano.

Por la mañana salí temprano con la intención de coincidir con Paco, el portero, mientras limpiaba las escaleras. Después de saludarlo, me detuve a charlar con él y de paso le comenté que necesitaba una asistenta doméstica. Si la intuición no me fallaba, ese hombre me recomendaría a alguna conocida. Los domingos por la tarde el barrio se llenaba de grupos de sirvientas que salían a pasear por Madrid y pensé que ellas también podían ser una fuente de información. Al día siguiente, llamaron al timbre. Cuando abrí, me encontré al conserje acompañado de una joven que me recordó a mí misma cuando subí a aquel barco. Resultó que la chica, emparentada con el portero, pertenecía a una familia numerosa y varias de sus hermanas y primas trabajaban de doncellas por la zona y en casas de militares. Cumplía los requisitos del perfil que buscaba.

Mi misión consistía en entablar amistad con las mujeres de los candidatos asignados, infiltrarme en sus vidas y tener acceso a sus casas. Descubrí que la gran mayoría de ellas acudía por las tardes a merendar a la pastelería Luanje. Comencé a frecuentar el lugar coincidiendo con el horario de las clientas de la nueva clase social que estaba surgiendo en la capital. Mientras las señoras se reunían, las niñeras paseaban a los niños. Siempre pedía lo mismo, un chocolate con tres bizcochos de soletilla. Los degustaba con parsimonia mientras fingía leer la prensa y de paso escuchaba las conversaciones de aquellas supuestas aristócratas, título que les concedía el cargo militar de sus maridos. Sus conversaciones eran aburridas: sobre el servicio,

los hijos y la familia, pero se volvían interesantes cuando despotricaban sobre las suegras. Me di cuenta de que cuanto más enfadadas estaban con los hijos peor hablaban de las madres. Piluca, una de las asiduas, en ocasiones no se quitaba las gafas de sol, lo justificaba con una conjuntivitis o alergia, era la más mordaz con la madre de aquel que la golpeaba y ella encubría simulando torpeza. Cada semana tropezaba con algo y así argumentaba la aparición de moratones cuando no los podía ocultar. En ocasiones, me sentía como una parte más del mobiliario del lugar. No lograba captar la atención de aquellas señoras o, si lo hacía, era al salir, cuando suponía que chismorreaban posibles historias sobre mi persona.

Por las mañanas, con la excusa de mi soledad, comencé a desayunar en la cocina junto a Gracia. Al darle confianza, en pocas semanas empezó a hablar de todo lo que pasaba en las casas ajenas del barrio, ya que era muy joven y aparentemente inocente. Le conté que era viuda y que mi familia me había concertado el matrimonio con un familiar indiano, de buena posición económica, treinta años mayor y no tuvimos hijos. Le hablé de nuestros viajes a Estados Unidos, donde falleció.

—Se le paró el corazón, intentando complacerme —desvelé, haciendo la señal de la cruz. Imaginé los comentarios que sobre mí surgirían a raíz de la confidencia y tuve que esforzarme en disimular una sonrisa traviesa.

—¿No tiene más familia? —preguntó la chica desconcertada.

—Soy hija única y mis padres fallecieron antes que mi marido. Únicamente me quedan unas primas lejanas —le mentí.

Esa tarde acudí pronto a la cita de las cinco en la pastelería. Mientras saboreaba la nata mezclada con el chocolate, me imaginaba compartiendo con Diego en intimidad aquella delicia. Una voz que me resultó familiar pedía tarta de chocolate. Al escucharla casi me atraganto. Si era ella, seguía fiel a su debilidad por los dulces. El miedo a que me reconociese me impedía girarme, pero el fuerte impulso que no lograba controlar se apoderó de mí y giré la cabeza, cruzamos la mirada. Lo único que se me ocurrió fue sonreír, la mujer me devolvió el gesto. Sin duda era Amalia. Palidecí de tal modo que la dependienta se acercó.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó, preocupada.

—Solo es un mareo, tengo la tensión baja, pero ya estoy mejor, muchas gracias —contesté. Me puse en pie y salí ligera, necesitaba respirar el aire de la calle. Me acababa de cruzar con mi pasado.

El domingo acudí a la homilía de las doce en las Carmelitas. Era la parroquia preferida de las familias de las clientas del Luanje. Al salir de la iglesia, muchas miradas se posaron sobre mí, la información que le di a Gracia empezaba a calar. El niño mediano de Piluca se agarró a

mi falda confundiéndola con la de su madre, las dos eran azul marino. Lo cogí de la mano y se lo acerqué a su madre. Su marido, el verdugo de la mujer, me escrutaba con la mirada afilada y la sonrisa forzada en un intento de aparentar amabilidad. Un escalofrío, que solía aparecer cuando detectaba depredadores cerca, me recorrió el cuerpo.

El jueves de la semana siguiente, con la intención de invitar a merendar a Gracia y con cautela sonsacarle información, regresaba de la pastelería portando un paquete de merengues que pensaba compartir con ella. Al entrar en el portal un agente de paisano que mostraba con intención su pistola me detuvo en el rellano. Del temor casi tiro los pasteles.

—Señora, ¿a qué piso se dirige? —preguntó.

—Vivo en el ático —respondí titubeando. Lo primero que se me pasó por la cabeza, sin motivos, fue que me habían descubierto y venían a detenerme.

—Documentación —solicitó. Saqué mis papeles del bolso, los revisó y dijo—: está bien, puede pasar —determinó, apartándose hacia un lado.

Diego había dejado muy claro que, si algo fallaba, me refugiase en la embajada de los Estados Unidos y ellos sabrían qué hacer, pero si el agente me dejó pasar, era porque el asunto no estaba relacionado conmigo.

Cuando abrí la puerta, Gracia acudió rápidamente a mi encuentro.

—Señora Victoria, estaba preocupada por si los agentes no la dejaban entrar. La señora del caudillo ha venido a visitar a su primo y, cuando lo hace, esto se llena de policías.

—¿Quién? —pregunté incrédula.

—La mujer de Franco. Su primo vive en el segundo piso y cuando viene a visitarlo toda la escalera se llena de policías, el portero dio el aviso.

43

LOS HILOS DEL ALMA

Acompañé a la chica a la cocina y con cariño le solicité:

—Gracia, prepara unos chocolates que he traído merengues.

—Señora, ¡qué buena es usted! —dijo, relamiéndose mientras miraba los dulces.

Me gustaba sentarme con ella en la cocina, me recordaba mis orígenes.

—¿A tus hermanas y primas las señoras no las invitan a pasteles? —pregunté, sabiendo que la joven era de lengua fácil. A ella ese paréntesis le daba fuerza. Su vida estaba limitada a las cuatro paredes de mi casa y, según me contó, les tenían prohibido hablar dentro del bloque, incluso en la escalera de servicio. También mencionó lo afortunada que se consideraba al ser la encargada de ir a comprar y poder salir casi todos los días a la calle.

A través de ella me enteré de que Amalia era nueva en el barrio y recién casada con el general Antonio Lara Guzmán, un hombre que le sacaba una veintena de años. Entre bocado y bocado de merengue, también hablamos de Piluca para derivar en su marido, un agente de la Brigada Político-Social. Entre susurros y seducida por el exceso de azúcar, confesó que en casa de los Lara su prima había servido café a agentes alemanes.

Después de varios meses, había recopilado suficiente información para solicitar una entrevista a Diego Ressler.

Nuestro punto de contacto se había fijado en la librería Ulloa, en el centro de la ciudad. Preparé tres naipes, que coloqué dentro de un sobre blanco, y me dispuse a salir a pasear. Entré en el establecimiento conformado por anaqueles repletos de libros empolvados y una misteriosa escalera caracol que accedía al segundo piso. Mi contacto era el dueño.

—Necesitaría un ejemplar de *El Quijote* para regalar —pedí. El hombre, sin hablar, me entregó el libro. Lo ojeé y se lo devolví con el sobre dentro. Entró en su despacho, supuse que telefoneó a mi jefe y a los minutos salió.

—Mañana a las cinco de la tarde en la cafetería de La Posada del Peine —susurró y levantó la voz para seguir—: tome, aquí lo tiene envuelto, un libro siempre es un buen regalo.

—Veo que tenemos gustos similares —me habló una voz a mis espaldas que reconocí de inmediato.

—Además de gustarnos los pasteles de Luanje, también nos gusta la literatura —dije, girándome y dedicándole una temblorosa sonrisa. Me moría por abrazarla y por hacerle mil preguntas.

—Me apasionan los libros, son mi compañía cuando me siento sola, mi marido me tiene abandonada con tanto trabajo.

—De soledad entiendo un poco, perdí al mío el año pasado y no llegamos a tener hijos —mentí a medias. No había perdido a un marido sino a un amante y entendía mucho de tener por amiga la soledad.

—Siento su pérdida.

—Es doloroso, pero gracias a los libros vivo historias fascinantes y diferentes —expresé, quitando hierro al asunto de ser viuda.

—Si desea, puede venir a casa a merendar y continuamos esta charla.

—Estaré encantada de visitarla.

—¿El viernes le vendría bien? —me acercó una tarjeta.

—Es un buen día —confirmé.

Recordé a mi querida Lola y a una extraña tirada de cartas en la que vaticinó mi regreso a España. Me habló de los hilos de mi alma anudados a personas del pasado y que para deshacerlos debía cumplir con una tarea de vida y que no encontraría la paz hasta encauzar mi destino.

Aquella tarde, nada más abrir la puerta de casa, me asaltó Gracia alarmada.

—¡Señora, señora! El dueño de los ultramarinos no quiere venderme café ni nada de la trastienda. Además, me ha dicho que solo le servirá las raciones que le corresponden de la cartilla de racionamiento y que vaya usted.

—No entiendo por qué no quiere venderte. Es el hermano de Piluca, ¿verdad?

—Claro, por eso tiene todo lo que tiene en la trastienda y nadie dice nada. La gente le tiene miedo a su cuñado.

—No te preocupes, ahora vuelvo.

Me dirigí enfadada hacia la puerta. Cuando estaba a punto de salir, retrocedí, entré en mi habitación y me enfundé un vestido ajustado a la cintura y zapatos de tacón. Utilicé el maquillaje para quitarme las ojeras e iluminar el rostro. Rematé el estilo con una chaqueta de media manga y un sombrero a conjunto.

Entré en los ultramarinos Mariano moviendo las caderas. El dueño

salió de la trastienda y al verme, se le desencajó la mandíbula inferior, casi le chorreaba un hilo de baba por la comisura de los labios. Entonces entorné los ojos y le dediqué una sonrisa.

—Hola… —saludé, con una entonación melódica.

—¿Qué desea, señora? Soy Mariano, el dueño del comercio, y con gusto le serviré lo que necesite —ofreció, frotándose las sudorosas y rojas manos. Sus dedos me recordaron a los chorizos que hacíamos en casa de mi tía. Me miraba intrigado con aquellos redondos y negros ojos que parecían dos agujeros en el centro de un pan de pueblo. Debía de sufrir alopecia: la raya del pelo la llevaba a ras de la oreja y la melena engominada o grasienta le llegaba hasta el otro extremo tapando el centro. Sujetaba los pantalones con tirantes, no debía de encontrar cinturón que abarcase semejante tripa.

—Muy amable, señor Mariano. Estoy en su tienda porque Gracia, la chica que me hace compañía, me ha informado de que usted ya no quiere venderle. No sabe usted el disgusto tan grande que me ha dado. —Puse cara de pena y logré aflorar dos lágrimas, para darle realidad al asunto.

El hombre abrió aquellas cabezas de alfiler que tenía por ojos y enmudeció. De repente, noté un peso sobre los hombros y un gélido escalofrió recorrió mi cuerpo erizándome el vello y ocasionando que me temblaran las entrañas. Era el tacto de la mano de Alfredo, el marido de Piluca, tan desagradable como su cara. Alto y delgado, en sus ojos marrones leía autoridad y las muecas de su boca las acentuaban un corto y ridículo bigote. Quería desprenderme de sus garras, pero mi intuición me aconsejaba que mantuviese la calma y ni respirase.

—Cuñado, sírvele a la señora todo lo que pida —ordenó. Entonces aproveché para dar un paso hacia la derecha y liberarme de su pesada mano.

—Muy agradecida —susurré y sonreí como si me estuviese haciendo un gran favor y añadí—: únicamente me gustaría que, si Gracia viene a esta tienda, se la tratase igual que a mí.

—Así se hará —manifestó Mariano después de mirar a su cuñado y que este asintiera.

Salí de la tienda lo más rápido que pude intentando aparentar tranquilidad y caminar pausadamente. Cuando cerré la puerta, escuché perfectamente a Alfredo comentar:

—Esta es la viuda de la que te he hablado, se le nota que está falta de macho.

—Es muy guapa.

—Lo es. Cuando me canse de ella, te la podrás quedar.

Ese maldito hombre había puesto los ojos en mí y ese era un aviso para que me diese por enterada de que allí mandaba él.

Esa noche tuve una pesadilla y volví a ver a don Rafael abalanzándose sobre mí y su cara de horror al descubrir el corsé. Me quedé en la cama un buen rato sentada y meditando una estrategia para alejar a Alfredo de mi vida. Después de trazar un plan, pude dormir.

Desperté de buen humor, dediqué la mañana a acicalarme, incluso Gracia se atrevió a preguntar:

—¿Tiene una cita, señora?, se ha emperifollado mucho.

—Voy a visitar a una prima lejana de la familia, es muy criticona y prefiero que me vea con buen aspecto.

—Ah, ah… —dijo con un ápice de incredulidad en su entonación.

Mientras caminaba dirección a la calle Postas, aclaraba ideas. Entré en la cafetería de La Posada del Peine, pedí un chocolate y esperé a Diego Ressler. Al cabo de media hora, el camarero dejó sobre la mesa la llave de la habitación doscientos diez.

Cuando abrí la puerta mi jefe me recibió en mangas de camisa, sin corbata, despeinado y sonriendo. Tuve que hacer un esfuerzo para contener mis instintos más primitivos. Por un instante, solo pude pensar en morderle el hoyuelo de la barbilla. Se acercó y nos abrazamos, me impregnó de su esencia amaderada y cítrica. Entre sus brazos acogedores, me hubiese quedado acurrucada durante horas.

—Te veo muy bien —dijo. Era parco en halagos.

—Tengo varios frentes abiertos y estoy recopilando información —anuncié.

—Cuenta, cuenta —indicó, señalando el sofá e invitándome a sentarme y a una copa de wiski.

—He logrado simpatizar con la mujer del general Antonio Lara Guzmán y el viernes iré a su casa a tomar café.

—Muy buen contacto. De los consejeros que rodean a Franco, él es de la facción moderada. Nos resultaría muy interesante saber si los ingleses contactan con él.

—Un primo de la mujer del caudillo vive en el mismo bloque que yo. ¿Quieres que entre en su casa y mire a ver si encuentro información?

—No hace falta, no pertenece al entorno de Franco y no nos interesa.

—Ha surgido un problema.

—¿Un problema? —repitió, dio un largo trago al wiski y se volvió a rellenar el vaso.

—Hay un agente de la Brigada Político-Social que, como cree que soy viuda, piensa que necesito consuelo masculino. Además, recibe en su casa a alemanes.

—Lo sabemos. Están recibiendo asesoramiento e instrucciones de agentes de la Gestapo. Es un problema porque ellos no rinden cuentas

a nadie y sus métodos de torturas son los mismos que usan los alemanes. ¿Quieres abandonar esta misión?

—No. Creo que podré mantenerlo a raya.

—¿Estás segura? —me cogió de las manos y pensé: «no hagas eso».

—Tengo una estrategia y no creo que haya problemas —susurré, manteniendo las manos calientes entre las suyas y mi vientre comenzó a arder.

Dejé caer la cabeza sobre su hombro, buscando mi hueco en el que encajaba a la perfección. Demasiada proximidad para resistirse y, cuando me incorporé para mirarlo, nos besamos. Habíamos pasado mucho tiempo sin rozarnos. La ropa acabó tirada por el suelo y nuestros cuerpos desnudos se ajustaron, ansiosos de rozar nuestra piel. Nos amamos y trepé por su cuerpo como las buganvillas lo hacían por el muro del jardín de La Majala. Junto a Diego Ressler florecía como ellas en verano.

A la mañana siguiente, me despertó el ruido del agua que caía sobre el cuerpo de Diego Ressler. Me levanté y no pude evitar fisgonear entre sus cosas. En uno de los cajones del armario encontré un doble fondo, al abrirlo aparecieron unos documentos que eran órdenes de la Office of Strategic Services firmadas por William J. Donovan como jefe y por Donald Downs, responsable del departamento de España. La misión, a la que bautizaron Torch, consistía en viajar a Argelia y reclutar a republicanos en los campos de concentración. Entrenarlos para que actuasen como agentes irregulares en el sur de España y ponerlos al servicio de la OSS. Partiría en dos días. La ducha se silenció, guardé los papeles, cerré el cajón y volví a la cama. El hambre con la que desperté desapareció y fue reemplazada por un dolor en el estómago. No quería perderlo. En mi mente la palabra resignación se repetía, para consolarme pensé en Lola y en lo que decía sobre aquellos hilos que conectaban las almas, los nuestros debían estar anudados. Salió del baño con la toalla enroscada en la cintura.

—Esto no tenía que haber sucedido —comentó.

—No ha ocurrido nada —contesté, había sido una despedida.

44

LA PULSERA

Accedí a mi propia casa a hurtadillas, como una delincuente. Me fui directa a la habitación a cambiarme de ropa. Gracia no daba señales de vida ni siquiera se escuchaban los habituales ruidos que armaba al trajinar por el piso. Estaba dispuesta a marcharme, cuando un golpe me alertó. Ese bloque disponía de escalera de servicio con puerta de acceso a los pisos. Retrocedí hasta la cocina, la chica colocaba la compra.

—Ayer estaba tan cansada que no la escuché regresar —informó, fingiendo no saber que no había dormido en casa. Parecía discreta y esperaba que su lengua también lo fuese

Esa tarde estudié la rutina de Piluca simulando estar de compras, entreteniéndome en los escaparates. Acompañó a la niñera al parque infantil y la dejó al cuidado de sus hijos. Luego se dirigió al Luanje para tomarse un descanso junto a sus amigas. Allí se relajaba arropada entre charlas y dulces cucharaditas de nata con chocolate y pasteles.

El tercer día me hice la encontradiza cuando andaba apabullada entre pequeñas vocecitas que demandaban constantemente su atención y tropecé con ellos.

—Lo siento —me disculpé.

—Perdone, con tanto niño no la he visto —se excusó como si diese por supuesto que la culpa era de ellos.

—No tiene importancia. ¡Qué guapos son! —adulé por cortesía.

—Ni se imagina lo agotadores que pueden llegar a ser —reveló, y nos dedicamos unas amables sonrisas al despedirnos.

Esperé a que entrase en la pastelería y accedí al recinto justo detrás de ella. Me agaché y recogí del suelo una pulsera de oro y diamantes que siempre llevaba puesta para presumir de los buenos regalos con los que la agasajaba su marido. Según la prima de Gracia, que trabajaba para ellos, poco después de cada uno de aquellos episodios de golpes e insultos, el agresor aparecía con un obsequio para disculparse.

—Perdonen, acabo de encontrar esta pulsera en el suelo. ¿Pertenece

a alguna de ustedes? —pregunté, mostrando la joya a todas las señoras de la mesa redonda del rincón: la ocupada por la nueva clase alta del barrio; las esposas de policías y militares de mayor rango, del bando vencedor.

Piluca se palpó la muñeca derecha con desespero, despojada de su ornamento.

—Sí, es mía. Se me habrá abierto el cierre y la he perdido —dijo con preocupación y sonrojada. Pensé que se alteró prediciendo la represalia que podría caer sobre su cuerpo si volvía a casa sin ella.

—Llévela al joyero a que le ponga un cierre de seguridad —le aconsejé mientras se la entregaba.

—¿Le gustaría sentarse con nosotras? —propuso, mirando a sus amigas que asintieron. En sus miradas chispeantes se leía excitación por curiosear en la vida de aquella mujer que se había acercado a devolver una joya tan valiosa.

Las tuve entretenidas contándoles la falsa historia de un matrimonio concertado con un hombre que podía ser mi padre y detallando el momento en el que murió víctima de un infarto.

Al despedirnos, y para reforzar nuestra reciente amistad, propuse:

—Piluca, voy en la misma dirección que vosotros. Si quieres, vamos juntas.

—Te advierto que los niños se ponen muy pesados.

—No importa. Me gustan —mentí, no eran mi fuerte.

Agarré a las dos gemelas una de cada mano y les iba poniendo caras. A ellas les gustaba y reían. Al pasar por delante de la tienda de Mariano, me encargué de dejarme ver bien con la familia. Me despedí de los niños abrazándolos y besándolos uno a uno. Su marido no tardó en salir del almacén. Su fría mirada me fulminó al observar que estaba entre su familia.

—Alfredo, ella es mi amiga Victoria, hace poco que se ha mudado al barrio —nos presentó.

—Nos conocimos aquí mismo el otro día —delaté, mientras ponía cara de ingenua.

—Sí, vine a ver a tu hermano y ella estaba comprando —corroboró el policía.

Con ese acto puse en su conocimiento que comenzaba a pertenecer al grupo de amigas de su esposa y que, si quería poseerme, tendría que ir con más cuidado. Aunque no me fiaba de él y seguiría alerta. La pistola que escondí dentro del colchón de lana, pensando que no me haría falta, volvía a tener su lugar en el bolsillo oculto de mis faldas y vestidos.

Piluca estuvo una semana sin pisar la pastelería y, cuando lo hizo, todavía le quedaban restos de moratones. Aquella tarde anunció un nuevo embarazo. Ella estaba contenta e imaginé que, mientras el hijo

de su verdugo estuviese en su vientre, se libraría por una temporada de sus castigos.

Llegó el deseado viernes y el momento de acudir a la cita de Amalia. Mientras me acercaba a su casa sentía como si un largo gusano se enroscase en mi vientre. Era un encuentro deseado, pero también temido. En el caso de que me reconociese, la misión peligraría, aunque las dos habíamos cambiado mucho.

Nos sirvieron el café en una biblioteca parecida a la que tenían en La Majala. La huella del refinado gusto de Amalia estaba impresa por todos los rincones de su hogar.

Comenzamos a hablar de libros y enseguida, en un derroche de cordialidad, me mostró un ejemplar de *La casa de Bernarda Alba*, de Federico García Lorca, forrado con un papel de flores, un libro censurado. Me dio la impresión de que seguía siendo la misma niña malcriada e inocente que dejé atrás.

—¿Le enseñas a todas tus visitas los libros prohibidos que tienes? —pregunté, molesta. Si la descubrían, se podría meter en un buen lío. Luego pensé que vivía bajo el amparo de un militar. Pero estaba segura de que, si Alfredo tuviese conocimiento de ello, disfrutaría haciéndole pasar vergüenza al general y a ella un mal rato en comisaría.

—Me trasmites confianza. ¿Sabes? Te pareces mucho a una amiga que tuve, me di cuenta de lo mucho que la quería cuando la perdí. Pero dejemos el pasado.

—¿Qué ocurrió? —pregunté. Quería saber su versión de los acontecimientos, del desencadenante de mi destierro.

—Entraron unos delincuentes en el cortijo de mis padres y la secuestraron. La confundieron conmigo. Lo extraño es que nunca pidieron rescate por ella, su familia no volvió a pronunciar su nombre y nosotros no nos atrevimos a hacerlo.

—¡Pobre familia! La desaparición de su hija debió de causarles un gran dolor.

—Ese día todos perdimos, yo me quedé huérfana —confesó.

—¿Qué les ocurrió a tus padres?

—A mi padre lo mataron. Era valiente y debió de enfrentarse a los secuestradores. Madre terminó de enloquecer, desde entonces está ingresada en un sanatorio. Siempre tuvo manías extrañas: se pasaba semanas sin salir de su habitación y los insectos le provocaban ataques de pánico, pero con la muerte de mi padre empeoró.

—Debiste de sufrir mucho.

—Sí y sigo sufriendo. Más tarde, la guerra me arrebató al hombre que amaba. En un intento de huida acabé por casarme con el único familiar que me quedaba. Mi marido es primo lejano de mi padre, pensé que un cambio de aires y mudarme a Madrid me sentaría bien.

Reconstruí mentalmente aquel fatídico día y cuando salí del despacho de don Rafael, estaba vivo. Me dolió recordar a Eduardo, el amor soñado de juventud, puro y platónico. Aquellos ideales de los que tanto le gustaba conversar fueron los que acabaron con su vida. Tuve que sacar fuerzas para retener unas lágrimas de añoranza y tristeza por todo aquello que perdí y que jamás volvería.

—Lo que importa es que tu marido y tú os queráis.

—Victoria, no te voy a engañar. Sería un mal comienzo para una amistad. Es un matrimonio de conveniencia, dormimos separados —confesó sin ningún pudor.

—Entonces, mientras haya respeto, todo irá bien —aporté y comenzamos a reír.

—¿Dónde puedo conseguir libros clandestinos? —pregunté para que percibiera que éramos afines en pensamiento.

—Yo te los consigo. ¿Cuál quieres?

—Me gustaría tener *La Regenta*, de Leopoldo Alas Clarín.

—Quedamos el próximo viernes a la misma hora y te lo voy hasta a forrar —dijo con ilusión.

Cuando estaba a punto de marcharme, se oyó un murmullo de voces varoniles que surgían del pasillo. Le pedí visitar el baño y, al pasar por delante de una puerta que debía de ser el despacho del general, escuché una conversación. Los visitantes le estaban ofreciendo una gran suma de dinero al marido de Amalia a cambio de que influyese en las decisiones de Franco y se inclinase por no apoyar a los alemanes en su contienda. El dinero se abonaría al terminar la Guerra Mundial y siempre que España no hubiese intervenido.

Al salir de la vivienda, entré en una tienda de lencería que estaba situada enfrente y estuve esperando a que los hombres saliesen para averiguar de quiénes se trataba. Reconocí al embajador británico Samuel Hoare. Diego me había mostrado unas fotografías. Era uno de los objetivos a vigilar si acudía a reuniones con los maridos de mis nuevas conocidas.

45

EL CAZADOR

Redacté un documento relacionado con las visitas recibidas por el marido de Amalia y lo guardé en el doble fondo del maletín de maquillaje. Al abrirlo, revisé los artículos que Diego me entregó por si llegado el momento los necesitaba: un bote de somníferos, para dormir a un caballo según me dijo, y una cámara de fotografiar.

Buscar una tienda de ortopedia se convirtió en la tarea más importante de la semana. En el escaparate de un zapatero vi un par de botas. A una de ellas se le había añadido una plataforma en la suela. Me dirigí a la tienda y entré con decisión.

—¿Esas botas son para una casa de ortopedia? —pregunté a la vez que las señalaba.

—Sí, señora, las adapto para una que está seis puertas más arriba.

—Muy agradecida.

Me presenté al dueño de la ortopedia, le comenté que el zapatero lo había recomendado. Compré un corsé de cuero y metal y un arnés para la cadera. Me tomó las medidas para adaptarlo a mi cuerpo, extendió un resguardo en el que indicaba el día de recogida y un sello de pagado. No solicitó receta de un profesional ni explicaciones, en momentos de penuria los negocios necesitaban vender.

La tarde siguiente me acerqué al zapatero, le pedí unas plantillas y una calza de diez milímetros para colocar debajo del pie derecho, que se adaptase a todos los zapatos.

Gracia, que se fijaba en todo.

—Señora, ¿le pasa algo? —preguntó, arrugando su fisgona nariz.

—No me llames señora —la reprendí.

—Bueno, señora Victoria —repitió. La dejé por imposible.

—Verás, Gracia, tengo un problema de salud y el médico me pronosticó que iría empeorando con el tiempo. Me caí de un caballo y me fracturé la cadera.

—¡Dios bendito! —exclamó y se santiguó.

—También me tendré que poner un corsé ortopédico, me lo están preparando —anuncié para que se hiciera cargo de la gravedad.

—¿Tiene cura? —preguntó preocupada.

—No. Además, con el tiempo se agrava.

A partir de ese día, cada vez que entraba en el Luanje, cojeaba en exageración. Confesé mi secreto a Piluca y a sus amigas. Lloré al lamentarme de una frágil salud. La noticia se esparció por el barrio como lo hacían las hojas de los plátanos en otoño llevadas por el viento.

Además de las citas literarias con Amalia de los viernes, también nos encontrábamos los domingos en la iglesia. Al salir de misa, el marido de mi amiga se retiraba a su vivienda, con la excusa de terminar informes pendientes. El hombre era taciturno. Nosotras paseábamos por El Retiro. Aquella mañana me pidió que el lunes la acompañase a la modista. Le estaban confeccionando los trajes de verano que pretendía llevarse a Málaga.

—¿Te vas? —pregunté.

—Estaré fuera un mes. Tengo que visitar a mi madre y resolver asuntos en el cortijo.

—Te echaré de menos —le mentí. La marcha de Amalia favorecía mis planes. Con el corsé puesto caminaba más rígida y esa postura le podría traer recuerdos y descubrirme. Decidí posponer su puesta a que ella estuviese fuera, asumiendo el riesgo de cruzarme con el depredador y acabar en los calabozos porque pensaba pegarle un tiro si hacía falta.

Estuve toda la semana calculando mis próximos pasos. Me puse el vestido más recatado que poseía para ir a misa. Los señores Lara dejaban libre a sus empleados la mañana de los domingos para que pudiesen acudir a la homilía. Entré por la escalera de servicio, no se escuchaba un alma, estarían todos confesando sus pecados. Deslicé las ganzúas por mis dedos y abrí la puerta que daba a la zona de las criadas. Conocía la casa. El despacho lo encontré cerrado bajo llave. La cerradura resultó débil y cedió sin dificultad. Rebusqué en los cajones del escritorio y el tercero solo contenía una libreta que extraje y deposité sobre la mesa, palpé el fondo y en una esquina encontré una pequeña pestaña. Al tirar de ella, se levantó una tapa. Era el escondite de los informes importantes, los examiné, uno de ellos contenía una lista de generales sin más especificaciones. Me llamó la atención el nombre de Nicolás Franco Bahamonde. Fotografié el documento y tuve sumo cuidado en dejarlo todo tal y como lo había encontrado. Fue arriesgado e imprudente entrar en casa de un general, pero al salir caminé rápido para que no notasen mi ausencia en la iglesia, mientras sonreía pensando en lo que, para mí, había sido una hazaña lograda. A la salida del templo, Amalia se acercó y entrelazó su brazo al mío.

—Pensaba que no habías venido —me susurró casi al oído.

—Hoy me apetecía quedarme en los últimos bancos.

—Vamos a dar un paseo por El Retiro y hablamos, mañana partiré para Málaga.

El lunes recogí el corsé ortopédico y le pedí a Gracia que me ayudase a ponérmelo. La chica, cuando vio el armatoste, estuvo mirándome con cara de pena durante varios días. A partir de entonces, no dejé de utilizarlo.

Unas semanas más tarde, cuando regresaba de tomarme el chocolate en el Luanje, al entrar en casa, la persona que me recibió me heló la sangre. Lo temido estaba a punto de ocurrir. El cazador no renuncia al regocijo de cobrarse su trofeo, un buen acechador no abandona. Ni siquiera me dejó hablar, me agarró con fuerza del brazo y me arrastró hasta la habitación. Tuve la tentación de sacar la pistola, pegarle dos tiros en la cabeza y borrarle esa sonrisa cínica y libidinosa.

—Desnúdate —ordenó, mientras restregaba su lengua por mi cuello embadurnándome de sus asquerosas y fétidas babas.

Retrocedió y se sentó en mi butacón. Con la mano indicaba que comenzase. Acompañé con las manos el vestido hasta que quedó en el suelo. Si lo dejaba caer de golpe, la pistola podía hacer ruido y levantar sospechas. Lo miré fijamente a los ojos, desafiante, y la fina línea sonriente de sus labios se inclinó para transformarse en una mueca de repugnancia y repulsión. Sus instructores alemanes lo habían aleccionado bien.

—¡Es cierto, eres una tullida! —murmuró, en el tono percibí la rabia y en la mirada, el desprecio, la presa resultó defectuosa. Se levantó y me dio un puñetazo, sentí cómo se rajaba el interior de mi mejilla al impactar contra los dientes, caí al suelo y pateó mi cuerpo con saña, los hierros del corsé se hundieron junto a mis costillas.

Tardé un mes en recuperarme, después, lo primero que hice fue buscar una pensión en las afueras de la ciudad. Era un tugurio parecido a aquel en el que estuve esperando el barco en el puerto de Málaga años atrás. Un solo baño por rellano, compartido por todos los clientes. Cuando entré en la habitación, solo había una jofaina con agua y una toalla que parecía un cartón. Lo único que les pedí fue un espejo grande y pusieron uno de pie. De la maleta extraje todo lo que necesitaba para transformarme.

Diez minutos antes de su cierre, me presenté en la tienda de Mariano. Estrené la peluca rubia de larga melena que Rebeca insistió en que me llevase. Ella siempre pensaba en los «por si acaso» y el tiempo le daba la razón. Me puse un vestido, de escote prominente, que marcaba mis curvas y unos zapatos de tacón. El hermano de Piluca estaba contando dinero.

—Perdón, ¿ya cierra? Es que soy nueva en el barrio y necesito

comprar —dije con voz melosa. El hombre desencajó la mandíbula y abrió los ojos.

—¿Qué necesita? —preguntó.

—Aceite, un pollo, café y vino.

—Espere un momento —dijo, y se metió en la trastienda.

Cuando salió con todo lo que le había pedido, me entregó el paquete, le pagué y, antes de marcharme, pregunté:

—¿Cuál es el mejor día y la mejor hora para venir a comprar? Cuando hay mucha gente en las tiendas, me siento angustiada —le expliqué. Se rascó la cabeza y tardó en contestar. Estuvo pensándose la respuesta.

—Los jueves a esta misma hora la podré atender con tranquilidad —propuso al fin.

Después de varios jueves, Mariano y yo éramos más que íntimos amigos. Le dejaba que se tomara confianzas y se extralimitara con tocamientos que él se imaginaba que me pasaban inadvertidos. Un día le pregunté:

—Me han dicho que eres hermano de Piluca.

—Sí y su marido es mi socio.

—¿Viene él por aquí?

—El jueves es el único día que no viene. Nunca se pierde la partida que organizan sus compañeros de trabajo.

—Entonces, hoy me puedes invitar a una copa y nos podemos relajar un poco —propuse.

Mariano comenzó a canturrear mientras bajaba la persiana. Luego pasamos al despacho y, mientras fue a buscar lo que para él era un buen vino de su bodega particular y dos copas, me dediqué a analizar el lugar. Nos acomodamos en un viejo sofá. En la intimidad se atrevió a contarme chistes malos, a tocarme la pierna y poner sus zarpas en mi cintura en varias ocasiones.

—Mariano, estoy de antojo, ¿me pones unas olivas? —le pedí con voz zalamera. Le faltaban pies y manos para darme el capricho. En el tiempo que tardó en regresar, se deshizo en el vino de su copa uno de aquellos somníferos para dormir bestias, según Diego. El efecto fue inmediato.

Dos bodegones de las mismas dimensiones colgaban de la pared: uno estaba ligeramente torcido, lo moví y detrás se escondía la caja fuerte. La venganza me cegaba y no me había parado a pensar en las consecuencias para el desgraciado de Mariano. Si le robaba, lo mataría, pero no me resistí a abrir la caja. Dentro había varios fajos de billetes, muy golosos, y un cuaderno que hojeé. Allí estaban detallados los vecinos del barrio que eran sus confidentes, entre otros Paco, el conserje del edificio del cuarenta y cuatro, el bloque donde yo vivía. Cayó una hoja suelta, contenía una lista de nombres y comercios entre

ellos figuraba la papelería Ulloa. Supuse que eran los sospechosos de colaborar con los republicanos, ingleses o americanos por las iniciales que los precedían. Saqué la cámara del bolso, fotografié el cuaderno y varias páginas sueltas. Antes de coger el dinero, miré a ese infeliz y sus flojas carnes desparramadas en el sofá. Parecía un muñeco de mantequilla. Cerré la caja sin llevarme nada, cogí un naipe del bolso y se lo introduje en el bolsillo de la camisa. La información conseguida era suficiente botín y no deseaba tener cargos de conciencia.

46

EL REGRESO

Después de varias semanas dudando, esa mañana me decidí a pasarme por la librería Ulloa. Había dejado de maquillarme y cojeaba con más exageración que nunca, sobre todo cuando caminaba cerca de Paco, el portero confidente. Pasé por la cocina a dejarle a Gracia la lista de la compra y la escuché cuchichear en el rellano de servicio.

—Tu señora cada vez está más demacrada —mencionó su pariente.

—La pobre, desde el incidente, está muy desmejorada. Casi no lo cuenta.

—No menciones el suceso, si no quieres que los próximos seamos nosotros —la advirtió el hombre.

—Tú has empezado, no vuelvas a hablarme de ello —le reprochó.

—Es que me da mucha pena.

—No creo que te dé más que a mí. Es muy buena y no se lo merecía —concretó y cerró la puerta dejando al portero con la palabra en la boca.

Al llegar a la librería, solicité un ejemplar de *El Quijote*. El hombre me lo entregó, no dejé ningún sobre entre sus páginas y, al devolvérselo.

—Le están vigilando —advertí, susurrando. Él sabría qué hacer.

A finales de mes, cuando Gracia regresó de realizar la compra, dejó encima del bufé un sobre color rosa pastel, con olor a lilas, el perfume preferido de Amalia. Era una invitación a nuestra rutina: el viernes en su casa a las cinco. Su estancia en Málaga se había alargado, dijo que se ausentaría un par de meses y se convirtieron en seis. En su ausencia me di cuenta de lo gratificante que me resultaba su compañía. Era el nexo con mi familia a la que tanto añoraba. Si le hubiese desvelado a Diego Ressler nuestro vínculo, me hubiese apartado de la misión.

Para ir a visitar a Amalia y evitar que algo le recordase a Candela, prescindí del corsé y de la calza del zapato. Aun así, salí de casa cojeando ligeramente. Me recibió en la biblioteca con una amplia sonrisa. Era como si la envolviese un aura resplandeciente. Derrochaba felicidad. Me recordó a Lola y a sus primeros encuentros

con Ralph Ellison. Entonces me di cuenta de que Amalia en su viaje había conocido a alguien especial y por eso alargó su permanencia en Málaga.

Nos abrazamos, algo que nunca hicimos de niñas. Al separarnos, cogió un paquete que estaba sobre la mesa, envuelto en papel verde de seda y rodeado por un lazo que sujetaba una rama de buganvillas. Las debió de recoger en el jardín del cortijo. Dentro se encontraba un ejemplar de *Guerra y paz*, de Tolstoi. Recordé que en una de nuestras anteriores charlas le comenté que deseaba leerlo. No estaba acostumbrada a que me agasajasen con regalos y por eso no pensé en preparar un obsequio de bienvenida para mi amiga. No tuve otra opción que improvisar.

—Amalia, me gustaría que hoy saliésemos —propuse.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó. Sus ojos brillaron un poco más.

—Es una sorpresa —dije, haciéndome la misteriosa. Era la misma niña cándida que recordaba, se dejaba seducir con aros de humo.

La obsequié con una merienda en La Posada del Peine. Inconscientemente la llevé al último lugar en el que estuve con Diego. Era compartir con ella confidencias sin hablar y contagiarme de su éxtasis reviviendo un pedazo del que tuve.

Ese lugar propiciaba a hablar de pasiones y amores. Nuestra charla sobre libros prohibidos por el régimen dio un giro para pasar a una conversación romántica y comentamos las personalidades de *Ana Karenina*, de León Tolstói y *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert. Me acordé de Maribel y le expliqué que conocí a una mujer tan ambiciosa como Madame Bovary y que me recordaba a ella y en voz baja le conté que fue la causante de un crimen pasional.

—Fue una tragedia, uno de sus amantes acuchilló al otro —revelé.

Ella suspiró, se cubrió la boca con la mano a la vez que abría los ojos envueltos en una sombra de miedo.

—¿Eso ocurre?

—Lo que te acabo de contar es cierto.

—Creo que estoy metida en un lío —confesó.

—Si me lo quieres confiar, soy una tumba y, si puedo, te ayudaré.

—¿Recuerdas cuando te hablé de un novio que tuve y que murió luchando por sus ideales? —guardó silencio. Yo asentí con la cabeza y continuó—: Resulta que al final de la guerra embarcó, junto con otros combatientes, en un carguero, en el puerto de Valencia, rumbo a Argelia y allí los confinaron en campos de concentración.

—Te habrá dado mucha alegría saber que está bien.

—Fue emocionante el reencuentro. No quería regresar, pero estoy casada y tengo obligaciones.

—¿Cómo se ha tomado lo de que estés casada?

—No se lo he contado, no he podido. Y lo delicado del asunto es

que cuando fui a despedirme me dijo que tenía que venir a Madrid. Sigue metido en asuntos relacionados con el partido comunista. Junto a otros compañeros viven ocultos, su situación es complicada. Cuando venga necesitaré de tu ayuda —pidió.

—Cuenta con ello, para eso estamos las amigas.

—La embajada de Suecia organiza cada año un evento en el hotel Ritz. Nosotros estamos invitados y la compañía de mi marido me aburre. La verdad es que no sé de qué hablar con las mujeres de los militares y acabo la noche en un rincón con algunas copas de más. ¿Te gustaría acompañarnos?

—¿A tu marido le parecerá bien?

—Él me ha sugerido que invite a una amiga. Antonio aprovecha para relacionarse con compañeros. Dice que con unas cuantas copas la gente se relaja, baja la guardia y muestra sus cartas con facilidad.

—Entonces, os acompañaré. Tendré que buscar un vestido apropiado.

—Te daré la dirección de mi modista. Le dices que vas de mi parte y te atenderá muy bien —asentí y le tomé la nota, aunque no me haría falta. En mi armario colgaba de una percha un vestido sin estrenar de los que confeccionó Frederick, para un evento especial.

En esa ocasión fui a una peluquería cercana y me realizaron un recogido elegante. No recordaba que el vestido era fruncido y ajustado a la cintura, color hueso y adornado con ribetes negros de terciopelo en el escote y en la falda de vuelo. El maquillaje que utilicé fue suave y resaltaba los ojos. Escuché un murmullo en la puerta, era Paco que le decía a su sobrina que me estaban esperando.

Cuando entré en el coche Amalia susurró:

—¡Estás impresionante! Hoy te saldrán pretendientes a pares. Hay mucho soltero entre los militares.

—No me interesan, demasiado estrictos —musité, acercándome a su oído para que su marido, sentado de copiloto, no me escuchase. Aunque nos daba tan poca importancia que se le notaba que nada de lo que pudiésemos comentar era de su interés, prefería hablar del tiempo con el chófer.

Al llegar a la fiesta, mientras esperábamos a que entrasen los invitados rezagados, comenzaron a formarse grupos: los hombres preferían hablar de política, las mujeres, apretadas, susurraban y chismorreaban sobre moda, supuestas infidelidades y matrimonios fallidos. Nos mantuvimos en el rincón preferido de Amalia hasta terminar el cóctel de champán de bienvenida. Recorrimos el salón, tomando una copa detrás de otra y riendo: Parecíamos dos adolescentes evadidas de la severa mirada de sus progenitores. Hay visiones que logran demoler hasta a la impostora alegría que ofrece el abuso de bebidas espirituosas y la que acababa de avistar provocó que

huyera a los lavabos a expulsar el alcohol ingerido. Los hilos de mi alma se acababan de anudar en la boca de mi estómago provocando un fuerte dolor que sacudió mi cuerpo. Mientras me recomponía delante del espejo contemplando mi pálida y desencajada cara, entró Amalia rauda con la mano en la boca, se dirigió al retrete y la escuché arrojar en varios tiempos. Cuando salió nos miramos, nos abrazamos y ella comenzó a convulsionar entre lágrimas, yo también quería llorar, pero no podía. Lo único que deseaba era salir de ese lugar.

—¿Qué pasa? —pregunté a mi amiga, esforzándome en adoptar el papel de la fuerte, aunque se me acababa de romper el alma.

—Estoy embarazada —balbuceó y se agarró a mí con fuerza.

—Es una buena noticia, tu marido estará feliz —pronostiqué.

—No es de él, ya te conté que no dormimos juntos. Si se entera, me matará —confesó.

—No se atreverá.

—Tú no lo conoces, todos sus compañeros saben de su impotencia.

—¡Es impotente! Eso lo cambia todo —exclamé.

—Tuvo un accidente en las cuadras, un caballo lo coceó en sus partes y está realizando un tratamiento experimental, pero todavía no ha dado resultados. Me matará —repitió de nuevo.

—Él te quiere.

—Quiere más a su reputación. Mataría antes de estar involucrado en un escándalo de infidelidad —reveló. La consolé todo lo que pude y con su problema se olvidó de que yo también estaba en el baño descompuesta.

47

ARENA Y CEDRO

Era la primera vez que recibía un sobre blanco sin remitente en mi casa. Me lo entregó Gracia y se hizo la remolona limpiando el polvo para ver si lo abría y así poder fisgonear. Lo tiré encima de la mesita de centro, sin darle importancia, y me dirigí a mi habitación. Al cabo de un tiempo prudencial, volví a por él. Dentro había cuatro naipes. La suma de sus números correspondía a una clave que significaba una reunión este mes, el cinco de oros me indicaba que el lugar era en su morada a la hora del té y, por último, la suma de los otros tres me indicaba el día.

Llegado el día encriptado, me senté en la mesa de la esquina, la que además estaba camuflada por una columna, en la cafetería de La Posada del Peine. Pedí un Dry Martini. No era como los que servían en Nueva York, pero llevaba el suficiente alcohol para armarme de valor y enfrentarme cara a cara con Diego Ressler. Después de varias noches sin dormir y darle muchas vueltas, decidí no preguntar por la mujer que lo acompañaba en la fiesta de la embajada de Suecia: una morena de ojos grandes y porte aristocrático, aferrada a su brazo, no paraba de sonreír. Amalia se sintió tan indispuesta que nos fuimos antes de que advirtiera mi presencia. El camarero depositó en la mesa la llave de la habitación en la que se alojaba mi jefe.

—Por favor, anote la bebida en la habitación del señor —solicité. El camarero asintió. Estaban acostumbrados a esas prácticas. Era un método que usaban algunos caballeros en sus encuentros furtivos.

Cuando abrí la puerta, me recibió con una amplia sonrisa. Sus ojos brillaban, no lo recordaba con la piel tan tostada, incluso las mechas de su pelo castaño se habían aclarado. Se acercó, me tomó por la cintura con fuerza y me estrechó contra su cuerpo. Olía diferente a arena y cedro, me besó en los labios con avidez y ternura, desprendía un dulce sabor a dátil maduro. Languidecí entre sus brazos por un instante. De repente, la imagen de la sonriente chica morena entrelazada a su brazo se pasó por mi mente y encendió la chispa de la rabia. Comenzó a hervirme la sangre. Le golpeé con fuerza el pecho y

lo empujé marcando distancia entre nosotros y comencé a gritarle como si hubiese perdido el juicio:

—¿Desde cuando estás en Madrid?

—No grites. Vas a conseguir que nos llamen la atención —me advirtió, enfadado.

—¿Quién es la mujer que te acompañaba a la fiesta de la embajada de Suecia? Podías haberme dicho que estás comprometido. No me gusta ser la segundona de nadie —seguí interrogándolo esta vez en voz baja y expulsando alguna mota de saliva que se perdía en el aire.

—Estás celosa, pero que muy celosa —repitió, sonriente.

—No estoy celosa —mentí.

—Cuando te calmes, si quieres saber quién es la mujer que me acompañaba te lo explicaré. Cogió un vaso, lo llenó de wiski y sugirió —: tómate un trago que te hace falta y luego hablamos… mujeres —murmuró de espaldas sirviéndose una copa.

Nos sentamos uno frente al otro en unos sillones que eran parte del mobiliario. Le lanzaba miradas severas mientras daba sorbos al licor. Él arrugaba el ceño como si se sintiese molesto, pero le conocía lo suficiente para darme cuenta de que disfrutaba de mi comportamiento irascible y le resultó halagadora la escena que acababa de montar, una fugaz sonrisa triunfadora lo delató.

Nos mantuvimos en silencio durante unos minutos, mientras dábamos largos tragos. Al terminar la bebida, Diego se levantó, recogió el vaso de mis manos y lo depositó encima del mueble bar para rellenarlo. Interpreté que iba a contar algo demasiado fuerte como para necesitar otro trago. Después de devolverme el vaso lleno, no se acomodó en su asiento y comenzó a andar por la habitación. Esa actitud me exasperaba, si no hablaba pronto, estaba decidida a marcharme.

—Verás… Teresa es una vieja conocida. Antes de que Isaías te recomendase pensé en reclutarla. Me decidí por ti porque ella bebe demasiado y cuando lo hace se le afloja la lengua. Además, tú tienes habilidades especiales —reveló. Escuchar de su boca esas palabras ya justificaba el numerito montado.

—Me podías haber dicho que ya estabas en Madrid.

—No me diste tiempo, acababa de llegar —sopló de forma suave, casi imperceptible, estaba molesto y cambió de conversación—: me contó el señor Ulloa que lo avisaste. ¿Cómo te enteraste de que la Brigada Político-Social sospecha de él?

—Es una larga historia. Fotografié la libreta donde tiene registradas a todas las personas sospechosas de colaborar con la resistencia y a sus confidentes. Además, en los carretes, que te he traído, también hay una lista de generales, sin indicaciones, que encontré en el despacho del general Antonio Lara —revelé. Al observarlo, se le había

petrificado la sonrisa y me miraba con destellos de admiración, estiré los hombros y realicé un ademán de triunfo.

—Estudiaremos la lista de los militares. Intuyo que son los reacios a comprometerse con la causa alemana y su destinatario sea el embajador inglés. Ahora cuéntame esa larga historia.

Comencé por explicarle los primeros encuentros con Alfredo, el marido de Piluca, y su interés en mi persona. Luego le conté el plan que urdí para alejarlo y que pensase que era una criatura defectuosa. La idea le pareció ingeniosa, le confesé que se le ocurrió a mi madre y que aquella era otra historia que no venía a cuento. Le relaté la parte en la que intentó mancillarme y le mostré las cicatrices del cuerpo, que todavía estaban sanando, causadas por la violenta paliza que me propinó al descubrir el corsé y el arnés. Le previne de lo colérico y de la maldad que destilaba. En esa parte Diego se retorció en el sillón, le dio un puñetazo al reposabrazos que casi lo rompe y sus ojos se oscurecieron enfurecidos. Rápidamente pasé a revelarle la venganza a través del cuñado y la sorpresa que encontré dentro de la caja fuerte.

Entonces dejó en el suelo el vaso, se levantó y se arrodilló a mis pies cogiéndome las manos y besándolas. Incliné la cabeza y le besé en el remolino de la coronilla. No paraba de murmurar:

—Si te llega a ocurrir algo, nunca me lo perdonaría.

Se incorporó, me cogió la cara con las dos manos y me besó. Percibí en sus apasionadas caricias una sutil mezcla de ternura y desesperación de quien ha tomado conciencia de que ha podido perder a alguien que le importa. Nos entregamos a nuestra pasión, primero con avidez y más tarde recreándonos en cada caricia, hasta quedar agotados. Diego se levantó de la cama y comentó:

—Voy a darme una ducha, esta noche tengo cena con el embajador. —Era una invitación a que me marchase.

Cuando escuché el sonido del agua, cauta, abrí el cajón donde sabía que guardaba la documentación. No sé muy bien lo que buscaba, pero estaba enojada y enfurecida. Le resultaba difícil compartir su tiempo conmigo. Le necesitaba, deseaba dormir a su lado piel contra piel, rozarlo con cada movimiento bajo las sábanas, despertar y besarlo. No pedía demasiado. Ressler anteponía sus obligaciones laborales a las sentimentales. Me fijé en la documentación en la que se mencionaban desembarcos en Nerja en la costa de Andalucía, de agentes irregulares. Soldados, que lucharon en el bando republicano, reclutados en los campos de concentración y entrenados en Argelia. En una carta solicitaban recambios para reparar los equipos de radiotransmisión. Cuando Diego salió de la ducha, estaba lista para marcharme, deposité un casto beso en su mejilla y salí por la puerta sin hacer ruido. Ni se enteró de que la despedida fue fría. Su mente ya estaba en el despacho del embajador. Nuestro idilio era pasado.

A la semana siguiente, Amalia se presentó en mi casa, estaba inquieta. Le di a entender mediante señales que callase y para despistar a los soplones de Alfredo le dije:

—No esperaba que vinieses tan pronto a buscarme. Me voy a arreglar, no tardo ni cinco minutos —comenté, mientras me alejaba del comedor. Se quedó pasmada, no entendía mi reacción, comenzó a dar vueltas de un lado a otro. Presurosa me puse el abrigo y la invité a salir, en el rellano volví a hacerle señales con la mano para que se mantuviese en silencio.

Nos dirigimos al parque. A esa hora de la mañana, libre del griterío de niños, únicamente un par de sirvientas empujaban los cochecitos de los bebés que cuidaban. Nos sentamos en un banco cobijado debajo de un magnolio.

—Creo que mi sirvienta me espía —confesé.

—Y… ¿Cómo lo sabes? —preguntó y se tapó la boca con la mano.

—No hagas eso y sonríe —ordené y continué—: lo sé porque el portero es confidente de uno de la brigada y mi sirvienta es pariente suya. En este momento debe de haberle ido con el cuento de que has estado en casa. He supuesto que algo te inquieta.

—Has supuesto bien, el padre de mi hijo está en Madrid —susurró e intuitivamente se acarició el vientre.

—No te toques la barriga, das señales para que la gente imagine — la regañé y cruzó los brazos.

—Dentro de poco no podré disimular y no sé qué voy a hacer.

—¿Lo sabe el padre?

—No. Tiene muchos problemas y no quiero que cargue con otro más. Además, su situación es inestable. Vive escondido y anda metido en asuntos de los que no puede hablar.

—¿Me dijiste que estuvo en Argelia? —pregunté.

—Eso me contó —contestó clavando su incisiva mirada en la mía en forma de interrogante.

—Es por curiosidad. Me huele a maniobras políticas —comenté. Estaba hilvanando información. Intuía que debía de ser uno de los activos reclutados en Argelia, Torch era el nombre de la operación en la que participaba Diego Ressler al mando de Donald Downs. Recordé haberlo leído en la documentación que guardaba en el doble fondo del cajón de su armario.

48

LA CHABOLA

Paco me avisó de que La señora del general Lara estaba esperando en el portal. Cuando ese hombre andaba cerca, cojeaba en exageración y aprendí a hacer un gesto con la cadera que debía de resultar molesto a la vista. Cada vez que lo interpretaba, al hombre le asomaba un mohín de desagrado.

Caminamos juntas, charlando y sonriendo como dos amigas que han quedado para hablar de sus nimiedades. Desde el incidente cojeaba con tanto ahínco que Amalia, aun siendo muy despistada me preguntó.

—¿Desde cuándo cojeas?

—Siempre he cojeado, pero con el cambio de tiempo la cadera me duele más y me cuesta disimularlo —asintió con la cabeza y estuvo unos segundos meditando.

—¿Qué te pasó?

—Me caí de un caballo —mentí, pero observando el suelo, no era capaz de afrontar su mirada.

Cogimos un taxi hasta la periferia de Madrid, una ciudad que crecía a un ritmo que no podía absorber. Los inmigrantes de otras regiones en busca de trabajo se hacinaban en chabolas. En una de aquellas barracas, construida a base de escombros y esfuerzo, se ocultaban el amante de Amalia y sus colegas. Muchos de ellos reclutados en Argelia por la agencia de los servicios secretos americanos, según pude leer en el memorándum de Ressler, con el fin de espiar y recopilar información para ellos.

Al entrar en aquel comedor cocina repleto de gente originaria de La Axarquía, se me encogió el corazón. Pero el sobresalto me dio al reconocer al hombre que abrazaba con cariño a Amalia. Era Eduardo.

—Victoria, este es mi amigo Eduardo —me lo presentó, tragué saliva y le acerqué la mano que recogió y estrechó con fuerza. Si me lo hubiese encontrado por la calle no lo habría reconocido. El chico que recordaba no existía y su lugar lo ocupaba aquel hombre de piel tostada y ajada, mirada triste y opaca, y abrumado por los

contratiempos.

Entendí a Amalia y las razones por las que le ocultaba el embarazo. Las mujeres se reunieron alrededor de una mesa camilla y los hombres salieron a la calle y se sentaron en torno a una hoguera en la que las ascuas crepitaban. Me quedé apoyada cerca de una ventana que daba justo enfrente de la lumbre, a falta de marco y cristal la cubría una tela. Desde ese punto podía escuchar las conversaciones del grupo de espías regulares y así fue como me enteré del motivo por el que estaban en Madrid. Ellos recibieron grandes sumas de dinero de los americanos para sus necesidades, efectivo que entregaron al partido por medio de los enlaces. Comentaban su mala suerte al haberse estropeado los equipos de radiotransmisión y reclamaban una parte para reparaciones y para seguir informando. Se quedarían hasta que los dirigentes de su partido los recibiesen y les diesen explicaciones. Recordé la carta que poseía Diego Ressler en la que informaban de su situación.

Durante toda la semana, por las tardes nos reunimos con ellos. En alguna ocasión acabamos los tres sentados alrededor de aquella hoguera a conversar. Me recordaba a la niñez y sentí añoranza. Era como revivir el pasado. A medida que pasaba tiempo junto a Eduardo volvieron a resurgir sentimientos, seguía siendo un excelente orador y en varias ocasiones me dijo que le recordaba a alguien, pero que no lograba dar con la cara de la persona. Me había olvidado.

Eduardo en uno de aquellos encuentros me pidió si podía ayudarlo a buscar un alojamiento discreto. En ese lugar eran demasiados y necesitaba pensar en intimidad. Lo percibí agotado y angustiado. Le recomendé la única pensión que conocía y era aquella en la que me cobijé cuando necesité transformarme. Un lugar lúgubre, pero reservado. Amalia se encontraba indispuesta. Cada vez el cansancio le dejaba más huella: piernas y pies hinchados y unas ojeras inquietantes.

—¿Te controla el médico? —la inquirí.

—Todavía no he ido. Tengo miedo de que se lo cuente a mi marido. Me marcharé al cortijo de mi madre y allí estaré bien atendida.

—¿Resistirás el viaje?

—Soy más fuerte de lo que aparento. No te preocupes.

Amalia se tuvo que marchar a casa con toda su pena, necesitaba reposo. Acompañé a Eduardo a la pensión. Era como si el tiempo no hubiese pasado y se repitieran episodios. Él hablando de las bondades de Amalia y luego empeñado en cambiar el mundo con su lucha obrera. Ni siquiera estaba defraudado con las negativas que recibía de los enlaces de su partido a concederles una parte de los recursos que necesitaban para continuar, dinero que les entregaron los americanos, que ellos dieron a los dirigentes y del que nadie conocía su paradero.

El mismo soñador que conocí de niña. Al llegar al hospedaje, preguntó:

—¿Quieres hacerme compañía? —Y me miró con aquellos melancólicos ojos que tanto conocía y de la forma que siempre quise y nunca lo hicieron. No pude resistirme. El pasado me arrastraba escaleras arriba y empujaba a entrar en aquella tétrica habitación.

No hablamos, nos abrazamos, olía a follaje húmedo, de su aliento emanaban efluvios a brandy. En aquel instante recordé cuando despedía aquel dulce olor a uvas pasas con el que me embriagaba. Pensé en Amalia, mi amiga. Ella esperaba su hijo y la estábamos traicionando. Me separé.

—Esto está mal —sermoneé y rompí el embrujo.

—¿Por qué está mal?

—Porque estás con Amalia y ella es mi amiga.

—Ella está casada —lamentó, bajó la mirada y añadió—: además, quién sabe dónde estaremos mañana. Tenemos que aprovechar cada oportunidad de ser felices. En cualquier momento irrumpen los brigadistas y se terminó. Al final, Amalia se lo había contado.

—Lo siento, no puedo —me excusé, no le di explicaciones y me marché. Era un sueño que pertenecía al pasado y había llegado demasiado tarde, no lo amaba.

La semana siguiente recibí una llamada. Hasta Gracia se asustó cuando sonó el teléfono. En esa casa únicamente lo usaba ella para limpiar el polvo. Era Amalia.

—Victoria, mañana partiré hacia Málaga, mi madre ha empeorado y me necesita.

—¿Quieres que te acompañe?

—Estaré bien —contestó.

Volví a la pensión donde se alojaba Eduardo y tomamos un vino rancio en una taberna cercana.

—Regresamos mañana —anunció.

—¿Qué tal han ido las negociaciones?

—No hemos podido contactar con los responsables del partido en Madrid, nos han dado el contacto del enlace en Andalucía y nos han dicho que él se encargará de ayudarnos.

—Está bien, pero no os fieis de nadie, corren malos tiempos —le advertí. En la lista de Alfredo figuraban confidentes infiltrados entre los llamados rojos. No podía desvelar secretos, pero nada me impedía avisar.

Nos despedimos como dos amigos, lo que siempre fuimos. Antes de marcharme, repitió:

—Cuando averigüe a quién me recuerdas, te lo haré saber.

—Estaré esperando a que me lo digas —indiqué, simulando intriga.

Sin pensarlo, mis pies me llevaron delante de la puerta del hotel

donde se hospedaba Diego Ressler. Unas horas en su compañía borrarían toda la borrachera sentimental que cargaba. Enfrentarme al pasado era como un trozo de carne dura encallada en la garganta asfixiándome. Escuché la acción de un mechero encender un cigarrillo que empezó a crepitar.

—¿Qué haces aquí parada?

—Te añoro —contesté. Sonaba a sarcasmo, pero era cierto.

—Entonces, sube a la habitación, tenemos que hablar.

Estábamos en silencio tomando unas copas que él preparó. Algo fallaba, no me miraba. Esperé a que hablase con paciencia entre sorbo y sorbo.

—Te vi entrar en una pensión con un hombre —soltó, por fin.

—¿Ahora te entretienes en espiarme? No imaginaba que tuvieses tan poco trabajo.

—No seas irónica, fue por casualidad.

—Lo mío también fue casualidad.

—No puedo hablar de otras misiones contigo —se excusó.

—¿Lo vigilabas a él? —asintió con la cabeza.

—Vaya con las casualidades, también sabrás que me marché enseguida.

—Te he visto salir.

—Es amigo de Amalia y necesitaba un lugar tranquilo donde descansar —confesé.

—¿Qué relación tiene ese hombre con los señores Lara?

—El general no sabe nada. Es amigo de su mujer, crecieron juntos.

—Yo no me confiaría.

—Si Amalia corriese peligro y tú te enteraras, ¿me advertirías? —pregunté, preocupada.

—Desde luego, pero no te encariñes, son un medio para obtener información —sugirió. Le lancé una mirada asesina, me dieron ganas de abofetearlo, pero enseguida reaccioné y le sonreí. No debía relacionar a Amalia con mi pasado ni pensar que me importaba tanto.

—¿He pasado el interrogatorio? —importuné.

Fui en su busca para consolarme entre sus brazos y encontré hostilidad. En uno de aquellos prontos que me daban, y él conocía, me levanté, tomé el abrigo y me encaminé a la puerta. Su ágil y fuerte brazo me sujetó.

—Sabes… si llegas a tardar un poco más en bajar de la habitación de aquel tipo, hubiera subido a por ti —confesó. Era sincero, lo leí en sus chispeantes ojos, que en la penumbra se volvían marrones. Nos observamos, sonreí, me gustó lo que escuché, era más de lo que esperaba.

No era prudente encontrarme con el sereno, su nombre también estaba en la lista de Alfredo. Pasar la noche fuera de casa no era una

opción, podría traerme complicaciones. Los pocos minutos que estuve entre sus brazos y los escasos besos que nos dimos me aportaron la serenidad que necesitaba. Acababa de liberar nudos, en los hilos de mi alma, que pertenecían al pasado. Recordé a Lola, comenzaba a creer en sus vaticinios.

49

LA REDADA

Unos meses más tarde, el teléfono comenzó a sonar y me apresuré a cogerlo antes de que lo hiciese Gracia. Ella se otorgó esa tarea con la intención de fisgonear, así le iría con chismes nuevos a Paco.

—Victoria —dijo la voz al otro lado del teléfono, la reconocí de inmediato.

—Amalia, ¿dónde estás?, ¿ya has vuelto?

—Estoy en casa y me gustaría que vinieses a visitarme —el tono era de una sutil súplica.

—Cuando quieras.

—Mañana a las cinco, ¿te va bien?

—Allí estaré. —Colgué el auricular y pude ver cómo el reflejo de una sombra se deslizaba por el pasillo. Estaba cansada de sentirme observada en mi propia casa. Ese era un asunto que aplazaba a la espera de que la misión finalizase.

La doncella de mi amiga me condujo hasta la biblioteca. Amalia se abrazó a mí con todas sus fuerzas. Se soltó y fue a cerrar la puerta. En la mesita de centro estaban dispuestas dos tazas de chocolate y unas galletas.

—Creo que nos sentarían mejor unas copas de coñac en vez del chocolate —sugerí entre susurros.

—Crees bien —confirmó, esbozando una forzada sonrisa.

—¿Cómo estás? —le pregunté a la vez que nos sentábamos en el cómodo sofá granate tapizado en terciopelo.

—Estoy —comentó, unas líneas abstractas dibujaban en su rostro la tristeza.

—Cuéntame… ¿Cómo ha ido?, ¿ha sido niño o niña?

—He estado bien, hasta que tuve que despedirme de mi hijo. Si lo vieras, es el niño más guapo del mundo, tiene unas manos preciosas, bueno… todo él es perfecto. He podido disfrutar tan poco de mi pequeñín. No sé si seré capaz de soportar la separación, tengo un dolor tan fuerte en el pecho que me está matando —se sinceró y lloró sin espasmos, eran lágrimas que surgían del sufrimiento.

—No llores, si entra tu marido y te encuentra llorando, puedes tener problemas. —La cogí fuerte de los hombros y la sermoneé—: ahora tienes que ser todavía más fuerte, es mejor que pase contigo temporadas a que no te vea nunca. Piensa que es por el bien de los dos. ¿Quién lo cuida?

—La mujer que ocupó el lugar de mi madre cuando la tuvimos que ingresar en el sanatorio.

—Con la excusa de ir a revisar tus propiedades y visitar a tu madre, podrás estar con tu hijo. Pasado un tiempo le cuentas a tu marido que es un ahijado. ¿Cómo se llama?

—Luis —pronunció y le surgió una bonita sonrisa— como el abuelo de Eduardo —aclaró.

—¿Eduardo lo sabe?

—Me manda cartas por medio de su familia, pero no es el momento adecuado para contárselo. Acarrea demasiadas preocupaciones.

—Tiene derecho a saberlo. Además, él siempre estará enredado en su lucha y ningún momento será bueno —guardé silencio. Recordé los discursos políticos que me daba en el pasado y lo feliz que me hacía escucharlo. Nunca imaginé que llegase hasta tan lejos por sus ideales.

Cuando llegué a la calle, respiré profundamente. No le pregunté quién era la mujer que cuidaba de su hijo porque intuí la mano de mi madre acunando al niño. Por más que lo intentase no podía evitar el sufrimiento que me causaba pensar en ella. Cada vez que ocurría, mi cuerpo rechazaba la comida. Estaba deseando que la misión finalizase y pudiese regresar a casa con mi familia.

Los jueves por la tarde los dedicaba a ir a la pastelería Luanje y sentarme con todas aquellas advenedizas, mujeres de militares a las que daba pena por mi accidente y cojera. Uno de sus pasatiempos era ejercer de celestinas intentando emparejar a las conocidas solteras con subalternos de sus esposos, menos a la lisiada que no convenía a ningún hombre de su círculo. Piluca nunca mencionaba nada referente a viajes o hechos que pudiesen estar relacionados con el trabajo de su marido, pero siempre puede haber un desliz y hay que tener paciencia para descubrirlo.

—Si no fuese porque el pequeñín se ha resfriado, Alfredo me hubiese llevado con él a Málaga —reveló, orgullosa de que su marido requiriese de su compañía. La mayoría de las que estábamos sentadas en esa mesa conocíamos la oscuridad de ese hombre. Las dos que no dijeron nada y miraban al infinito figuraban en la lista, como deudoras de favores, del policía Brigada Político-Social.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, me presenté en el hotel de Ressler. El camarero no dejó ni que me sentase, se acercó y me entregó la llave. Tomé el ascensor reprimiendo la risa. La cara con la que el chico me miró traslucía un pensamiento erótico, sexual,

libidinoso.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Despertarte, ¿te parece poco? —Me senté en el borde de su cama y le alerté sobre el viaje de Alfredo al sur de España.

—¿Qué irá a hacer esa rata a Málaga? —susurró, pensando en voz alta.

—Me pareció importante y por eso he venido —argumenté. La realidad es que era una verdad a medias, también lo añoraba.

—Tengo que mover unos cuantos hilos y averiguar lo que se cuece en el sur. No te vayas, tardaré poco y desayunaremos juntos. Ah… no toques nada que nos conocemos —advirtió levantando el dedo.

Mientras estuvo ausente, revolví todos los rincones de su habitación, comencé por el armario y terminé oliendo su brocha de afeitar, el jabón que usaba y esa peculiar fragancia, que le dejaba en su piel la loción calmante, amaderada y cítrica. Era un hombre austero: cuatro camisas iguales, dos trajes idénticos y dos jerséis de patrón similar, uno azul y otro verde. En el doble fondo del cajón del armario no encontré órdenes nuevas ni documentación diferente a la de la última vez.

Un empleado del hotel llamó a la puerta e introdujo un carrito en la habitación con lo necesario para dos desayunos continentales. A los pocos minutos, regresó Ressler.

—Vamos a desayunar —sugirió. Era tan fuerte el deseo que me despertaba cuando lo tenía cerca que en lo único que pensaba era en acariciar su piel.

—Solo tomaré café, no tengo hambre por las mañanas —me excusé.

Me observaba por encima de la taza de café humeante mientras tomaba lentos y espaciados sorbos. Cuando terminó, nos quedamos en silencio, el mismo que daba pie a rozar nuestros dedos, fundirnos en un beso, unir nuestros cuerpos y acabar encajados. Me preguntaba cuándo me saciaría de él.

Aquella fue la primera vez desde que llegásemos a Madrid en la que Diego Ressler me detuvo cuando salté de la cama y comencé a vestirme con la intención de dar por finalizado el encuentro.

—Quédate hoy conmigo —me pidió. Yo estaba deseando que lo hiciese. Dejé las ropas encima del sillón y volví a compartir las sábanas, lo abracé y apoyé mi cabeza en su pecho mientras dibujaba figuras geométricas con el dedo en su piel.

A primera hora de la mañana siguiente, el teléfono de la habitación nos despertó. Diego, después de escuchar al emisor del mensaje, se vistió y salió apresurado. Regresó al cabo de una hora desencajado y con la mirada perdida.

—Hemos llegado tarde —anunció, sentado en el sillón con la cabeza gacha y los dedos surcando su pelo.

—¿Qué ha sucedido?
—La noche pasada hubo detenciones en Málaga.
—Ahora entiendo por qué se ha desplazado Alfredo hasta allí.
—Ha ido a poner en práctica las torturas en las que lo han aleccionado sus amigos los de la Gestapo.
—Es cruel, inhumano y despiadado. Temí por mi vida cuando me dio la paliza —confesé.
—Lo siento por los apresados —manifestó. En su mirada reconocí preocupación—. Tengo que ausentarme durante unos días. Cuando regrese, te lo haré saber —anunció y se puso en pie, abrió el armario, sacó la maleta y comenzó a introducir en ella sus efectos personales. Sospeché que ese viaje repentino estaba relacionado con las detenciones.
Al salir del hotel, caí en la cuenta de que esa noche había faltado a dormir y Gracia estaría chismorreando con el portero. Me acerqué a casa de Amalia.
—Vengo a visitar a la señora —le anuncié a su doncella.
—Todavía está descansando —me informó, posando sus escrutadores ojos sobre mí y arrugando el ceño.
—Bien… esperaré a que despierte —le indiqué, sorteándola y adentrándome en la casa por el pasillo, dirección a la biblioteca, y me acomodé en el sofá granate.
—Buenos días —escuché y bajo el dintel de la puerta estaba plantado el general con expresión de extrañeza.
—Perdona, Victoria, por hacerte esperar, se me han pegado las sábanas —se excusó Amalia y me libró de tener que dar explicaciones a su adusto marido.
El general se adentró en su despacho y mi amiga cerró la puerta de la biblioteca.
—¿Pasa algo? —preguntó, extrañada de que estuviese en su casa tan temprano.
—¿Me harías un favor?
—Claro —contestó.
—Acompáñame a casa y le contamos a Gracia que he dormido en la tuya.
—¿Ahora hay que darle explicaciones al servicio?
—Ya te dije que el portero es confidente de la brigada y ella lo mantiene informado y no he dormido en casa. Tengo muchas ganas de deshacerme de la chica, pero ya la conozco y sé de qué pie calza. Todo esto ha ocurrido porque tengo un amante y se me fue el santo al cielo —confesé.
—¡Vaya, vaya… qué calladito te lo tenías! Puedo entenderte, las horas en los brazos deseados se convierten en minutos —suspiró. Entendí que pensaba en Eduardo y propuso—: desayunamos y te

acompaño.

—Solo tomaré café, he perdido el apetito.

—A mí me sucedía lo contrario, cuando pasaba la noche con Eduardo me despertaba con un hambre feroz —manifestó hilvanando un silencio con una tierna sonrisa.

Amalia entrelazó su brazo con el mío nada más salir, se apretaba con fuerza, confiada. Éramos amigas y confidentes, nos contábamos los secretos, eso era lo que ella debía de pensar. Ojalá le hubiese podido confesar una parte de todo lo que escondía.

Al llegar a casa, nos pusimos a hablar en voz alta de lo divertido que lo pasamos en la cena que organizó y de lo bien que me sentaba su camisón. Me cambié de ropa y nos fuimos. Era el momento de hablar con ella de lo que me carcomía desde la noticia de la redada en Málaga. Nos dirigimos al parque y nos sentamos en un banco.

—Amalia, me he enterado de algo que quiero contarte, pero no hay que alarmarse porque no sabemos quién está implicado y hay que averiguar con mucha cautela —maticé. El reflejo de un temor incipiente desencajó su expresión.

—¿Es sobre Eduardo?

—No lo sé. Tendrías que ponerte en contacto con su familia e indagar si está bien. Ha habido detenciones en Málaga. Averigua lo que puedas y luego me cuentas. Recuerda: nunca lo hagas desde el teléfono de tu casa ni delante de nadie ni en un lugar donde puedan escucharte.

—No te preocupes, hablaré con los amigos que tenemos en común, aquellos que viven en las afueras, ellos sabrán algo. Eduardo me contó que hay gente muy importante detrás de su misión y que no dejarían que les ocurriese nada malo.

—Confiemos en ello. Si es así, no hay de qué preocuparse, pero entérate de si está bien —le pedí.

50

TRAICIÓN

Hubo traición, eso fue lo que le contó la madre de Eduardo a Amalia. Antonio Rodríguez López, un militante del Partido Comunista de Sevilla llamado El Chato al que sus propios camaradas tildaban de fantoche, citó a Eduardo y a Simón, su compañero, con el propósito de entregarles una cantidad de dinero para la compra de los recambios que necesitaban. Acompañaban al chivato, agazapados en la sombra de la oscura noche, unos brigadistas de la Policía Político-Social con Alfredo al mando. Me lo podía imaginar sacando pecho y mostrando, debajo del bigote hitleriano, su sonrisa sádica, aquella que se había quedado grabada en mi memoria y que era la causante de muchas de mis pesadillas. Los ojos le debieron de centellear pensando en todas las torturas que practicaría sobre esos infelices. El primero en visitar la habitación del martirio fue Simón, hombre fuerte y fornido habituado a las duras tareas del campo, que resistió estoicamente la primera tanda de golpes, humillaciones, vejaciones y amputación de falanges. Al día siguiente, le prepararon una sorpresa: atada a una silla su mujer embarazada y los puños del verdugo que conocía en sus propias carnes, se ensañaban con ella. Se derrumbó, lloró amargamente y vomitó toda la información que poseía a cambio de la vida de los que más quería. Simultáneamente, arrestaron a todos los agentes esparcidos por la península que estaban vinculados a la operación Torch.

Los trasladaron en tren a Madrid y a los pocos días llegó la madre de Eduardo, se alojó en la pensión en la que meses atrás lo hiciera su hijo. Después de muchas súplicas, permitieron que la mujer visitara al detenido. La acompañamos a las puertas de la cárcel de Alcalá. Cuando ella salió del centro penitenciario, medía unos centímetros menos. Las canas en su pelo recogido se habían multiplicado y caminaba como si de repente los años no cumplidos le pesasen.

—Lo han rapado al cero y está tan lleno de moratones que me ha costado reconocerlo —balbuceó. La tuvimos que sujetar cada una por un lado para que no diera con sus huesos en el suelo. Nos acercamos a

un bar y pedimos tres copas de coñac.

—Concha, ¿qué le ha contado su hijo? —preguntó Amalia impaciente por saber.

—Él dice que no nos preocupemos, que hay personas muy influyentes apoyándolos, está convencido de que los indultarán.

Los meses pasaban y nadie se pronunciaba, aquellos que los apoyaban no daban señales de su existencia. Los detenidos comenzaron a enviar cartas a la embajada de Estados Unidos y nunca tuvieron respuesta. En una de las ocasiones, acompañé a Concha a la visita de su hijo.

—Pídale a Eduardo que le entregue las cartas, me encargaré de que los destinatarios las reciban —indiqué. La mujer me abrazó.

Amalia escondía la cabeza igual que hacía de niña cuando se avecinaban problemas. Se encerró en su casa y tuve que acercarme y sacarla a pasear con el propósito de contarle los últimos acontecimientos. Caminamos despacio, ella aferrada a mi brazo con el hilo de fuerza que le quedaba. Acabamos sentadas en un banco bajo el esqueleto de un fresno.

—Hubo juicio, montaron una farsa —comencé contando. Ella temblaba. Era el frío del invierno y el de la desesperación, y continué —: tú te crees… los han condenado por conspiración y auxiliar a la rebelión en lugar de por espionaje.

—Pero, los indultarán, ¿verdad? —susurró con dificultad, los dientes le castañeaban. Estaba al límite a punto de enfermar.

—No lo sé, pero estamos trabajando en ello, agotaremos todas las posibilidades. Tienes muy mala cara. Deberías pedirle a tu médico que te recete algo para descansar.

—Estoy pensando en hablar con mi marido —confesó.

—Hablar de qué.

—Para que interceda por Eduardo, contarle que es el padre de mi hijo.

—No lo hagas, recuerda que es militar, tiene reglas y una reputación que mantener. Ni se te ocurra, ¿entendido? Hablaré con mi amigo, espero que él pueda ayudarnos. Además, he tenido una idea para que Concha pueda hablar con la mujer de Franco.

—Gracias, Victoria. No sé qué haríamos sin ti.

—Recuerda que tu hijo te necesita.

—¿Los fusilarán? —preguntó al llegar a la puerta de su casa.

—Primero tenemos que agotar todos nuestros recursos —le contesté. No le confirmé que esa era la condena.

El último jueves del mes, escuché fuertes pisadas y el revuelo que se solía montar en la escalera con la visita de la mujer del caudillo a sus parientes. Tomé un taxi y fui a recoger a Concha a su pensión y la llevé de vuelta a mi barrio. Nos pusimos a charlar, como si fuese un

encuentro casual entre conocidas, cerca del coche oficial aparcado enfrente del portal de mi vivienda, en el interior el chófer escuchaba la radio. Doña Carmen Polo salió rodeada de sus escoltas y se metió con premura dentro del auto que estaba con el motor en marcha. En ese instante Concha se lanzó con todas sus fuerzas sobre el capó, consiguió que la mujer de Franco la escuchase y le solicitó clemencia para con su hijo.

A la semana siguiente, recibí un sobre con naipes dentro. Una buena noticia entre tanta incertidumbre. Le di vacaciones a Gracia, con la excusa de que trabajaba mucho. Esa misma tarde me presenté en el hotel donde se hospedaba Diego Ressler. El camarero me dio la llave de su habitación y me guiñó el ojo. El suyo era un trabajo que incluía el morbo de pensar en los desenfrenos que se debían desatar entre las paredes de las habitaciones. Fue el encuentro más extraño que tuvimos durante toda nuestra relación: no hablamos, no nos dio tiempo, nos dejamos arrastrar por aquella hambre, que en mi caso nunca se saciaba, de abrazos, caricias o simplemente descansar uno junto al otro.

Al despertar, nos quedamos remoloneando en la cama. Casi a mediodía pidió un desayuno para dos y, mientras lo degustábamos, le entregué las cartas que Eduardo escribió para sus jefes, los que diseñaron la misión.

—No me traigas cartas de los detenidos. En la embajada no las quieren y han quemado todas las que les han llegado. Entre nosotros, este conflicto está poniendo en aprietos a mis superiores y no reconocen ni reconocerán ninguna vinculación con la misión a la que ellos se refieren —se quejó, le cambió el humor, se bebió de un trago el café y desechó la tostada que estaba a medio comer.

—Por el amor de Dios, los van a fusilar. Ellos ya saben que vosotros no podéis reconocer que los habéis instruido ni que se encontraban bajo vuestras órdenes, pero piden que les ayudéis a escapar —le rebatí, enfurecida.

—No puedo hacer nada más, yo no mando y mi gobierno, te repito, se halla en una difícil situación. Franco está aprovechando esta circunstancia para ponernos en evidencia ante los aliados.

—Hablamos de seres humanos, de personas y vosotros los habéis metido en esto.

—Ellos cuando aceptaron, también aceptaron las condiciones y eran conscientes de que esto podía ocurrir y se pactó que, si no podíamos, no iríamos en su ayuda y no se puede —insistió levantando el tono de voz.

—Los estáis dejando tirados a su suerte. Los han condenado a muerte y los fusilarán.

—¿Tú crees que, si me apresaran, acudirían en mi rescate? Fueron

imprudentes y cometieron muchos errores, sabes que se dejaron fotografiar con el tal Chato ese y por la foto los reconocieron a todos, una celebración, una comida entre camaradas y lo estropearon todo por confiados. Ese ya no es nuestro problema.

—Me has decepcionado, no esperaba esto de ti.

—No puedo hacer nada, estoy atado de pies y manos, además aguardo nuevo destino.

—¿Qué pasará conmigo?

—Tus servicios terminan aquí. Quedas liberada del compromiso que teníamos y puedes volver a tu anterior vida. Yo me debo a mi país —precisó y me entregó un maletín con mis honorarios y la documentación de Candela Gascón Platero en regla. En ningún momento me miró a la cara, encendió un cigarrillo y le temblaba la mano.

Se me heló la sangre, entendí la ternura que hubo entre las sábanas la pasada noche, los silencios, los largos y apasionados abrazos, los suaves y dulces besos que recibí mientras dormía. Eran una despedida.

Tomé el maletín sin mirarle a la cara y, antes de que saliese por la puerta, dijo:

—Todavía estaré unos días por aquí. Si necesitas algo me lo pides —se ofreció.

—Lo que yo necesito, tú no puedes dármelo —maticé. Y me marché. No podía ni llorar, la rabia me consumía.

Me acerqué al hostal a darle las malas noticias a Concha. Mientras golpeaba la puerta de la habitación insistentemente con la mano, pensaba en cómo explicarle a la madre de Eduardo que los americanos no moverían ni un dedo para liberar a su hijo. La mujer, cuando abrió y me vio, se abrazó a mí y comenzó a llorar. Me dio tanta lástima que en ese instante decidí que no le contaría las malas noticias de las que era portadora.

—Victoria, menos mal que has venido —balbuceó. Le temblaban hasta los labios.

—¿Qué te pasa, Concha?

—Esta mañana ha ocurrido una desgracia —guardó silencio y miró al infinito como si hubiese perdido la cordura.

—Dime de una vez qué ha pasado —le exigí, zarandeándola por los hombros.

—Es Amalia, quería acompañarme a visitar a mi hijo. Me pidió que la esperase en la acera de enfrente de su casa mientras ella le pedía a su marido que intercediera a favor de un indulto para Eduardo. Al cruzar la calle para reunirse conmigo, un coche se la llevó por delante y está muy grave. La han ingresado en un hospital. Cuando me acerqué a ella, estaba consciente y me pidió que te dijera que, si le ocurría algo malo, cuidases de Luis.

Me senté en la cama de Concha y lloré todas las lágrimas contenidas por mi madre, por Diego Ressler y ahora por Amalia.

Concha me puso la mano en el hombro.

—Mi hijo me ha mandado un recado para ti. Quiere que te diga que recordó quién eres.

—¿Amalia lo sabe? —pregunté, sorprendida.

—Ella lo supo desde el primer día que habló contigo.

51
LLEGÓ LA HORA

Los acontecimientos de las últimas horas despertaron en mí la máxima alerta. De lejos observé los movimientos de la portería a la que me tenía que enfrentar. Paco barría, se paraba y miraba a un lado y a otro de la acera. Estaba expectante o eso me pareció. A esa hora nunca realizaba esa tarea, imaginé que cumplía órdenes y, cuando yo entrase por la puerta, él haría la oportuna llamada a Alfredo. Di media vuelta y me encaminé a la estación de tren. En ese piso estaban las pertenencias de Victoria Ledesma Torres y yo era Candela Gascón Platero. Compré un billete con destino a Málaga. Antes de que el tren arrancase, los hombres de la brigada lo revisaron, estaba claro que buscaban a una mujer, les solicitaban la documentación a todas las que coincidían con mi edad. Levanté la vista cuando me hablaron:

—Señorita, identifíquese —pidió el policía. Le entregué mis papeles, los escrutó con dedicación y cuando me los devolvió preguntó —: ¿viaja sola?

—Sí, señor —susurré con temor. Les gustaba infundir, a la población, lo que ellos llamaban respeto, pero era miedo. Mi reacción debió de ser la esperada porque continuó revisando el vagón de punta a punta. Pasada una hora, salimos con retraso.

Al llegar a Málaga, me hospedé en una módica pensión en el puerto, como si esperase a embarcar o el desembarco de algún familiar que regresase de tierras lejanas. Aquella noche de duermevela fue muy larga. Pasaron por mi mente, como historietas de un tebeo, dibujados los pasajes de mi vida. Desde que años atrás embarcase en ese mismo puerto hasta la reciente despedida de Diego Ressler. Me preguntaba: «¿Cuánto tiempo tardaría en olvidar su mirada, su sonrisa y su inconfundible olor?»

Después de desayunar, llamé al hotel donde se hospedaba Diego. El recepcionista me informó:

—No contesta, pruebe usted más tarde.

Salí a callejear por la ciudad, a respirar el olor a salitre ligado a tantos recuerdos. Compré en varias tiendas ropa, lencería y zapatos, lo

justo para presentarme ante mi familia con un atuendo respetable.

En sucesivas ocasiones, a lo largo del día, fui telefoneando al hotel. La respuesta siempre fue la misma y me inquietó.

—No debe de estar, no coge el teléfono, pruebe usted más tarde o mañana —se disculpaba el recepcionista.

—Dele el recado de que le ha llamado Candela —dije al final, después de dudar entre cuál de los dos nombres, por los que él me conocía, dar al telefonista.

Al día siguiente, desde la pensión, a primera hora estimé que todavía estaría en su habitación y volví a intentar hablar con Diego. Me hicieron esperar un largo rato con el auricular pegado en la oreja y la desazón en el alma.

—Hola, Candela —dijo por fin con voz pastosa. Se le trababa la lengua.

—Hola, Diego. Vas pasado de wiski, ¿verdad?

—Ayer noche cayeron unas cuantas copas.

—Por el tono de tu voz, creo que fueron botellas.

—Unas pocas —contestó, aturdido. Me lo imaginé pasándose los dedos por su cabello.

—Si te pido un favor, ¿lo recordarás?

—Descuida, tomo nota.

—¿Podrías recoger mis cosas del piso?, sospeché del portero y pensé que me estaban esperando, me he marchado sin ellas.

—¿Dónde te las envío?

—¿Te acuerdas de la pensión en la que se alojaba Eduardo?, pues allí está instalada su madre, dáselas a ella y me las hará llegar. Raja el colchón por el lateral derecho, allí hay dinero escondido, búscalo y también se lo das.

—No te preocupes. Así lo haré.

—Te deseo lo mejor —concluí, dispuesta a colgar.

—Candela… renunciar a ti ha sido lo más duro que he hecho por mi patria, pero me debo a ella.

—Lo entiendo, Diego Ressler. También lo está siendo para mí… más duro de lo que esperaba. Adiós —me despedí y colgué el teléfono. Estaba rota y me envolvió una neblina espesa y oscura. Subí las escaleras arrastras, agarrándome a la barandilla, mareada. La posadera me ayudó a abrir la puerta y a recostarme en la cama.

—¿Ha comido usted? —preguntó la buena mujer parapetada a mis pies. No recordaba la última vez que lo había hecho. Le contesté con el dedo. No podía mover la cabeza, las paredes daban vueltas. —No se preocupe. Ahora mismo le subo un tazón de caldo que revive a un muerto.

El día siguiente fue una fecha que marcó mi destino. Un dieciséis de enero de mil novecientos cuarenta y cinco, la madrugada más fría del

año en Alcalá de Henares: el termómetro marcaba doce bajo cero. Eduardo y sus compañeros de celda fueron llevados ante el pelotón de ejecución. Ese mismo día, cuando la enfermera del turno de mañana que atendía a Amalia se acercó a llevarle la medicación, la encontró sin pulso.

Por la tarde, subida en un taxi, regresé a La Majala. Mi madre abrió la puerta, me hundí en su pecho buscando reconfortarme como cuando era niña entre sus recios y tiernos brazos, olía a hojaldres con canela recién horneados. Me acompañó a la biblioteca en la que aprendí a leer y a escribir junto a Amalia. Ella comenzó a convulsionar. Eran espasmos acompañados de las lágrimas del reencuentro, del fin del sufrimiento por una hija que creyó haber perdido para siempre. Teníamos tanto que recuperar, tanto de qué hablar. Entonces, en mitad de ese momento idílico y mágico, la aparición de una sombra varonil, lo estropeó. Me quedé paralizada al ver a don Gerardo allí en el cortijo moviéndose como si fuese su casa. Empujé con rabia a mi madre, poseída por el recuerdo de los jadeos que escuché cuando, años atrás, me hicieron salir de su despacho para disfrutar de intimidad.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté, exaltada.

—Gerardo, vete —le mandó mi madre señalando la puerta con el dedo—. Candela, siéntate —me ordenó indicando que me acomodara en el sofá, el que tantas veces había compartido con Amalia.

—Ahora, hija, quiero que me escuches atentamente sin intervenir, te voy a contar lo que no pude mientras don Rafael vivía, ¿estamos? —asentí sin rechistar, sabía imponerse e intimidaba cuando se lo proponía. —Tu padre falleció a los pocos meses de tu partida, era un buen hombre, amable y trabajador.

—¿Qué le ocurrió? —quise saber compungida.

—Le falló el corazón, lo tenía débil y ya sabes lo bruto que era trabajando.

—¡Qué bien le fue su muerte! Así pudo correr a los brazos de su amante —le reproché. Se acercó a mí pausada, con la mirada de un animal herido. Sin vacilar levantó la palma de la mano y con todas sus fuerzas, de un bofetón, me giró la cara. Podía sentir sus cinco dedos marcados en mi mejilla por cómo esta palpitaba.

—Tú no sabes nada, así que haz el favor de callar y escuchar —guardó un corto silencio lanzándome miradas recriminatorias y comenzó a explicar—: Gerardo y yo nos quisimos desde niños. Él estaba esperando a terminar los estudios para hablar con sus padres de formalizar nuestro noviazgo. Sabíamos que sería complicado por mi origen humilde, pero era una buena chica y muy trabajadora. Un maldito día el señorito del cortijo en el que trabajaba, don Rafael, volvía de una de sus juergas, tuve la mala suerte de cruzarme en su

camino y me violó. Esa fue la primera vez y luego vinieron otras hasta que me dejó preñada y para tapar la deshonra me buscó un marido. Nos obligaron a casarnos, a mí bajo amenazas y a tu padre, que convivía con la miseria, lo compraron con un trabajo y una buena paga.

Las palabras que acababa de escuchar me afectaron tanto que me derrotaron y languidecí de pena. Qué dura acababa de ser con mi madre, cómo me arrepentía de haber sido tan injusta con todo lo que luchó por protegerme, renunció a tenerme cerca para salvarme, me hizo llevar un corsé para que todos creyeran que era una lisiada y yo la juzgaba en vez de agradecérselo. «¿Quién me pensaba que era?», me repetía. «Una ingrata y egoísta», me contesté. Derrumbada lloré hasta que no salieron más lágrimas. Ella me arropó en silencio.

—¿Sabía él que yo no era su hija? —pregunté entre balbuceos cuando me recompuse.

—Te crio y te quiso, es lo único que importa —contestó, apretando mis manos con suavidad.

—Entonces… Amalia es mi hermana.

—Era tu media hermana.

—¿Era? —pregunté, alarmada.

—Esta mañana ha fallecido, nos lo acaba de comunicar su marido por si queremos ir al funeral.

—¿No será aquí? —pregunté sorprendida.

—No. Su marido ha decidido que sea enterrada en Madrid.

—Madre, hay algo que me intriga y tengo que preguntárselo. ¿Quién mató a don Rafael? Cuando me marché estaba vivo.

—Yo no fui, aunque ganas y motivos no me faltaban. Lo que voy a contar lo haré una sola vez y tiene que quedar entre nosotras —guardó silencio. Por un momento intuí duda en su mirada, pero al final habló—: fue doña Clara, apareció de repente, cogió el toro de bronce que usaba el señor de pisapapeles y, poseída por su locura, le golpeó en la cabeza hasta machacársela. La figura la fundió tu padre en la herrería, por eso nunca la encontraron y yo quemé en casa las ropas que llevaba puestas la señora, manchadas de sangre.

—¿Por qué la encubriste?

—Porque él se merecía lo que le pasó y ella se trastocó después de recibir una paliza que casi la mata. De ella también abusaba.

Me tumbé en el sofá aturdida y apoyé la cabeza en el regazo de mi madre. Ella me acariciaba el pelo y me quedé dormida durante el tiempo suficiente para vislumbrar a doña Clara machacando la cabeza de su marido. Me desperté sobresaltada y la mano firme y arropadora de mi madre logró tranquilizarme.

Una chica entró en la sala con un bebé en brazos, me incorporé y fui hacia ella. Un niño de carita redonda y mofletes rosados me

miraba con los ojos de su madre y cuando le toqué la manecita se apoderó de mi dedo con la fuerza de su padre. Era el hijo de dos personas que me importaban y también mi sobrino. Lo tomé en brazos y volví a sentarme junto a mi madre.

—Verás, Candela. Hay algo más que debes saber —carraspeó—. Amalia dio a luz aquí en el cortijo y con ayuda de Gerardo registramos al niño con tu nombre. Legalmente eres su madre.

—Mamá, no entiendo de niños, no me gustan y creo que seré mejor tía que madre.

—No te preocupes. Tú serás su madre legal y yo lo cuidaré.

—Lo cuidaremos entre todos —dije y Luis entre mis brazos me miraba como si me conociese de siempre. Ya lo quería—. A doña Clara habrá que explicarle lo sucedido —sugerí.

—De ese tema me encargaré en su momento —matizó mi madre con el temple que la caracterizaba. Ella encontraría, como siempre, la ocasión favorable para contar desgracias.

Los mareos no cesaron y al poco tiempo me di cuenta de que Diego Ressler estaría siempre conmigo. Su semilla crecía en mi vientre.

52

NUEVA YORK, 1970

El avión acababa de aterrizar en el aeropuerto JFK de Nueva York. Candela esperaba inquieta el desembarco. Después, mientras aguardaba para recoger el equipaje, pensó en Lola, que estaría esperándola en el vestíbulo con su familia. Conocería a sus hijos en persona. Ellas mantenían una asidua correspondencia con intercambio de fotografías familiares. Recobrar la relación le costó a Candela una sucesión de cartas pidiéndole perdón a su amiga por no haberse despedido. La madre de Lola, a la que Candela visitaba con frecuencia, convenció a su hija de que la perdonase y después de un año las amigas se reconciliaron. Pensar en poder abrazarlos a todos era como estar dentro de un sueño materializado. Se alojaría en el Park Central Hotel New York. Aunque su amiga insistió en acogerla en su casa, ella pensaba que un huésped desequilibraba los hábitos del hogar de acogida y su propia libertad de movimiento.

Cuando salió, contempló a los cuatro juntos. Unidos formaban una familia cohesionada. Lola no había envejecido, pensó que la causa era esa mezcla racial que le corría por las venas que repelía las huellas del tiempo en su piel. A Ralph Ellison, su marido, las canas y los lentes le daban un aspecto de intelectual. Seguía siendo el hombre alto y fuerte, aunque los años y las horas de despacho habían ensanchado su contorno. Los hijos eran más parecidos a Lola que al padre: el mayor tieso igual que un junco, con el mismo porte que su tío Nico, igual de guapo. En quien no se fijó, porque no lo esperaba, fue el primero que salió a por ella corriendo como un loco. La levantó, zarandeó y volteó.

—Frederick, ¡para!, que me mareo —gritaba y reía.

Cuando su amigo la hubo dejado en el suelo, fue Lola la que se abalanzó sobre ella para ahogarla entre sus brazos. El hijo pequeño le entregó un ramo de rosas blancas y ahí fue cuando se le saltaron las lágrimas y pensó: «este país es mi segunda casa». Se les notaba a todos que habían prosperado y estaban acomodados. Se fijó en el anillo de casados, hacía tres años que habían podido hacerlo. Fueron de los primeros en legalizar su situación después de una dura lucha por

conseguir el derecho de unión entre las parejas interraciales.

La acompañaron al hotel a dejar el equipaje y luego fueron a su casa donde los esperaba la familia al completo de Ralph para agasajarla con una comida típica.

Frederick se acomodó en la silla al lado de ella. Por sus movimientos se le notaba impaciente por entablar conversación con su amiga. Eran muchas las novedades que deseaba contarle, entre bocado y bocado aprovechó para ir dándole pinceladas que despertasen su interés.

—Candela, he montado mi propio atelier.

—¡Oh!, ¡cómo me alegro! Tendré que pasarme.

—Estoy deseando que vengas, te presentaré a una persona muy especial.

—Será la primera visita que haga —contestó. Se miraron, se sonrieron y se entendieron. Candela pensó en que, por mucho tiempo que transcurriera, había personas con las que nunca se perdía la complicidad.

Después de la sobremesa, Lola y Candela se retiraron a la cocina. Era su confesionario. No corrían peligro de que los otros habitantes del hogar asomasen la cabeza a no ser que necesitasen comer o beber y a esas horas estaban surtidos.

—¿Quieres contarme la verdadera razón que te ha hecho regresar?

—He venido a buscar a una persona.

—Si puedo ayudarte a encontrarla, cuenta conmigo.

—¿Vive Isaías?

—Falleció hace unos meses, era muy mayor.

—¿Quién se encargó de cuidarlo? —preguntó desconcertada. Él era el vínculo directo con Diego y su ausencia complicaba la misión de vida que la había obligado a regresar a Nueva York.

—Un familiar que tenía en Washington se encargó de que estuviese bien atendido en sus últimas horas. Lo ingresó en un centro para personas mayores. El anciano fue vendiendo sus bienes, acabó acumulando una fortuna, resultó que media calle era de su propiedad, hasta el bloque donde viviste, en casa de Marcela le pertenecía.

—Necesito el contacto de ese familiar —manifestó. No le contó a Lola el impacto que sus palabras le acababan de producir. Pensó en cómo Isaías la había manipulado y controlado desde el primer día que entró en su tienda. Hasta Marcela debía de ser su confidente.

—Conozco el bufete de abogados que gestionaba los bienes de Isaías, ellos tendrán el contacto. Coincidimos en el funeral e intercambiamos saludos.

—Me harías un gran favor si me pudieses conseguir una dirección o un número de teléfono del familiar.

—No lo había visto nunca, pero sé a quién te refieres. En el funeral

le dedicó unas palabras. ¿Qué tiene que ver ese hombre contigo? —preguntó su amiga lanzándole miradas suspicaces.

—Es muy largo de contar.

—Pues resume, mujer, resume y cuenta lo importante.

—Él es el padre de mi hija. Cuando nos despedimos yo no sabía que estaba embarazada y nunca se lo he dicho —soltó de carrerilla.

—¡Madre mía! —exclamó Lola, colocándose las manos en la cabeza. —Y a la niña qué le has contado.

—Nada, mi madre le explicaba a Luis un cuento sobre su padre, para que no olvidase sus orígenes. Un hombre bueno y justo que fue ejecutado por rojo y la niña que también lo escuchaba, ha creído que eran hijos del mismo hombre.

—Menudo lío, siempre fuiste muy complicada —susurró, estaba encajando la confesión que le acababa de hacer su amiga—. Esta misma tarde llamaré al bufete de abogados, ojalá te puedan ayudar y sea el hombre que buscas.

—Se llama Diego Ressler.

—Pero me tienes que contar vuestra historia —reclamó Lola.

—Te contaré todo lo que recuerde. Ya sabes que el tiempo borra la memoria.

Le concedería a Lola esa tarde para que averiguase quién era el familiar de Isaías y, si no lograba resultados, se desplazaría hasta la casa de Rebeca. Aunque, dudaba de que todavía viviese en el mismo lugar.

No estaba cansada y se decidió a pasar el resto del día en el atelier de Frederick. Era una enamorada de sus diseños y pensaba encargarle varias prendas de ropa. Al llegar, su amigo le organizó un recorrido por su sueño hecho realidad. Un taller en la trastienda con una docena de mujeres afroamericanas trabajando en sus bocetos. En la parte delantera una tienda con las prendas colgadas en la que estaba incluido un sofá para que se acomodasen los señores que acompañaban a las clientas y a los que servían una copa. La boutique la atendían una chica que parecía sacada de una revista de moda luciendo uno de sus modelos y un joven fornido, blanco como la nieve, rubio casi albino, cubierto de pecas y de mirada sagaz.

—Candela, te voy a presentar a Tommy, mi amor. ¡A que es guapo! —le susurró en el oído. Le brillaban los ojos y esbozó una sonrisa cómplice de su enamoramiento.

Por la noche, cuando estaba en la habitación vistiéndose con uno de los modelos de Frederick, mientras pensaba en lo bien que le sentaba y el buen gusto que tenía su amigo para diseñar ropa de mujer, la sobresaltó el timbre del teléfono.

—Le llama Lola Ellison —anunció la recepcionista. ¡Qué raro le sonó escuchar el apellido que acompañaba al nombre de Lola!

—Pásemela, por favor —solicitó.

—Hola, Candela.

—¿Tienes noticias? —preguntó impaciente sin dejar que su amiga terminase de hablar.

—No has cambiado, déjame que te cuente y te enterarás —la regañó como tiempo atrás hacía con su hermano y en alguna ocasión con ella—. Sí, tengo noticias… —guardó silencio y pensó que se demoraba a propósito, jugaba con su paciencia. Tomó aire y respiró, aguardando a que Lola hablase de nuevo—: los abogados de Isaías se han puesto en contacto con Diego Ressler y él les ha comunicado que mañana cogerá un vuelo a Nueva York y, si tú lo deseas, podrá comer contigo. Le he dado la dirección del hotel en el que te alojas. ¿Te parece bien?

—Ni te imaginas lo agradecida que te estoy. Lola, eres tan inteligente y siempre te he admirado e incluso a veces me he sentido inferior a ti.

—No digas bobadas, pero creo que tratas de decirme que me quieres y ya lo sé.

—Ya me conoces, hay palabras que no me salen —se delató y entonces se dio cuenta de que se comportaba exactamente igual que Diego Ressler. No eran capaces de verbalizar sus sentimientos.

—Ayer eché una tirada de cartas preguntando por ti —reveló Lola.

—Pensaba que ya no lo hacías.

—Únicamente para mí. Si se enterasen en el bufete de que la mujer del mayor asociado es pitonisa, los cotilleos saldrían hasta en el New York Times —sentenció.

—¿Me puedes adelantar algo? —preguntó, curiosa. Siempre se negó a creer en las predicciones de su amiga, pero con el tiempo se había dado cuenta de lo mucho que acertaba.

—Sólo te diré que estás en el lugar adecuado y que has logrado deshacer casi todos los nudos de los hilos de tu alma, excepto uno, el más complicado y te toca trabajar con él. Intenta no enredarlo más de lo que está.

—Vaya… gracias por el consejo. Te haré caso. Gracias de nuevo por ayudarme.

53

LA CONFESIÓN

Candela se movía por la habitación en ropa interior. Extendidos sobre la cama se encontraban sus vestidos, los que trajo en la maleta y los que adquirió en la tienda de Ralph. Nunca le había dado tanta importancia al atuendo ni al peinado ni al maquillaje. En el fondo, albergaba el deseo de deslumbrar al hombre que antepuso su país a su amor. Se preguntaba si conservaría el mismo porte y aplomo que la deslumbraron. Seguramente estaría casado con la hija de un militar y tendría varios hijos. Fantaseó durante unos segundos con la posibilidad de no reconocerlo, convertido en obeso y castigado por la alopecia y se le dibujaron unas líneas malévolas en los labios. Se le echaba el tiempo encima y todavía no había decidido qué ponerse. Se inclinó por una falda pantalón, plisada, azul marino, que le tapaba las sandalias de cuero y una colorida blusa a flores de mangas acampanadas. El maquillaje ligero y la media melena ondulada suelta. A sus cincuenta años había sucumbido a la moda hippie, pero con estilo.

Dentro del ascensor, un escalofrió le subió por la columna y sintió la necesidad de huir sin entretenerse en recoger sus pertenencias, tomar un taxi al aeropuerto y volver a España sin mirar atrás. Luego pensó en su hija. Estaba allí por ella.

Reconoció su figura de espaldas, sentado en uno de los taburetes del bar tomando un Martini seco. Su dorso era más ancho de lo que recordaba, pero no estaba obeso, sonrió a causa de sus pensamientos malévolos. Diego se giró y paseó sus ojos por su cuerpo reconociéndola de arriba abajo. Ella tuvo que respirar para contener un temblor espontáneo, armarse de valor y andar hacía él.

—Candela —pronunció Ressler, acercándose lo suficiente para abrazarla y deslizar dos besos en sus mejillas.

Ella se embriagó de ese olor que reconoció al instante a madera y a cítricos. Pensó en que seguía usando el mismo jabón de afeitado y el mismo bálsamo reparador. Las arrugas que nacieron durante su estancia en Argelia habían aumentado y surcado su piel.

—Estás igual que te recordaba.

—Tienes muy mala memoria, los años nos cambian, Diego —contestó ella quedándose con el cumplido que la frase llevaba implícito.

—¿Quieres tomar algo?

—Lo mismo que tú —contestó, y se acomodó en el taburete que estaba junto al suyo.

Diego pidió dos más.

—¿Te quedarás muchos días?

—Los necesarios.

—Sabes… me alegro de que contactases con mis abogados para encontrarme.

—Fue fortuito. Mi amiga Lola coincidió con ellos en el entierro de Isaías y, por lo que me contó, diste un buen discurso en su honor.

—Se lo merecía. Al final de sus días compartimos muchas horas y siempre salías tú en nuestras conversaciones. Pensábamos que estarías casada y con hijos.

—Hijos tengo dos —interrumpió ella.

—De eso hablábamos, de lo afortunado que sería el hombre que estuviese a tu lado.

—Vaya… buena conversación.

—Al envejecer se volvió sentimental. Te tenía en alta estima y te admiraba, siempre decía que poseías un don, que escuchabas a través de las paredes y por eso eras peligrosa.

—Un hombre astuto y difícil de engañar.

—¿Tú crees que logramos engañarle aquella vez que le dimos los expedientes de los empresarios españoles?

—¡Qué va! Nunca lo engañamos —rieron los dos a la vez.

—Vamos a sentarnos a la mesa y comemos algo —propuso Diego.

Una vez sentados, se implantó un incómodo silencio mientras se examinaban. Eran dos personas maduras que tenían una historia en común.

—¿Te has casado? —preguntó Candela con el corazón encogido, no aguantaba más, necesitaba saberlo. Después de haber pronunciado las palabras ya se estaba arrepintiendo, «maldita impaciencia», se fustigó.

Diego Ressler la miró con ternura y ella no podía apartar los ojos del hoyuelo de su barbilla y pensar en lo que sentiría al volver a mordisquearlo. La cercanía de ese hombre alentaba a que sensaciones dormidas despertasen. Se preguntó: «¿cómo podía provocar ese efecto en ella?». Ningún hombre de los que se le habían acercado durante todos esos años lo había conseguido, por eso permanecía sola, nadie había logrado borrar su recuerdo.

—No me he casado nunca —aclaró Ressler. Al fin, Candela respiró. Se le acababan de disipar los miedos que arrastraba desde que subió en el avión.

—Yo tampoco —confesó ella.

—Pero tienes hijos.

—En efecto —sonrió, abrió el bolso y sacó fotografías—. Mira son Luis y Sara. —Le acercó las imágenes para que pudiese examinarlas. Él las inspeccionó con atención.

—¿Cuantos años tienen? —se interesó.

—Luis ha cumplido veintisiete y Sara cumplirá veinticinco —reveló. Cruzaron las miradas, Diego se revolvió en la silla. La comida en los platos permanecía intacta.

—Sigues sin comer.

—Por lo visto, tú tampoco tienes hambre —señaló Candela.

—El chico no es tuyo, ¿verdad?

—Es mi hijo igual que Sara. Lo he criado yo, con la ayuda de mi madre. ¿Quieres saber quiénes lo engendraron?

—¿Los conocía?

—Desde luego. El padre era Eduardo, uno de aquellos incautos que dejasteis tirados y acabaron fusilando.

—No sigas por ahí, Candela, no desentierres fantasmas —reaccionó mal y se puso en pie dolido, con los puños apretados con la intención de marcharse.

—Siéntate, por favor… tengo algo muy importante que contarte, escúchame —suplicó, a la vez que se ponía en pie y lo agarraba de la mano para que volviese a su asiento. Tocar su piel suave le recordó lo mucho que antaño le gustaba acariciarla.

Regresó el silencio. Los ojos de Diego se entelaron y el color que emulaba un bosque se convirtió en pradera. Así eran sus ojos, de pardos cambiaban a verdes.

—Céntrate en Sara. ¿No te recuerda a alguien? —sacó una colección de fotos de bebé, de niña y en la adolescencia.

—¿Es mía? —preguntó desconcertado después de pasarse un buen rato examinándolas. —¿Por qué no me dijiste nada en su momento?

—Porque te debías a tu país, ¿recuerdas? —Él asintió y agachó la cabeza.

—Isaías siempre me reprochó que te dejara ir, decía que era un imbécil y un necio —susurró, estaba aturdido y no paraba de pasarse los dedos por la cabeza—. Me decía constantemente que fuese a buscarte, pero me daba miedo llevarme un fracaso y que hubieses rehecho tu vida con otra persona.

—Ya ves que no.

—Isaías me dejó parte de su fortuna y estoy cansado de estar detrás de una mesa de despacho. Hace unos años me apartaron del servicio activo, ahora mi vida transcurre entre informes y estoy harto. Hace tiempo que estoy pensando en retirarme. Creo que ha llegado el momento.

—No he venido a trastocar tu vida, solo deseo informarte porque le he dejado a nuestra hija un diario donde le explico quiénes son sus padres.

De súbito, Diego cogió las manos de Candela.

—Dame una oportunidad, quiero envejecer junto a ti y a nuestra hija.

—Ya hemos envejecido, Diego.

—Júrame que al verme no has sentido nada, porque yo estoy sufriendo de tanto contenerme. Deseo volver a abrazarte y besarte.

—Ahora somos dos extraños.

—Conozcámonos de nuevo, volvamos a empezar —propuso Ressler.

Dejaron la comida en los platos, subieron en el ascensor y, cuando las puertas se cerraron, Diego la tomó de la cintura, la atrajo hacia él y la besó como ella recordaba. En ese instante, a Candela le flaquearon las piernas. Entraron en la habitación como dos jóvenes y se reencontraron con la misma tranquilidad y armonía que solían emplear en otros tiempos.

—Candela, siempre te he querido. Desde el primer día que te vi en la trastienda de Isaías —reconoció, Diego Ressler.

—No sé cuándo me enamoré, pero te metiste en mi corazón y nunca pude deshacerme de ti —confesó ella.

Se abrazaron y se quedaron dormidos, desnudos, entrelazados, pegados piel con piel como era costumbre en ellos.

A la mañana siguiente, Candela aprovechó durante el desayuno la distensión de Diego para preguntarle por un tema que le carcomía.

—¿Te acuerdas de Amalia, la mujer del general Antonio Lara Guzmán?

—Sí, la que tuvo la desgracia de ser atropellada.

—Ella era la madre de Luis y nunca se supo quién conducía el coche. Siempre pensé que no fue un accidente, que fue intencionado.

—En nuestros informes así constaba. Con tanta gente que transitaba a esas horas por la calle, nadie vio nada. El marido pudo mover hilos para que se investigara y no lo hizo.

—Siempre sospeché de él —confesó Candela.

—Aquel día tuviste muy buena intuición, te esperaban. Un informador nos vendió documentos en los que te relacionaban con Eduardo y sus camaradas. Amalia también estaba en la lista. En cuanto a tus sospechas, te equivocas, las pistas apuntaban a Alfredo, el sabueso de la Brigada Político-Social.

Al cabo de dos semanas, Candela y Diego volaban hacia Madrid a emprender una nueva misión, la más importante, la de compartir tiempo y una vida en común junto a sus hijos.



FUENTES CONSULTADAS
Y DE INSPIRACIÓN

El documental, *Espías en la arena*, dirigido por Pablo Azorín y Marta Hierro, narra unos hechos hasta ahora apenas investigados de la historia de España. En 1943, un grupo de republicanos españoles exiliados en el norte de África son reclutados por la Office of Strategic Services, predecesora de la CIA, con la colaboración del Partido Comunista de España. Poco después desembarcan clandestinamente en las costas de Andalucía para obtener información respecto de una posible una invasión alemana de España y, en su caso, preparar el terreno de cara a una respuesta aliada.

Los hechos revelados en este documental despertaron mi interés y comencé a investigar sobre la temática.

Los españoles de los Estados Unidos y la Guerra civil (1936-1939)
Marta Rey García
Universidad Complutense de Madrid

En un viaje a Málaga dediqué varias tardes a recorrer librerías de la ciudad y de poblaciones cercanas. En Nerja encontré un libro que me proporcionó la documentación necesaria para empezar a embastar mi historia a partir de acontecimientos reales.

La Gente de la Sierra, de David Baird. Lucha sin cuartel contra las fuerzas franquistas.

AGRADECIMIENTOS

A toda mi familia por su incondicional apoyo para dedicarle un tiempo al libro que de otro modo les hubiera pertenecido.

A mi marido por su infinita paciencia y su gran aportación verificando datos históricos para que el relato sea fiel a la realidad.

A mi hija por creer en su cuentacuentos, como me llama cariñosamente.

A Rocío por estar siempre cerca.

A los compañeros de letras a los que me une esta gran pasión y me dan ánimo en los días grises para que no me deje vencer por la oscuridad.

En especial a los siguientes lectores cero que han aportado valiosas sugerencias: Mónica Gómez Pedreira, Pilar González, Alejandra de San Cristóbal, Lara Beli, Raquel G. Osende, Pepa Fraile, Carlos Naza, Gonzalo Fernández y Manuel Torres.

Agradezco de todo corazón a los lectores la confianza recibida, sin ellos esta novela no viajaría más allá de mi casa.



¿Qué estarías dispuesta a sacrificar cuando tomas conciencia de que tu vida no es la que deseas?

Un viaje por el Camino de Santiago, que todo lo cambia. Un viaje que saca a la luz que no todo es lo que parece, secretos que ya no se pueden ocultar, cuya experiencia cambiará las vidas de las tres amigas que lo han emprendido juntas.

Greta, Yolanda y Marta no harán solo un viaje como peregrinas, también harán uno interior, deberán enfrentarse a sus fantasmas y a dolorosas verdades. El Camino marcará la relación de amistad que creían las unía, mostrando las grietas que no habían sabido ver y poniendo al descubierto que nada es tan simple como en ocasiones presuponemos. Será un hombre que se cruza en su Camino y al que Greta sucumbe, el que desestabilice la fragilidad de esta relación de amistad. ¿Debe Greta sacrificar lo que su deseo y su corazón le dicta para no defraudarlas?

Una historia en el Camino de Santiago, en la que vivirás: amistad, pasión, dolor, sacrificios, superación, amor y deseos de conocer qué les deparará la vida tras esta aventura.





En plena Guerra Civil Española, en la primavera de 1938, a causa de la inseguridad creada por los constantes bombardeos que sufre Barcelona, María del Blau y su madre huyen, de la mano de un familiar, a una apartada zona rural de Lérida. Lo hacen creyendo que en una masía aislada van a poder vivir con cierta tranquilidad mientras dure la guerra. Sin embargo, lejos de eso, se verán envueltas en una sucesión de acontecimientos inesperados que, unidos a sus pasiones amorosas, complicarán y pondrán en peligro sus vidas.

Blau conocerá tanto la grandeza de la verdadera amistad como la vileza del comportamiento inhumano y mezquino. Ella descubrirá hasta dónde será capaz de llegar a luchar por amor a su madre, y destapará los secretos familiares que la envuelven.



Correo electrónico: rosaboliart@gmail.com

Twitter: @rosaboliart

Facebook: @rosaboliart

Instagram: @rosaboliart

ÍNDICE

